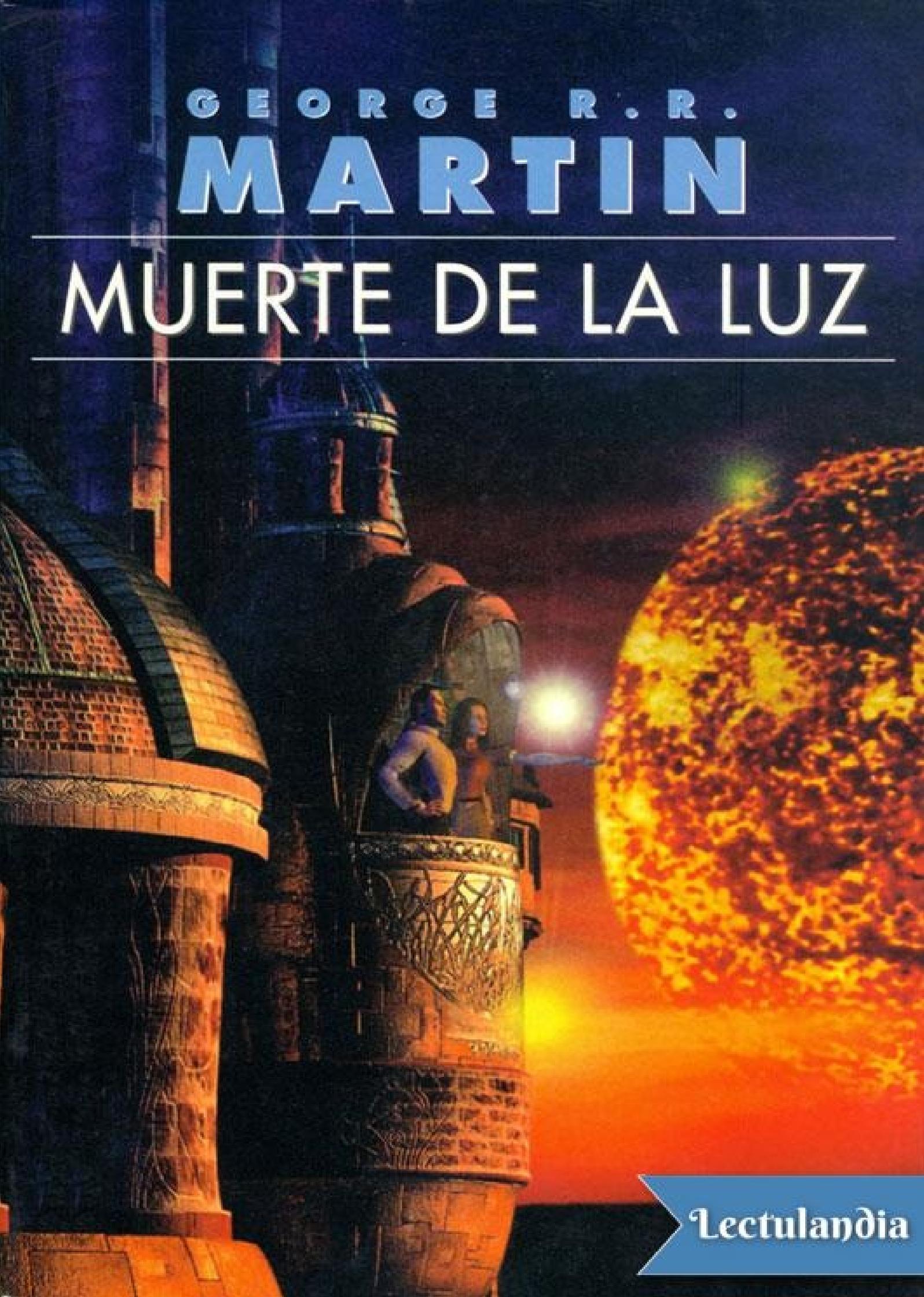


GEORGE R. R.
MARTIN

MUERTE DE LA LUZ



Lectulandia

La novela más romántica y cautivadora que ha dado la ciencia ficción

Una historia de amor con las estrellas como telón de fondo

Worlorn, durante su esplendor, albergó el fastuoso Festival de los Mundos Exteriores; ahora es un planeta moribundo que se aleja irremediabilmente de la Rueda de Fuego para sumirse en una noche sin fin. A él viaja Dirk t'Larien con la esperanza de reencontrar el amor de Gwen Delvano y expiar errores del pasado; pero en su lugar hallará a Gwen unida por jade-y-plata a Jaan Vikary y a su teyn Garse Janacek, en un vínculo incomprensible de amor y de odio, tan terrible y a la vez tan grandioso como el fin inevitable de Worlorn.

Muerte de la luz es una de las historias de amor más hermosas jamás contadas. Su protagonista se debate entre el amor egoísta, que reclama el ser amado para sí, y la lealtad a un grupo, ese otro tipo de amor que es a la vez instinto de supervivencia en un entorno hostil como el de Worlorn. Martin, con su prosa delicada y sincera, hechiza al lector y lo conduce a través de ciudades y paisajes de ensueño hasta lo más profundo del alma humana.

“Muerte de la luz cala especialmente en el lector hasta el punto de que su solo recuerdo provoca que se erice el vello de los brazos.” -Jacinto Antón, El País

* Finalista del Premio Hugo 1978 [Novela]

* Finalista del Premio Guía de Lectura de Miquel Barceló 1988 [Novela de Ciencia Ficción]

* Finalista del Premio Las 100 Mejores Novelas de CF Siglo XX 2000 [Novela de Ciencia Ficción]

Lectulandia

George R. R. Martin

Muerte de la luz

ePUB v1.1

betatron 08.09.12

más libros en lectulandia.com

Título: Muerte de la luz

©1977, George R. R. Martin

Título original: *Dying of the Light*

Traducción de Carlos Gardini

Editorial: E.D.H.A.S.A.

ISBN: 9788435002479

Prólogo

Un vagabundo, una esfera errante, el paria de la creación: este mundo era todas esas cosas.

Hacía siglos que caía, solo y sin rumbo, a través de los fríos y solitarios espacios interestelares. Sus cielos desolados habían visto generaciones de estrellas sucediéndose unas a otras en suntuosos enjambres. No pertenecía a ninguna de ellas. Era un mundo autosuficiente en, y para sí mismo. En cierto sentido ni siquiera formaba parte de la galaxia; sin itinerario fijo, surcaba el plano galáctico como un clavo al atravesar la tabla de una mesa redonda. No formaba parte de nada.

Y la *nada* estaba muy cerca. En el alba de la historia humana, este vagabundo atravesó una nube de polvo interestelar que cubría una región minúscula cerca del borde superior de la gran lente de la galaxia. Más allá flotaba un puñado de estrellas, no más de treinta. Después el vacío, una noche vastísima y desconocida.

Allí, mientras caía por esa zona fronteriza, el mundo errante bogó entre naciones devastadas.

Primero lo descubrieron los Imperiales de la Tierra, en plena fiebre de embriaguez expansiva, cuando el Imperio Federal de la Vieja Tierra aún intentaba gobernar a todos los mundos del reinohumano a través de abismos inmensos e imposibles. Un bombardero llamado *Mao Tse-tung*, averiado durante una misión contra los hranganos, con los tripulantes muertos en sus puestos y los motores encendiéndose y apagándose alternativamente, fue la primera nave del reinohumano que traspasó el Velo del Tentador.

El *Mao* era una ruina sin aire, repleta de cadáveres grotescos que se contoneaban por los corredores y una vez por siglo chocaban contra los tabiques; pero las computadoras de a bordo aún funcionaban y cumplían obstinadamente con sus ritos, escrutando atentamente el espacio, y cuando el planeta sin nombre pasó a pocos minutos-luz de la nave fantasma, quedó registrado en sus mapas. Casi siete siglos más tarde un carguero de Tóber tropezó con el *Mao Tse-tung* y con ese registro.

Por entonces no era novedad; ese mundo ya había sido redescubierto.

Quien lo descubrió por segunda vez fue Celia Marcyan, cuyo *Perseguidor de Sombras* circunvoló el planeta un día entero, durante la generación del interregno que siguió al colapso. Pero el planeta errante no tenía nada que pudiera interesar a Celia; sólo una roca, y hielo, y una noche interminable. De modo que ella siguió su camino poco después. Sin embargo sentía afición por los nombres, y antes de partir bautizó a ese mundo; lo llamó Worlorn, y nunca dijo porqué ni qué significaba. Y Worlorn le quedó. Y Celia partió hacia otros mundos y otras historias.

El próximo visitante fue Kleronomas, en di-46. Su nave de reconocimiento sobrevoló rápidamente el planeta y trazó mapas de las extensiones desiertas. Worlorn

reveló sus secretos a los sensores de Kleronomas; era un planeta más vasto y rico que la mayoría, con océanos helados y una atmósfera helada que sólo esperaban la liberación.

Algunos dicen que Tomo y Walberg fueron los primeros en desembarcar en Worlorn, en di-97, mientras acometían la trasnochada empresa de atravesar la galaxia. ¿Cierto? Probablemente no. No hay mundo humano que no tenga su anécdota sobre Tomo y Walberg, pero la *Prostituta Soñadora* no regresó jamás..., y nadie puede saber dónde desembarcó.

Los contactos visuales posteriores fueron más realistas y menos legendarios. Worlorn, vagabundo, inútil y sólo marginalmente interesante, se transformó en un lugar común en las cartas estelares del Confín, ese puñado de mundos escasamente colonizados entre los gases brumosos del Velo del Tentador y el Gran Mar Negro.

Luego, en di-446, un astrónomo de Lobo se dedicó a estudiar sistemáticamente a Worlorn, y por primera vez alguien se tomó la molestia de atar todos los cabos sueltos. Entonces las cosas cambiaron. El nombre del astrónomo lobuno era Ingo Haapala, y salió de su sala de computación visiblemente excitado, algo frecuente en las gentes de Lobo. Pues Worlorn iba a tener un día, un día largo y brillante.

La constelación llamada La Rueda de Fuego ardía en los cielos de todos los mundos exteriores, una maravilla visible aun en la Vieja Tierra. El centro de la formación era la supergigante roja, el Cubo de la Rueda, el Ojo del Infierno, el Gordo Satanás..., tenía muchos nombres. En órbita alrededor de ella, equidistantes, cuidadosamente dispuestas como seis canicas de llama roja rodando por el mismo surco estaban las otras: los Soles Troyanos, los Hijos de Satanás, la Corona del Infierno. Los nombres no importaban. Lo que importaba era la Rueda misma, el enorme amo rojo al que seis estrellas amarillas de tamaño mediano rendían homenaje: el sistema estelar múltiple más desconcertante —y curiosamente el más estable— que se había descubierto hasta entonces. La Rueda fue un suceso pasajero, un nuevo misterio para la humanidad ahíta de los viejos misterios. En los mundos más civilizados, los científicos propusieron teorías para explicarla; más allá del Velo Tentador, se organizó un culto religioso, y hombres y mujeres hablaban de una raza extinguida de ingenieros estelares que habían desplazado soles enteros para erigirse un monumento a ellos mismos. Tanto la especulación científica como la adoración supersticiosa se propagaron febrilmente varias décadas y progresivamente perdieron impulso; poco después el asunto cayó en el olvido.

El hombrelobo Haapala anunció que Worlorn se desplazaría una vez alrededor de la Rueda de Fuego, trazando una hipérbola lenta y ancha, sin entrar realmente en el sistema pero acercándose bastante; cincuenta años de sol; luego se internaría nuevamente en las tinieblas del Confín, más allá de las Estrellas Últimas, para perderse en el Gran Mar Negro del vacío intergaláctico.

Eran los siglos turbulentos en que Alto Kavalaan y los otros mundos exteriores saboreaban por primera vez la soberbia, y ansiaban encontrar un lugar en las descalabradas historias de la humanidad. Y todos saben lo que ocurrió. La Rueda de Fuego siempre había sido la gloria de los mundos exteriores, pero hasta el momento había sido una gloria estéril, sin planetas.

Mientras Worlorn se aproximaba a la luz, hubo un siglo de tormentas: años de hielo derretido y actividad volcánica y terremotos. Una atmósfera helada despertó paulatinamente a la vida, y vientos devastadores aullaron como niños monstruosos. La gente de los mundos exteriores afrontó y combatió estos fenómenos.

Los terraformadores vinieron de Tóber-en-el-Velo, los ingenieros climáticos de Oscuralba, y también acudieron equipos de Lobo y Kimdiss y di-Emerel y el Mundo del Océano Vinonegro. Los hombres de Alto Kavalaan lo supervisaron todo, pues Alto Kavalaan se atribuía la propiedad del planeta errante. La lucha duró más de un siglo, y los que murieron son casi un mito para los hijos del Confín.

Pero finalmente Worlorn fue pacificado. Entonces se fundaron ciudades, y extraños bosques florecieron bajo la luz de la Rueda, y se soltaron animales para dar vida al planeta.

En di-589 se inauguró el Festival del Confín. El Gordo Satanás llenaba un cuarto de cielo, rodeado del esplendor de sus hijos. Ese primer día los toberianos hicieron brillar el estratoescudo, de modo que las nubes y la luz solar se diluían en diseños caleidoscópicos. Transcurrieron los días y llegaron las naves. Desde todos los mundos exteriores, y desde mundos más remotos, de Tara y Daronne, al otro lado del Velo; de Avalon y el Mundo de Jamison, de lugares tan distantes como Nueva Ínsula y Viejo Poseidón, y de la misma Vieja Tierra. Durante cinco años Worlorn se acercó al perihelio, durante cinco años se alejó. En di-599 el Festival terminó.

Worlorn entró en el crepúsculo y se desplazó hacia la noche.

Capítulo 1

Más allá de la ventana el agua abofeteaba los pilotes del camino de madera que bordeaba el canal. Dirk t'Larien echó una ojeada y vio una barcaza chata negra que bogaba lentamente a la luz de la luna. Una figura solitaria se erguía a popa, reclinada sobre una pértiga delgada y oscura. Los perfiles se destacaban con nitidez, pues la luna de Braque ascendía en el cielo, grande como un puño y muy brillante.

Detrás de la luna había quietud y una tiniebla borrosa, una cortina inmóvil que velaba las estrellas más lejanas. Una nube de polvo y gas, pensó Dirk. El Velo del Tentador.

El principio llegó mucho después del fin: una joya susurrante.

Estaba envuelta en hojas de papel plateado y en terciopelo suave y oscuro, tal como cuando él se la había regalado a ella, años atrás. Deshizo el envoltorio esa noche, sentado frente a la ventana del cuarto que daba al ancho y turbio canal donde los mercaderes conducían incesantemente barcazas de fruta. La gema era tal como Dirk la recordaba: de un rojo profundo, vetada de finas rayas negras, con forma de lágrima. Recordó el día en que el éster se las había tallado, hacía tiempo, en Avalon.

Al cabo de un rato la acarició.

Era tersa y muy fría al tacto, y le susurraba en lo más íntimo de su cerebro. Recuerdos y promesas que Dirk no había olvidado.

No estaba en Braque por ningún motivo especial, y no comprendía cómo habían averiguado su paradero. Pero lo habían averiguado, y Dirk t'Larien recibió la joya.

—Gwen —murmuró para sí mismo sólo para articular la palabra una vez más y sentir en la lengua esa tibieza familiar. Su Jenny, su Ginebra, reina de sueños abandonados.

Habían sido siete años, pensó mientras rozaba con el dedo la fría superficie de la joya, pero parecían siete vidas. Y todo había terminado. ¿Qué podía querer ella ahora? El hombre que la había amado, ese *otro* Dirk t'Larien, el que hacía promesas y regalaba joyas, había muerto.

Dirk alzó la mano para apartarse de los ojos un mechón de pelo gris parduzco. Y de pronto, involuntariamente, recordó que Gwen siempre le apartaba el pelo antes de besarle.

Entonces sintió una gran fatiga y un gran desconcierto. El cinismo que cultivaba con tanto esmero vaciló, y un peso le agobió los hombros, un peso fantasmal, la pesadez de haber sido alguien que ya no era. En verdad había cambiado con los años, y a ese cambio le había llamado madurez, pero de repente esa madurez parecía resquebrajarse. Se quedó divagando acerca de todas las promesas que había roto, los sueños que había postergado y luego desechado, los ideales comprometidos, el brillante futuro condenado al tedio y la podredumbre.

¿Por qué Gwen se lo hacía recordar? Había transcurrido demasiado tiempo, a él le habían pasado muchas cosas, y también a ella, probablemente. Además, nunca había pensado que ella recurriría realmente a la joya susurrante. Había sido un gesto estúpido, el alarde adolescente de un joven romántico. Ningún adulto razonable podía tomar en serio un juramento tan absurdo. Le era imposible ir, por supuesto. Apenas había tenido tiempo de ver Braque, tenía su propia vida, tenía cosas importantes que hacer. Después de tanto tiempo, Gwen no tenía derecho a suponer que él se embarcaría rumbo a los mundos exteriores.

Estiró la mano con exasperación y tomó la joya en la palma, cerrando el puño alrededor de la pequeña piedra. Decidió arrojarla por la ventana, a las aguas oscuras del canal, para deshacerse de ella y de todo cuanto significaba. Pero una vez en el puño, la gema fue un infierno de hielo, y los recuerdos eran puñales.

...*porque te necesita* —susurró la joya—. *Porque lo prometiste.*

No movió la mano. Dejó el puño cerrado. El frío que sentía en la palma penetró, más allá del dolor, en su aturdimiento.

Ese otro Dirk, el más joven, el Dirk de Gwen, había hecho una promesa. Pero también ella, recordó. Hacía mucho tiempo, en Avalon. El viejo éisper, un ajado emereli de Talento muy menor y pelo dorado y rojizo, había cortado dos joyas. Había leído a Dirk t'Larien, había palpado todo el amor que Dirk sentía por Jenny, luego había vertido ese sentimiento en la gema, en la medida en que se lo permitían sus escasos poderes psi. Luego había hecho lo mismo con Gwen. Después habían intercambiado las joyas.

Había sido idea de Dirk. *Puede que no siempre sea así*, le había dicho a Gwen, citando un antiguo poema. De modo que ambos se habían hecho una mutua promesa; envía este recuerdo y acudiré. No importa dónde esté, ni cuándo, ni qué haya ocurrido entre nosotros. Acudiré y no habrá preguntas.

Pero la promesa ya no tenía efecto. Seis meses después que ella le abandonara, Dirk envió la joya. Gwen no había acudido. Después de eso, nunca se le habría ocurrido que ella invocaría la promesa de él. Pero lo había hecho.

¿De veras esperaba que acudiera?

Y él sabía, lamentablemente, que el hombre que había sido entonces, ese hombre, habría acudido pese a todo, pese a todo su odio, o todo su amor. Pero ese idiota había sido enterrado hacía tiempo. El tiempo y Gwen le habían matado.

Pero aun así escuchaba la joya y sentía sus viejas emociones y su nueva fatiga. Y finalmente levantó los ojos y pensó: bueno, tal vez no sea demasiado tarde pese a todo.

Hay muchos modos de moverse entre las estrellas, algunos más rápidos que la luz y otros no, pero todos son *lentos*. Viajar de un extremo al otro del reinohumano

requiere casi toda una vida, y el reino humano —los dispersos planetas habitados y el gran vacío que los separa— es la parte más pequeña de la galaxia. Pero Braque estaba cerca del Velo y de los mundos exteriores, y entre ellos había intercambios comerciales, así que Dirk pudo encontrar una nave.

Se llamaba *Temblor de Enemigos Olvidados* e iba de Braque a Tara, y luego atravesó el Velo rumbo a Lobo y luego a Kimdiss y finalmente a Worlorn, y el viaje, aun a velocidades MRL, requirió más de tres meses. Después de Worlorn, Dirk sabía que la *Temblor* seguiría viaje hasta Alto Kavalaan y di-Emerel y las Estrellas Últimas, antes de virar y emprender el tedioso regreso por la misma ruta.

El puerto espacial tenía capacidad para un movimiento de veinte naves por día; ahora tal vez no pasaba de una por mes. Casi todo el lugar estaba cerrado, oscuro, abandonado. La *Temblor* aterrizó en el centro del pequeño sector que aún funcionaba, gigantesca frente a un grupo cercano de naves privadas y un carguero toberiano parcialmente desmantelado.

Una parte de la vasta terminal, automatizada pero falta de vida, estaba aún brillantemente iluminada, pero Dirk se apresuró a atravesarla para salir a la noche, una noche típica de los mundos *exteriores*, casi sin estrellas. Estaban allí, esperándole, detrás de las puertas principales, más o menos como Dirk lo había supuesto. El capitán de la *Temblor* había anunciado su llegada en cuanto la nave abandonó el hiperespacio.

Gwen Delvano había venido a recibirle, tal como él le había pedido. Pero no había venido sola. Gwen y el hombre que la acompañaba hablaban en voz baja y cautelosa cuando Dirk salió de la terminal.

Se detuvo tan pronto como cruzó la puerta, sonrió con tanta soltura como pudo, y dejó caer la pequeña maleta que traía, su único equipaje.

—Eh —dijo suavemente—. Me han dicho que por aquí hay un Festival.

Ella se volvió al oírle y se echó a reír con una risa que Dirk recordaba muy bien.

—No —le dijo—. Te has retrasado algo así como diez años.

Dirk carraspeó y meneó la cabeza.

—Diablos —exclamó; luego sonrió nuevamente, y ella se le acercó y se abrazaron. El otro, el desconocido, se quedó donde estaba y observó con aire impávido.

Apenas se tocaron. En cuanto Dirk la rodeó con los brazos, Gwen se apartó. Después de separarse permanecieron muy cerca, mirándose para ver qué habían hecho los años.

El paso del tiempo había dejado huellas en Gwen, pero prácticamente seguía siendo la misma, y los cambios que Dirk advertía eran tal vez un engaño de la memoria. Los grandes ojos verdes quizá no eran tan verdes ni tan grandes y quizás ella era algo más alta y corpulenta que como la recordaba. Pero las diferencias no

eran muchas; sonreía igual, y el pelo era el mismo, delicado y oscuro, y le cubría los hombros como una cascada rutilante más oscura que una noche sin estrellas. Vestía igual que en Avalon: un jersey blanco de cuello vuelto, pantalones de tela gruesa y tornasolada, ahora negra como la noche, y un pañuelo ancho le ceñía la frente. También usaba un brazalete, y ese detalle era nuevo: un objeto macizo, de plata con incrustaciones de jade, que le cubría la mitad del antebrazo izquierdo. Llevaba el jersey arremangado para poder lucir el adorno.

—Estás más delgado, Dirk —dijo.

Él se encogió de hombros y hundió las manos en los bolsillos de la chaqueta.

—Sí —dijo; en verdad su delgadez era casi enfermiza, y tenía los hombros algo encorvados por la costumbre de no erguir bien la espalda. Los años también le habían hecho envejecer en otros aspectos; tenía el pelo más entrecano que antes, cuando predominaba el castaño; además, lo llevaba casi tan largo como Gwen, aunque el de Dirk era una masa confusa y ensortijada.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo Gwen.

—Siete años —convino Dirk—. No pensé que...

El otro hombre, el desconocido, tosió como para recordarles que no estaban solos. Dirk irguió la cabeza y Gwen se volvió. El hombre se adelantó y se inclinó para saludar. Era bajo, regordete y muy rubio, tan rubio que el pelo parecía blanco. Vestía un lustroso traje de seda sintética, verde y amarillo, y una diminuta gorra tejida que pese a la inclinación siguió en el mismo lugar.

—Arkin Ruark —se presentó.

—Dirk t'Larien.

—Arkin está trabajando conmigo en el proyecto —dijo Gwen.

—¿Proyecto?

Ella parpadeó.

—¿Ni siquiera sabes por qué estoy aquí?

No, no lo sabía. La joya susurrante había sido enviada desde Worlorn, y sólo por eso sabía dónde podía encontrarla.

—Eres ecóloga —dijo—. En Avalon...

—Sí. En el Instituto. Hace mucho tiempo. Terminé allá, recibí mi credencial y desde entonces estuve en Alto Kavalaan. Hasta que me enviaron aquí.

—Gwen está con el clan de Jadehierro —dijo Ruark con una expresión vaga y sonriente—. Yo por mi parte, represento a la Academia de la Ciudad de Impril, Kindiss. ¿La conoce?

Dirk asintió. Así que Ruark era kindissi y pertenecía a una de las universidades de los mundos exteriores.

—Impril y Jadehierro; bueno, van atrás de lo mismo, ¿sabe? Investigando la interacción ecológica en Worlorn. Durante el Festival no se hizo nada como

corresponde, pues en los mundos exteriores no hay gente capacitada en ecología; una ciencia olvidada después del interregno. Pero ese es el proyecto. Gwen y yo nos conocíamos desde antes, así que pensamos... bueno, ya que estamos aquí por la misma razón, es sensato que trabajemos juntos y aprendamos todo lo posible.

—Supongo que sí —dijo Dirk; en aquel preciso instante no le interesaba demasiado el proyecto..., quería hablar con Gwen, y dijo volviéndose hacia ella—: Tendrás que contármelo más tarde, cuando hablemos los dos. Me imagino que querrás hablar conmigo, ¿verdad? Vengo desde el Confín...

Ella lo miró de un modo extraño.

—Sí, por supuesto. Tenemos mucho de que hablar.

Dirk recogió la maleta.

—¿Adonde vamos? —preguntó—. Me conformaría con un baño y algo de comer.

Gwen intercambió una mirada con Ruark.

—Arkin y yo hablábamos precisamente de eso. Él puede alojarte. Estamos en el mismo edificio. A sólo unos pisos de diferencia.

—Por supuesto, por supuesto —asintió Ruark—. Es un placer recibir a los amigos, y los dos somos amigos de Gwen ¿no es cierto?

—Eh. Yo pensé..., bueno, que podría irme contigo, Gwen.

Ella evitó mirarle directamente. Miró a Ruark, al suelo, al negro cielo nocturno, antes de decidirse a enfrentar la mirada de él.

—Tal vez —dijo ya sin sonreír, con voz cautelosa—. Pero no ahora. No creo que sea lo mejor, no de inmediato. Pero iremos a casa, desde luego. Tenemos un aeromóvil.

—Por aquí —terció Ruark antes que Dirk pudiera articular una respuesta.

Allí había algo muy extraño. Durante los meses de viaje a bordo de la *Temblor*, Dirk había pensado reiteradamente en la escena del encuentro, y a veces la había imaginado tierna y amorosa, otras como una furiosa confrontación, lacrimógena en otras ocasiones. Pero nunca la había imaginado así, embarazosa desde todo punto de vista, con la presencia de un extraño como testigo. Se preguntó quién sería exactamente Arkin Ruark, y si su relación con Gwen era en verdad tal como ellos decían. Aunque en realidad no habían dicho demasiado. Sin saber qué decir o qué pensar, Dirk se encogió de hombros y los siguió hasta el aeromóvil.

No tuvieron que caminar mucho. Cuando se acercaron al vehículo, Dirk quedó sorprendido. En sus viajes había visto muchos tipos diferentes de aeromóviles, pero ninguno como éste; con sus musculosas alas curvas y triangulares, casi parecía dotado de vida, una gigantesca raya voladora de color gris acero. Entre ambas alas había una pequeña cabina con cuatro asientos, y debajo de los bordes de las alas Dirk vio unos tubos ominosos.

Los señaló, volviéndose hacia Gwen.

—¿Qué son? ¿Láseres?

Ella asintió con una tenue sonrisa.

—¿En qué diablos viajáis? —preguntó Dirk—. Parece una máquina de guerra. ¿Nos van a atacar los hranganos? No he visto nada semejante desde que visité los museos del Instituto en Avalon.

Gwen se echó a reír, tomó la maleta y la arrojó al asiento trasero.

—Entra —le dijo—. Es un aeromóvil fabricado en Alto Kavalaan, perfectamente normal. Empezaron a fabricarlos hace poco, y se supone que debe parecerse a un animal, el banshi negro. Un depredador, y también la bestia-hermana del clan de Jadehierro. Muy importante en el reino autóctono, una especie de tótem.

Gwen entró y se acomodó detrás de los mandos, y Ruark la siguió con movimientos algo torpes, encaramándose en el ala para instalarse en el asiento trasero. Dirk no se movió.

—¡Pero tiene láseres! —insistió.

Gwen suspiró.

—No están cargados, nunca lo han estado. Todos los vehículos construidos en Alto Kavalaan traen algún arma. Una exigencia cultural. Y no me refiero sólo a Jadehierro. Acerorrojo, Braith y Shanagato son iguales en ese aspecto.

Dirk rodeó el vehículo y subió, sentándose al lado de Gwen con una expresión perpleja.

—¿Qué?

—Son los cuatro clanes-coaliciones kavales —explicó ella—. Piensa en ellos como naciones pequeñas, o grandes familias. Son un poco las dos cosas.

—¿Pero por qué los láseres?

—Alto Kavalaan es un planeta violento —repuso Gwen.

—Ah, Gwen —dijo Ruark, riendo roncamente—. ¡Esto está muy mal, *muy mal!*

—¿Mal? —exclamó Gwen.

—Sí. Muy mal, porque dices parte de la verdad, pero no toda. Lo cual es la peor mentira.

Dirk se volvió en el asiento para mirar al kimdissi regordete y rubio.

—¿Qué?

—Alto Kavalaan fue un planeta realmente violento. Pero ahora, la verdad es que los violentos son los kavales. Gente hostil toda ella, con frecuencia xenófobos, racistas. Jactanciosos y soberbios. Con sus altaguerras y su código de honor, sí. Y por eso los aeromóviles kavales tienen armas. ¡Para luchar en el aire! Le prevengo, t'Larien...

—¡Arkin! —exclamó Gwen apretando los dientes, y Dirk no dejó de advertir la huella de irritación en su voz. Gwen conectó de pronto el control de gravedad, tocó la palanca, y el aeromóvil dio un brinco y arrancó con un gemido de protesta,

elevándose rápidamente. Abajo, el sector donde la *Temblor de Enemigos Olvidados* descansaba entre las naves estelares más pequeñas brillaba en contraste con el resto del puerto, envuelto en sombras. Alrededor, la oscuridad se perdía en el horizonte invisible, donde el suelo negro se confundía con un cielo aún más negro. Sólo una delgada nube de estrellas titilaba en lo alto. Aquello era el Confín, con el espacio intergaláctico encima y la borrosa cortina del Velo del Tentador debajo, y el mundo parecía más solitario de lo que Dirk había imaginado jamás.

Ruark mascullaba ahora algo entre dientes, y un pesado silencio reinó en el vehículo durante un rato.

—Arkin es de Kindiss —dijo al final Gwen, riendo algo forzosamente. Pero Dirk la recordaba demasiado bien para dejarse engañar; ella seguía tan tensa como un momento antes, cuando había regañado a Ruark.

—No entiendo —dijo Dirk, sintiéndose muy estúpido, pues todos parecían dar por sentado que tenía que entender.

—Usted no es de los mundos exteriores —dijo Ruark—. Avalon, Baldur, no importa cuál. La gente del Velo no conoce a los kavalares.

—Ni a los kimdissi —dijo Gwen con más calma.

Ruark refunfuñó.

—Un sarcasmo —le dijo a Dirk—. Los kimdissi y los kavalares..., bueno, no nos llevamos bien, ¿sabe? De modo que Gwen le advierte que soy un prejuicioso y no debe creerme.

—Sí, Arkin —dijo ella—. Dirk, él no conoce Alto Kavalaan, no entiende ni a esa gente ni a su cultura. Como todos los kimdissi, sólo te dirá lo peor, pero el asunto es más complejo de lo que él está dispuesto a admitir. Tenlo en cuenta cuando este canalla empiece a fastidiarte con sus juicios apresurados. No te costará demasiado. Antes siempre repetías que cada problema tiene treinta facetas.

Dirk rió.

—De acuerdo —dijo—. Es verdad. Aunque en estos últimos años me he puesto a pensar que treinta es demasiado poco. Sea como fuere, aún no entiendo a qué viene todo esto. El aeromóvil, por ejemplo..., ¿te lo dan en el trabajo? ¿O tienes que volar en un artefacto así, sólo porque trabajas para Jadehierro?

—Ah —dijo Ruark en voz alta—, no se trabaja para Jadehierro, Dirk. No. Se está con ellos, o no se está... Sólo hay dos opciones. Si no se es de Jadehierro, no se trabaja para Jadehierro.

—Sí —dijo Gwen enfurruñándose otra vez—. Y yo estoy con ellos. Más vale que lo recuerdes, Arkin. A veces empiezas a fastidiarme... —terminó firmemente, casi amenazante.

—Gwen, Gwen —dijo Ruark, muy agitado—. Eres una amiga, una auténtica compañera. Juntos nos hemos enfrentado a grandes problemas. Nunca te ofendería,

no era esa mi intención. Además no eres una kavalari, en absoluto. En principio, eres demasiado mujer, una auténtica mujer; no una mera *eynkethi* o una *betheyn*.

—¿No? ¿De veras? Sin embargo acepté el vínculo de jade-y-plata —se volvió hacia Dirk y añadió con voz algo más baja—: Por Jaan. En realidad, el aeromóvil es de él y por eso lo utilizo, para responder a tu pregunta original. Por Jaan.

Silencio. Mientras ascendían en la negrura sólo se oía el viento huracanado que arremolinaba la melena larga y lacia de Gwen y los rizos de Dirk, que mientras el frío le penetraba la delgada vestimenta braqui se preguntaba por qué el vehículo no tenía burbuja protectora, apenas un pequeño parabrisas. Luego se cruzó de brazos, apretándolos contra el pecho, y se acurrucó en el asiento.

—¿Jaan? —preguntó con serenidad. Una pregunta. La respuesta llegaría, estaba seguro, y le tenía miedo pues Gwen había lanzado el nombre como si lanzara un reto.

—Él no lo sabe —dijo Ruark.

Gwen suspiró y Dirk notó que ella estaba nuevamente en tensión.

—Lo siento, Dirk. Creí que lo sabías. Ha pasado mucho tiempo. Pensé que... en fin, alguno de nuestros amigos comunes de Avalon sin duda te lo habrían comentado.

—Nunca veo a nadie —dijo cautelosamente Dirk—. A ninguno de nuestros conocidos, quiero decir. Siempre estoy de viaje; Draque, Prometeo, el Mundo de Jamison... —su propia voz resonaba hueca y frágil en sus oídos. Hizo una pausa y tragó saliva—. ¿Quién es Jaan?

—Jaantony Riv Lobo alto-Jadehierro Vikary —dijo Ruark.

—Jaan es mi... —titubeó—, no es fácil de explicar: soy la *betheyn* de Jaan, *cro-betheyn* de su *teyn* Garse —durante un segundo se volvió, apartando los ojos del panel de instrumentos; luego miró de nuevo hacia adelante mientras Dirk seguía tan perplejo como antes—. Mi esposo —concluyó entonces, encogiéndose de hombros—. Lo siento, Dirk. No es exactamente así, pero es el modo más aproximado de decírtelo en una sola palabra. Jaan es mi esposo.

Dirk, acurrucado en el asiento y cruzado de brazos, no dijo nada. Tenía frío, le dolía todo el cuerpo y se preguntaba a qué había venido. Recordó la joya susurrante y se sintió aún más intrigado. Ella le había llamado por alguna razón, sin duda. Y a su debido tiempo, se lo diría. Era comprensible, en realidad, que no viniera a recibirle sola. En el puerto había pensado incluso, por un instante, que tal vez Ruark..., y eso no le había molestado.

Después de una prolongada pausa, Gwen se volvió hacia él una vez más.

—Lo siento —repitió—. De veras, Dirk. Nunca debiste haber venido.

Tiene razón, pensó Dirk.

Los tres continuaron vuelo en silencio. Habían cambiado algunas palabras, y no las que Dirk habría querido oír, sino palabras que en nada alteraban la situación. Estaba aquí, en Worlorn, y tenía a Gwen a su lado. Pero de pronto ella se había

convertido en una extraña. Los dos eran extraños. Dirk iba hundido en el asiento sumido en sus reflexiones, mientras un viento frío le azotaba el rostro.

En Braque había imaginado que de algún modo la joya susurrante implicaba una nueva llamada, que Gwen quería recuperarle. La única pregunta que le había preocupado era si debía ir o no, si podía regresar a Gwen, si Dirk t'Larien aún podía amar y ser amado. Pero ahora veía que las cosas eran muy diferentes.

Envía esta señal y acudiré sin hacer preguntas. Esa era la promesa, la única promesa, nada más.

Se enfureció. ¿Por qué ella le hacía esto? Había conservado la joya y había advertido los sentimientos de Dirk. Tenía que haberse dado cuenta. Ninguna necesidad de Gwen podía pagar el precio de estos recuerdos.

Luego, finalmente, Dirk t'Larien recuperó la serenidad. Cerró los ojos con fuerza y vio nuevamente el canal de Braque y la barcaza negra y solitaria que por un momento le había parecido tan importante. Y recordó su resolución de intentarlo de nuevo, de ser como había sido, de acudir a ella y darle cuanto le pidiera, cuanto necesitara, no sólo por ella sino también por sí mismo.

Se enderezó con esfuerzo, separó los brazos, abrió los ojos y se irguió frente al cortante viento. Luego miró a Gwen con deliberación, sonriéndole con ese aire tímido que ella conocía.

—Ah, Jenny —le dijo—. Yo también lo siento. Pero no importa. No lo sabía, pero no importa. Me alegro de haber venido, y tú también deberías alegrarte. Siete años es mucho tiempo, ¿verdad?

Ella le miró de soslayo y luego volvió a concentrarse en los mandos, relamiéndose crispadamente los labios.

—Sí. Siete años es mucho tiempo, Dirk.

—¿Me presentarás a Jaan?

—Y también a Garse, su *teyn*.

Abajo se oyó un gorgoteo, un río perdido en la oscuridad. Desapareció rápidamente; se desplazaban a gran velocidad. Dirk se asomó por el borde del aeromóvil para atisbar la negrura más allá de las alas; luego miró hacia arriba.

—Necesitáis más estrellas —dijo pensativamente—. Me siento como si estuviera ciego.

—Entiendo a qué te refieres —dijo Gwen con una sonrisa, y de pronto Dirk se sintió mejor, como hacía tiempo no se sentía.

—¿Recuerdas el cielo de Avalon? —preguntó.

—Sí, por supuesto.

—Había muchísimas estrellas. Era un mundo hermoso.

—Worlorn también tiene sus encantos. ¿Lo conoces bien?

—Un poco —repuso Dirk sin dejar de mirarla—. Sé algo acerca del Festival, y

también que es un planeta errante, y temo que eso sea todo. En la nave una mujer me dijo que Tomo y Walberg descubrieron el lugar cuando viajaban hacia el extremo de la galaxia.

—No es muy exacto —dijo Gwen—. Pero la historia tiene su atractivo. En cualquier caso, todo lo que verás es parte del Festival. Como todo el planeta. Participaron todos los mundos del Confín, y cada cultura está reflejada en las ciudades. Hay catorce ciudades, una por cada mundo del Confín. En medio de ellas están el puerto espacial y el llano, que es una especie de parque. Ahora lo estamos sobrevolando. El llano no es muy interesante, ni siquiera de día. En los años del Festival, solía haber fiestas y competencias de todo tipo.

—¿Dónde está el lugar donde vives?

—En un paraje desierto —dijo Ruark—. Lejos de las ciudades, detrás de la cadena montañosa.

—Mira —dijo Gwen.

Dirk miró. En el horizonte pudo distinguir vagamente una estribación montañosa, una barrera negra y dentada que surgía desde el llano y eclipsaba las estrellas más bajas. Una chispa de luz sanguinolenta destellaba en lo alto de un pico y crecía a medida que se acercaban. Crecía de tamaño pero no en luminosidad. El color seguía siendo ese rojo turbio y ominoso que de algún modo a Dirk le recordaba la joya susurrante.

—Estamos en casa —anunció Gwen cuando la luz estuvo más cerca—. La ciudad de Larteyn. *Lar* significa 'cielo' en kavalár antiguo. Esta es la ciudad de Alto Kavalaan. Algunos la llaman Fortaleza de Fuego.

Dirk comprendió el porqué a primera vista. Enclavada en el hombro de la montaña, con rocas por debajo y por detrás, la ciudad kavalár era también una fortificación, gruesa y cuadrangular, de murallas macizas, con estrechas troneras. Incluso las torres que se erguían detrás de las murallas eran pesadas y sólidas. Y bajas; la montaña se alzaba por encima de ellas, y la luz de la ciudad proyectaba reflejos sangrientos en la piedra oscura.

—Piedraviva —le dijo Gwen, respondiendo a la pregunta que él no había formulado—; un mineral que absorbe la luz durante el día y la irradia durante la noche. En Alto Kavalaan solían usarla para confeccionar alhajas, pero extrajeron toneladas y las embarcaron hacia Worlorn para el Festival.

—Impresionante por lo barroco —dijo Ruark—. Impresionante por lo kavalár.

Dirk se limitó a asentir.

—Deberías haberla visto en los viejos tiempos —dijo Gwen—. De día Larteyn absorbía luz de los siete soles, y de noche iluminaba la cordillera. Como una daga de fuego. Ahora las piedras se están volviendo opacas. La Rueda se aleja cada día más. Dentro de una década la ciudad estará oscura como un rescoldo consumido.

—No parece muy grande —dijo Dirk—. ¿A cuánto ascendía la población?

—Llegó a un millón de personas. Lo que ves es sólo la parte superior del témpano. La ciudad está en las entrañas de la roca.

—Algo muy kavalár —dijo Ruark—. Una profunda fortaleza tallada en la roca viva. Pero ahora desierta. Según el último recuento, veinte personas, nosotros incluidos.

El aeromóvil sobrevoló la muralla exterior y enfiló hacia el borde del ancho saliente rocoso para pasar en línea recta frente a la roca y la piedraviva. Dirk vio abajo espaciosas aceras, hileras de estandartes que flameaban lentamente y enormes gárgolas con ardientes ojos de piedraviva. Los edificios eran de mineral blanco y madera de ébano, y a los flancos la roca les arrojaba reflejos que se prolongaban en franjas rojas como las heridas de una bestia oscura y gigantesca. Sobrevolaron torres y cúpulas y calles, callejuelas sinuosas y anchas avenidas, patios abiertos y un vastísimo teatro al aire libre.

Todo estaba desierto. Ni una figura avanzaba por los rojizos caminos de Larteyn.

Gwen descendió en espiral sobre el techo de una torre negra y cuadrangular. Mientras ella apagaba el control de gravedad para el aterrizaje, Dirk avistó otros dos vehículos en la pista: uno lustroso y amarillo, con forma de lágrima, y un viejo y formidable artefacto militar que parecía una pieza de un museo de guerra. Era verde oliva, cuadrado y blindado, con un cañón láser en la cabina delantera y toberas en la parte de atrás.

Gwen aterrizó entre los dos vehículos, y los tres se apearon del aeromóvil. Cuando llegaron a la fila de ascensores, Gwen se volvió hacia Dirk, la cara encendida y extraña bajo aquella melancólica luz rojiza.

—Es tarde —le dijo—. Será mejor que todos vayamos a descansar.

Dirk no puso objeciones a esa brusca despedida.

—¿Y Jaan? —preguntó simplemente.

—Le conocerás mañana —replicó Gwen—. Antes quiero hablar con él.

—¿Por qué? —preguntó Dirk, pero ella ya le daba la espalda y se dirigía a las escaleras. En eso llegó el ascensor y Ruark le hizo entrar apoyándole la mano en el hombro.

Descendieron hacia el descanso y los sueños.

Capítulo 2

Esa noche descansó muy poco. Cada vez que lograba dormirse, los sueños le despertaban: visiones intensas y ultrajantes que apenas recordaba cada vez que abría los ojos. Finalmente desistió y optó por hurgar entre sus pertenencias hasta encontrar la joya envuelta en plata y terciopelo. Se quedó sentado en la oscuridad, pensando en las frías promesas de la gema.

Transcurrieron las horas. Por último, Dirk se levantó y se vistió, se guardó la joya en el bolsillo y salió a observar cómo despuntaba la Rueda. Ruark estaba profundamente dormido, pero había programado la puerta con el código de Dirk para que su huésped pudiera entrar y salir sin inconvenientes. Dirk tomó el ascensor hasta la azotea y esperó a que clareara del todo sentado en la fría ala metálica del aeromóvil gris.

Fue un alba extraña, opaca y amenazadora, que engendró un día turbio. Al principio sólo un fulgor tenue y borroso se insinuó sobre el horizonte, una mancha rojinegra que se reflejó débilmente en las piedravivas de la ciudad. Luego salió el primer sol: una diminuta bola amarilla que Dirk observó con los ojos desnudos. Minutos más tarde asomó el segundo sol, un poco más grande y brillante, en otra parte del horizonte. Pero los dos, aunque sin duda eran estrellas de considerable tamaño, emitían menos luz que la generosa luna de Braque.

Poco tiempo después el Cubo de la Rueda empezó a cernirse sobre el llano, al principio como una franja roja y opaca perdida en la luz común del alba, pero luego fue adquiriendo más brillo hasta que al fin Dirk vio que no era un reflejo, sino la corona de un vasto sol rojo.

Al elevarse, pintaba el mundo de carmesí.

Dirk echó un vistazo a las calles. Las piedravivas de Larteyn ahora se habían opacado; sólo en los rincones sombríos perduraba el fulgor, aunque desvanecido. La melancolía se había abatido sobre la ciudad como un sudario grisáceo ligeramente teñido de un rojo sin vida. Bajo una luz pálida y fría habían muerto todos los reflejos nocturnos, y las calles silenciosas sugerían muerte y desolación.

El día de Worlorn. Pero todavía era crepúsculo...

—El año pasado era más brillante —dijo una voz a sus espaldas—. Cada día es más oscuro, más frío. De las seis estrellas de la Corona del Infierno, dos se ocultan ahora detrás del Gordo Satanás y no dan luz ninguna. Las otras se alejan y empequeñecen. Satanás sigue mirando a Worlorn, pero su luz es muy roja y cada vez más tenue. De modo que Worlorn vive en un lento atardecer. Unos años más, y los siete soles serán siete estrellas. Y los hielos regresarán.

El que hablaba permanecía muy tieso mientras contemplaba el alba con las piernas ligeramente separadas y las manos en las caderas. Era un hombre alto,

delgado y musculoso, con el torso desnudo pese al frío de la mañana. La luz del Gordo Satanás le enrojecía aún más la piel cobriza. Tenía pómulos altos y angulosos, una mandíbula pesada y prominente, y una melena rala y larga hasta los hombros, renegrada como la de Gwen. Y en los antebrazos —antebrazos oscuros sembrados de vello negro— lucía dos brazaletes igualmente macizos. Jade-y-plata en el izquierdo, hierro negro y piedraviva roja en el derecho.

Dirk no se movió del ala de la raya voladora. El hombre clavó sus ojos en él.

—Usted es Dirk t'Larien, y en su tiempo fue amante de Gwen.

—Y usted es Jaan.

—Jaan Vikary, del clan de Jadehierro —dijo el otro; se adelantó y alzó las manos con las palmas desnudas hacia afuera.

Dirk ya conocía el gesto. Se incorporó y apretó las palmas contra las del kavalár. Al hacerlo notó otra cosa; Jaan usaba un cinturón de metal negro y lustroso, y llevaba al costado una pistola láser.

Vikary vio la expresión de su rostro y sonrió.

—Todos los kavaláres van armados. Es una costumbre... Y muy apreciada. Espero que usted no se disguste tanto como el amigo de Gwen, el kimdissi, y que no sea tan prejuicioso. En tal caso, el defecto es de usted, no de nosotros. Larteyn es parte de Alto Kavalaan, y nadie puede pretender que otra cultura se adapte a la propia.

Dirk volvió a sentarse.

—No. Quizá debí suponerlo, por lo que oí anoche. Simplemente me parece extraño... ¿Hay guerra en algún lado?

Vikary esbozó una sonrisa muy tenue, mostrando apenas los dientes.

—Siempre hay guerra en algún lado, t'Larien. La vida misma es una guerra —hizo una pausa—. Ese nombre, t'Larien..., es raro. Nunca oí uno similar, y mi *teyn* Garse tampoco. ¿En qué mundo nació usted?

—Baldur. Muy lejos de aquí, al otro lado de la Vieja Tierra. Pero apenas lo recuerdo. Mis padres se establecieron en Avalon cuando yo era muy pequeño.

Vikary asintió.

—Y por lo que Gwen me dijo, usted ha viajado mucho. ¿Qué mundos ha visitado?

Dirk se encogió de hombros.

—Prometeo, Rhiannon, Estarroca, el Mundo de Jamison, entre otros. Avalon, desde luego. Una docena en total, lugares más primitivos que Avalon en general, en los que se necesita a una persona con mis conocimientos. Encontrar trabajo suele ser fácil si uno ha estado en el Instituto, aunque no se tenga una habilidad o un talento especial. Me viene muy bien, pues me gusta viajar.

—Y sin embargo nunca hasta ahora había estado más allá del Velo del Tentador.

Sólo en las ruindas, y nunca en los mundos exteriores. Aquí encontrará cosas diferentes, t'Larien.

Dirk frunció el ceño.

—¿Cuál es la palabra que ha utilizado? ¿Ruindas?

—Las ruindas —repitió Vikary—. Ah, jerga de los lobunos. Los mundos arruindados, o los mundos arruinados, como usted prefiera. Un giro que aprendí de varios lobunos amigos con los que estudié en Avalon. Se refiere a la esfera estelar entre los mundos exteriores y las colonias de la primera y segunda generación cercanas a la Vieja Tierra. Fue en las ruindas donde los hranganos saturaron las estrellas y esclavizaron otros mundos y lucharon contra los Imperiales de la Tierra. Casi todos los planetas que usted ha nombrado ya eran conocidos entonces, y la antigua guerra los afectó seriamente. El colapso los arruinó. El mismo Avalon es una colonia de la segunda generación, y en su tiempo fue capital de distrito. Es una distinción para un mundo tan distante en nuestro mundo posterior al interregno, ¿no le parece?

Dirk asintió.

—Sí, conozco un poco la historia. Usted parece conocerla bien.

—Soy historiador —dijo Vikary—. He consagrado casi todos mis afanes a hacer historia a partir de los mitos de mi propio mundo, Alto Kavalaan. Jadehierro me envió a Avalon, pese a los gastos, para investigar los bancos de memoria de las viejas computadoras a ese solo efecto. Pero pasé allí dos años estudiando, con mucho tiempo libre, y la historia del hombre llegó a interesarme en un sentido más amplio.

Dirk guardó silencio y volvió a contemplar el amanecer. El disco rojo del Gordo Satanás se había elevado un poco y se divisaba una tercera estrella amarilla. Estaba un poco más al norte que las demás, y era sólo una estrella.

—La estrella roja es supergigante —murmuró Dirk—, pero allá arriba parece apenas mayor que el sol de Avalon. Debe de estar muy lejos. Tendría que hacer más frío, los hielos ya deberían avanzar. Pero sólo hace fresco.

—Gracias a nosotros —le dijo Vikary con cierto orgullo—. No a Alto Kavalaan, en realidad, pero no obstante es mérito de los mundos exteriores. En Tóber se preservó buena parte de los conocimientos tecnológicos de los Imperiales de la Tierra perdidos durante el colapso, y los toberianos los han incrementado con los siglos. Sin el escudo que fabricaron, el Festival habría sido imposible. En el perihelio, el calor de la Corona del Infierno y del Gordo Satanás habría hecho evaporar la atmósfera y hervir el mar de Worlorn, pero el escudo toberiano impidió ese desastre y tuvimos un verano largo y luminoso. Ahora, del mismo modo, ayuda a conservar el calor. Pero tiene sus limitaciones, como todo. El frío llegará.

—No pensé que nos fuéramos a conocer así —dijo Dirk—. ¿Por qué ha subido a la azotea?

—Quise probar suerte. Hace muchos años Gwen me dijo que a usted le gustaba contemplar el alba. Y también otras cosas, Dirk t'Larien. Sé mucho más acerca de usted, que usted acerca de mí.

Dirk rió.

—Bueno, eso es verdad. Yo me enteré anoche de la existencia de usted.

Jaan Vikary le miró con dureza y severidad.

—Pero existo. Recuérdelo, y podremos ser amigos. Tenía esperanzas de encontrarle solo y decirle esto antes de que los otros se levantaran. Esto no es Avalon, t'Larien. Y hoy no es ayer. Este es un mundo agonizante, un mundo sin códigos, de modo que cada uno de nosotros tiene que aferrarse con firmeza al código que conoce, sea cual fuere. No ponga a prueba el mío. Desde mi estadía en Avalon he tratado de considerar que soy Jaan Vikary, pero sigo siendo un kavalár. No me obligue a ser Jaantony Riv Lobo alto-Jadehierro Vikary.

Dirk se incorporó.

—No estoy seguro de entenderle —dijo—. Pero le aseguro que no soy tan intratable. Por cierto, no tengo nada contra usted, Jaan.

Vikary pareció satisfecho. Cabeceó con lentitud y hundió la mano en el bolsillo del pantalón.

—Un emblema de mi amistad y aprecio por usted —dijo extrayendo un broche de metal negro para el cuello, con forma de pez raya. ¿Lo usará mientras permanezca aquí?

Dirk tomó el broche.

—Si usted quiere —dijo, sonriendo ante la formalidad del otro. Y se lo clavó en el cuello de la chaqueta.

—El alba aquí es triste —dijo Vikary—, y el día no es mucho mejor. Baje a nuestros aposentos. Despertaré a los demás y comeremos algo.

El aposento que Gwen compartía con los dos kavaláres era inmenso. Un hogar de dos metros de altura y cuatro de largo, con una repisa gris pizarra donde dos gárgolas relucientes se arqueaban para vigilar las cenizas, dominaba la alta sala de estar. Vikary guió a Dirk a través de la sala, cubierta por una extensa y mullida alfombra negra, hasta un comedor de casi el mismo tamaño. Dirk se sentó en una silla de madera de respaldo alto, una de las doce que había a lo largo de la gran mesa, mientras su anfitrión iba en busca de comida y compañía.

Al cabo de un rato regresó con una gran fuente llena de carne parda cortada en tajadas y un cesto de galletas. Lo depositó todo frente a Dirk y volvió a marcharse.

Acababa de salir cuando se abrió otra puerta y entró Gwen con una sonrisa somnolienta. En la cabeza llevaba un pañuelo viejo, vestía pantalones descoloridos y una holgada blusa verde de mangas anchas. Dirk reparó en el brillo del pesado

brazalete de jade y plata que le ceñía el brazo izquierdo. A corta distancia la seguía otro hombre, casi tan alto como Vikary pero varios años más joven y mucho más esbelto, vestido con una bata pardo rojiza y tornasolada de mangas cortas. Tenía ojos profundamente azules, los más azules que Dirk había visto, incrustados en un rostro delgado y afilado enmarcado por una barba roja y abundante.

Gwen se sentó. La barba roja se detuvo frente a la silla de Dirk.

—Soy Garse Jadehierro Janacek —dijo, al tiempo que le ofrecía las palmas.

Dirk se levantó para saludarle.

Garse Jadehierro Janacek, advirtió Dirk, llevaba una pistola láser a la cintura, metida en una funda de cuero sujeta a un cinturón de malla de acero, plateada. En el antebrazo derecho llevaba un brazalete negro, gemelo del de Vikary, de hierro y algo que parecía piedraviva.

—Probablemente ya sabe quién soy —dijo Dirk.

—Desde luego —repuso Janacek con una sonrisa maliciosa.

Los dos se sentaron.

Gwen ya estaba masticando una galleta. Cuando Dirk estuvo sentado, ella extendió el brazo por encima de la mesa y le acarició el broche que llevaba en el cuello, sonriendo con aire divertido.

—Veo que tú y Jaan ya os habéis conocido —dijo.

—Más o menos —replicó Dirk.

En ese preciso instante regresó Vikary. En la mano derecha asía dificultosamente cuatro picheles de cuero, y con la izquierda aferraba una jarra de cerveza negra. Dejó todo en el centro de la mesa, y luego fue por última vez a la cocina para traer platos y cubiertos, y una jarra esmaltada con una pasta amarilla y dulce que era, les dijo, para untar las galletas.

Cuando Vikary se fue, Janacek empujó los vasos hacia Gwen.

—Sirve —le dijo con un tono más bien perentorio antes de volverse nuevamente hacia Dirk—. Me dicen que usted es el primer hombre que ella conoció —comentó mientras Gwen servía—. Pues le ha dejado una cantidad de hábitos impertinentes —añadió con una sonrisa fría—. Estoy tentado de tomarlo como una ofensa y exigirle a usted una satisfacción.

Dirk quedó estupefacto.

Gwen había llenado tres de los picheles con espumosa cerveza. Puso uno delante del asiento de Vikary, el segundo al lado de Dirk y bebió un largo sorbo del tercero. Luego se enjugó los labios con el dorso de la mano, le sonrió a Janacek, y le alargó el pichel vacío.

—Si vas a amenazar al pobre Dirk a causa de mis hábitos —dijo—, supongo que me corresponde retar a duelo a Jaan por todos los años que he tenido que sufrir los tuyos.

Janacek hizo girar el pichel vacío en las manos y tosió.

—*Perra-betheyn* —dijo con toda naturalidad, y él mismo se sirvió la cerveza.

Vikary regresó un instante después. Se sentó, bebió un trago de su pichel, y se pusieron a comer. Dirk no tardó en descubrir que le gustaba desayunar con cerveza. Las galletas untadas con una generosa porción de esa pasta dulce, eran también excelentes. La carne estaba algo seca.

Janacek y Vikary le interrogaron durante el desayuno, y Gwen, echada hacia atrás como gozando de la escena, apenas intervino. El contraste entre los dos kavalares llamaba la atención. Jaan Vikary se inclinaba hacia adelante al hablar (seguía con el torso desnudo y de cuando en cuando bostezaba y se rascaba con aire ausente), y su tono era vagamente afectuoso y amigable. Sonreía a menudo, y parecía mucho más tranquilo que en la azotea. Pero Dirk no dejaba de entrever cierta deliberación, la de un hombre parco que se esforzaba conscientemente por ser cordial; hasta sus informalidades —las sonrisas, los bostezos— parecían estudiadas y actuadas. Garse Janacek, aunque permanecía más erguido que Vikary y nunca se rascaba y exhibía todas las afectaciones de lenguaje típicas de un kavalar, parecía sin embargo más genuinamente distenso, como un hombre que disfrutaba de las restricciones que su sociedad le había impuesto y a quien jamás se le ocurriría sortearlas. Su conversación era animada e incisiva; soltaba un insulto tras de otro, casi siempre dirigidos a Gwen. Ella le retrucaba a veces, pero con titubeos; Janacek era más experto en ese juego. Parecían ataques sin importancia, réplicas afectuosas, pero varias veces Dirk creyó notar un rastro de verdadera hostilidad. Ante cada enfrentamiento Vikary arrugaba el ceño.

Cuando Dirk aludió a su año de estancia en Prometeo, Janacek no desperdició la oportunidad.

—Dígame t'Larien —le dijo—, ¿considera humanos a los Hombres Alterados?

—Desde luego —repuso Dirk—. Lo son. Los Imperiales de la Tierra se establecieron allí durante el conflicto. Los prometeicos modernos no son sino descendientes del Comando de Guerra Ecológica.

—Por cierto —dijo Janacek—, pero aun así no estoy de acuerdo con la conclusión de usted. Han manipulado sus genes hasta tal punto que en mi opinión han perdido todo derecho de llamarse hombres. Hombres-libélula, hombres-submarino, hombres que respiran veneno, hombres que ven en la oscuridad como hruum, hombres con cuatro brazos, hermafroditas, soldados sin estómago, hembras de laboratorio sin sensibilidad... Esas criaturas no son hombres. O con más precisión, son no-hombres.

—No —dijo Dirk—. He oído el término no-hombre. Es un vocablo común en muchos mundos, pero alude a gente que ha sido transmutada en tal forma que no puede mezclarse con otras razas. Los prometeicos se han cuidado de sortear ese

inconveniente. Los líderes, que como sabrá, son bastante normales, con sólo alteraciones menores para la longevidad y detalles por el estilo, bueno..., los líderes hacen incursiones regulares a Rhiannon y Estarroca, como usted sabrá. En busca de humanos normales...

—Pero ni siquiera la Tierra es terranormal desde hace varios siglos —interrumpió Janacek, luego se encogió de hombros—. No viene al caso, ¿verdad? La Vieja Tierra está muy lejos, de todas maneras. Solo nos llegan rumores que ya tienen siglos. Continúe.

—He dicho cuanto quería decir. Los Alterados siguen siendo humanos. Aun las castas inferiores, las más grotescas, los experimentos fallidos descartados por los cirujanos, todos ellos pueden tener contacto físico con los demás y reproducirse. Por eso mismo los esterilizan, pues temen que se reproduzcan las anomalías, con mayor énfasis aún.

Janacek bebió un trago de cerveza y le miró con sus intensos ojos azules.

—Entonces..., sí pueden tener contacto —sonrió—. Dígame t'Larien; durante el año que estuvo en ese mundo, ¿tuvo oportunidad de comprobarlo personalmente?

Dirk se sonrojó y se sorprendió mirando a Gwen como si de algún modo ella tuviera la culpa.

—No practiqué la abstinencia en los últimos siete años, si a eso se refiere —farfulló.

Janacek recibió la respuesta con una sonrisa burlona y se volvió hacia Gwen.

—Interesante —le dijo—. El hombre comparte tu lecho varios años y después vuelve de inmediato a la bestialidad.

La cólera ensombreció la cara de Gwen; Dirk aún la conocía lo bastante como para advertirlo. Jaan Vikary tampoco pareció muy complacido.

—Garse —dijo en tono de advertencia.

Janacek le hizo caso.

—Mis disculpas, Gwen —dijo—. No quise insultarte. No tienes la culpa de que a t'Larien le gusten las sirenas y las mujeres insecto.

—¿Recorrerá los bosques de Worlorn, t'Larien? —preguntó Vikary en voz alta, interviniendo deliberadamente en la conversación.

—No lo sé —dijo Dirk saboreando la cerveza—. ¿Debería hacerlo?

—Nunca te perdonaría que no lo hicieras —dijo Gwen con una sonrisa.

—Entonces iré. ¿Por qué es tan interesante?

—El sistema ecológico... Está formándose y muriendo, todo simultáneamente. En el Confín la ecología fue durante mucho tiempo una ciencia olvidada. Aún hoy los mundos exteriores no pueden alardear de poseer más de una docena de especialistas bien entrenados. Cuando se realizó el Festival, Worlorn fue sembrado con formas de vida de catorce mundos diferentes casi sin tener en cuenta la interacción. En rigor

eran más de catorce mundos, si piensas en los múltiples trasplantes: animales traídos de la Tierra a Nueva Ínsula, a Avalon, a Lobo, y de ahí a Worlorn, cosas por el estilo.

"Lo que hacemos Arkin y yo es estudiar cuáles fueron las consecuencias. Hace un par de años que trabajamos en eso, y hay bastante como para mantenernos ocupados durante toda una década más. Los resultados deberían interesar particularmente a los granjeros de todos los mundos exteriores. Sabrán qué flora y fauna del Confín pueden introducir con seguridad en sus mundos natales, y bajo qué condiciones, y cuáles pueden ser dañinas para un sistema ecológico.

—Los animales de Kimdiss demuestran ser particularmente perjudiciales —gruñó Janacek—. Tanto como quienes los trajeron.

Gwen le sonrió con sarcasmo.

—Garse está molesto porque parece que el banshi negro está a punto de extinguirse —le dijo a Dirk—. Es una verdadera vergüenza. En Alto Kavalaan los han cazado con tanta saña que la especie está realmente amenazada, y se tenía esperanzas de que los ejemplares que soltaron aquí hace veinte años se adaptarían y multiplicarían, de manera que podrían volver a capturarlos y llevarlos de regreso a Alto Kavalaan antes de la llegada del frío. No resultó. El banshi es un depredador temible, pero no puede competir con el hombre, y la reserva que le corresponde en Worlorn ha sido infestada por espectros arbóreos de Kimdiss.

—Casi todos los kavalares consideran al banshi como una plaga y una amenaza —explicó Jaan Vikary—. En su hábitat natural mata hombres con frecuencia, y los cazadores de Braith, Acerorrojo y Shanagato consideran al banshi un animal peligroso. Existe una sola excepción: en Jadehierro siempre ha sido diferente. Hay un antiguo mito, de la época en que Kay Herrero y su *teyn* Roldan Lobo-Jade luchaban solos contra un ejército de demonios en las colinas de Lameraan. Kay había caído y Roldan, de pie a su lado, ya perdía sus fuerzas cuando desde las colinas irrumpieron los banshis, en bandadas tan oscuras y numerosas que tapaban el sol. Se lanzaron sobre el ejército de demonios y los devoraron a todos, dejando a Kay y a Roldan con vida. Más tarde, cuando los *teyn-y-teyn* encontraron su cueva de mujeres y fundaron el primer clan de Jadehierro, el banshi se transformó en bestia-hermana y emblema. Ningún Jadehierro ha matado jamás un banshi, y la leyenda dice que cuando la vida de un hombre de Jadehierro está en peligro, un banshi acudirá a guiarlo y protegerlo.

—Una bonita historia —dijo Dirk.

—Es más que una historia —dijo Janacek—. Existe un lazo entre Jadehierro y el banshi, t'Larien. Tal vez sea un lazo extrasensorial, tal vez las criaturas sean sensitivas, tal vez todo sea puro instinto. No pretendo saberlo. Pero el lazo existe.

—Superstición —dijo Gwen—. En realidad no debes pensar mal de Garse. No tiene la culpa de no haber recibido nunca una buena educación.

Dirk untó una galleta con pasta y miró a Janacek.

—Jaan mencionó que era historiador, y ya sé a qué se dedica Gwen —dijo—. ¿Y usted? ¿De qué se ocupa?

Los ojos azules le miraron con frialdad. Janacek no respondió.

—Tengo la impresión de que usted no es ecólogo —prosiguió, al tiempo que Gwen soltaba una carcajada.

—Esa impresión es estremecedoramente correcta, t'Larien —dijo Janacek.

—¿Qué hace usted en Worlorn, entonces? Y por lo demás —se volvió hacia Jaan Vikary—, ¿qué hace un historiador en un lugar como éste?

Vikary acunó el pichel de cerveza entre sus robustas manos y sorbió un trago meditativamente.

—Es muy sencillo —dijo—. Soy un altoseñor kavalár del clan de Jadehierro, ligado a Gwen Delvano por jade-y-plata. Mi *betheyn* fue enviada a Worlorn por decisión del consejo de altoseñores, así que es natural que también yo esté aquí, lo mismo que mi *teyn*, ¿comprende?

—Supongo que sí. ¿Acompaña a Gwen, entonces?

—*Protegemos* a Gwen —dijo Janacek glacialmente, con suma hostilidad—. Por lo general, de su propia locura. No tendría que estar aquí, y sin embargo vino. Así que nosotros también estamos aquí. En cuanto a su pregunta anterior, t'Larien, soy Jadehierro, *teyn* de Jaantony alto-Jade-hierro. Puedo *hacer* cualquier cosa que mi clan necesite de mí: cazar o sembrar, batirme en duelo, guerrear contra nuestros enemigos, hacer hijos en el vientre de nuestras *eyn-kethi*. Eso es lo que hago. Usted ya sabe lo que soy. Le he dicho mi nombre.

Vikary le miró de reojo y le incitó a callar con un ademán breve y contundente.

—Considérenos turistas retrasados —le dijo a Dirk—. Estudiamos y vagabundeamos, recorremos los bosques y las ciudades muertas, nos divertimos. Nos encargáramos de enjaular banshis para llevarlos de regreso a Alto-Kavalaan, sólo que no hemos podido encontrar ningún banshi —se levantó y terminó la cerveza de un trago—. El día pasa y nosotros seguimos sentados —dijo después de depositar el pichel sobre la mesa—. Si quiere usted salir, debería hacerlo pronto. Cruzar las montañas lleva tiempo, aun con el aeromóvil, y no es prudente permanecer afuera después del anochecer.

—¿No? —Dirk terminó su cerveza y se secó la boca con el dorso de la mano. Las servilletas parecían no formar parte de la etiqueta kavalár.

—Los banshis nunca fueron los únicos depredadores de Worlorn —dijo Vikary—. En los bosques hay bestias asesinas y merodeadoras de catorce mundos, y no son el mayor peligro. Lo peor son los humanos. Worlorn es hoy un mundo callado y desierto, y sus sombras y páramos están llenos de acechanzas.

—Mejor que los dos vayan armados —dijo Janacek—. O mejor aún, Jaan y yo deberíamos acompañarles, para más seguridad.

Pero Vikary meneó la cabeza.

—No, Garse. Tienen que ir solos y hablar. Es mejor así, ¿comprendes? Es mi deseo —luego recogió varios platos y se dirigió a la cocina; pero cerca de la puerta se detuvo y miró por encima del hombro, y sus ojos se encontraron con los de Dirk.

Y Dirk recordó el diálogo de aquel amanecer en la azotea. *Existo* —había dicho Jaan—. *Recuérdelo*.

—¿Cuánto hace que no vuelas en aeropatín? —le preguntó Gwen poco después, cuando se encontraron en la azotea. Se había puesto un traje tornasolado de una sola pieza, un atuendo vagamente rojizo que la cubría desde las botas hasta el cuello. El pañuelo que le sujetaba el cabello negro era de la misma tela.

—Desde que era niño —dijo Dirk, que vestía ropas idénticas. Gwen se las había dado porque eran lo más apropiado para el bosque—. Desde Avalon. Pero tengo ganas de intentarlo. Solía ser bastante hábil.

—Muy bien, pues —dijo Gwen—. No podremos ir muy lejos ni muy rápido, pero eso no importa —abrió el baúl de carga del aeromóvil gris con forma de raya y extrajo dos pequeños envoltorios plateados y dos pares de botas.

Dirk se sentó en el ala para calzarse las botas y sujetárselas. Gwen desenvolvió los patines, dos pequeñas plataformas metálicas, blandas y delgadas, donde apenas había lugar para apoyar los pies. Cuando Gwen las depositó en el suelo, Dirk siguió con la vista los cables entrecruzados de los controles de gravedad ubicados en la parte inferior. Se puso de pie en una de ellas, apoyándose con cuidado, y las suelas metálicas de las botas se adhirieron con firmeza mientras la plataforma se ponía rígida. Gwen le entregó el control manual y Dirk se lo ciñó a la cintura de modo que le quedara al alcance de la palma de la mano.

—Arkin y yo recorreremos los bosques en aeropatín —le dijo Gwen, agachada, atándose las botas—. En aeromóvil es diez veces más rápido, desde luego, pero no siempre es fácil encontrar un claro donde aterrizar. Los patines sirven para estudiar ciertos detalles con más detenimiento, siempre y cuando no se lleve demasiado equipo o no se tenga demasiada prisa. Garse dice que son juguetes, pero... —se incorporó, subió a su plataforma y sonrió—. ¿Listo?

—¡Claro que sí —dijo Dirk, y rozó con el dedo el disco plateado que tenía en la palma de la mano derecha. Quizá con demasiada fuerza. El patín salió disparado hacia arriba y hacia afuera, arrastrándole por los pies y bamboleándole de un lado al otro. En sus bruscos balanceos estuvo a punto de partirse el cráneo contra la azotea, y luego se elevó al cielo riendo a todo pulmón y colgado de la plataforma.

Gwen le siguió de pie en la plataforma, trepando en el viento crepuscular con una destreza nacida de una larga práctica, como un genio montado en una alfombra plateada. Cuando alcanzó a Dirk, éste ya había logrado enderezarse manipulando los

controles, aunque aún se meneaba hacia atrás y hacia adelante en un afanoso esfuerzo por conservar el equilibrio. Al contrario de los aeromóviles, los aeropatines no tenían giróscopo.

—¡Hurraaaa! —gritó Dirk cuando ella se le acercó. Riendo, Gwen se colocó detrás de él y le dio una vigorosa palmada en la espalda. Era todo lo que necesitaba para perder nuevamente la estabilidad y empezar a girar como un tiovivo enloquecido en el cielo de Larteyn.

Gwen le lanzó un grito de advertencia. Dirk parpadeó y notó que estaba a punto de estrellarse contra el flanco de una alta torre de ébano. Tecleó los controles y se elevó bruscamente, aún luchando por estabilizarse.

Volaba a gran altura, bien erguido sobre la plataforma, cuando ella le alcanzó.

—¡No te acerques! —le advirtió con una sonrisa, sintiéndose estúpido, torpe y juguetón—. ¡Otro golpe así, mujer, y voy en busca del tanque volador y te borro del cielo con el láser! —se inclinó de lado, y en su afán por conservar el equilibrio se volcó aullando hacia el lado contrario.

—Estás borracho —le gritó Gwen a través del viento cortante—. Demasiada cerveza en el desayuno —ahora volaba por encima de Dirk, los brazos cruzados sobre el pecho, observando los esfuerzos de él con una mueca de burla.

—Estos aparatos parecen mucho más estables cuando cuelgas cabeza abajo —dijo Dirk. Finalmente había logrado un aparente equilibrio, aunque por la forma de extender los brazos se le notaba que no estaba seguro de poder conservarlo.

Gwen descendió al mismo nivel y se le acercó, bien plantada y segura de sus movimientos. El pelo renegrido ondeaba a sus espaldas como un salvaje estandarte negro.

—¿Cómo va eso? —aulló mientras volaban uno al lado del otro.

—¡Creo que lo tengo! —anunció Dirk, que aún se mantenía en pie.

—Bien. ¡Mira abajo!

Él miró más allá del borde de la plataforma. Habían dejado atrás las oscuras torres de Larteyn y las calles de opaca piedraviva. En cambio, se veía una pronunciada pendiente que descendía al llano a través del desierto cielo crepuscular. Atisbó un río allá abajo, un hilillo de aguas oscuras que serpenteaban en el difuminado verdor. Entonces sintió que se mareaba, apretó las manos y cayó otra vez de lado.

Gwen se zambulló debajo de Dirk mientras él colgaba cabeza abajo. Se cruzó de brazos y le dijo socarronamente:

—Eres incorregible, t'Larien. ¿Por qué no vuelas cabeza arriba?

Él refunfuñó, o quiso refunfuñar. Pero el viento le cortó la respiración, y la protesta murió en una mueca. Luego se incorporó nuevamente. Este ejercicio ya le hacía doler las piernas.

—¡Ahí tienes! —gritó y miró hacia abajo con un gesto desafiante, para demostrar

que la altura no volvería a afectarle.

Gwen volaba nuevamente a su lado. Le miró por encima del hombro y cabeceó.

—Eres una vergüenza para los hijos de Avalon, y para los aeropatinadores del universo entero —dijo—. Pero tal vez logres sobrevivir. Ahora, ¿quieres ver el bosque?

—¡Guíame, Jenny!

—Entonces date la vuelta. Estamos volando en dirección contraria. Tenemos que cruzar las montañas —Gwen extendió la mano libre, tomó la de Dirk y viraron juntos trazando una ancha espiral que les dejó enfrentados a Larteyn y la pared montañosa. La ciudad se veía gris y desleída desde la distancia. Las orgullosas piedravivas eran opacas al sol, contra el trasfondo oscuro de las montañas.

Volaron juntos hacia ellas, elevándose paulatinamente hasta que estuvieron muy por encima de la Fortaleza de Fuego, a suficiente altura para franquear las cumbres. Era la altura máxima que podía alcanzar un aeropatín; claro que un aeromóvil podía ascender mucho más, pero para Dirk era suficiente. Los trajes tornasolados habían adquirido una tonalidad gris blancuzca, y por suerte eran abrigados, pues soplaba un viento frío y el indeciso día de Worlorn no era mucho más cálido que la noche.

Cogidos de la mano y gritándose ocasionalmente comentarios, contoneándose al viento, Gwen y Dirk remontaban las laderas cuesta arriba y luego volaban cuesta abajo hasta valles sombríos y pedregosos, una y otra vez, y pasaban de largo frente a afiladas estribaciones de roca verdinegra, altas y angostas cascadas y precipicios aún más altos. En un momento determinado Gwen le desafió a una carrera y Dirk aceptó gritando, y luego salieron disparados a tanta velocidad como se lo permitía el patín y su habilidad, hasta que al fin Gwen se compadeció de él y regresó para darle nuevamente la mano.

Más al oeste la cadena montañosa descendió de golpe, tan abruptamente como se había erguido hacia el este, formando una alta muralla que resguardaba la selva de la luz de la Rueda, que aún trepaba en el cielo.

—Abajo —indicó Gwen, y él asintió.

Descendieron lentamente hacia la maraña verde y oscura. Hacía más de una hora que volaban y el fuerte viento de Worlorn había aturdido un poco a Dirk, que sentía aguijonazos en todo el cuerpo.

Aterrizaron en el corazón de la selva, a orillas de un lago que habían avistado al descender. Gwen bajó trazando una curva grácil y suave que la depositó en una playa musgosa al lado del agua. Dirk, por miedo a estrellarse y romperse una pierna, se apresuró a aflojar el control de gravedad y rodó por el suelo.

Gwen le ayudó a separar las botas del aeropatín, y entre los dos sacudieron la arena húmeda y el musgo de las ropas y el cabello de Dirk. Luego ella se le sentó al lado y sonrió. Él le devolvió la sonrisa y le dio un beso.

O lo intentó. Cuando se le acercó para rodearla con el brazo, Gwen se apartó. Él comprendió y dejó caer las manos, la cara ensombrecida.

—Lo siento —murmuró.

Desvió la cara y miró hacia el lago. El agua era verde y oleaginosa, y la quieta superficie estaba tachonada por islas de hongos de color violeta. Lo único que se movía eran los enjambres de insectos que, apenas visibles, zumbaban sobre las ciénagas cercanas. La selva era aún más oscura que la ciudad, pues las montañas todavía ocultaban casi todo el disco rojo del Gordo Satanás.

Gwen alzó la mano y le tocó el hombro. Luego le dijo con suavidad, aunque sin atreverse a mirarle:

—No. Soy yo quien lo siente. También a mí se me olvidó... Era casi como en Avalon.

Él la miró con una sonrisa lánguida y forzada, sin saber qué responderle.

—Sí. Casi. Te eché de menos, Gwen. Pese a todo. ¿O no debería decirlo?

—Tal vez no —dijo ella; eludió nuevamente los ojos de Dirk y miró más allá del lago. La orilla opuesta se perdía en el aire empañado. Escrutó la distancia largamente, inmóvil, salvo cuando el frío la hacía tiritar.

Dirk observó cómo las ropas de Gwen adquirían un tono amarillento, moteado de verde, al igual que las sombras del suelo donde estaba sentada.

Finalmente estiró una mano vacilante para tocarla. Ella se apartó, sacudiendo el hombro.

—No —le dijo.

Dirk suspiró, recogió un puñado de arena fría y pensativamente la dejó escurrir entre los dedos.

—Gwen —titubeó—. Jenny, no sé...

Ella le miró de soslayo y frunció el ceño.

—Ese no es mi nombre, Dirk. Nunca lo fue. Nadie me ha llamado nunca así, salvo tú.

Él parpadeó, consternado.

—Pero por qué...

—¡Porque no soy yo!

—Tampoco es otra que no tú —dijo él—. Simplemente se me ocurrió, en Avalon. Te sentaba bien, y te puse ese nombre. Creí que te gustaba.

Ella meneó la cabeza.

—En un tiempo. No entiendes. Nunca entiendes. Para mí llegó a significar más de lo que significaba al principio, Dirk. Más y más y más, y las cosas que evocaba ese nombre no eran buenas. Traté de decírtelo, incluso entonces. Pero eso fue hace mucho tiempo. Yo era más joven, una niña... No conocía las palabras precisas para explicarlo.

—¿Y ahora? —dijo Dirk con la voz crispada de irritación—. ¿Conoces ahora las palabras, Gwen?

—Sí. Para ti, Dirk. Más palabras de las que puedo usar —una broma secreta la hizo sonreír, y Gwen meneó la cabeza esparciendo el cabello al viento—. Escucha; es bonito tener nombres privados. Es una manera de compartir algo especial. Así ocurre con Jaan. Los altoseñores tienen nombres largos porque cumplen muchas funciones. Él puede ser Jaan Vikary para un amigo de Avalon, y Riv en el culto, y Lobo en la altaguerra, y aún tener otro nombre en el lecho, un nombre privado. Y está bien que sea así, porque él es todos esos nombres. Lo admito. Ciertas cosas de él me gustan más que otras. Prefiero a Jaan antes que a Lobo o alto-Jadehierro, pero todos esos atributos le pertenecen. Los kavalares tienen un refrán que dice que todo hombre es la suma de todos sus nombres. Los nombres son muy importantes en cualquier lugar, pero los kavalares les dan especial atención. Algo que no tiene nombre carece de sustancia. Si existiera, tendría un nombre. Y del mismo modo, si le dieras un nombre, en algún lugar, en algún nivel, lo que nombras existirá, llegará a ser. Ese es otro refrán kavalár. ¿Entiendes, Dirk?

—No.

Ella rió.

—Eres el torpe de siempre. Escucha: cuando Jaan vino a Avalon era Jaantony Jadehierro Vikary. Ese era su nombre. Su nombre completo. Lo más importante eran las dos primeras palabras. El verdadero nombre de él, el nombre de bautismo, es Jaantony, y Jadehierro es su clan y su alianza. Vikary es un nombre inventado que adoptó en la pubertad. Todos los kavalares suelen tomar esos nombres, que generalmente pertenecen a altoseñores que admiran, a figuras míticas, o a héroes personales. Muchos nombres de la Vieja Tierra han sobrevivido de esa manera. Se piensa que al adoptar el nombre de un héroe, el muchacho heredará algunos atributos del hombre en cuestión. Parece que en Alto Kavalaan la cosa funciona de veras.

"El nombre que eligió Jaan, Vikary, es algo insólito en varios aspectos. Suena como un cliché de la Vieja Tierra, pero no lo es. Por lo que se cuenta de él, Jaan era un niño extraño: soñador, melancólico, demasiado introspectivo. Cuando era pequeño le gustaba que las *eyn-kethy* le cantaran y le contaran historias, lo cual no es bueno para un niño kavalár. Las *eyn-kethy* son las nodrizas, las madres perpetuas del clan, y se supone que un niño normal no debe permanecer con ellas más de lo necesario. Cuando Jaan creció solía estar mucho a solas, explorando cavernas y minas abandonadas en las montañas. Celosamente alejado de sus hermanos de clan. No le culpo. Siempre le atormentaban, y prácticamente no tuvo amigos hasta que conoció a Garse. Es mucho más joven, pero sigue ligado a Jaan como su protegido desde las últimas etapas de la niñez. Con el tiempo todo eso cambió. Cuando Jaan se acercó a la edad en que sería sometido al duelo de honor, las armas le interesaron y las dominó

rápidamente. En verdad asimila las cosas de un modo asombroso; hoy es temiblemente veloz y se le considera un adversario mortal, aún más diestro que Garse, cuya habilidad es ante todo instintiva. Pero no siempre fue así, sin embargo. En cualquier caso, cuando le llegó el momento de elegir un nombre, tenía dos grandes héroes a los que no se atrevía a mencionar ante los altoseñores. Ninguno de los dos era Jadehierro, y para colmo los dos eran parias, villanos de la historia kavalara, líderes carismáticos cuyas causas se habían perdido y habían sufrido generaciones de deformación oral. De manera que Jaan se las arregló para juntar los dos nombres y pulir los sonidos hasta que el resultado se pareció a un viejo nombre familiar importado de la Tierra. Los altoseñores lo aceptaron sin discusión. Era sólo el nombre que había elegido, lo menos importante de la identidad de él. Al fin y al cabo, es lo último que se adquiere —Gwen frunció el ceño y continuó:

"Toda esta historia viene a cuento de esa circunstancia. Jaantony Jadehierro Vikary fue a Avalon, y era ante todo Jaantony Jadehierro. Sólo que Avalon es un mundo muy sensible a los apellidos, y allí él descubrió que en principio era Vikary. La Academia le registró con ese nombre, y los instructores le llamaban Vikary, y tuvo que vivir dos años con ese nombre. Pronto se transformó en Jaan Vikary, además de ser Jaantony... Creo que le gustaba; desde entonces procuró ser Jaan Vikary siempre, aunque no fue fácil después que regresamos a Alto Kavalaan. Para los kavalares él siempre será Jaantony.

—¿De dónde sacó los otros nombres? —preguntó Dirk, a pesar de él. Aquella historia le fascinaba y parecía arrojar una nueva luz sobre las palabras de Jaan Vikary en la azotea durante el amanecer.

—Cuando nos casamos, él me trajo consigo a Jadehierro y se convirtió en altoseñor, con lo cual automáticamente pasó a formar parte del consejo —dijo ella—. Eso añadía un 'alto' a su nombre, y le daba derecho a poseer una propiedad privada independiente del clan, a hacer sacrificios religiosos y a guiar a sus *kethi*, sus hermanos de clan, en la guerra. Así que obtuvo un nombre de guerra, una especie de grado, y un nombre religioso. En un tiempo esos nombres eran muy importantes. Hoy no tanto, pero las costumbres se conservan.

—Ya veo —dijo Dirk, aunque no atinaba a entender del todo; los kavalares parecían conferir una excepcional relevancia al matrimonio—. Y eso, ¿tiene algo que ver con nosotros?

—Mucho —dijo Gwen, poniéndose seria una vez más—. Cuando Jaan llegó a Avalon y la gente empezó a llamarle Vikary, él cambió. Se transformó en Vikary, un híbrido de los ídolos iconoclastas que había adorado. Los nombres tienen ese poder, Dirk. Eso fue lo que precipitó el final de nuestra relación. Yo te amaba, sí. Mucho. Te amaba, y tú amabas a Jenny.

—¡Tú eras Jenny!

—Sí y no. Tu Jenny, tu Ginebra. Lo repetías una y otra vez. Me llamabas por esos nombres y también por el de Gwen, pero tenías razón. Eran tus nombres. Sí, me gustaba. ¿Qué sabía yo del poder de los nombres? Jenny es muy bonito, y Ginebra tiene la fascinación de la leyenda. ¿Qué sabía yo?

"Pero aprendí, aunque nunca tuve palabras para expresarlo. El problema era que tú amabas a Jenny..., pero yo no era Jenny. Tal vez se basaba en mí, pero ante todo era un fantasma, un deseo, un sueño que habías modelado por tu cuenta. La sujetaste a mí y nos amaste a ambas, y con el tiempo me sorprendí transformándome en Jenny. Dale un nombre a algo y de algún modo llegará a existir. Toda la verdad reside en los nombres, y también todas las mentiras, pues nada distorsiona tanto como un nombre falso, un nombre falso que cambia la realidad así como cambia las apariencias.

"Yo quería que me amaras a mí, no a ella. Yo era Gwen Delvano, y quería sacar el mejor partido de ser Gwen Delvano, pero sin perder mi identidad. Me resistía a ser Jenny, y tú te empeñabas en conservarla. Nunca lo comprendiste, y por eso te dejé — terminó con una voz fría y serena, la cara rígida como una máscara, y luego volvió a mirar hacia otro lado.

Y finalmente Dirk comprendió. En siete años no lo había entendido, pero ahora, fugazmente, atinaba a vislumbrarlo. Por esta razón, pues, ella le había enviado la joya susurrante. No para recuperarle..., no, sino para decirle al fin por qué le había abandonado. Y todo tenía su lógica. De pronto la furia de Dirk se diluyó en una fatigosa pesadumbre. Distráidamente, desmenuzaba entre los dedos puñados de arena fría.

Ella vio su rostro y suavizó la voz.

—Lo siento, Dirk —le dijo—. Pero me llamaste Jenny otra vez. Y tenía que decirte la verdad. Nunca lo olvidé, y creo que tú tampoco, y con los años pensé en ello una y otra vez. Fue tan bueno mientras duró..., pensaba. ¿Cómo pudo fallar? Estaba asustada, Dirk, realmente asustada. Si lo nuestro pudo fallar, pensaba, entonces nada es seguro, nada puede tener consistencia. El miedo me paralizó durante dos años. Pero finalmente, con Jaan, comprendí. Y ahora te doy la respuesta que encontré. Lamento que sea dolorosa para tí, pero tenías que conocerla.

—Había abrigado esperanzas...

—No —le previno ella—. No empieces de nuevo, Dirk. Ni lo intentes siquiera. Lo nuestro terminó. Admítelo. Si lo intentamos, nos destruiremos a nosotros mismos.

Él suspiró, totalmente desarmado. A través de la prolongada conversación, ni siquiera la había tocado. Se sentía impotente.

—Debo suponer que Jaan no te llama Jenny... —dijo al fin con una sonrisa amarga.

—No —dijo Gwen, riendo—. Como kavalár, tengo un nombre secreto, y el me llama por ese nombre. Pero lo he adoptado y no tengo ningún problema. Es *mí*

nombre.

Él, simplemente, se encogió de hombros.

—¿Eres feliz, entonces?

Gwen se levantó y se sacudió la arena de las piernas.

—Jaan y yo... En fin, hay muchas cosas difíciles de explicar. Una vez fuiste mi amigo, Dirk. Tal vez mi mejor amigo. Pero hace tiempo que no nos veíamos. No me presiones demasiado. En este preciso momento necesito un amigo. Hablo con Arkin, y él escucha y trata de comprender, pero no sirve de mucho. Tiene una opinión muy formada y es demasiado ciego frente a los kavalares y su cultura. Jaan, Garse y yo tenemos problemas, sí, si a eso te refieres. Pero es difícil hablar de ellos. Dame tiempo. Espera, si estás dispuesto a hacerlo, y sé mi amigo otra vez.

El lago estaba muy quieto en el perpetuo atardecer gris rojizo. Dirk observó la superficie endurecida por la costra fungosa y evocó el canal de Braque. De modo que ella sí le necesitaba, pensó. Tal vez no como él había esperado, pero no obstante podía brindarle algo a Gwen. Se aferró con fuerzas a esa posibilidad; quería dar algo, tenía que hacerlo.

—Lo que sea —dijo al levantarse—. Hay muchas cosas que no entiendo, Gwen. Demasiadas. No dejo de pensar que casi todo lo que se ha hablado hasta ahora me resulta incomprensible, y ni siquiera sé qué preguntas debo formular. Pero puedo intentarlo. Estoy en deuda contigo, supongo. De un modo u otro, estoy en deuda contigo.

—¿Esperarás?

—Y escucharé, cuando llegue el momento.

—Entonces me alegra que hayas venido —dijo ella—. Necesitaba a alguien, alguien de afuera. Has llegado a tiempo, Dirk. Una suerte.

Qué extraño mandar buscar a la suerte..., pensó él. Pero no dijo nada.

—¿Y ahora?

—Ahora déjame enseñarte los bosques. A eso hemos venido, al fin y al cabo.

Recogieron los aeropatines y se alejaron del lago silencioso para internarse en la espesura. No había huellas para seguir, pero la maleza no era intrincada y caminar era fácil, pues había muchos senderos posibles. Dirk guardaba silencio, y estudiaba la arboleda con los hombros caídos y las manos hundidas en los bolsillos. Era Gwen quien decía lo poco que había que decir. Cuando hablaba, la voz de ella era tan baja y reverente como el susurro de un niño en una gran catedral. Pero en general se limitaba a señalarle cosas para que las contemplara.

Los árboles que rodeaban el lago eran amigos familiares que Dirk había visto antes millares de veces. Pues esto era lo que se denominaba la floresta hogareña, la vegetación que el hombre llevaba consigo de un sol a otro, y plantaba en cada mundo que hallaba. La floresta hogareña tenía raíces de la Vieja Tierra, pero no procedía

toda de la Tierra. En cada nuevo planeta la humanidad encontraba nuevos favoritos, plantas y árboles que pronto eran tan entrañables como los que en un comienzo habían venido de la Tierra. Y cuando las naves estelares emprendían el vuelo, las semillas de estos mundos acompañaban a los alejados nietos de la Tierra, y así la floresta hogareña se multiplicaba.

Dirk y Gwen atravesaban la espesura con lentitud, tal como otros habían atravesado esa misma espesura en una docena de mundos. Y conocían los árboles; arces de azúcar, arces de fuego, pseudorobles y robles auténticos, y conos de plata y pinos deletéreos y ásteres. Los habitantes de los mundos exteriores los habían traído aquí tal como los antepasados los habían traído al Confín, para que el hogar estuviera presente pese a la distancia.

Pero aquí esta vegetación se veía diferente.

Era la luz, comprendió Dirk después de un rato. La luz brumosa que el cielo irradiaba con mezquindad, el vago fulgor rojo que constituía el día de Worlorn. Esta era una selva crepuscular. En la lentitud del tiempo, en este otoño excesivamente prolongado, agonizaba.

Dirk prestó más atención y notó que los arces de azúcar estaban todos desnudos, que al caminar pisoteaba las hojas descoloridas. No brotarían otra vez. Los robles también estaban pelados. Se detuvo y arrancó una hoja de un arce de fuego, y vio que las nervaduras rojas y delgadas habían ennegrecido. Y los conos de plata ya eran de un gris polvoriento.

No tardarían en pudrirse.

De hecho, algunas partes de la selva ya se estaban pudriendo. En un valle desolado donde el humus era más grueso y negro que en otras partes, Dirk percibió un cierto aroma. Se volvió hacia Gwen y le preguntó. Ella se agachó y le acercó un puñado de esa arcilla negra a la nariz. Dirk desvió la cara.

—Era un lecho de musgo —le dijo ella con melancolía—. Lo trajeron desde Eshellin. Hace un año era todo verde y escarlata, sembrado de florecillas. Lo negro no tardó en propagarse.

Siguieron internándose en el bosque, cada vez más lejos del lago y la montaña. Los soles ya estaban casi en lo alto del cielo, el Gordo Satanás opaco y borroso como una luna ensangrentada, con una aureola irregular formada por cuatro soles pequeños y amarillos. Worlorn había retrocedido demasiado y en la dirección menos favorable; el efecto de la rueda estaba perdido.

Hacía más de una hora que caminaban cuando las características de la vegetación empezaron a cambiar. Lenta y sutilmente, el cambio se acentuó en forma tan paulatina que Dirk apenas pudo advertirlo. Pero Gwen se lo hizo notar. El aroma familiar de la floresta hogareña se disipaba frente a algo más extraño, algo singular y salvaje. Árboles negros y esbeltos de hojas grises, altos muros de zarzales de puntas

rojas, musgos colgantes de un azul pálido y fosforescente, enormes formas bulbosas infestadas de manchas oscuras, reseca; Gwen señalaba cada especie y le daba un nombre. Había un tipo que proliferaba cada vez más: un arbusto amarillento y alto al que le brotaban ramas intrincadas en toda la superficie del tallo cerúleo, y pequeños vástagos en esas ramas, y otros aún más pequeños en éstos, hasta transformarlo en un sólido laberinto de madera. 'Estranguladores' los llamaba Gwen, y Dirk pronto supo por qué. En el corazón del bosque uno de los estranguladores había crecido junto a un esbelto cono de plata y sus ramas sinuosas y amarillentas se habían mezclado con las otras, rectas, grises y espigadas, y sus raíces habían rodeado las del otro árbol, asfixiando al rival en un abrazo cada vez más fuerte. Ahora el cono de plata apenas se veía: una estaca alta y sin vida, perdida en medio del estrangulador.

—Los estranguladores proceden de Tóber —dijo Gwen—. Allá se van adueñando de los bosques, igual que aquí. Les pudimos haber advertido que esto iba a ocurrir, pero a nadie le habría importado. Los bosques estaban condenados de cualquier modo, aun antes de que los plantaran. Hasta los estranguladores morirán, aunque serán los últimos en desaparecer.

Siguieron caminando y los tenaces estranguladores pronto dominaron toda la vegetación. Aquí la espesura era más tupida y oscura, y más difícil de atravesar. Raíces que despuntaban del suelo les entorpecían el paso, mientras en lo alto de las ramas se entrelazaban inextricablemente como los brazos tensos de luchadores gigantes. Cuando dos o tres o más estranguladores crecían juntos, parecían configurar un nudo único y retorcido, y Gwen y Dirk tenían que sortearlo. Las otras formas de vida vegetal eran escasas, salvo las colonias de hongos negros y violetas que se extendían al pie de los árboles amarillos, e hilolácteos parásitos que colgaban como lianas.

Pero había animales.

Dirk los veía moverse a través de las oscuras sinuosidades de los estranguladores, y oía sus agudos chillidos. Finalmente vio uno. Posado frente a ellos en una rama hinchada y amarilla, observándoles; del tamaño de un puño, tieso como un muerto y un poco transparente. Dirk le tocó el hombro a Gwen y señaló hacia arriba. Pero ella le respondió con una sonrisa y una ligera carcajada. Luego estiró el brazo hacia la pequeña criatura y la trituró con la mano. Cuando abrió la palma frente a Dirk, sólo contenía polvo y tejido muerto.

—Hay un nido de espectros arbóreos en la cercanía —explicó—. Cambian de piel cuatro o cinco veces antes de la madurez, y dejan la vaina como guardián, para ahuyentar a otros depredadores —señaló—. Si te interesa, allá hay uno vivo.

Dirk miró y entrevió fugazmente una criatura amarilla, diminuta y saltarina, de afilados dientes y desorbitados ojos castaños.

—También vuelan —le dijo Gwen—. Tienen una membrana que se extiende

desde las patas delanteras a las traseras y les permite planear de un árbol a otro. Depredadores, como sabes. Cazan en manada y pueden derribar a criaturas cien veces más grandes. Pero no atacan al hombre salvo para defender el nido.

El espectro arbóreo había desaparecido, perdido en un laberinto de ramas del estrangulador. Pero Dirk creyó ver fugazmente a otro por el rabillo del ojo. Las pequeñas carcasas de piel transparente estaban por todas partes vigilando el crepúsculo con aire feroz, pequeños y ceñudos fantasmas.

—Son estos los bichos que le hacen perder los estribos a Janacek, ¿verdad? —preguntó.

—Los espectros son una plaga en Kimdiss —dijo Gwen, asintiendo—, pero aquí realmente están en su elemento. Combinan a la perfección con los estranguladores, y pueden atravesar la enramada a una velocidad asombrosa. Los hemos estudiado con bastante detenimiento. Están devastando las selvas. Con los años, exterminarían a las demás especies y acabarían por morir de hambre. Pero no tendrán tiempo. El escudo fallará antes, y vendrá el frío —se encogió fatigosamente de hombros y apoyó el antebrazo en una rama baja y arqueada. Hacía tiempo que los trajes que vestían habían adquirido el color sucio y amarillento de la vegetación, pero al acariciar al estrangulador Gwen echó la manga hacia atrás y Dirk reparó en el contraste entre el destello opaco del jade-y-plata y la rama del árbol.

—¿Queda mucha vida animal?

—Bastante —dijo ella; la luz pálida y rojiza confería a la planta un brillo extraño—. No tanta como antes, desde luego. Casi todas las especies han abandonado la floresta hogareña. Esos árboles están agonizando, y los animales lo saben. Pero los árboles del mundo exterior de algún modo son más resistentes. Dondequiera que se haya plantado vegetales del Confín encontrarás vida, una vida fuerte que aún subsiste. Los estranguladores, los árboles fantasma, los viudos azules..., florecerán hasta el fin. Y tendrán sus inquilinos, nuevos y viejos, hasta que llegue el frío.

Gwen hacía ociosos ademanes con el brazo, señalando a un lado y otro; a Dirk, el parpadeo del brazalete le parecía un chillido. Un vínculo, un recordatorio y una negación, todo en uno, el amor jurado en jade-y-plata. Y él sólo disponía de una pequeña joya susurrante con forma de lágrima, preñada de recuerdos evanescentes.

Alzó los ojos y vio, más allá del intrincado techo de ramas amarillas, al Ojo del Infierno posado en un cenagoso retazo del cielo, más fatigado que infernal, más compasivo que satánico. Y se estremeció.

—Volvamos —le dijo a Gwen—. Este lugar me deprime.

Ella no se opuso. Encontraron un claro a cierta distancia de los estranguladores que les rodeaban, un sitio apropiado para extender las plataformas metálicas. Luego se elevaron juntos para emprender el largo vuelo de regreso a Larteyn.

Capítulo 3

Hendieron nuevamente el aire, y esta vez a Dirk le fue mejor en la carrera, pues perdió por menos distancia. Pero ese logro no le reanimó demasiado. Casi todo el fatigoso viaje lo hicieron en silencio, alejados; Gwen, a unos metros delante de él. Volaban dándole las espaldas a la muda y quebrada Rueda de Fuego, y Gwen parecía la silueta de una bruja vagamente perfilada contra el cielo, siempre inalcanzable. La melancolía de los bosques moribundos de Worlorn se le había inyectado a Dirk en la sangre, y ahora veía a Gwen con ojos enturbiados, una muñeca vestida con un traje tan borroso como la desesperación, el pelo negro lustroso bajo la luz rojiza. Los pensamientos se sucedían en su cerebro en un caos multicolor mientras él surcaba el viento, y uno le acariciaba más que los otros. Ella no era su Jenny, nunca lo había sido.

Dos veces durante el vuelo Dirk vio, o creyó ver, el destello del jade-y-plata, torturándole como le había torturado en el bosque. En cada oportunidad desvió la mirada y observó los nubarrones largos y delgados que bogaban por el cielo estéril y desierto.

Ni el aeromóvil gris ni la máquina de guerra verde oliva estaban en la azotea cuando llegaron a Larteyn. Sólo quedaba la lágrima amarilla de Ruark. Aterrizaron cerca. Esta vez el descenso de Dirk fue otra caída torpe, pero nada divertida. Simplemente estúpida. Dejaron los aeropatines y las botas de vuelo en la azotea, después de quitárselas. Cerca de los ascensores intercambiaron un par de palabras, pero Dirk olvidó las suyas tan pronto como las dijo. Luego Gwen se despidió.

Arkin Ruark esperaba pacientemente en sus aposentos de la base de la torre. Entre las paredes y esculturas color pastel y las macetas con plantas kimdissi Dirk encontró un diván y se tendió en él, ansioso de descansar y ahuyentar todo pensamiento. Pero Ruark se le acercó riendo y sacudiendo la cabeza, haciendo bailotear la melena pálida y rubia, y le ofreció una copa alta y verde. Dirk la tomó y se incorporó. La copa era de cristal fino y delgado; el único adorno era una costra de escarcha que se disolvía rápidamente. Bebió, el vino era muy verde y frío. Un sabor a incienso y cinamomo le acarició la garganta.

—Parece muy cansado, Dirk —dijo el kimdissi después de servirse un trago y desplomarse en una hamaca a la sombra de una planta negra y encorvada. Las hojas puntiagudas como lanzas entrecortaban con sombras la cara rechoncha y sonriente. Ruark bebió, sorbiendo cuidadosamente el líquido, y durante un momento Dirk le despreció.

—Un largo día —comentó vagamente.

—Verdad —convino Ruark—. Un día kavalár, ¿eh? Siempre largo. La dulce Gwen y Jaantony, y por último Garse... Bastante para que cualquier día sea eterno.

¿Qué me dice?

Dirk no dijo nada.

—Pero ahora, usted lo ha visto —insistió Ruark con una sonrisa—. Eso es lo que yo quería: que usted lo viera. Antes de decirle nada. Pero me había jurado hablarle, sí; me lo había jurado a mí mismo. Gwen me lo ha contado todo. Hablamos como amigos, ¿sabe? A ella y a Jaan les conozco desde Avalon. Pero aquí hemos intimado más. A ella siempre le cuesta decirlo, pero conmigo habla de ello o ha hablado, y yo puedo decírselo a usted. No traiciono la confianza de nadie. Creo que usted es el más indicado para saberlo.

El vino le arañó el pecho con dedos helados, y Dirk sintió que la fatiga se disipaba. Era como si se hubiera adormilado, como si Ruark hubiera hablado largo rato y él no hubiera oído nada.

—¿De qué me está hablando? —dijo—. ¿Qué es lo que debería saber?

—Por qué le necesita Gwen —dijo Ruark—. Por qué ella le envió... eso. La lágrima roja. Usted sabe. Yo sé. Gwen me lo ha contado.

De pronto Dirk aguzó los oídos, interesado y perplejo.

—Ella se lo contó a usted —empezó, y luego se detuvo; Gwen le había pedido que esperara, y la promesa que él había hecho tanto tiempo atrás... Pero era comprensible. Tal vez tenía que escuchar, tal vez a ella le había costado demasiado decírselo. Ruark lo debía saber. En el bosque Gwen había dicho que era amigo de ella, el único con quien podía hablar—. ¿Qué es lo que le ha contado?

—Tiene que ayudarla, Dirk t'Larien, de algún modo. No sé cómo, pero...

—¿...ayudarla a qué?

—A ser libre. A escapar.

Dirk depositó la copa sobre la mesita y se rascó la cabeza.

—¿De quién?

—De ellos. De los kavales.

—¿Se refiere a Jaan? —exclamó Dirk frunciendo el ceño—. Los he conocido esta mañana, a él y a Janacek. Gwen está enamorada de Jaan. No comprendo.

Ruark rió, bebió un sorbo, rió otra vez. Vestía un conjunto de tres piezas con cuadros pardos y verdes alternados, como un traje de payaso. Y mientras barbotaba todos aquellos disparates, Dirk terminó por preguntarse si el ecólogo no era realmente un bufón.

—¿Enamorada, le dijo? ¿Usted está seguro? ¿De veras? —preguntó Ruark.

Dirk dudó. Trataba de recordar lo que Gwen le había dicho cuando conversaban a orillas del lago verde y sereno.

—No estoy seguro... Pero comentó algo por el estilo. Ella es... ¿Cómo se dice?

—¿*Btheyn*? —sugirió Ruark.

—Sí —asintió Dirk—. *Btheyn*, esposa.

Ruark rió entre dientes.

—No. Craso error. Durante el viaje desde el espaciopuerto les escuché. Gwen le informó mal. Bueno, no exactamente, pero usted no comprendió. *Betheyn* no significa esposa. No hay peor mentira que una verdad a medias, ¿recuerda? ¿Qué cree usted que es *teyn*?

Recordaba la palabra. *Teyn*. La había oído hasta el cansancio en Worlorn.

—¿Amigo? —aventuró, sin conocer el significado.

—*Betheyn* está más cerca de esposa que *teyn* de amigo —dijo Ruark—. Conozca mejor los mundos exteriores, Dirk. No. *Betheyn* alude, en kavalari antiguo, a una mujer vinculada a un hombre, una esposa ligada por jade-y-plata. Ahora bien, en el jade-y-plata puede haber mucho afecto, mucho amor, sí. Pero, ¿sabe usted que la palabra que se usa para ese sentimiento, la palabra terrestre normal, no tiene equivalente en kavalari antiguo? Interesante, ¿no? ¿Cómo pueden amar si no tienen una palabra para expresarlo, amigo t'Larien?

Dirk no respondió. Ruark se encogió de hombros, bebió y continuó.

—Bien, no tiene importancia. Pero piénselo. He hablado de jade-y-plata, y es cierto que con frecuencia existe el amor en ese vínculo; amor de la *betheyn* a su altoseñor, a veces del altoseñor a la *betheyn*. O cierta atracción, si no amor. Pero no siempre. No necesariamente, ¿entiende?

Dirk meneó la cabeza.

—Los vínculos kavalares se rigen por el hábito y la obligación —dijo Ruark, inclinándose hacia adelante teatralmente—, y el amor es apenas un accidente. Gente violenta, se lo advertí. He leído historia, leyendas... Gwen conoció a Jaan en Avalon, sabe usted, y ella no leyó. No lo suficiente. Él era Jaan Vikary de Alto Kavalaan, ¿y qué era eso?, ¿algún planeta? Gwen nunca se enteró. De veras. De modo que la atracción que les unía, llámela amor, si lo prefiere, creció, y durmieron juntos, y él le ofreció el jade-y-plata forjado con su emblema. De pronto ella fue la *betheyn* de Jaan Vikary, la esposa *betheyn*. Es su cónyuge, sí. Su amante, y más. Su propiedad y su esclava, también. Y un presente. Es el presente que él tributó a la congregación de Jadehierro, pues con ella compró sus altonombres. Si él lo ordena, ella tiene que ser madre, quiéralo o no. Si Jaan muere en un duelo con un hombre de otro clan que no sea Jadehierro, un Braith o un Acerorrojo por ejemplo, Gwen pasa a manos de ese hombre como un botín, una propiedad... Y se convierte en su *betheyn* o bien, en caso de que el vencedor ya use jade-y-plata, en una simple *eyn-kethy*. Si Jaan muere de muerte natural o en un duelo con otro Jadehierro, Gwen pasa a manos de Garse. La voluntad de ella no cuenta para nada. ¿A quién le importa si ella le detesta? No a los kavalares. ¿Y cuando muera Garse? Bueno, cuando llegue ese momento, será una *eyn-kethy*, una nodriza del clan, degradada para siempre, a disposición de cualquiera de los *kethi*. *Kethi* significa aproximadamente 'hermanos de clan', los hombres de la

familia. La congregación de Jadehierro es una vasta familia integrada por miles y miles, y cualquiera puede poseer a una *eyn-kethy*. ¿Cómo llamó a Jaan? ¿Esposo? No. Carcelero. Tanto él como Garse son eso, carceleros. Carceleros que la aman, tal vez, si a usted le parece que semejante concepción puede conciliarse con nuestra idea de amor. Jaantony honra a nuestra Gwen, y le corresponde, pues ahora es alto-Jadehierro y ella es su *betheyn*, y en caso de que ella muera o le abandone, él será un fre-Jadehierro, un viejo ridículo y solitario, sin voz en el consejo. Pero él la esclaviza, no la ama. Y han pasado años desde Avalon, y Gwen tiene más años y experiencia y ahora sabe cómo son las cosas —pronunció estas últimas palabras con una furia entrecortada, apretando los labios.

Dirk titubeó.

—¿Entonces no la ama?

—Un altoseñor ama a su *betheyn* como usted ama lo que le pertenece. El jade-y-plata es un vínculo estrecho que nunca debe quebrarse, pero es un vínculo de posesión y obligación. No de amor. En todo caso, el amor de los kavalares se vuelca hacia el hermano elegido, el gemelo que es escudo y amigo y amante y compañero de armas, eternamente leal, el que trae el placer y recibe los golpes y ahuyenta el dolor, el vínculo de por vida.

—*Teyn* —dijo Dirk, algo aturdido, tratando de ordenar las ideas.

—¡*Teyn!* —convino Ruark—. Los kavalares, violentos como son, han escrito grandes poemas. Y en general celebran al *teyn*, el lazo de hierro-y-piedraviva. Nunca al de jade-y-plata.

Todo encajaba a la perfección.

—Usted dice que ella y Jaan no se aman, que Gwen es sólo una esclava —empezó Dirk—. Pero ella no se marcha...

—¿Marcharse? ¡Qué disparate! —la cara de Ruark se sonrojó—. La obligarían a volver. Un altoseñor debe conservar y proteger a su *betheyn*. Y matar a quien intentara robársela.

—Y me envió la joya...

—Gwen habla conmigo, y yo conozco el asunto. ¿Qué otra esperanza le queda? ¿Los kavalares? Jaantony ha matado dos veces en duelo. Ningún kavalar se atrevería a tocarla, y en todo caso, ¿de qué le serviría? ¿Yo? ¿Yo puedo ser una esperanza? —se recorrió el cuerpo con las manos afeminadas, desechándose con desprecio—. Usted t'Larien, usted es la esperanza de Gwen. Usted es su dueño. Usted, que la amó...

—Y todavía la amo... —se oyó decir Dirk con una voz que le sonaba remota.

—Bien, ¿sabe? Me parece que Gwen, aunque nunca se atrevería a decirlo... bueno, me da la impresión de que siente todavía lo mismo que antes. Lo que jamás llegó a sentir por Jaantony Riv Lobo alto-Jadehierro Vikary.

La bebida, aquel extraño vino verde, había afectado a Dirk más de lo que imaginara. Sólo una copa, apenas una de esas largas copas, y la habitación parecía girar a su alrededor y Dirk t'Larien se irguió con esfuerzo y oyó cosas imposibles, y empezó a maravillarse. Lo que decía Ruark no tenía sentido, pensó. Aunque en verdad tenía demasiado sentido. Realmente lo explicaba todo, y con absoluta claridad. Y también era absolutamente claro lo que Dirk tenía que hacer. ¿O no? La habitación oscilaba, se oscurecía e iluminaba en un parpadeo continuo, y Dirk en un momento estaba muy seguro y al siguiente no. ¿Qué tenía que hacer?

Algo, algo por Gwen. Tenía que descubrir la verdad del asunto, y después...

Se llevó la mano a la frente. Bajo los rizos de pelo castaño y entrecano tenía la cara perlada de sudor. Ruark se levantó de golpe, con una expresión de alarma.

—Oh, el vino le ha sentado mal —dijo el kimdissi—. ¡Si seré tonto! Es culpa mía. Vino de Kimdiss y estómago de Avalon, eso es. La comida le ayudará, ¿sabe? Comida —se escabulló rozando la planta al pasar, de manera que cuando salió, las lanzas negras se agitaron y bailotearon a sus espaldas.

Dirk permaneció sentado, muy tieso. A lo lejos oyó el retintín de fuentes y tazones, pero no les prestó atención. Sin dejar de sudar, arrugaba la frente para pensar, y pensar le resultaba extrañamente difícil. La lógica parecía escapársele, y las cosas más nítidas se desvanecían en cuanto las aferraba. Tiritó mientras sueños yertos despertaban a una nueva vida, mientras los bosques de estranguladores se marchitaban en su mente y la Rueda ardía inclemente sobre los recién florecidos bosques del mediodía de Worlorn. El podía lograr que se produjera, forzarlo, despertarlo, poner fin al prolongado atardecer y tener a Jenny, su Ginebra, para siempre a su lado. Sí. ¡Sí!

Cuando Ruark regresó con tenedores y cuencos de queso suave y tubérculos rojos y carne caliente, Dirk ya había recobrado la serenidad. Tomó los cuencos y comió en una especie de trance mientras su anfitrión seguía parloteando. Mañana, se prometió. Les vería durante el desayuno y les hablaría. Aprendería las verdades que pudiera. Luego podría actuar. Mañana.

—...no pretendo insultarte —estaba diciendo Vikary—. No eres nada tonto, Lorimaar, pero creo que en esto actúas tontamente.

Dirk se detuvo en el umbral, y la pesada puerta de madera que acababa de abrir espontáneamente osciló delante de él. Todos se volvieron para contemplarle, cuatro pares de ojos, Vikary en último término. Pero no antes de haber completado la frase. La noche anterior, cuando se despedían, Gwen le había dicho que subiera a desayunar (sólo él, pues Ruark y los kavalares preferían verse lo menos posible), y ésta era la hora apropiada: poco después del alba. Pero Dirk se topó con una escena imprevista.

Había cuatro personas en el cavernoso salón. Gwen, con el cabello desgredado y

los ojos somnolientos, estaba sentada en el borde del diván de cuero y madera que había frente al hogar y a las gárgolas que lo custodiaban. Garse estaba de pie detrás de ella, los brazos cruzados y el ceño fruncido, en tanto que Vikary y un visitante estaban frente a frente junto a la repisa. Los tres hombres iban vestidos formalmente y armados. Janacek calzaba botas altas y vestía un blusón gris de cuello alto con la pechera adornada por una doble fila de botones de hierro negro. La manga derecha del blusón estaba cortada para exhibir el pesado brazaletes de hierro con el fulgor pálido de las piedravivas. Vikary también vestía de gris, pero sin los botones; el frente de la camisa era una V cuyo vértice casi tocaba el cinturón, y sobre el vello del pecho pendía un medallón de jade sujeto a una cadena de hierro.

El visitante fue el primero en interpelar a Dirk. Estaba de espaldas a la puerta, pero se volvió en cuanto los demás alzaron la vista, y frunció el entrecejo. A Vikary y Janacek les llevaba una cabeza, de modo que la diferencia de altura con Dirk era notoria, pese a la distancia de varios metros que les separaba. La tez era castaño oscura y contrastaba con el traje blanco que usaba bajo los pliegues de una capa corta y violeta. La melena gris, vetada de blanco, le cubría los anchos hombros, y los ojos, piedras de obsidiana incrustadas en un rostro pardo y entrecruzado de arrugas, no eran amigables. Tampoco la voz. Le echó una rápida mirada a Dirk y luego dijo, con toda naturalidad:

—Fuera de aquí.

—¿Qué? —era la réplica más estúpida que pudo ocurrírsele, pensó Dirk en el momento de pronunciarla. Pero fue lo único que le vino a la mente.

—He dicho fuera de aquí —repitió el gigante de blanco. Como Vikary, tenía los antebrazos desnudos para lucir los brazaletes; el jade-y-plata en el izquierdo y el hierro-y-fuego en el derecho. Pero los diseños e incrustaciones de los brazaletes del desconocido eran muy diferentes. Lo único exactamente igual era el arma que llevaba en la cadera.

Vikary se cruzó de brazos, imitando a Janacek.

—Esta es mi casa, Lorimaar alto-Braith. No tienes derecho a tratar con rudeza a mis invitados.

—Y sobre todo cuando nadie te ha invitado a ti, Braith —añadió Janacek con una sonrisa tenue e insidiosa.

Vikary miró a su *teyn* por encima del hombro y sacudió enérgicamente la cabeza.

No. Pero, ¿a qué no? se preguntó Dirk.

—Vengo a ti en alto-pleito, Jaantony alto-Jadehierro, dispuesto a una conversación muy seria —gruñó el kavalár de traje blanco—. ¿Tenemos que hablar delante de un forastero? —le echó otra ojeada a Dirk, sin dejar de fruncir el ceño, altivo pero herido—. Un Cuasi-hombre, por lo que parece...

Vikary respondió con voz serena pero firme:

—Nuestra conversación ha concluido, amigo. Ya te he dado mi respuesta. Mi *betheyn* cuenta con mi protección, y el kimdissi, y también este hombre —señaló a Dirk con un ademán, luego volvió a cruzarse de brazos—. Si te llevas a cualquiera de ellos, prepárate para llevarme también a mí.

—Además no es un Cuasi-hombre —terció el sonriente Janacek—. Es Dirk t'Larien, *korariel* de Jadehierro, te guste o no —Janacek se volvió ligeramente hacia Dirk y señaló al forastero de blanco—. Te presento a Lorimaar Rein Zorro-Invernal alto-Braith Arkellor, t'Larien.

—Un vecino nuestro —dijo Gwen desde el diván, hablando por primera vez—. También vive en Larateyn.

—Lejos de vosotros, Jadehierro —dijo el otro kavalár, nada feliz con la respuesta; profundas arrugas le surcaban el rostro, sus ojos negros se detuvieron en cada uno de ellos con un fulgor glacial antes de volverse hacia Vikary.

—Eres más joven que yo, Jaantony Jadehierro, y tu *teyn* es aún más joven, por lo que no es mi voluntad enfrentarme a ti y a los tuyos en duelo. Pero el honor tiene sus exigencias, como ambos sabemos, y es mejor no forzar las cosas. Los jóvenes altoseñores tienen por costumbre rozar peligrosamente el límite, me temo. Y sobre todo los altoseñores de Jadehierro, y...

—...sobre todo yo, entre los altoseñores de Jadehierro —dijo Vikary, completando la frase.

Arkellor meneó la cabeza.

—Cuando yo era apenas un niño de pecho en el clan de Braith, bastaba una interrupción como esta para provocar un duelo. Sin duda los tiempos han cambiado. Los hombres de Alto Kavalaan se vuelven blandos, a mi juicio.

—¿Crees que soy blando? —preguntó Vikary sin alterarse.

—Sí y no, alto-Jadehierro. Eres extraño. Tienes cierta reciedumbre que nadie puede negar, y te aplaudo. Pero Avalon te ha contaminado un poco, acercándote a los débiles y los necios. No me gusta tu *perra-betheyn*, y no me gustan tus 'amigos'. Ojalá yo fuera más joven. Vendría a ti furibundo para enseñarte de nuevo la vieja sabiduría del clan, las cosas que olvidas tan fácilmente.

—¿Nos estás retando a duelo? —preguntó Janacek—. Tus palabras son fuertes.

Vikary separó los brazos y trazó un ademán conciliatorio.

—No, Garse. Lorimaar alto-Braith no nos está retando a duelo, ¿verdad, amigo altoseñor? ¿O me estaré equivocando?

La respuesta de Arkellor tardó en llegar.

—No —dijo—. No, Jaantony alto-Jadehierro, no es un insulto.

—Ni lo tomo como tal —dijo Vikary con una sonrisa.

El altoseñor Braith no sonrió.

—Buena suerte —dijo a regañadientes, y caminó hacia la puerta a grandes

trancos, deteniéndose sólo mientras Dirk se apresuraba a cederle el paso; luego salió y subió a las escaleras de la azotea, la puerta se cerró a sus espaldas.

Dirk avanzó hacia los demás, pero la escena ya se disolvía. Janacek, sacudiendo la cabeza como con resignación, giró sobre los talones y se metió en otro cuarto. Gwen se levantó, pálida y estremecida, y Vikary se dirigió a Dirk.

—Lamento que haya presenciado esto —dijo el kavalár—. Pero tal vez le aclare ciertas cosas. Así y todo, no dejo de lamentarlo. No me gustaría que se forme de Alto Kavalaan la misma opinión que los kimdissi.

—No he entendido nada —dijo Dirk—. ¿De qué estaba hablando?

—Ah, de muchas cosas. Le explicaré —Vikary le apoyó el brazo en el hombro y le guió hacia el comedor, seguido por Gwen—. Pero le anuncio que hay algo más que debo lamentar: el desayuno que le hemos prometido aún no está preparado —sonrió.

Entraron en el comedor y se sentaron. Gwen seguía preocupada y en silencio.

—Puedo esperar... ¿Cómo me llamó Garse? *Kora-algo*... ¿Qué quiere decir? —preguntó Dirk.

Vikary pareció titubear.

—La palabra es *korariel*. Es un vocablo del kavalár antiguo. Sus significados han variado con los siglos. Hoy, y en este lugar, cuando lo empleamos Garse o yo, significa protegido. Protegido por nosotros, por Jadehierro.

—Eso es lo que te gustaría que significara, Jaan —dijo Gwen con voz crispada y furiosa—. ¡Dile qué significa en realidad!

Dirk esperó. Vikary se cruzó de brazos y estudió a ambos con la mirada.

—De acuerdo, Gwen, si es tu deseo —se volvió a Dirk—. El significado más propio, el más antiguo, es propiedad bajo protección. Sólo espero que usted no lo tome como una ofensa. No es esa la intención. *Korariel* es un término que designa a las personas que no forman parte de un clan pero sin embargo gozan de protección y respeto.

Dirk recordó lo que Ruark le había contado la noche anterior, las palabras brumosamente percibidas a través de los efectos del vino verde. Una sensación de furia empezó a sofocarle, y luchó por reprimirla.

—No estoy acostumbrado a ser propiedad de nadie —dijo con acritud—, por mucho que me respeten. ¿Y de quién se supone que me protegen?

—De Lorimaar y su *teyn* Saanel —dijo Vikary al tiempo que se inclinaba sobre la mesa para aferrar vigorosamente el brazo de Dirk—. Garse quizá se apresuró a emplear esa palabra, t'Larien. Pero a él sin duda le pareció adecuada en ese momento. Una vieja palabra para un viejo concepto. Un error que reconozco. Un error por cuanto usted es humano, una persona, y no es propiedad de nadie. Y sin embargo era la palabra indicada frente a Lorimaar alto-Braith, que apenas entiende algo al margen de esos conceptos. Si a usted le molesta tanto como sé que le molesta a Gwen, en ese

caso lamento muchísimo que mi *teyn* la haya empleado.

—Bueno —dijo Dirk, tratando de ser razonable—. Le agradezco a usted las disculpas, pero eso no es suficiente. Todavía no sé lo que ocurre. ¿Quién era Lorimaar? ¿Qué quería? ¿Y por qué tienen que protegerme de él?

Vikary suspiró y soltó el brazo de Dirk.

—No son preguntas fáciles de responder. Tendría que contarle la historia de mi pueblo, lo poco que sé y lo mucho que he conjeturado —se volvió hacia Gwen—. Podemos comer mientras charlamos, si nadie se opone. ¿Traes la comida?

Gwen asintió y se fue. Al cabo de unos minutos regresó con una amplia bandeja rebosante de pan negro, tres variedades de quesos y huevos duros de cáscara lustrosa y azul. Y cerveza, naturalmente. Vikary se inclinó hacia adelante, acodándose en la mesa. Habló mientras los demás comían.

—Alto Kavalaan ha sido un mundo violento —dijo—. Con la sola excepción de Colonia Olvidada, es el más antiguo de los mundos exteriores, y sus largas historias son historias de batallas. Lamentablemente, esas historias son en gran parte invención y leyenda, plagadas de mentiras etnocéntricas. Y sin embargo se creyó en ellas hasta el momento en que regresaron las naves estelares, después del interregno.

"En los clanes de la Congregación de Jadehierro, por ejemplo, se enseñaba a los niños que el universo sólo tiene treinta estrellas, y que Alto Kavalaan es el centro. La humanidad se originó allí, cuando Kay Herrero y su *teyn* Roldan Jade-Lobo nacieron de la cópula de un volcán y una tormenta. Humeantes, salieron de los labios del volcán a un mundo infestado de monstruos y demonios, y durante muchos años vagabundearon de un lado al otro, y protagonizaron diversas aventuras. Finalmente se toparon con una profunda caverna al pie de una montaña, y en su interior encontraron una docena de mujeres, las primeras mujeres del mundo. Las mujeres se negaban a salir por miedo a los demonios. De modo que Kay y Roldan se quedaron, las tomaron por la fuerza y las hicieron *eyn-kethy*. La caverna fue el clan de los dos *teyn*, las mujeres les dieron muchos hijos varones y así se inició la civilización kavalár.

"La evolución no fue nada fácil, de acuerdo con las historias. Los niños nacidos de las *eyn-kethy* eran de la simiente de Kay y Roldan, fogosos, irritables y autoritarios. Hubo muchas disputas. Uno de los hijos, el maligno y artero Juan Negro-Carbón, solía matar a sus *kethi*, sus hermanos de clan, a los que envidiaba por ser mejores cazadores. Luego, con la esperanza de asimilar parte de la fuerza y la habilidad de los hermanos, devoraba los cadáveres. Roldan le sorprendió en medio de uno de esos festines y persiguió al hijo por los montes, azotándole con un enorme mangual. Juan no regresó a Jadehierro, pero se instaló por cuenta propia en una mina de carbón y tomó como *teyn* a un demonio. Ese fue el origen de los altoseñores caníbales de las Moradas del Carbón Profundo.

"Otros clanes se fundaron de modo similar, aunque las historias de Jadehierro

simpatizan mucho más con los otros rebeldes que con Juan Negro-Carbón. Roldan y Kay eran jefes severos, difíciles de conformar. Shan el Espadachín, por ejemplo, era un joven bondadoso y fuerte que se marchó con su *teyn* y su *betheyn* tras de un violento enfrentamiento con Kay, que no respetaba su jade-y-plata. Shan fue el fundador de la Confraternidad de Shanagato. Jadehierro siempre les ha reconocido una ascendencia totalmente humana, y lo mismo ocurrió con casi todos los grandes clanes. Los que se extinguieron, como el de las Moradas del Carbón Profundo, fueron menos afortunados en las leyendas.

"Esas leyendas son muy extensas, y muchas ayudan a comprender ciertas costumbres. Está la historia del *kethi* desobediente, por ejemplo. El primer Jadehierro supo que el único hogar adecuado para el hombre eran las profundidades rocosas, una grieta en la piedra, una caverna o una mina. Pero quienes llegaron más tarde no compartieron esa opinión; las llanuras, abiertas e invitantes, seducían a esos ingenuos. Así que se marcharon, con *eyn-kethy* e hijos, y levantaron altas ciudades. Fue una insensatez. Del cielo llovieron llamas destructoras que derritieron y calcinaron las torres que habían erigido, quemando a los hombres de las ciudades y obligando a los sobrevivientes a refugiarse bajo tierra, donde el fuego no podía alcanzarles. Y cuando las *eyn-kethy* les dieron hijos, éstos eran demonios y no hombres. A veces salían del vientre materno soltando dentelladas.

Vikary se interrumpió y bebió un sorbo de cerveza. Dirk, que casi había terminado de desayunar, empujó unos restos de queso en el plato y frunció el ceño.

—Todo esto es fascinante —dijo—, pero temo no entender por qué me lo cuenta.

Vikary bebió otra vez y mordisqueó un poco de queso.

—Tenga paciencia —dijo.

—Dirk —dijo Gwen con sequedad—, las historias de los cuatro clanes-coaliciones que han sobrevivido difieren en muchos puntos, pero hay dos grandes acontecimientos en los que concuerdan. Son el basamento del mito kavalár. Todos tienen una versión de esa última historia..., el incendio de las ciudades; se le llama el Tiempo del Fuego y los Demonios. Una historia más tardía, la Plaga Dolorosa, también es repetida casi textualmente en cada clan.

—Es cierto —dijo Vikary—. Esas historias son los únicos relatos de los tiempos antiguos con que conté para mi trabajo. Cuando yo nací, ningún kavalár en su sano juicio creía en ellas.

Gwen carraspeó cortésmente. Vikary la miró de reojo y sonrió.

—Sí, Gwen me corrige —dijo—. Pocos kavaláres en su sano juicio creían en ellas —prosiguió—. Pero quienes dudaban no tenían otra creencia, ninguna otra verdad que pudieran profesar. A la mayoría no le importaba demasiado. Cuando se reiniciaron los viajes estelares y los lobunos y toberianos, y más tarde los kimdissi, vinieron a Alto Kavalaan, nos encontraron ávidos de aprender las artes perdidas de la

tecnología, y eso fue lo que nos enseñaron a cambio de nuestras gemas y metales pesados. Pronto tuvimos naves estelares, pero carecíamos de historia —sonrió—. Las verdades de que disponemos hoy las descubrí yo cuando estudiaba en Avalon. Era poco, pero suficiente. En los grandes bancos de memoria de la Academia encontré datos acerca de la primera colonización de Alto Kavalaan.

"Fue casi a fines de la Doble Guerra. Un grupo de colonos partió de Tara en busca de un mundo más allá del Velo del Tentador, donde esperaban estar a salvo de los hranganos y las razas esclavas de los hranganos. Las computadoras indicaban que, en efecto, estuvieron a salvo por un tiempo. Descubrieron un planeta inhóspito y extraño, pero rico. Y pronto fundaron una próspera colonia que se dedicaba a la minería. Hay testimonios de intercambio comercial entre Tara y la colonia durante veinte años; después, ese planeta desapareció bruscamente de la historia humana. En Tara apenas lo advirtieron. Eran los años más cruentos de la guerra.

—Y usted piensa que el planeta era Alto Kavalaan, ¿no es cierto? —preguntó Dirk.

—Es un hecho —replicó Vikary—. Las coordenadas se corresponden, y también otros datos fascinantes. Por ejemplo, la colonia se llamaba Cavanaugh. Y más interesante, tal vez: quien comandaba la primera expedición era una tal Kay Smith, capitana de una nave estelar. Una mujer.

Gwen sonrió.

—También hice otro descubrimiento —continuó Vikary—, aunque por pura casualidad. Usted recordará que la mayor parte de los mundos exteriores no participó en la Doble Guerra. Las civilizaciones del Confín son hijas del colapso, o de un período más tardío aún. Ningún kavalar había visto jamás un hrangano, y mucho menos a un integrante de las diversas razas esclavas. Yo tampoco, hasta que fui a Avalon y me interesé en los aspectos más amplios de la historia humana. Luego, en un relato del conflicto en las ruindas, vi ilustraciones de los varios esclavos semiconscientes que los hranganos usaban como fuerza de choque en mundos que no juzgaban dignos de intervención directa. Usted, siendo hombre de las ruindas, sin duda conoce estas razas extrañas, Dirk. Los nocturnos hruun, guerreros muy fuertes y salvajes aptos para luchar en atmósferas de gravedad pesada y dotados de visibilidad infrarroja. Los dactiloides alados, llamados así por un casual parecido con un animal de la prehistoria humana. Y lo peor, los *githyanki*, los sorbealmas, con sus terribles poderes psi.

—He visto un par de hruuns en mis viajes —asintió Dirk—. Las otras razas están casi totalmente extinguidas, ¿verdad?

—Tal vez —dijo Vikary—. Me detuve mucho tiempo en las ilustraciones que había descubierto; las contemplé una y otra vez, había en ellas algo profundamente perturbador. Finalmente, descubrí la verdad: los hruun, los dactiloides, los

githyanki..., todos, guardaban una vaga semejanza con las gárgolas que custodian la entrada de todo clan kavalár. ¡Eran los demonios de nuestros ciclos míticos, Dirk!

Vikary se levantó y sin interrumpirse se echó a caminar de un lado a otro de la habitación. La voz era regular y contenida, y sólo el acto de caminar evidenciaba la vehemencia del historiador.

—Cuando Gwen y yo regresamos a Jadehierro expuse mi teoría, basada en las viejas leyendas, el ciclo del *Cantar de los Demonios* del gran poeta aventurero Jamis-León Taal y los datos encontrados en la Academia. La someto al juicio de usted. La colonia Cavanaugh se yergue en el planeta, con ciudades en las llanuras y excavaciones mineras. Los hranganos vuelan las ciudades con un bombardeo nuclear. Los sobrevivientes sólo pueden subsistir en profundos refugios y en las minas del desierto. Para adueñarse del planeta, los hranganos también desembarcan contingentes de esclavos. Luego parten y no regresan hasta un siglo más tarde. Las minas se transforman en los primeros clanes; luego se construyeron otros, cavados en la roca viva. Desaparecidas las ciudades, los mineros vuelven a un nivel tecnológico más primitivo, y pronto fundan una cultura rígida, marcada por las necesidades de la supervivencia. Una generación tras de otra guerrea contra las razas esclavas y también entre ellos mismos. Simultáneamente, bajo las ruinas radiactivas de las ciudades se inician mutaciones humanas...

Ahora fue Dirk quien se levantó.

—Jaan —dijo.

Vikary dejó de caminar, se volvió, arrugó el entrecejo.

—Ya he tenido demasiada paciencia —dijo Dirk—. Entiendo que todo esto es de suma importancia para usted. Es su trabajo. Pero quiero algunas respuestas, y las quiero ahora —levantó la mano para enumerar las preguntas con los dedos—. ¿Quién es Lorimaar? ¿Qué quería? ¿Por qué tiene que protegerme de él?

Gwen también se levantó.

—Dirk —dijo—, Jaan sólo quiere darte la información necesaria para que comprendas. No seas tan...

—¡No! No, t'Larien está en lo cierto —Vikary la silenció con un ademán—. Cuando hablo de todo esto me entusiasmo demasiado —se volvió hacia Dirk—. Le daré una respuesta directa, pues. Lorimaar es un kavalár muy tradicionalista, hasta tal punto que resulta anacrónico incluso en Alto Kavalaan. Es una criatura de otra época. ¿Se acuerda de ayer por la mañana, cuando le di a usted el broche, y cuando Garse y yo demostramos preocupación por la seguridad de ustedes al oscurecer?

Dirk asintió. Alzó la mano y se tocó el pequeño broche cuidadosamente sujeto al cuello.

—Sí.

—Lorimaar alto-Braith y otros como él eran la causa de nuestra preocupación,

t'Larien. Las razones no son fáciles de explicar.

—Permíteme —dijo Gwen—. Escucha Dirk; los altoseñores kavalares, la gente de los clanes, siempre se respetaron recíprocamente a través de los siglos... Sí, luchaban y guerreaban, y más de veinte clanes y coaliciones fueron arrasadas totalmente, hasta el punto de que sólo han sobrevivido los cuatro grandes clanes de los tiempos modernos. No obstante, se reconocían unos a otros como humanos, y se sometían a las reglas de la altaguerra y el código de honor kavalár. Pero verás... Hubo otra gente, la que vivía bajo las ciudades arrasadas; granjeros. Son sólo conjeturas, mías y de Jaan, pero lo cierto es que esa gente existió; supervivientes al margen de las minas, que se transformaron en clanes; supervivientes a los que los altoseñores no reconocían como humanos. Jaan omitió ciertos detalles en toda esta historia, como ves... Oh, no te pongas así. Ya sé que era larga, pero era importante. ¿Recuerdas lo de las razas esclavas que se correspondían con los tres demonios del mito kavalár? Bien, el único problema es que sólo existen tres razas esclavas de los hranganos, pero hay *cuatro* clases de demonios. Los peores, los más malignos, eran los Cuasi-hombres.

Dirk frunció el ceño.

—Cuasi-hombre. Lorimaar me llamó Cuasi-hombre. Pensé que era más o menos lo mismo que no-hombre.

—No —dijo Gwen—. No-hombre es un vocablo común. Cuasi-hombre sólo se usa en Alto Kavalaan. La leyenda dice que eran hipócritas, taimados y mentirosos. Pueden adoptar cualquier forma, pero con más frecuencia la de los hombres, y tratan de infiltrarse en los clanes. Una vez adentro, disfrazados de humanos, pueden atacar y matar en secreto.

"Los otros supervivientes, los granjeros y las familias montañosas, los mutantes y los infortunados, los otros humanos de Cavanaugh, esos eran los Cuasi-hombres, la raza marginada. No se les permitía rendirse, ni se les aplicaban las normas de la altaguerra. Los kavalares los exterminaron pues no les consideraban seres humanos sino bestias extrañas. Siglos después, los que quedaban eran cazados por deporte. Los hombres de los clanes siempre cazaban en pareja; *teyn-y-teyn*, para que al regresar cada cual pudiera dar cuenta de la valentía del compañero.

Dirk estaba azorado.

—¿Esas costumbres han subsistido?

Gwen se encogió de hombros.

—Muy poco. Los kavalares modernos admiten los pecados de su historia. Aun antes de la llegada de las naves estelares, las congregaciones de Jadehierro y Acerorrojo, las coaliciones más progresistas, habían prohibido la captura de Cuasi-hombres. Los cazadores tenían una costumbre; cuando por algún motivo no querían matar a un Cuasi-hombre de inmediato pero deseaban que más tarde el prisionero

fuera presa personal, lo nombraban *korariel*, y nadie más podía tocarlo bajo pena de duelo. Los *kethi* de Jadehierro y Acerorrojo salían y capturaban a todos los Cuasi-hombres que podían, recluyéndolos en aldeas y tratando de arrancarlos del salvajismo para devolverles la civilización que habían perdido. A los que apresaban los llamaban *korariel*. Esto ocasionó una breve altaguerra entre Jadehierro y Shanagato. Jadehierro ganó y *korariel* adquirió un nuevo significado: propiedad bajo protección.

—¿Y Lorimaar? —preguntó Dirk—. ¿Cómo se relaciona con todo esto?

Ella sonrió con perfidia, y por un momento le trajo a Dirk el recuerdo de Janacek.

—En toda cultura siempre quedan unos fanáticos, creyentes sinceros y tradicionalistas. Braith es la coalición más conservadora, y Jaan calcula que una décima parte sigue creyendo en los Cuasi-hombres. La mayoría son cazadores, gente que *quiere* creer, y casi todos de Braith. Lorimaar y su *teyn*, y un puñado de *kethi*, vinieron aquí a cazar. La salvajina es más variada que en Alto Kavalaan, y nadie impone leyes restrictivas. En realidad, no hay leyes. Los pactos del Festival caducaron hace tiempo. Lorimaar puede matar a cuanta criatura se le antoje.

—Humanos incluidos —aclaró Dirk.

—Siempre y cuando encuentren alguno —dijo Gwen—. Larteyn tiene veinte habitantes, creo... Veintiuno, contigo. Nosotros, un poeta llamado Kirark Acerorrojo Cavis, que vive en una vieja torre, y un par de legítimos cazadores de Shanagato. El resto, son de Braith; a la caza de Cuasi-hombres... Y de otras víctimas, cuando no encuentran Cuasi-hombres. Casi todos pertenecen a la generación anterior a la de Jaan, y son muy sanguinarios. Salvo por las historias que han oído en sus clanes, y tal vez por alguna que otra cacería humana al margen de la ley en las colinas de Lameraan, lo único que conocen de las antiguas cacerías son las leyendas. Y todos estallan de tradición y frustración —sonrió.

—¿Pero todo sigue así? ¿Nadie hace nada?

Jaan Vikary se cruzó de brazos.

—Tengo que confesarle algo, t'Larien dijo gravemente—. Ayer, Garse y yo le mentimos cuando usted nos preguntó a qué habíamos venido. En verdad, quien mintió fui yo. Garse al menos le dijo parte de la verdad: tenemos que proteger a Gwen. Ella pertenece a otro mundo, no es kavalar, y los Braith se complacerían en matarla como a un Cuasi-hombre si no la amparara Jadehierro. Lo mismo ocurre con Arkin Ruark, que no sabe nada de esto, ni siquiera que tiene nuestra protección. Pero la tiene. También él es *korariel* de Jadehierro.

"Sin embargo, no es ése el único motivo que nos trajo aquí. Era vital que yo abandonara Alto Kavalaan cuando lo hice. Cuando asumí mis altonombres y publiqué mis teorías me convertí en un personaje muy poderoso y célebre en el consejo de altoseñores, y también muy odiado. Mi tesis de que Kay Herrero era una mujer fue para muchos algo así como un insulto personal a sus convicciones religiosas. Por esa

sola causa me retaron seis veces. En el último duelo Garse mató a un hombre, y yo herí al *teyn* tan gravemente que nunca volverá a caminar. No quise prolongar esa situación, en Worlorn no parecía haber enemigos. Fue por sugerencia mía que el consejo de Jadehierro envió a Gwen a su misión ecológica.

"Pero al mismo tiempo me enteré de las actividades de Lorimaar. Ya había logrado su primer trofeo. La noticia había llegado a los Braith y de ellos pasó a nosotros. Garse y yo discutimos el asunto y decidimos detener a Lorimaar. La situación es extremadamente explosiva. Si los kimdissi se enteraran de que los kavalares han vuelto a cazar Cuasi-hombres, no tardarían en difundir la noticia por todos los mundos exteriores. Como usted sabrá, eso no afectaría demasiado las relaciones entre Kimdiss y Alto Kavalaan. No tememos a los kimdissi como tales, que profesan una religión y una filosofía tan no-violentas como las de los emereli. Otros mundos del Confín son más peligrosos. Los lobunos suelen viajar de un lado al otro; los toberianos podrían anular los tratados comerciales si supieran que los kavalares les cazan a los turistas rezagados. No sería improbable que Avalon mismo se pusiera contra nosotros, si la noticia se propagase más allá del Velo, y entonces seríamos expulsados de la Academia. No se puede correr estos riesgos. Lorimaar y sus secuaces no les dan importancia, y los consejeros de los clanes no pueden hacer nada. Aquí carecen de autoridad, y sólo los Jadehierro tienen una mínima preocupación por lo que sucede a años-luz de distancia en un mundo que agoniza. De modo que Garse y yo estamos solos contra los cazadores de Braith.

"Hasta ahora no ha habido enfrentamientos directos. Viajamos tanto como podemos, visitando las ciudades en busca de los que se quedaron en Worlorn. A los que encontramos les nombramos *korariel*. Sólo hemos encontrado unos pocos... Un niño salvaje perdido durante el Festival, unos pocos lobunos que permanecían en la ciudad de Haapala, un cazador de cuernohierros de Tara. A cada uno le di un objeto en prenda de mi estima —sonrió—...un pequeño broche de hierro negro con forma de banshi. Es una señal para todo cazador que se acerque demasiado. Tocar a cualquiera de los que usan el broche, a uno de mis *korariel*, equivaldría a retarme a duelo. Lorimaar puede gruñir y protestar, pero no está dispuesto a desafiarnos: moriría.

—Ya veo —dijo Dirk, al tiempo que se llevaba la mano al cuello para quitarse el pequeño broche de hierro y arrojarlo sobre la mesa entre los restos del desayuno—. Bueno, es precioso pero se lo devuelvo. No soy propiedad de nadie. Hace tiempo que sé cuidarme solo, y puedo seguir haciéndolo.

Vikary frunció el ceño.

—Gwen —dijo—, ¿no puedes convencerle de que sería más seguro que...

—No —dijo ella con aspereza—. Aprecio tu actitud, Jaan. Lo sabes. Pero entiendo los sentimientos de Dirk. A mí tampoco me gusta que me protejan, y me

niego a que me consideren una propiedad —el tono era tajante, decisivo.

Vikary les miró consternado.

—Muy bien —dijo, y recogió el broche de Dirk—. Debo decirle algo, t'Larien. Si hasta ahora hemos tenido más suerte que los Braith para encontrar gente, es simplemente porque nosotros registramos las ciudades mientras que ellos merodean por parajes selváticos, lamentablemente esclavizados por viejas costumbres. Rara vez encuentran a nadie en las selvas. Hasta ahora no tenían idea de lo que hacíamos Garse y yo. Pero esta mañana Lorimaar alto-Braith ha venido a quejarse ante mí porque el día anterior se había topado con una presa mientras iba de caza con su *teyn* y algo le impidió perseguirla.

"La presa que buscaba era un hombre que volaba a solas en un aeropatín, sobre las montañas —exhibió el broche con forma de banshi—. Sin esto, Lorimaar le habría obligado a usted a bajar o le habría derribado, para luego darle caza y matarle —se guardó el broche en el bolsillo, clavó en Dirk una significativa mirada y se marchó.

Capítulo 4

—Es una lástima que esta mañana te hayas tropezado con Lorimaar —dijo Gwen después que Jaan salió—. No había razón para que te vieras complicado en esto, y yo tenía esperanzas de ahorrarte los detalles sórdidos. Espero que no digas una palabra cuando te vayas de Worlorn. Que Jaan y Garse se encarguen de los Braith. De todos modos nadie hará nada, salvo hablar del asunto y difamar a gente inocente en Alto Kavalaan. Ante todo, ni se lo comentes a Arkin. Detesta a los kavalares, y partiría hacia Kimdiss en un santiamén —se levantó—. Por el momento, sugiero que hablemos de cosas más agradables. No tenemos mucho tiempo para compartirlo. Sólo podré ser tu guía turística mientras no tenga que volver a mi trabajo. No hay porqué dejar que esos carniceros Braith nos arruinen los pocos días que tenemos.

—Como digas —respondió Dirk, tratando de ser agradable pero aún sorprendido por lo de Lorimaar y los Cuasi-hombres—. ¿Tienes algún plan?

—Podría llevarte de regreso a los bosques —le dijo Gwen—. Continúan ininterrumpidamente, y hay muchas cosas fascinantes: lagos llenos de peces más grandes que nosotros, montículos más altos que este edificio, erigidos por insectos más pequeños que una uña, una increíble red de cavernas que Jaan descubrió más allá de la pared montañosa... Jaan ha nacido cavernícola. Pero creo que hoy conviene adoptar todas las precauciones posibles. Más vale no tentar demasiado a Lorimaar, pues de lo contrario él y su gordo *teyn* podrían cazarnos, y al diablo con Jaan. Hoy te enseñaré las ciudades. También tienen su fascinación, y una especie de belleza macabra. Como dijo Jaan, Lorimaar aún no ha pensado en cazar en ellas.

—De acuerdo —dijo Dirk sin demasiado entusiasmo.

Gwen se cambió en seguida y luego le llevó a la azotea. Los aeropatines aún yacían donde los habían dejado el día anterior. Dirk se agachó a recogerlos, pero Gwen le arrebató las plataformas de las manos y las arrojó en la parte trasera del aeromóvil gris. Luego tomó las botas de vuelo y los controles y también los guardó.

—Hoy no usaremos patines —explicó—. Nos espera un largo trayecto.

Dirk asintió, y los dos se encaramaron a las alas del aeromóvil para instalarse en el asiento delantero. El cielo de Worlorn hacía pensar a Dirk que la expedición acababa de concluir cuando aún no había comenzado.

El viento aullaba ferozmente alrededor del aeromóvil, y Dirk empuñó un instante la palanca de mando para que Gwen pudiera sujetarse la cabellera negra. Mientras surcaban el cielo, también a él la melena se le arremolinaba enloquecida. Pero iba demasiado absorto en sus pensamientos para sentirse molesto o siquiera advertirlo.

Gwen sobrevoló la pared rocosa y luego enfiló hacia el sur. A la derecha se extendía el plácido paisaje del llano, sembrado de suaves y verdes colinas y ríos con perezosos meandros, prolongándose hasta el horizonte. Muy hacia la izquierda, donde

terminaban las montañas, se veía el lindero de las selvas. Las zonas infestadas de estranguladores eran visibles aún desde esta distancia: cánceres amarillos tachonaban el fondo verde oscuro.

Volaron casi una hora en silencio. Dirk iba sumido en sus reflexiones, tratando en vano de ordenar las ideas. Finalmente Gwen se volvió hacia él con una sonrisa.

—Me gusta volar en aeromóvil —le dijo—. Hasta en éste. Me hace sentir libre y limpia, distanciada de los problemas de allá abajo. ¿Me comprendes?

—Sí —asintió Dirk—. No eres la primera en decirlo. Hay muchos que sienten lo mismo, yo incluido.

—Sí —dijo ella—. Yo solía llevarte a volar, ¿recuerdas? En Avalon. Volábamos horas y horas, desde el amanecer hasta la puesta del sol, y tú te quedabas sentado con un brazo fuera de la ventanilla, mirando a lo lejos con ese aire soñador —volvió a sonreírle.

Claro que lo recordaba. Esos viajes habían sido muy especiales. Nunca hablaban demasiado, simplemente se miraban de tanto en tanto, y compartían una sonrisa. Era inevitable; por mucho que se empeñara en olvidarla, esa sonrisa siempre le acuciaba. Pero ahora todo parecía irremediabilmente distante y perdido.

—¿Por qué lo has recordado? —preguntó.

—Por ti —dijo ella, señalándole—. Echado en tu asiento con una mano al costado... Ah, Dirk... Eres un tramposo, ¿sabes? Creo que lo has hecho deliberadamente para hacerme pensar en Avalon, y sonreír y querer abrazarte otra vez. Bah...

Y los dos se echaron a reír.

Y Dirk, casi sin pensarlo, se le acercó y la rodeó con el brazo. Ella le miró un segundo a la cara, luego se encogió ligeramente de hombros y dejó de fruncir el ceño para lanzar un suspiro de resignación y esbozar una contrariada sonrisa. Y no se apartó de él.

Fueron a ver las ciudades.

La ciudad de la mañana era una tenue visión pastel incrustada en un ancho valle verde. Gwen descendió en el centro de una de las plazas y luego recorrieron durante una hora las anchas ramblas. Era una ciudad grácil, tallada en mármoles rosados y piedras pálidas delicadamente veteadas. Las calles eran amplias y sinuosas, y los edificios bajos, de madera lustrosa y vidrio de colores, parecían estructuras frágiles. Abundaban los parques pequeños y los anchos paseos, y había obras de arte por doquier: estatuas, pinturas, frisos en las aceras y en las paredes de los edificios, jardines de rocas y árboles que eran esculturas vivientes.

Pero ahora los parques se veían tristes, plagados de malezas que devoraban la hierba verde azulada. Enredaderas negras serpeaban a través de las veredas, los

plintos laterales estaban vacíos, y las esculturas arbóreas más resistentes habían degenerado en formas grotescas con las que los artistas jamás habían soñado.

Un desganado río azul dividía y subdividía la ciudad, vagabundeando de un lado al otro en un curso tan sinuoso e irregular como las calles que lo bordeaban. Gwen y Dirk se sentaron un rato al lado del agua, a la sombra de un puente de madera labrada, y observaron el reflejo del Gordo Satanás flotando rojo y perezoso en la superficie. Y mientras estaban allí, ella le contó cómo había sido la ciudad en días del Festival, antes que cualquiera de ellos hubiera llegado a Worlorn. La gente de Kimdiss la había construido, le dijo; la habían llamado El Duodécimo Sueño.

Tal vez la ciudad soñaba ahora. En ese caso, era el reposo definitivo. Ecos vacíos retumbaban en los salones abovedados, los jardines eran junglas lúgubres que pronto serían tumbas. Si la risa alguna vez había poblado las calles, ahora sólo se oía el sedoso susurro de las hojas muertas arrastradas por el viento. Si Larteyn era una ciudad moribunda, reflexionó Dirk mientras descansaba debajo del puente, Duodécimo Sueño no podía ser más que un cadáver de ciudad.

—Aquí es donde Arkin quería establecer nuestra base de operaciones —dijo Gwen—. Pero no accedimos. Si él y yo íbamos a trabajar juntos, obviamente era mejor que viviéramos en la misma ciudad, y Arkin quería que fuese en Duodécimo Sueño. Yo me negué, y me pregunto si me lo habrá perdonado. Si los kavalares construyeron Larteyn como una fortaleza, los kimdissi diseñaron esta ciudad como una obra de arte. Tengo entendido que en los viejos tiempos era aún más hermosa. Cuando terminó el Festival, desmantelaron los mejores edificios y se llevaron las mejores esculturas de las plazas.

—¿Votaste por Larteyn? —preguntó Dirk—. ¿Para vivir allí?

Ella meneó la cabeza, y el cabello, ahora suelto, onduló suavemente.

—No —dijo con una sonrisa—. Eso era lo que querían Jaan y Garse. Yo... en fin, temo que tampoco voté por Duodécimo Sueño. Jamás habría podido vivir aquí. El aroma de la decadencia es muy fuerte. Estoy de acuerdo con Keats, ¿sabes? Nada es tan melancólico como la muerte de la belleza. En Larteyn nunca hubo tanta belleza como aquí, aunque Jaan refunfuñaría si me oyera decirlo. Así que éste es el lugar más triste de los dos. Además, en Larteyn hay alguna compañía, al menos. Aunque sea Lorimaar y los suyos. Aquí sólo quedan fantasmas.

Dirk contempló el agua, donde el gran sol rojo, macilento y prisionero, se mecía ominoso al ritmo indolente del oleaje. Y casi pudo ver los fantasmas de que hablaba Gwen, espectros que se apiñaban en ambas márgenes y entonaban lamentos por cosas perdidas hacía muchos años. Y también un fantasma que le pertenecía exclusivamente: un barquero de Draque que se deslizaba río abajo empuñando una larga pértiga negra. Ese barquero se acercaba cada vez más, y venía en busca de Dirk. Y la barcaza negra vacía y desolada, avanzaba casi a ras del agua.

Dirk se incorporó y obligó a Gwen a levantarse, sin darle demasiadas explicaciones. Y se alejaron de los fantasmas para regresar a la terraza donde los esperaba el aeromóvil gris.

El vehículo se elevó nuevamente y los condujo a otro interludio de viento y cielo y cavilaciones silenciosas. Gwen se dirigió hacia el sur y luego hacia el este, y Dirk observaba y rumiaba calladamente, y de vez en cuando ella lo miraba y sin darse cuenta esbozaba una sonrisa.

Finalmente llegaron al mar.

La ciudad de la tarde estaba construida a lo largo de la costa de una bahía dentada donde oscuras olas verdes rompían contra muelles destartados. Se había llamado Musquel-junto-al-Mar, explicó Gwen mientras la sobrevolaban trazando una lenta espiral. Aunque se había fundado con las otras ciudades de Worlorn, ésta tenía un aire antiguo. Las calles de Musquel eran serpientes con el espinazo roto, callejones retorcidos y pedregosos entre torres inclinadas de ladrillos multicolores. Era una ciudad de ladrillos. Azules, rojos, amarillos, verdes, naranjas, pintados y estriados y moteados, ladrillos unidos con una argamasa negra como la obsidiana o roja como el Gordo Satanás, unidos en diseños contrastantes y estrafalarios. Aun más gárrulos eran los toldos de lona pintada de los puestos comerciales que aún decoraban las tortuosas calles o se erguían solitarios en los abandonados espigones de madera.

Aterrizaron en un espigón que parecía más fuerte que los demás, escucharon un rato el mugido de las olas y luego se internaron en la ciudad, totalmente vacía y polvorienta. El viento barría las calles abandonadas, las cúpulas y las torres esféricas estaban vacías, y el sol gordo y rojo desteñía los colores otrora vívidos. También los ladrillos cedían; el polvo multicolor y asfixiante lo impregnaba todo. Musquel no era una ciudad de construcción sólida, y ahora estaba tan muerta como Duodécimo Sueño.

Estaban en la unión de dos callejas, donde un profundo manantial había sido emparedado y bordeado de piedras. Abajo gorgoteaba un agua negra.

—Es primitiva —dijo Dirk, entre las ruinas—. La sensación es pre-espacial, y los letreros dicen lo mismo acerca de la cultura. Braque es así, aunque no a tal punto. Conocen fragmentariamente la vieja tecnología, cuando menos hasta donde lo consienten las interdicciones religiosas. Musquel da la impresión de que no se tuvieran noticias de esos conocimientos.

Ella asintió, acariciando con la mano el brocal del pozo. Un torrente de polvo y guijarros se despeñó en la oscuridad. El jade-y-plata destelló, opaco y rojizo, en el brazo izquierdo de Gwen, y atrajo la atención de Dirk, que parpadeó y volvió a preguntarse qué era; si un signo de esclavitud o una ofrenda amorosa o qué. Pero desechó ese pensamiento, se negó a considerarlo.

—La gente que construyó Musquel tenía muy pocos conocimientos —decía ella—. Venían de la Colonia Olvidada, a la que los demás habitantes de los mundos exteriores a veces llaman Leteo, y a la que sus propios habitantes siempre llaman Tierra. En Alto Kavalaan llaman a esa gente el Pueblo Perdido. Quiénes son, cómo llegaron al mundo de ellos, de dónde vinieron, nadie lo sabe... —se encogió de hombros—. Sin embargo llegaron aquí antes que los kavalares, y posiblemente antes que el *Mao Tse-tung*, que según las crónicas fue la primera nave estelar humana que atravesó el Velo del Tentador. Los kavalares tradicionalistas tienen la certeza de que el Pueblo Perdido está compuesto por Cuasi-hombres y demonios hranganos, aunque ellos han demostrado que su raza puede mezclarse con otros especímenes humanos de mundos más conocidos. Pero la Colonia Olvidada es, ante todo, un planeta solitario que no se interesa demasiado en el resto del espacio. Tienen una cultura de la Edad del Bronce, la mayoría son pescadores, y se ocupan de sus propios problemas.

—Entonces me asombra que hayan venido aquí —dijo Dirk—, y se hayan molestado en construir una ciudad.

—Ah —dijo ella, sonriendo y arrancando más guijarros flojos que cayeron en el pozo con un chapaleo sordo—. Pero todos tenían que construir una ciudad, las catorce culturas de los mundos exteriores. Esa era la idea. Lobo había descubierto la Colonia Olvidada hacía pocos siglos, así que Lobo y Tóber arrastraron aquí al Pueblo Perdido, que ni siquiera contaba con naves estelares propias. Eran pescadores en su mundo natal y se hicieron pescadores aquí. También fueron los lobunos, junto con el Mundo del Océano Vinonegro, quienes les reservaron los mares. Pescaban con redes en pequeñas embarcaciones, hombrecitos y mujeres atezados con el torso desnudo, y freían lo que pescaban en fosas abiertas, para los visitantes. Tenían bardos y cantantes callejeros que les alegraban la ciudad. Durante el Festival, todos se detenían en Musquel para escuchar sus extraños mitos, comer pescado frito y alquilar botes. Pero creo que el Pueblo Perdido no amaba demasiado la ciudad. Al mes de la clausura del Festival todos se marcharon. Ni siquiera desarmaron los toldos, y si hurgas en los edificios todavía podrás encontrar cuchillos, lienzos y alguno que otro hueso.

—¿Tú te has fijado?

—No. Pero oigo historias. Kirak Acerorrojo Cavis, el poeta que vive en Larteyn, se quedó una vez aquí y vagabundó y compuso algunas canciones.

Dirk miró en torno, pero no había nada que ver. Ladrillos descoloridos y calles desiertas, ventanas sin cristales que parecían cuencas oculares vacías, toldos pintados restallando al viento. Nada.

—Otra ciudad fantasma —comentó.

—No —dijo Gwen—. No, no lo creo. Los del Pueblo Perdido nunca entregaron las almas a Musquel, ni a Worlorn. Se llevaron los fantasmas de regreso a casa.

Dirk se estremeció, y de pronto la ciudad le pareció más vacía que un momento

antes. Más vacía que el vacío. Era una idea extraña.

—¿Larteyn es la única ciudad habitada? —preguntó.

—No —repuso ella, alejándose del brocal—. No, ahora te enseñaré un poco de vida, si quieres. Ven conmigo.

Caminaron juntos calle abajo, en dirección a la costa. Y nuevamente en el aire, surcaban la creciente penumbra.

El viaje a Musquel y el recorrido de la ciudad les había llevado casi toda la tarde; el Gordo Satanás descendía hacia el oeste, y uno de sus cuatro servidores amarillos ya se había hundido en el horizonte. El crepúsculo había vuelto, tanto en la realidad como en la apariencia.

Dirk, muy inquieto, se encargó esta vez de conducir, y Gwen iba a su lado con el brazo ligeramente apoyado en el de él, impartándole breves instrucciones. Ya había transcurrido casi todo el día, y él tenía tanto que decir, tanto que preguntar, tanto que decidir. Y sin embargo no había hecho nada de eso. Pronto, se prometió sin embargo mientras conducía. Pronto.

El aeromóvil ronroneaba suave, casi inaudiblemente. Abajo crecía la oscuridad, y los kilómetros pasaban muy veloces. Encontrarían vida, le había dicho Gwen, hacia el oeste, muy hacia el oeste, cerca del atardecer.

La ciudad del atardecer era un único edificio plateado, con la base hincada en las colinas que rodaban allá abajo, y la cima velada por las nubes que flotaban a dos kilómetros de altura. Era una ciudad de luz, con flancos metálicos y sin ventanas, que irradiaban un brillo blanco y titilante. La luz trepaba por la pared curva en ondas trémulas y centelleantes, y desde la base enclavada en la roca viva ascendía, ganando en resplandor e intensidad, por la torre que se elevaba y estrechaba como una aguja inmensa. La onda de luz subía con creciente rapidez hasta esa altura increíble, y envolvía la cima plateada, coronada de nubes, en un estallido de gloria engeguedora. Y por entonces, tres ondas ya empezaban a seguirla en su ascenso.

—Desafío —dijo Gwen cuando se acercaron; era el nombre y el propósito de la ciudad que habían construido los urbanistas de di-Emerel, en cuyo mundo las ciudades eran torres de acero negro hincadas en colinas ondulantes. Cada ciudad emereli era una nación-estado; todo en una sola torre, y la mayoría de los emereli nunca dejaban el edificio donde habían nacido (aunque quienes lo hacían, a menudo se convertían en los vagabundos más empecinados del espacio, había dicho Gwen). Desafío era todas las torres emereli en una, blanco-plateada en vez de negra, con el doble de altivez y el triple de altura, la filosofía arcológica de di-Emerel corporizada en plástico y metal: dotada de energía nuclear, automática, programada para repararse a sí misma. Los emereli alardeaban de que la ciudad era inmortal, la prueba irrefutable de que las glorias de la tecnología del Confín (o de la tecnología emereli,

en todo caso) brillaban con no menos fulgor que las de Nueva Ínsula, Avalon o la misma Vieja Tierra.

En la torre había oscuras ranuras horizontales, pistas de aterrizaje separadas por diez niveles de distancia entre una y otra. Dirk enfiló hacia una de ellas, y cuando se acercaron la ranura negra se iluminó. La abertura tenía fácilmente diez metros de altura, y a Dirk le fue fácil posar el vehículo en la espaciosa pista del centésimo nivel.

Cuando se aparearon, una voz grave y profunda le habló desde ninguna parte.

—Bienvenidos —dijo—. Soy la Voz de Desafío. ¿Puedo atenderles?

Dirk miró por encima del hombro y Gwen soltó una carcajada.

—El cerebro de la ciudad —explicó ella—. Una super-computadora. Te dije que esta ciudad aún vive...

—¿Puedo atenderles? —repitió la Voz desde las paredes.

—Tal vez —aventuró Dirk—. Creo que tenemos hambre. ¿Puedes darnos de comer?

La Voz no respondió, pero el panel de una pared se deslizó varios metros, y un silencioso vehículo acolchado salió y se detuvo frente a ellos. Subieron y el vehículo entró por otra pared que también se abrió gentilmente.

Blandos neumáticos-balón les llevaban por una sucesión de immaculados corredores blancos, frente a incontables filas de puertas numeradas, mientras una música serena los envolvía. Dirk señaló que las luces blancas contrastaban notoriamente con el pálido cielo crepuscular de Worlorn, y de inmediato los corredores se tiñeron de un azul suave y desvaído.

El coche de llantas gruesas los dejó en un restaurante y un mozo-robot les ofreció menús y listas de vino con un tono muy parecido al de la Voz. En ambos casos, la selección era extensa y no se limitaba solamente a la cocina de di-Emerel o de los mundos exteriores, sino que incluía platos famosos y vinos escogidos de todos los mundos dispersos del reinohumano, incluso algunos que Dirk desconocía absolutamente. En el menú, cada plato traía impreso su mundo de origen en cuerpo más pequeño. Tardaron un largo rato en decidirse. Finalmente Dirk eligió dragón de arena hervido en manteca, del Mundo de Jamison, y Gwen ordenó huevas azules al queso, de Viejo Poseidón.

El vino que eligieron era claro y blanco. El robot lo trajo congelado, en un cubo de hielo. Y rajó el hielo para descorchar el vino, que estaba muy frío pero líquido. Así correspondía servirlo, insistió la Voz. La cena vino en cálidas bandejas de plata y hueso. Dirk tomó una pata ganchuda, peló el caparazón y saboreó la carne blanca y tierna.

—Es increíble —comentó, cabeceando hacia el plato—. Viví un tiempo en el Mundo de Jamison, y los jamies tienen especial preferencia por el guiso de dragón de arena, y éste es tan sabroso como los que he probado allá. ¿Congelado? ¿Lo han

traído congelado? Diablos, los emereli habrán ocupado una flota entera para trasladar todos los alimentos necesarios hasta este lugar.

—Congelado no —fue la respuesta; no era Gwen, que lo miraba con una sonrisa divertida, sin embargo—. Antes del Festival, la nave mercante *Placa Azul* de di-Emerel visitó todos los mundos que pudo, recogiendo y guardando muestras de las mejores comidas. El viaje, planeado por mucho tiempo, llevó unos cuarenta y tres años convencionales, con cuatro capitanes y cuatro tripulaciones. Finalmente la nave llegó a Worlorn, y en las cocinas y biotankes de Desafío las muestras recogidas fueron reproducidas por clonaje para alimentar a las multitudes. Así el pan y los peces fueron multiplicados, no por un falso profeta sino por los científicos de di-Emerel —explicó la Voz.

—Suenan muy *chic* —dijo Gwen con una risita.

—Suenan como un discurso estereotipado —dijo Dirk; luego se encogió de hombros y volvió a la cena, igual que Gwen.

Comieron a solas, salvo por el mozo robot y la Voz, en el centro de un restaurante diseñado para albergar cientos de personas. Alrededor, vacías pero impecables, otras mesas esperaban con manteles rojo oscuro y brillante vajilla de plata. Los clientes se habían marchado hacía una década; pero la Voz y la ciudad tenían una paciencia infinita.

Después, mientras tomaban el café (negro y espeso, con crema y especias, un regusto de gratos recuerdos de Avalon), Dirk se sintió tranquilo y relajado, tal vez más cómodo que nunca desde su llegada a Worlorn. Jaan Vikary y el jade-y-plata (que brillaba oscuro y hermoso a la luz tenue del restaurante, exquisitamente labrado pero curiosamente despojado de acechanzas y significaciones), habían perdido importancia ahora que estaba de nuevo con Gwen. Frente a él, mientras bebía de una taza de porcelana blanca y le sonreía con una expresión soñadora y distante, ella parecía muy accesible, muy semejante a la Jenny que Dirk había conocido y amado, la dama de la joya susurrante.

—Maravilloso —dijo él, abarcando con un gesto todo lo que les rodeaba.

Gwen imitó el gesto.

—Maravilloso —convino con una sonrisa.

Y Dirk de pronto deseó a la Ginebra de anchos ojos verdes y abundante melena negra, la que había amado, su compañera perdida.

Se inclinó hacia adelante y fijó la vista en la taza. El café no anunciaba ni auguraba nada. Tenía que hablarle a Gwen.

—Esta noche todo ha sido maravilloso —dijo—. Como Avalon —mientras ella volvía a asentir con un murmullo, él concluyó—: ¿Queda algo de todo eso, Gwen?

Ella lo miró fijamente y sorbió el café.

—No juegas limpio, Dirk. Y lo sabes. Siempre queda algo, sobre todo si lo que se

tuvo era real; de lo contrario, bueno, no tiene importancia. Pero fue real, así que algo queda. Un poco de amor, una pizca de odio, desesperación, rencor, deseo. Lo que fuera, pero algo.

—No sé —dijo Dirk t'Larien con un suspiro, y bajó la mirada—. Tal vez tú hayas sido la única realidad que he tenido, entonces.

—Triste —dijo ella.

—Supongo que sí —alzó los ojos—. En mí han quedado muchas cosas, Gwen: amor, odio, rencor, todo. Tal como dijiste, deseo —rió.

Ella se limitó a sonreír.

—Triste —repitió.

Él no estaba dispuesto a cambiar de tema.

—¿Y tú? ¿Algo, Gwen?

—Sí, no puedo negarlo. Algo. Y ha seguido creciendo.

—¿Amor?

—Estás presionándome —dijo ella con suavidad, dejando la taza. El mozo-robot volvió a servirle café, otra vez cremoso y condimentado—. Te pedí que no lo hicieras.

—Tengo que hacerlo —dijo él—. Es muy duro tenerte tan cerca y hablar de Worlorn, las costumbres kavales y hasta de cazadores. ¡No es eso de lo que quiero hablar!

—Lo sé. El reencuentro de dos que se amaron. Es una situación común y es común sentirse así. Los dos tienen miedo, pues no saben si intentar abrir otra vez las viejas puertas, no saben si el otro quiere despertar de nuevo los pensamientos latentes, o dejarlos donde están. Cada vez que evoco algo que pensé en Avalon y estoy a punto de decirlo, me pregunto: "¿Querrá él que lo mencione, o estará rogando que me calle la boca?"

—Supongo que eso depende de lo que vayas a decir. Una vez traté de que todo empezara de nuevo, ¿recuerdas? Al poco tiempo. Te envié mi joya susurrante. Nunca respondiste, nunca viniste a mí —la voz de Dirk era tersa, con un ligero matiz de reproche y dolor, pero no de exasperación. De algún modo la exasperación se había disipado, por el momento.

—¿Alguna vez pensaste por qué? —dijo Gwen—. Recibí la joya y rompí a llorar. Entonces aún estaba sola, no había conocido a Jaan, y necesitaba desesperadamente estar con alguien. Habría vuelto a ti si me hubieras llamado.

—Te llamé. No viniste.

—Ah, Dirk —sonrió con desgana—. La joya vino en un pequeño cofre, con una nota que ponía "Por favor, vuelve a mí. Te necesito, Jenny. Ahora." Eso era lo que decía. Lloré y lloré. Si sólo hubieras escrito 'Gwen', si sólo hubieras amado a *Gwen*, a mí. Pero no, siempre fue Jenny, incluso después, incluso entonces...

Dirk parpadeó al recordarlo.

—Sí —admitió al cabo de una pausa—. Supongo que escribí eso. Lo siento. Nunca comprendí, pero ahora sí. ¿Es demasiado tarde?

—Te lo dije. En los bosques. Demasiado tarde, Dirk. Todo ha muerto. Si insistes, los dos saldremos heridos.

—¿*Todo* muerto? Dijiste que algo quedaba, que había seguido creciendo. Acabas de decirlo. Decídette, Gwen. No quiero herirte a ti, ni a mí. Pero quiero...

—Ya sé lo que quieres. Es imposible. Se acabó.

—¿Por qué? ¿Por esto? —preguntó él, señalando el brazalete—. Jade-y-plata por siempre jamás, ¿no es cierto?

—Tal vez —la voz de Gwen vaciló, insegura—. No sé. Nosotros..., es decir, yo...

Dirk recordó lo que Ruark le había contado.

—Sé que no es fácil hablar de eso —dijo cautelosamente, con dulzura—. Y prometí esperar. Pero ciertas cosas no pueden esperar. Dijiste que Jaan es tu esposo, ¿verdad? ¿Y Garse, qué? ¿Qué significa *betheyn*?

—Esposa y esclava —dijo—. Pero tú no comprendes. Jaan es diferente de otros kavalares, más fuerte y más sensato y más decente. Está cambiando las cosas, por su cuenta. Los viejos vínculos, el de la *betheyn* con el altoseñor... Lo nuestro no es así; Jaan no cree en eso, así como tampoco cree en la cacería de Cuasi-hombres.

—Cree en Alto Kavalaan —dijo Dirk—, y en el duelo de honor. Tal vez sea atípico, pero sigue siendo un kavalalar.

No eran las palabras más apropiadas. Gwen hizo una mueca y cobró distancia.

—Caramba —dijo—. Ahora hablas como Arkin.

—¿De veras? Sin embargo, tal vez Arkin tenga razón. Algo más. Dices que Jaan no cree en muchas de las viejas costumbres, ¿verdad?

Gwen asintió.

—De acuerdo —continuó Dirk. Pero, ¿y Garse? No he tenido oportunidad de hablar con él. ¿Debo suponer que comparte la misma actitud?

Gwen titubeó.

—Garse... Bueno —empezó y se interrumpió, después de menear dubitativamente la cabeza, concluyó—: Garse es más conservador.

—Sí —dijo Dirk, quien de golpe creyó comprenderlo todo—. Sí, eso pensé, y ése es para ti el hueso más duro de roer, ¿verdad? En Alto Kavalaan no es hombre y mujer. No, es hombre y hombre y tal vez mujer, pero aun así ella no es tan terriblemente importante. Puede que ames a Jaan, pero no tienes tanto interés en Garse Janacek, ¿o sí?

—Siento mucho afecto por...

—¿De veras?

El rostro de Gwen se endureció.

—Basta —dijo.

El tono de voz asustó a Dirk. Se echó hacia atrás en el asiento, y sólo entonces advirtió con disgusto cómo se había inclinado sobre la mesa para presionar, acosar, golpear, atacar e irritar a Gwen, cuando había venido para darle ayuda y cuidar de ella.

—Lo siento —murmuró.

Silencio. Ella le miraba fijamente, y el labio inferior le temblaba mientras procuraba recobrar la compostura.

—Tienes razón —dijo al fin—. En parte, al menos. No soy... Bueno..., del todo feliz con los míos —esbozó una sonrisa irónica y forzada—. Supongo que me engaño a mí misma. No está bien engañarse, pero al fin, todos lo hacen. Todos. Uso el jade-y-plata y me persuado de que soy más que una esclava, más que otras mujeres kavalares. ¿Por qué? ¿Sólo porque lo dice Jaan? Jaan Vikary es un buen hombre, Dirk. De veras. Y en muchos aspectos, el mejor hombre que he conocido. Le amé. Tal vez siga amándolo. No sé. Ahora estoy muy confundida. Pero lo ame o no, me debo a él. La deuda y la obligación, esos son los lazos kavalares. El amor es algo que apenas Jaan conoció en Avalon, y no estoy segura de que haya aprendido a dominarlo bien, completamente. Si hubiera podido, yo habría sido su *teyn*. Pero él ya tenía *teyn*. Además, ni siquiera Jaan desafiaría a tal punto las tradiciones de su mundo. Oíste lo que contó acerca de los duelos... Y todo porque ha investigado unos antiguos bancos de memoria, y allí descubrió que uno de los héroes tradicionales de Kavalaan tenía pezones —sonrió con desgana—. ¡Imagínate lo que ocurriría si me tomaran como *teyn*! Lo perdería todo, todo. Jadehierro es relativamente tolerante, sí. Pero pasarán siglos antes que cualquier clan esté preparado para una medida así. Jamás una mujer usó el hierro-y-piedraviva.

—¿Por qué? —preguntó Dirk—. No entiendo. Todos vosotros insistís en comentar esas historias..., acerca de nodrizas y esclavas y mujeres que se esconden en cuevas y tienen miedo de salir. Y yo sigo sin creerlas. ¿Por qué son tan retorcidos en Alto Kavalaan? ¿Qué tienen contra las mujeres? ¿Por qué les preocupa tanto que el fundador de Jadehierro no fuera un hombre? Hay muchas personas que no lo son, ¿sabes?

Gwen sonrió vagamente y se frotó las sienes con las yemas de los dedos, suavemente, como si se masajeara para combatir una jaqueca.

—Debiste dejar que Jaan terminara de explicarte. Entonces sabrías tanto como nosotros. Recién empezaba a entusiasmarse. Ni siquiera había llegado a la Plaga Dolorosa —suspiró—. Es una historia muy larga, Dirk, y en este momento no tengo el menor deseo de contarla. Espera a que llegemos a Larteyn. Te conseguiré un ejemplar de la tesis de Jaan y podrás leerla por tu cuenta.

—De acuerdo —dijo Dirk—. Pero hay ciertos detalles que no encontraré en una tesis. Hace unos minutos dijiste que no estabas segura de seguir amando a Jaan. Sin duda no amas a Alto Kavalaan. Creo que odias a Garse. Entonces, ¿por qué aguantas toda esta situación?

—Te gustan las palabras insidiosas —dijo ella con amargura—. Pero antes de responderte te haré ciertas correcciones. Puede que odie a Garse, como tú dices. A veces estoy segura de odiarle, aunque Jaan se moriría si me oyera decirlo. Otras veces, sin embargo... Antes no mentí, cuando te dije que le tengo bastante afecto. Cuando llegué a Alto Kavalaan por primera vez, era ciega, inocente y vulnerable. Jaan me había explicado todo de antemano, con mucha paciencia y minuciosidad, desde luego, y yo había aceptado. Al fin y al cabo yo venía de Avalon, y no hay lugar más sofisticado que Avalon, ¿verdad? Salvo la Tierra. Había estudiado todas las culturas exóticas que la humanidad ha desparramado por las estrellas, y sabía que quienquiera aborde una nave estelar, tiene que estar dispuesto a adaptarse a sistemas sociales y morales bastante diferentes. Sabía que las costumbres sexuales y familiares varían, y que en ese sentido Avalon no era necesariamente más razonable que Alto Kavalaan. Me creía muy lista.

"Pero no estaba preparada para los kavales, claro que no. Mientras viva no olvidaré por un segundo el miedo traumático de mi primer día y mi primera noche en el clan de Jadehierro, como la *betheyn* de Jaan Vikary. Especialmente la primera noche —rió—. Jaan me había advertido, desde luego. Y..., qué diablos, no estaba preparada para ser *compartida*. ¿Qué puedo decirte? No fue agradable, pero sobreviví. Garse colaboró. Sentía una honesta preocupación por mí, y también por Jaan. Hasta puede decirse que tuvo ternura. Confié en él, él me escuchó y fue cuidadoso. Y la mañana siguiente empezaron los ultrajes verbales. Yo estaba asustada y lastimada; Jaan estaba desconcertado y colérico. La primera vez que Garse me llamó *perra-betheyn*, Jaan le derribó de un empujón. Después de eso Garse se aplacó por un tiempo. Con frecuencia me da tregua, pero nunca renuncia del todo. En cierta forma es un personaje notable. Retaría y mataría a cualquier kavalari que me infligiera la mitad de las ofensas que él me inflige. Sabe que sus bromas enfurecen a Jaan y provocan peleas terribles... O las provocaban, al menos. A esta altura Jaan reacciona con cierta indiferencia. Y sin embargo insiste. Tal vez no puede contenerse, tal vez realmente me detesta, o tal vez le divierte hacer sufrir a los demás. En tal caso, conmigo no se ha divertido tanto en los últimos años. Una de las cosas que me propuse fue no permitirle que me hiciera llorar otra vez. Y lo conseguí. Aun cuando sus salidas a veces me dan ganas de partirle la cabeza de un hachazo, me limito a sonreír mostrándole los dientes y trato de pensar alguna réplica ingeniosa. Un par de veces logré bajarle las ínfulas. Casi siempre me deja como un bicho pisoteado.

"Sin embargo, pese a todo hay también *otros* momentos. Treguas, pequeños

descansos en nuestra guerra interminable, instantes de asombrosa calidez y compasión. De noche, muchas veces. Esos momentos nunca dejan de sorprenderme. Son muy intensos. Una vez, aunque no quieras creerlo, le dije a Garse que le amaba; se rió de mí. Él no me amaba, me dijo en alta voz. Simplemente yo era su *cro-betheyn* y me trataba tal como estaba obligado a tratarme por el vínculo que nos unía. Esa fue la última vez que estuve a punto de llorar. Pero luché por evitarlo, y gané. No derramé una lágrima. Simplemente le grité algo y me precipité al corredor. Vivíamos bajo tierra, ¿sabes? Todo el mundo vive bajo tierra en Alto Kavalaan. Yo no llevaba demasiadas cosas encima, salvo el brazalete, y corrí frenéticamente de un lado al otro hasta que un hombre trató de detenerme..., un borracho, un idiota, un ciego que no podía ver el jade-y-plata, no sé... Estaba tan furiosa que le saqué el arma de la funda y le aplasté la cara de un culatazo. Era la primera vez que atacaba a otro ser humano en un acceso de furia. Y en eso, llegaron Jaan y Garse. Jaan parecía tranquilo, pero estaba fuera de sí. Garse estaba de buen humor y con ánimo de pelear. Como si el hombre al que yo había dejado fuera de combate no hubiese recibido un castigo suficiente, Garse tuvo el descaro de añadir que me correspondía recoger todos los dientes que le había sacado para devolvérselos, que me conformara con mi propia dentadura. Tuvieron suerte de que ese comentario no suscitara un duelo.

—¿Cómo cuernos te metiste en ese embrollo, Gwen? —preguntó Dirk, esforzándose para que no se le quebrara la voz; estaba enfurecido con ella, lastimado por ella, y sin embargo raramente (o no tan raramente) aplacado. Todo cuanto le había dicho Ruark era cierto; el kimdissi era amigo y confidente de Gwen. No era de extrañar que ella le hubiera mandado la joya. La vida de Gwen era lamentable, y él, Dirk, podía poner las cosas en orden—. Debiste tener alguna idea de cómo iba a ser.

Ella se encogió de hombros.

—Me mentí a mí misma —dijo—, y dejé que Jaan me mintiera, aunque pienso que él cree honestamente en todas las adorables falsedades que me cuenta. Si tuviera la oportunidad de empezar de nuevo... Pero no la tengo. Estaba preparada para recibirlo, Dirk. Y lo necesitaba, y lo amaba. Y él no podía darme hierro-y-fuego. Ya los había dado, así es que me dio jade-y-plata, y yo lo acepté sólo para tenerle cerca, con una idea muy vaga de lo que significaba. Te había perdido poco tiempo antes. No quería perder también a Jaan. De modo que me ceñí el bonito brazalete y me dije en voz muy alta: "¡Soy algo más que una *betheyn*!" (como si eso cambiara las cosas...)

"Dale un nombre a algo y de algún modo 'eso' llegará a ser. Para Garse, soy la *betheyn* de Jaan, y su *cro-betheyn*; eso es todo. Los nombres definen el vínculo y las obligaciones. ¿Qué más podría haber? Para los kavalares es lo mismo. Cuando trato de salirme de ese marco, de hacer el nombre a un lado, aparece Garse furioso y me grita ¡*betheyn*! Jaan es diferente, sólo Jaan. Y a veces me pregunto qué sentirá en verdad —alzó las manos sobre el mantel y cerró los puños—. Lo mismo que antes,

Dirk; *¡maldita sea, lo mismo que antes...!* —hablaba con aspereza, y apretó los puños con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

—Podemos cambiarla —se apresuró a decir Dirk; su voz sonaba impotente, esperanzada, triunfal, desolada, preocupada, todo al mismo tiempo—. Vuelve a mí, Gwen...

Al principio Gwen no respondió. Abrió los puños separando un dedo tras de otro y se los miró con solemnidad, inhalando profundamente, haciendo girar las manos, examinándolas como a un par de extraños artefactos que le hubieran dado en ese momento. Luego las aplastó sobre la mesa y apoyándose en ellas se incorporó.

—¿Por qué? —preguntó, ya con la voz controlada y en calma—. ¿Por qué, Dirk? ¿Para que vuelva a ser tu Jenny? ¿Para eso? ¿Porque alguna vez te amé, y podrían quedar vestigios aún?

—¡Sí! Quiero decir, no. Me confundes —él también se levantó.

—Ah, pero también amé a Jaan una vez, y más recientemente que a ti —sonrió Gwen—. Y con él ahora existen otros lazos; todas las obligaciones del jade-y-plata. Contigo, en fin, sólo recuerdos, Dirk...

Sin responder, Dirk permaneció de pie y esperó. Luego la siguió hacia la puerta. El mozo-robot les interceptó, enfrentándoles con su cara de metal lisa y ovoide.

—La adición —dijo—. Número de cuenta, por favor.

—Larteyn, Jadehierro 797-742-677 —replicó Gwen con el ceño fruncido—. Registre las dos comidas en ese número.

—Registradas —dijo el robot, cediéndoles el paso; la luz del restaurante se apagó a espaldas de ellos.

La voz les tenía el auto listo. Gwen le dijo que los llevara de vuelta a la pista aérea y el vehículo se desplazó por corredores que de pronto se inundaron de colores vivaces y música alegre.

—La maldita computadora ha captado la tensión de nuestras voces y ahora trata de levantarnos el ánimo —explicó Gwen, algo irritada.

—No lo hace muy bien —dijo Dirk con una sonrisa, y luego agregó—: Gracias por la cena. Antes de llegar compré moneda del Festival con dinero corriente, pero temo que no he ganado mucho con el cambio...

—Jadehierro no es pobre —dijo Gwen—. Y en Worlorn, de todas formas, no hay demasiado en qué gastar.

—Hmmm, sí; hasta ahora no había pensado que hubiera...

—Programas del Festival —dijo Gwen—. Esta es la única ciudad que se atiene a ellos todavía. En las demás ya están cancelados. Una vez por año los emereli envían un recaudador para cobrar todas las deudas registradas. Pero pronto el costo del viaje superará las utilidades.

—Me sorprende que no las supere ya.

—¡Voz! —llamó ella—. ¿Cuántas personas viven hoy en Desafío?

—Actualmente tengo trescientos nueve residentes legales y cuarenta y dos huéspedes, vosotros incluidos —respondieron las paredes—. Si lo deseáis, podéis ser residentes; los precios son muy razonables.

—¿Trescientos nueve? —exclamó Dirk—. ¿Dónde?

—Desafío fue construida para albergar veinte millones —dijo Gwen—. Es difícil que te tropieces con ellos, pero están aquí. También hay gente en otras ciudades, aunque no tanta como en Desafío. Aquí la vida es más fácil. Y la muerte también será fácil cuando los altoseñores de Braith se decidan a ir de cacería por las ciudades... Ese ha sido siempre el temor de Jaan.

—¿Quiénes son? —preguntó Dirk con curiosidad—. ¿Cómo viven? No entiendo nada. Mantener esta ciudad costará una fortuna.

—Sí, una fortuna en energía; un despilfarro. Pero ése era el propósito de Desafío y de Larteyn y de todo el Festival. Un derroche, un derroche descomunal, para demostrar que el Confín era rico y poderoso. Un derroche en una escala tan vasta como la humanidad jamás lo había concebido: la modelación de un planeta entero para abandonarlo después, ¿entiendes? En cuanto a Desafío, bueno..., a decir verdad, la vida de la ciudad es ahora un movimiento sin sentido. Se alimenta de reactores de fusión nuclear y descarga energía en fuegos artificiales que nadie ve. Acumula diariamente toneladas de alimentos con sus enormes mecanismos, pero nadie come, salvo ese puñado de ermitaños, fanáticos religiosos, niños perdidos que se han vuelto salvajes... Las heces del Festival. Todos los días la ciudad envía una embarcación a Musquel en busca de pescado. Nunca trae nada, por supuesto.

—¿La Voz no rehace el programa?

—¡Ah, el meollo de la cuestión! La Voz es idiota. En realidad es incapaz de pensar y reprogramarse. Oh, sí; los emereli querían impresionar, y la Voz por cierto que es imponente. Pero en verdad es muy primitiva, comparada con las computadoras de la Academia en Avalon o las Inteligencias Artificiales de Vieja Tierra. No puede pensar, ni sufrir cambios. Hace lo que le han ordenado, y los emereli le ordenaron continuar, soportar el frío hasta cuando pueda. Y lo hará —se volvió hacia Dirk—. Como tú, insiste aun cuando su perseverancia ha perdido todo sentido y significación, sigue afanándose sin razón alguna cuando todo está muerto.

—¿Lo crees? —dijo Dirk—. Pero hasta que todo haya muerto, tienes que insistir. Ese es el problema, Gwen. No hay otro modo, ¿o sí? Más bien admiro a la ciudad, aunque en tu opinión sea una desmesurada idiotez.

Ella meneó la cabeza.

—Eres consecuente.

—Hay más —dijo él—. Te apresuras a enterrarlo todo, Gwen. Worlorn quizás esté agonizando, pero aún no ha muerto. Y nosotros, bueno, no tenemos porqué

darnos por muertos. Lo que dijiste en el restaurante acerca de Jaan y de mí, creo que deberías reflexionarlo. Piensa bien qué queda, para él y para mí. Piensa en el peso de ese brazalete —lo señaló—, y en qué nombre te gusta más, o mejor dicho, en quien tiene mejores posibilidades de darte tu *propio* nombre. ¿Ves? ¡Háblame después de lo que está vivo y lo que está muerto...!

Ese pequeño discurso lo dejó muy satisfecho. Sin duda, pensó, ella vería que a él le era más fácil renunciar a Jenny y aceptar a Gwen que a Jaantony Vikary hacerla *teyn* en lugar de *betheyn*. Pero ella simplemente lo miró en silencio, hasta que llegaron a la pista aérea.

—Cuando los cuatro decidimos en qué lugar de Worlorn viviríamos —dijo al dejar el vehículo—, Garse y Jaan votaron por Larteyn y Arkin por Duodécimo Sueño. Yo no voté por ninguna de las dos, tampoco por Desafío, pese a su vitalidad. No me gusta vivir en una jaula de lujo. ¿Quieres saber la diferencia entre lo muerto y lo vivo? Ven entonces, que te mostraré *mi ciudad*.

Y nuevamente emprendieron vuelo. Gwen iba rígida y en silencio detrás de los mandos, el frío aire nocturno se arremolinaba alrededor mientras la aguja brillante de Desafío se perdía en la distancia. Los engulló una profunda oscuridad, como en la noche en que el *Temblor de enemigos olvidados* trajo a Dirk t'Larien a Worlorn. Sólo una docena de estrellas solitarias tachonaba el cielo, la mitad, velada por nubes turbulentas. Todos los soles se habían puesto.

La ciudad de la noche era vasta e intrincada, con sólo unas cuantas luces dispersas rasgando las tinieblas y asemejándola a una gema pálida sobre un blando fieltro negro. De todas las ciudades, era la única que se erguía en la comarca salvaje más allá de la pared montañosa, ése era el marco más apropiado para ella, entre bosques de estranguladores, árboles fantasma y viudos azules. Desde la oscuridad del bosque las esbeltas torres blancas se alzaban como espectros hacia las estrellas, enlazadas por gráciles puentes colgantes que centelleaban como telarañas escarchadas. Cúpulas bajas se erguían como vigías solitarios entre una red de canales cuyas aguas reflejaban las luces de las torres y el parpadeo de estrellas aisladas y remotas, y alrededor de la ciudad había una serie de extraños edificios que parecían manos descarnadas y angulosas tratando de aferrar el cielo. Los árboles que había eran árboles de los mundos exteriores; no crecía hierba, sólo gruesas alfombras de musgo fosforescente que irradiaban un fulgor opaco.

Y la ciudad tenía una canción.

No se parecía a ninguna música que Dirk hubiera oído antes. Era inquietante, salvaje, inhumana, y se elevaba y caía y ondulaba constantemente. Era una oscura sinfonía de la vacuidad, de noches sin estrellas y sueños atribulados. Se componía de gimoteos y susurros y aullidos, y una nota baja y extraña que sólo podía ser el sonido

de la tristeza. Pese a todo era música.

Dirk se volvió hacia Gwen, perplejo.

—¿Cómo?

Ella escuchaba mientras conducía, pero la pregunta la arrancó de los flotantes acordes y le hizo sonreír.

—Esta ciudad la construyó Oscuralba, y los oscuralbinos son un pueblo extraño. Hay una grieta en las montañas. Los ingenieros climáticos de ese mundo obligaron a los vientos a soplar a través de la grieta. Luego erigieron las torres, y en la cima de cada una hay una apertura. El viento tañe la ciudad como un instrumento. La misma canción una y otra vez. Los artefactos de control climático guían los vientos, haciendo que algunas torres canten mientras otras guardan silencio.

"La música es una sinfonía escrita en Oscuralba hace siglos, por una compositora llamada Lamiya-Bailis. La ejecuta una computadora, dicen, haciendo funcionar las máquinas de viento. Lo extraño es que los oscuralbinos nunca usaron computadoras y disponen de escasos medios tecnológicos. Hay otra historia, que se popularizó en tiempos del Festival. Una leyenda, dicen. Según ella, Oscuralba fue siempre un mundo en el límite de la cordura, y la música de Lamiya-Bailis, la más grande entre las soñadoras oscuralbinas, impulsó a toda su cultura a la demencia y la desesperación. Dicen que en castigo se le conservó con vida el cerebro, y que ahora yace en las entrañas de las montañas de Worlorn, conectado a las máquinas de viento, ejecutando su propia obra maestra una y otra vez, eternamente —Gwen se estremeció—. O al menos hasta que la atmósfera se congele. Ni siquiera los ingenieros de Oscuralba podrán impedirlo...

Dirk, absorto en la canción, no hallaba palabras para expresarse.

—Es... Es adecuada..., en cierto modo —dijo al fin—. Una canción para Worlorn.

—Es adecuada ahora —dijo Gwen—. Es una canción que celebra el crepúsculo y una noche a la que nunca sucederá el alba. Nunca más... Una canción para el final. En los mejores días del Festival la canción era incongruente. Kryne Lamiya (así se llamaba esta ciudad, aunque a menudo la llamaban La Ciudad-Sirena, tal como llamaban a Larteyn La Fortaleza de Fuego), bueno, nunca fue un sitio popular. Parece grande, pero en realidad no lo es; se la construyó para albergar solamente a cuatrocientas mil personas, y nunca se llegó más que a la cuarta parte. Como la misma Oscuralba, supongo. ¿Cuántos viajeros visitan Oscuralba, en la mismísima orilla del Gran Mar Negro? ¿Y cuántos la visitan en invierno, cuando el cielo de Oscuralba está totalmente desnudo, sin nada que ver salvo la luz de unas pocas galaxias lejanas? No muchos. Para amar algo así se requiere una persona muy especial. También aquí, para amar Kryne Lamiya. La gente decía que la canción era perturbadora. Y se la oía sin interrupción. Los oscuralbinos ni siquiera construyeron

edificios herméticos.

Dirk guardaba silencio. Observaba las mágicas torres y las escuchaba cantar.

—¿Quieres descender? —preguntó Gwen.

Él asintió y bajaron. En el flanco de una de las torres encontraron una ranura de aterrizaje abierta. A diferencia de las pistas de Desafío y Duodécimo Sueño, ésta no estaba totalmente vacía, había un par de aeromóviles; un modelo deportivo rojo de alas angostas, y una pequeña lágrima negra y plateada, ambos abandonados hacía tiempo. El polvo arrastrado por el viento formaba una capa gruesa en las cabinas y los techos, y los cojines del coche deportivo ya empezaban a pudrirse. Por curiosidad, Dirk probó los dos vehículos. El rojo estaba muerto, consumido; la energía se le había agotado hacía años. Pero la pequeña lágrima todavía arrancaba y el panel de control se encendía y parpadeaba indicando que aún le quedaba una reserva de energía. La enorme raya gris de Alto Kavalaan era más grande y pesada que esos dos artefactos juntos.

Desde la pista salieron a una larga galería donde murales lumínicos grises y blancos oscilaban y giraban en formas borrosas que armonizaban con la música. Luego subieron a un balcón que habían atisbado al descender.

Afuera, la música les rodeaba por todas partes, llamándolos con voces de otros mundos, acariciándolos y arremolinándoles el cabello, sonora e incitante como el trueno de la pasión. Dirk tomó a Gwen de la mano y escuchó con la mirada perdida en los bosques y las montañas, más allá de torres y cúpulas y canales. El viento parecía arrastrarlo con su música. Le hablaba suavemente, como incitándole a saltar, a acabar con todo, con toda la necia e indigna y, en definitiva, insignificante futilidad que él llamaba su vida.

Gwen lo percibió en los ojos de él. Le apretó la mano y cuando él la miró, le dijo:

—Durante el Festival, más de doscientas personas se suicidaron en Kryne Lamiya. Diez veces más que en cualquier otra ciudad. Pese a que ésta era la menos poblada.

—Sí —asintió Dirk—. Puedo sentirlo. La música...

—Una celebración de la muerte —dijo Gwen—. No obstante, la Ciudad-Sirena no está muerta, en sí misma. No se parece en absoluto a Musquel o Duodécimo Sueño. Aún vive, obstinadamente, aunque sólo sea para exaltar la desesperación y glorificar la vacuidad de la vida a la que ella misma se aferra. Extraño, ¿verdad?

—¿Por qué habrán construido un lugar semejante? Es hermoso, pero...

—Tengo mi propia teoría —dijo Gwen—. Los oscuralbinos son ante todo nihilistas con humor negro, y pienso que Kryne Lamiya es una amarga broma a costa de Alto Kavalaan y Lobo y Tóber y los otros mundos que tanto abogaron por el Festival del Confín. Los oscuralbinos vinieron, sí. Pero construyeron una ciudad que proclamaba la vanidad de todo, ¡de todo...! El Festival, la vida misma. Piénsalo.

¡Qué zancadilla para el turista desprevenido! —echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada salvaje que por un momento despertó en Dirk un miedo repentino e irracional, como si Gwen hubiera enloquecido.

—¿Y tú querías venir aquí? —preguntó.

La risa de Gwen se extinguió tan abruptamente como había estallado; el viento se la arrebató. Lejos, hacia la derecha, una de las torres-aguja emitió una nota breve y desgarradora como el gimoteo de un animal herido. La torre en donde estaban ellos respondió con el bufido grave y quejumbroso de una sirena de barco, lento e interminable. La música se agitó alrededor de ellos. A lo lejos Dirk creyó oír el redoble de un solo tambor, golpes breves y contundentes a intervalos regulares.

—Sí —dijo Gwen—. Quería vivir aquí.

El bufido se acalló; cuatro espigadas torres más allá del canal, unidas por puentes colgantes, empezaron a ulular salvajemente, con notas cada vez más altas, que al fin se volvieron inaudibles. El tambor persistía, imperturbable: bum, bum, bum...

Dirk suspiró.

—Comprendo —dijo con voz muy fatigada—. Yo también habría vivido aquí, supongo, aunque no sé cuánto habría vivido, o durado, según el caso. Braque se parecía un poco a esto. Apenas algún eco, sobre todo de noche. Tal vez por eso vivía allá. Me había cansado mucho, Gwen. Mucho. Supongo que me había dado por vencido. En los viejos tiempos siempre andaba en busca de algo, ¿sabes? El amor, el dinero fácil, los secretos del universo, lo que fuera. Pero después que me dejaste, no sé... Todo me salía mal, me dejaba un gusto amargo en la boca. Y cuando algo me salía bien, no me importaba, no cambiaba en nada las cosas. Todo era vacío. Lo intenté una y otra vez, pero resultó que me cansé, me volví cínico y abúlico. Tal vez fue por eso que vine aquí. Tú... Bueno, yo estaba mejor entonces, cuando te tenía al lado. No había renunciado a tantas cosas. Pensé que tal vez, si te encontraba de nuevo, podía encontrarme también conmigo mismo. Las cosas no han resultado así. No han resultado en absoluto.

—Escucha a Lamiya-Bailis —dijo Gwen—; su música te dirá que *nada* resulta, que nada significa nada. Yo quería de veras vivir aquí, ¿sabes? Voté... Bueno, no planeaba votar así, pero estábamos hablando de eso cuando llegamos aquí por primera vez, y se me ocurrió de golpe. Me asusté. Tal vez tú y yo seguimos siendo muy parecidos, Dirk. Yo también me he cansado. En general no se me nota; el trabajo me mantiene ocupada, Arkin es mi amigo y Jaan me ama. Pero entonces vengo aquí... o a veces, simplemente me pongo a pensar demasiado, y entonces me llueven las preguntas. Lo que tengo no basta. No es lo que quería —se volvió hacia él y le tomó la mano entre las suyas—. Sí, he pensado en ti. He pensado que las cosas eran mejores cuando estábamos juntos en Avalon, y he pensado que tal vez seguía amándote *a ti* en lugar de a Jaan, y he pensado que tú y yo podríamos revivir esa

magia, de nuevo darle sentido a todo. ¿Pero no lo ves? No es así, Dirk. Y por mucho que te esfuerces, es inútil. Escucha la ciudad, escucha a Kryne-Lamiya. Aquí está tu verdad. Tú piensas en mí y yo a veces pienso en ti, sólo porque lo nuestro murió. Sólo por eso nos parece mejor. La felicidad ayer y la felicidad mañana, pero nunca hoy, Dirk. No puede ser porque al fin y al cabo no es más que una ilusión, y las ilusiones sólo parecen reales a la distancia. Nuestro amor ha terminado y así es mejor, porque es lo único que lo hace parecer deseable.

Estaba sollozando; lentas lágrimas le surcaban las mejillas, temblando. Kryne Lamiya sollozaba con ella, y las torres difundían sus lamentos. Pero la ciudad también se burlaba de ella, como diciéndole: "Sí, veo tu pena. Pero la pena no tiene más sentido que todo lo demás, el dolor es tan vacío como el placer." Las torres gemían, finos enrejados reían frenéticamente y el tambor proseguía a lo lejos: bum, bum, bum...

Nuevamente Dirk quiso saltar, y esta vez el impulso fue más fuerte: caer del balcón a la piedra opaca y los oscuros canales... Una caída vertiginosa, y luego el reposo. Pero la ciudad le cantaba socarronamente: "¿Reposo? No hay reposo en la muerte. Sólo la nada. Nada. Nada." El tambor, los vientos, los gemidos. Tiritó sin soltar las manos de Gwen y miró hacia abajo.

Algo avanzaba por el canal. Flotando y bamboleándose, bogando plácidamente, acercándosele. Una barcaza negra, un hombre solitario con una pértiga.

—No —dijo Dirk. Gwen parpadeó.

—¿No? —repitió Gwen con un parpadeo. Y de pronto le brotaron las palabras, las palabras que *el otro* Dirk t'Larien le habría dicho a su Jenny; las palabras que estaban en la boca de él, y aunque ya no sabía si podía creer en ellas, se sorprendió pronunciándolas, pese a todo.

—¡No! —exclamó, gritándole a la ciudad, de pronto exasperado por la música burlona de Kryne Lamiya—. Maldita sea, Gwen. Todos tenemos algo de esta ciudad en las venas, sí. Pero enfrentándolo es como nos ponemos a prueba. Todo esto es aterrador —soltó las manos de Gwen y señaló la oscuridad, abarcándola con el gesto—. Lo que dice es aterrador, y peor es el miedo que sientes cuando una parte de ti accede, cuando piensas que todo es cierto, que es el lugar que te corresponde. ¿Cómo reaccionas entonces? Si eres débil, lo ignoras. Simulas que no existe, suponiendo que tal vez se irá. Te empeñas en cumplir tareas triviales a la luz del día, sin pensar jamás en la oscuridad de afuera. Y de ese modo la dejas ganar, Gwen. Finalmente te devora a ti y a tus futilidades, y tú y los otros imbéciles se mienten recíprocamente y lo aceptan. Tú no puedes ser así, Gwen. No puedes. Tienes que intentarlo. Eres ecóloga, ¿verdad? ¿De qué trata la ecología? ¡De la vida! Tienes que estar de parte de la vida, todo lo que *eres* lo proclama. Esta ciudad, esta maldita ciudad, blanca como un hueso, con su himno de la muerte niega todo cuanto eres, todo cuanto crees. Si eres fuerte, la

afrontarás, la combatirás y la llamarás por su nombre. Desafíala.

—Es inútil —dijo Gwen, meneando la cabeza; había dejado de llorar.

—Te equivocas —respondió él—. Acerca de esta ciudad, y acerca de nosotros. Todo se entrelaza, ¿ves? ¿Dices que quieres vivir aquí? ¡Perfecto! ¡Vive aquí! Vivir en esta ciudad ya sería toda una victoria, una victoria filosófica. Pero vivir aquí porque se sabe que la vida misma refuta a Lamiya Bailis, vivir aquí y reírse de esta música absurda que compuso. No, vivir aquí y estar de acuerdo con esta maldita mentira gemebunda —volvió a tomarle la mano.

—No sé —dijo ella.

—Yo sí —mintió Dirk.

—¿De veras piensas que... podría funcionar otra vez? ¿Mejor que antes?

—No serás Jenny —prometió él—. Nunca más.

—No sé —repitió ella con un hilo de voz. El le tomó la cara entre las manos y la irguió para mirarla a los ojos. La besó muy ligeramente, apenas rozándole los labios. Kryne Lamiya gemía. El mugido de la sirena retumbaba alrededor, profundo y quejumbroso; las torres distantes chillaban y se lamentaban, y el tambor solitario continuaba su redoble opaco y sin sentido.

Después del beso, quedaron mirándose en medio de la música.

—Gwen —dijo finalmente Dirk, con una voz que había perdido la fortaleza y seguridad de un momento antes—, yo tampoco sé, sólo presumo. Pero tal vez valga la pena intentarlo...

—Tal vez —dijo ella, desviando nuevamente los anchos ojos verdes—. Sería difícil, Dirk. Y está de por medio Jaan y Garse. Demasiados problemas, y ni siquiera sabemos si vale la pena. No sabemos en lo más mínimo si las cosas se alterarán.

—No, no lo sabemos. Cientos de veces en los últimos años decidí que no importaba, que no valía la pena intentar nada. El resultado es sólo este cansancio, un cansancio infinito, Gwen. Si no lo intentamos, no lo sabremos nunca. Ella asintió con un gesto.

—Tal vez —dijo, y guardó silencio.

Soplaba un viento penetrante; la música de la demencia oscuralbina se elevaba y caía. Entraron, luego bajaron las escaleras, pasaron de largo frente a los inquietos y borrosos murales de luz blanco-grisácea, y llegaron donde les esperaba la sólida cordura del aeromóvil que los retornaría a Larteyn.

Capítulo 5

Volaron desde las torres blancas de Kryne Lamiya hacia los fuegos evanescentes de Larteyn en un apretado silencio, sin tocarse, cada cual sumido en sus propios pensamientos. Gwen dejó el aeromóvil en el sitio de costumbre en la azotea, y Dirk la siguió escaleras abajo hasta su cuarto.

—Espera —dijo ella en un rápido susurro, cuando él esperaba que se despidiera; ella entró en su cuarto mientras Dirk permaneció intrigado.

Del otro lado de la puerta se oyeron ruidos —voces—. Gwen volvió apresuradamente y le entregó un grueso manuscrito, un pesadísimo fajo de papel encuadernado a mano en cuero negro. La tesis de Jaan, Dirk casi la había olvidado.

—Léela —susurró ella, asomándose por la puerta—. Sube mañana por la mañana y seguiremos hablando.

Le dio un ligero beso en la mejilla y cerró la pesada puerta con un leve chasquido. Dirk se quedó un momento inspeccionando el manuscrito encuadernado. Luego se encaminó hacia los ascensores.

Apenas había dado unos pasos cuando oyó el primer grito. Luego, algo le impidió seguir adelante; los sonidos lo atrajeron de nuevo junto a la puerta de Gwen, donde se quedó escuchando.

Las paredes eran gruesas y Dirk no oía muy bien lo que decían. No comprendía las palabras ni los significados, pero las voces y los tonos ya eran bastante elocuentes. Predominaba la voz de Gwen; alta, mordaz, un grito al borde de la histeria, por momentos. Dirk pudo imaginarla recorriendo la sala de estar frente a las gárgolas, como solía hacerlo cuando estaba furiosa. Ambos kavalares debían de estar presentes, acosándola, pues Dirk estaba seguro de oír otras dos voces: una calma y segura, desprovista de furor, implacablemente inquisitiva. Ese tenía que ser Jaan Vikary; las cadencias lo delataban, los ritmos de las frases eran inconfundibles aún a través de las paredes. La tercera voz, Garse Janacek, se oyó poco al principio, luego, cada vez con más frecuencia, cada vez más airada y más estentórea. Al cabo de un rato la serena voz masculina prácticamente guardaba silencio mientras Gwen y Garse se enfrentaban a los gritos. Luego dijo algo, una orden terminante. Y Dirk oyó un ruido, un chasquido blando. Un golpe. Alguien había abofeteado a alguien; no podía ser otra cosa.

Finalmente, Vikary dando órdenes, y el silencio. La luz se apagó dentro del cuarto.

Dirk se quedó de pie, aferrando el manuscrito de Vikary y sin saber qué hacer. Aparentemente no podía hacer nada, salvo hablar con Gwen la mañana siguiente y preguntarle quién la había golpeado, y por qué. Tenía que ser Janacek, pensó.

Ignorando los ascensores, Dirk decidió bajar por las escaleras al departamento de

Ruark.

En la cama, Dirk descubrió que los acontecimientos del día lo habían agotado por completo. Eran demasiadas novedades al mismo tiempo. Los cazadores kavalares y los Cuasi-hombres, la vida extraña y amarga que Gwen llevaba con Vikary y Janacek, la súbita y desconcertante posibilidad de que ella volviera a su lado. Sin poder conciliar el sueño, caviló largo rato acerca de todo. Ruark ya se había dormido y no había nadie más con quien hablar. Finalmente Dirk recogió el voluminoso manuscrito que le había dado Gwen y hojeó las primeras páginas. No hay mejor somnífero que un sesudo trabajo académico, reflexionó.

Cuatro horas, o media docena de tazas de café más tarde, hizo a un lado el manuscrito, bostezó, se restregó los ojos. Luego apagó la luz y se quedó mirando la oscuridad.

La tesis de Jaan Vikary: "Mito e historia, orígenes de la sociedad de clanes según la interpretación del ciclo de 'El Cantar de los Demonios' de Jamis-León Taal" impugnaba las costumbres kavalares con más ferocidad que cualquier comentario de Arkin Ruark, pensó Dirk. No le faltaba nada; fuentes y documentos de los bancos de memoria de Avalon, extensas citas de los poemas de Jamis-León Taal y disertaciones aún más extensas acerca del significado de cada pasaje. Todo cuanto él y Gwen le habían comentado esa mañana estaba minuciosamente expuesto. Vikary daba incluso una probable explicación acerca de los cuasi-hombres. Sostenía que en el Tiempo del Fuego y los Demonios, algunos sobrevivientes de las ciudades habían llegado a los campamentos mineros en busca de refugio. Una vez aceptados, sin embargo, se convirtieron en una amenaza. Algunos sufrían males causados por la radiación; padecieron agonías lentas y horribles, y tal vez contaminaron a quienes los cuidaban. Otros, aparentemente saludables, sobrevivieron y pasaron a formar parte del protoclan, hasta que se casaron y tuvieron hijos. Entonces los efectos de la radiación quedaron en evidencia. Estas no eran más que conjeturas de Vikary, y no había siquiera un par de versos de Jamis-León citados para sustentarlas; parecía una racionalización aproximativa y plausible del mito de los Cuasi-hombres.

Vikary también dedicaba largas parrafadas al acontecimiento que los kavalares llamaban 'La Plaga Dolorosa', y a lo que él llamaba cautelosamente "el viraje hacia las modernas pautas sexo-familiares de Alto Kavalaan".

De acuerdo con esta hipótesis, los hranganos habían regresado a Alto Kavalaan alrededor de un siglo después de la primera incursión. Las ciudades bombardeadas aún eran cenizas; no había indicios de que los humanos hubieran vuelto a edificar. Sin embargo no se veían rastros de las tres razas esclavas que habían dejado en custodia del planeta: diezmadas, extintas. Sin duda, el comandante de los hranganos concluyó que algunos humanos aún vivían. Y para efectuar una limpieza definitiva los hranganos arrojaron bombas bacteriológicas. Esa era la teoría de Vikary.

Los poemas de Jamis-León no mencionaban a los hranganos, pero aludían con frecuencia a las enfermedades. Todos los relatos kavalares coincidían en ese punto. Hubo una Plaga Dolorosa, un largo período en que espantosas epidemias asolaban los clanes sin interrupción. Cada cambio de estación originaba una enfermedad nueva y más devastadora. Ese era un demonio mucho más formidable, pues los kavalares no podían combatirlo ni exterminarlo.

De cada cien hombres morían noventa. De cada cien mujeres, noventa y nueve.

Parecía que una de las plagas había atacado específicamente al sexo femenino. Los especialistas médicos que Vikary había consultado en Avalon opinaban, basándose en los escasos datos que él les ofrecía —un puñado de poemas y canciones antiguas—, que las hormonas sexuales femeninas probablemente actuaban como catalizadores de la enfermedad. Jamis-León Taal había escrito que las niñas jóvenes salvaban su torrente sanguíneo mientras permanecían inocentes, mientras las *eyn-kethy* en celo tenían accesos horribles y morían entre convulsiones espasmódicas. Vikary interpretó que las muchachas en la prepubertad no se contagiaban, y las víctimas eran mujeres sexualmente maduras. La epidemia eliminó una generación entera. Más aún, la enfermedad perduró, en cuanto las niñas llegaban a la pubertad, la plaga las atacaba. Jamis-León adjudicaba a estas circunstancias una vasta significación religiosa.

Algunas mujeres, las inmunes por naturaleza, escaparon. Muy pocas al principio, Después se multiplicaron, pues engendraban hijos varones y mujeres, y muchas de ellas también eran inmunes, las otras, pocas, morían al llegar a la pubertad. Eventualmente todos los kavalares llegaron a ser inmunes, salvo raras excepciones. La Plaga Dolorosa llegó a su fin.

Pero el daño estaba hecho. Habían desaparecido clanes enteros, y la población de los que sobrevivían había sufrido tantos estragos que apenas era posible configurar una sociedad. Y tanto la estructura social como los roles sexuales se habían apartado irrevocablemente del igualitarismo monogámico de los primeros colonos de Tara. Muchas generaciones habían llegado a la madurez con un porcentaje ínfimo de mujeres; las niñas crecían sabiendo que la pubertad podía significar la muerte. Eran tiempos funestos; en eso Jaan Vikary y Jamis-León estaban plenamente de acuerdo.

Jamis-León escribía que Alto Kavalaan se había librado al fin del pecado cuando las *eyn-kethy* fueron nuevamente confinadas en las cavernas de donde habían salido, lejos de la luz del día para que no expusieran su vergüenza. Vikary escribía que los sobrevivientes kavalares habían resistido lo mejor que podían. Ya no contaban con medios tecnológicos para construir cámaras herméticas esterilizadas, pero sin duda que el rumor sobre la existencia de tales lugares se había difundido con los años, en tanto que ellos conservaban alguna esperanza de que fueran refugios eficaces contra la enfermedad. De modo que las mujeres sobrevivientes fueron encerradas en

hospitales que parecían mazmorras, en lo más profundo y seguro del clan, lo más lejos posible del viento, la lluvia y el agua contaminados. Hombres que antes exploraban, cazaban y guerreaban en compañía de las esposas, ahora salían en parejas con otros hombres, y ambos lamentaban a la mujer perdida. Para aliviar las tensiones sexuales —y conservar lo mejor posible el grupo genético, si es que entendían algo al respecto—, los hombres de la época de la Plaga Dolorosa hicieron de las mujeres una propiedad sexual común. Para propiciar una prole numerosa, las transformaron en nodrizas perpetuas que vivían a salvo del peligro y en un estado de preñez constante. Los clanes que no adoptaron esas medidas no pudieron sobrevivir, los otros conformaron una tradición cultural.

También sobrevinieron otros cambios. Tara había sido un mundo religioso, sede de la Iglesia Católica Romano-Irlandesa Reformada, y no era fácil erradicar los impulsos monogámicos, que dieron lugar a dos formas transmutadas; los fuertes lazos emocionales que se desarrollaron en las parejas de cazadores fueron el fundamento de la plena e intensa relación *teyn-y-teyn*, mientras que los hombres que deseaban una relación semiexclusiva con una mujer, transformaban en *betheyn* a las que capturaban en clanes enemigos. Según Jaan Vikary, los caudillos estimulaban esas incursiones; mujeres nuevas significaba sangre nueva, más hijos, una población más numerosa y por lo tanto, más probabilidades de supervivencia. Que un hombre poseyera exclusivamente a una *eyn-kethy* era inconcebible, pero si podía traer una mujer de afuera era recompensado con honores y un sitio en el consejo, y tal vez, más importante, con la misma mujer.

Estos eran los hechos, alegaba Vikary, las verdades evidentes acerca del origen de la moderna sociedad kavalár. Jamis-León Taal, cuando recorrió mucho más tarde la faz del mundo, veía todo con los ojos de su cultura y era incapaz de concebir un mundo donde las mujeres pudieran tener otra ubicación; y cuando las fuentes folklóricas en que abrevó lo indujeron a pensar de otro modo, la idea le pareció de una perversidad intolerable. Y así fue que reescribió toda la literatura oral al forjar su ciclo de los *Demonios*. Transformó a Kay Smith en Kay Herrero, un gigante colérico, y la Plaga Dolorosa en una balada acerca de la malignidad de las *eyn-kethy*, creando la impresión general de que el mundo siempre había sido tal como él lo conocía. Los poetas posteriores edificaron sobre esos cimientos.

Las fuerzas que forjaron la sociedad de clanes de Alto Kavalaan habían desaparecido tiempo atrás. En la actualidad había una cantidad equivalente de hombres y mujeres, las epidemias eran sólo fábulas de viejas, casi todos los peligros de la superficie del planeta estaban domeñados. No obstante, las coaliciones persistían. Los hombres se batían a duelo, estudiaban la nueva tecnología, trabajaban en las granjas y las fábricas y tripulaban las naves estelares mientras las *eyn-kethy* vivían en vastas barracas subterráneas como compañeras sexuales de todos los

hombres del clan, trabajando en las tareas que los consejos de altoseñores juzgaban seguras y apropiadas, y dando a luz, aunque ahora con menos frecuencia. La población kavalár estaba bajo control estricto. Otras mujeres, pero no muchas, gozaban de ínfimas libertades bajo la protección del jade-y-plata. Una *betheyn* no podía haber nacido dentro del clan, lo cual en la práctica significaba que todo joven ambicioso debía retar y matar a un altoseñor de otra coalición, o bien reclamar una de las *eyn-kethy* de un clan enemigo y enfrentar al defensor designado por el consejo. La segunda alternativa rara vez daba buenos resultados pues el consejo invariablemente elegía como defensor al duelista más consumado. De hecho, tal designación era un honor singular. El hombre que lograba ganar una *betheyn* de inmediato asumía los altonombres y conquistaba un sitio entre los gobernantes. Se decía que había dado a sus *kethi* el presente de las dos sangres: la sangre de la muerte, un enemigo vencido, y la sangre de la vida, una nueva mujer. La mujer gozaba de los privilegios del jade-y-plata hasta que alguien mataba a su altoseñor. Si lo mataba alguien del mismo clan, ella pasaba a ser una *eyn-kethy*; de lo contrario quedaba en manos del vencedor.

Esas eran las condiciones a que se había sometido Gwen Delvano al ceñirse el brazalete de Jaan en la muñeca.

Dirk permaneció despierto largo rato, pensando en cuanto acababa de leer y mirando fijamente el cielo raso, y cuanto más pensaba más se enfurecía. Cuando las primeras luces del alba empezaron a filtrarse por el ventanal, había tomado una resolución. En cierta forma ya no le importaba que Gwen volviera a él o no, siempre y cuando abandonara a Vikary, Janacek y el enfermizo mundo de Alto Kavalaan. Pero por mucho que lo deseara, ella no podía romper el lazo por sí sola. Arkin Ruark tenía, pues, razón; muy bien, la ayudaría. La ayudaría a ser libre. Después habría tiempo para pensar acerca de ellos dos.

Finalmente, una vez que tomó una decisión, Dirk se durmió.

Despertó al mediodía, bruscamente, con una sensación de culpa. Se incorporó, parpadeó y recordó que le había prometido a Gwen que subiría esa mañana. Pero se había dormido, la mañana había pasado ya. Se apresuró a levantarse y vestirse, echó una rápida ojeada en busca de Ruark —el kimdissi se había ido sin dejar indicado adonde ni por cuánto tiempo—, y luego subió al departamento de Gwen, con la tesis de Vikary firmemente aferrada bajo el brazo.

Lo atendió Garse Janacek.

—¿Sí? —preguntó el kavalár, frunciendo el ceño. Estaba desnudo hasta la cintura, vestido sólo con holgados pantalones negros y el eterno brazalete de hierro-y-piedraviva en el brazo derecho. Dirk advirtió de inmediato por qué Janacek no usaba las blusas de cuello en V que parecían gustarle tanto a Vikary; una larga cicatriz curva, dura y lustrosa le partía el costado izquierdo desde la axila hasta el pecho.

Janacek se sintió observado.

—Un duelo fallido —barbotó—. Pecados de juventud. No volverá a suceder. ¿Qué está buscando, t'Larien?

Dirk se sonrojó.

—Quiero ver a Gwen —dijo.

—No está aquí —dijo Janacek con una mirada glacial y poco amistosa, luego se dispuso a cerrar la puerta.

—Espere —Dirk sostuvo la puerta con la mano.

—¿Qué más quiere?

—Gwen. Había quedado en verla. ¿Dónde está?

—Fuera de la ciudad, t'Larien. Me agradecería que usted recordara que ella es ecóloga y está aquí cumpliendo una importante misión encomendada por los altoseñores de Jadehierro. Por llevarlo a pasear a usted, olvidó esa misión dos días enteros. Ahora ha vuelto a trabajar, como corresponde. Ella y Arkin Ruark tomaron sus instrumentos y se fueron al bosque.

—Anoche no me dijo nada —insistió Dirk.

—Ella no le debe explicaciones —dijo Janacek—, y tampoco necesita del permiso de usted. No hay ningún lazo entre ambos.

Dirk recordaba la discusión que había oído la noche anterior, y de pronto entró en sospechas.

—¿Puedo entrar? —preguntó—. Quiero devolverle esto a Jaan, y comentárselo —añadió mostrándole a Garse la tesis encuadernada en cuero; en realidad quería encontrar a Gwen, descubrir si no la mantenían oculta. Pero insinuar algo semejante no habría sido precisamente una cortesía; Janacek destilaba hostilidad, y tampoco era muy prudente tratar de empujarlo a un lado.

—Jaan no está en casa ahora. Estoy solo y me dispongo a salir. Le aceptaré esto, sin embargo —tendió el brazo y le arrebató la tesis de las manos—. Gwen nunca debió entregárselo a usted.

—¡Caramba! —dijo Dirk, y de pronto tuvo un impulso—. La historia es muy interesante —dijo—. ¿Puedo entrar a comentarla con usted? Un par de segundos... No le haré perder tiempo.

De pronto Janacek pareció cambiar de actitud. Sonrió y se hizo a un lado, invitándole a entrar con un gesto.

Dirk echó un rápido vistazo. La sala parecía desierta, el hogar frío, no había nada llamativo o fuera de lugar. El comedor, visible a través de una arcada abierta, también estaba vacío. Todo el departamento estaba en silencio. No había indicios de Gwen ni de Jaan. Por lo que se veía, Janacek le había dicho la verdad.

Titubeante, Dirk vagabundeó por la habitación, deteniéndose frente a la chimenea y las gárgolas. Janacek lo observaba en silencio, luego se marchó y regresó de

inmediato. Se había ceñido el cinturón de malla de acero con la funda del arma, y cuando entró de nuevo, estaba abotonándose una descolorida camisa negra.

—¿Adonde va? —preguntó Dirk.

—Salgo —replicó Janacek con una vaga sonrisa; desprendió la tapa de la funda y extrajo la pistola láser, examinó el indicador de carga de la culata, luego enfundó el arma y volvió a desenfundarla moviendo ágil y diestramente la mano derecha. Clavó los ojos en Dirk—. ¿Lo asusté?

—Sí —dijo Dirk, alejándose del hogar.

Janacek sonrió nuevamente y enfundó la pistola.

—Soy muy hábil en el duelo con láser —dijo—, aunque en realidad mi *teyn* es mejor. Desde luego, tengo que usar sólo el brazo derecho; el izquierdo todavía me duele. Con los tirones del tejido cicatricial, los músculos de ese lado del pecho no reaccionan tan eficazmente como los de la derecha. Pero no tiene mucha importancia. Manejo sobre todo la mano derecha. El brazo derecho siempre vale más que el izquierdo, ¿sabe? —al hablar, apoyaba la mano en la pistola láser y las piedravivas incrustadas en el hierro negro destellaban como opacos ojos purpúreos a lo largo del antebrazo.

—Es una lástima que le hirieran.

—Cometí un error, t'Larien. Era demasiado joven, tal vez. Pero eso no es una disculpa. Errores semejantes suelen ser muy serios, y en cierto modo no lo pagué tan caro —miraba muy fijamente a Dirk—. Uno debería cuidarse de cometer errores.

—Así es —murmuró Dirk con una sonrisa de inocencia.

Janacek guardó silencio un instante.

—Pienso que usted sabe de lo que estoy hablando —dijo al fin.

—¿De veras?

—Sí. Usted no es tonto, t'Larien. Yo tampoco. Sus tretas infantiles no me divierten. Usted, por ejemplo, no tiene nada que discutir conmigo. Simplemente quería entrar en esta habitación por algún otro motivo.

Dirk dejó de sonreír y asintió.

—De acuerdo. Un truco imbécil, sin duda, ya que usted lo pescó de inmediato. Quería encontrar a Gwen.

—Le dije que ella ha salido a trabajar.

—No le creo —dijo Dirk—. Ella me habría comentado algo ayer. Usted no quiere que la vea. ¿Por qué? ¿Qué está pensando?

—Nada que a usted le concierna —dijo Janacek—. Compréndame, t'Larien, hágame el favor; tal vez le parezco un mal hombre, igual que a Arkin Ruark. Puede que ésa sea la opinión de usted. No me importa. No soy un mal hombre. Por eso le prevengo contra los errores. Por eso le dejé entrar aunque sé perfectamente que no tiene nada que decirme. Pues yo sí tengo algo que decirle.

Dirk se reclinó contra el respaldo del diván y cabeceó.

—De acuerdo, Janacek. Adelante.

Janacek arrugó el ceño.

—El problema de usted, t'Larien, es que sabe poco y entiende menos acerca de Jaan, de mí y de nuestro mundo.

—Sé más de lo que usted piensa.

—¿Le parece? Usted ha leído lo que escribió Jaan acerca de *El Cantar de los Demonios*, y sin duda ha escuchado otros comentarios. ¿Y qué hay con eso? Usted no es kavalari y no comprende a los kavalares, diría yo, y sin embargo advierto que nos observa para enjuiciarnos. ¿Con qué derecho? ¿Quién es usted para enjuiciarnos? Apenas nos conoce y... Le daré un ejemplo: hace un instante me llamó Janacek.

—¿Es el nombre de usted, verdad?

—Es parte de mi nombre, la última parte, la parte más pequeña y menos relevante de mí. Es mi nombre-elegido, el nombre de un antiguo héroe de la Congregación de Jadehierro que vivió una vida larga y fructífera, y muchas veces defendió honorablemente a su clan y sus *kethi* en la guerra. Sé por qué me llama así, desde luego. En el mundo de usted se acostumbra a interpelar a quienes se trata con distancia u hostilidad por el último componente del nombre... A un amigo le llamaría por el primero, ¿verdad?

—Es más o menos así —asintió Dirk—, aunque no tan simple. Pero está bastante cerca de la verdad.

Janacek esbozó una sonrisa; los ojos azules parecían destellar.

—Como ve, comprendo bastante las costumbres del pueblo de usted. Y tengo la deferencia de respetarlas. A usted le llamo t'Larien porque le soy hostil, y actúo correctamente. Sin embargo, usted no responde a mis atenciones. Me llama Janacek, sin detenerse a reflexionar si es apropiado, imponiéndome con toda deliberación un sistema de nombres que me es ajeno.

—¿Cómo debería llamarle? ¿Garse?

Janacek gesticuló con brusquedad e impaciencia.

—Garse es mi verdadero nombre, pero no es el adecuado para usted. Según la costumbre kavalari, el uso de ese nombre revelaría una relación que de hecho entre nosotros no existe. Garse es un nombre para mi *teyn*, mi *cro-betheyn* y mis *kethi*, no para un forastero. En rigor usted debería llamarme Garse Jadehierro, y a mi *teyn*, Jaantony alto-Jadehierro. Es lo que tradicionalmente corresponde a un igual, un kavalari de otra estirpe con quien estoy en buenos términos. Le dejo el beneficio de múltiples dudas —sonrió—, y ahora comprenda, t'Larien, que esto que le digo es apenas un ejemplo. Me importa un rábano si usted me llama Garse o Garse Jadehierro o señor Janacek. Llámeme como se le antoje, no lo tomaré como ofensa. Sé que el kimdissi Arkin Ruark me llama Garsey..., y sin embargo, reprimo el impulso de

ponerle a prueba.

"En cuanto a esos asuntos de cortesía y etiqueta, no necesito que Jaan me recuerde que son viejas herencias de días más complejos y a la vez más primitivos, tradiciones que en los tiempos modernos van perdiendo vigencia. Hoy los kavalares navegan de una estrella a otra, dialogan y comercian con criaturas que en otra época habríamos exterminado como demonios, e incluso modelan planetas, como lo hemos hecho en Worlorn. El kavalar antiguo, la lengua de los clanes durante miles de años normales, apenas se habla en la actualidad, aunque hay vocablos que perduran y seguirán perdurando puesto que nombran realidades que las lenguas de los viajeros estelares mal podrían designar con la requerida exactitud, realidades que no tardarían en desaparecer si olvidáramos sus nombres, los términos del kavalar antiguo. Todo ha cambiado, hasta los habitantes de Alto Kavalaan, y Jaan sostiene que tenemos que cambiar más aún, si queremos cumplir nuestro destino en las historias del hombre. Así las viejas normas referentes a los nombres y el parentesco dejan de respetarse, y hasta los altoseñores emplean el lenguaje con poco rigor, y Jaantony alto-Jadehierro se hace llamar Jaan Vikary.

—Pero si no tiene importancia, ¿por qué me lo explica?

—Porque quiero darle un ejemplo, t'Larien. Un ejemplo simple y elegante para demostrarle hasta que punto usted nos adjudica erróneamente hábitos característicos de la cultura de usted, hasta qué punto mide nuestros actos y nuestras palabras con juicios de valor que nos son ajenos. Ese era mi propósito. Hay cosas más importantes en juego, pero el esquema es el mismo; usted incurre en el mismo error, en un error que no debería cometer. Podría costarle demasiado caro. ¿Cree que ignoro lo que se propone?

—¿Qué me propongo?

Janacek sonrió nuevamente, entornando los ojos. Arrugas minúsculas le aureolaron las comisuras.

—Se propone alejar a Gwen Delvano de mi *teyn*, ¿no es cierto?

Dirk no respondió.

—Es verdad —dijo Janacek—. Y es incorrecto. Comprenda que no se le permitirá hacerlo. Yo no se lo permitiré. Estoy ligado a Jaantony alto-Jadehierro por hierro-y-fuego, y nunca lo olvido. Somos *teyn-y-teyn*. Ninguno de los vínculos que conoce usted es más fuerte que ése.

Dirk se sorprendió evocando a Gwen y una piedra profundamente roja, llena de recuerdos y promesas. Lamentó no poder darle a Janacek la piedra susurrante para que el arrogante kavalar la sostuviera un momento y pudiera comprobar la fortaleza del vínculo que lo había unido a su Jenny. Pero de nada habría servido. La mente de Janacek no habría captado los diseños que el éesper había tallado en la piedra; para él habría sido sólo una gema.

—Amé a Gwen —dijo con acritud—. Dudo que cualquier vínculo de ustedes pueda ser más fuerte que ése.

—¿Lo duda? Bueno, usted no es kavalari y Gwen tampoco. No comprenden el hierro-y-fuego. Conocí a Jaantony cuando ambos éramos muy jóvenes. Yo era más pequeño, en verdad. Como él prefería jugar con niños más pequeños y no con los de su edad, a menudo venía a nuestro rincón de juegos. Yo le tuve gran estima desde un principio, como sólo puede hacerlo un niño, porque era mayor que yo y le faltaba menos para ser un altoseñor, y porque me hacía vivir aventuras en extrañas cuevas y pasadizos, y porque narraba historias fascinantes. Cuando crecí me enteré por qué venía tan a menudo a jugar con los más pequeños, y me sorprendí y avergoncé. Jaantony temía a los de su edad porque le tomaban el pelo y a menudo lo aporreaban. Pero cuando lo supe, ya existía un vínculo que nos unía. Usted podría llamarlo amistad, pero sería un error; nuevamente nos juzgaría de acuerdo con las pautas de usted. Era algo más que la amistad de otros mundos, ya había hierro entre nosotros, aunque aún no éramos *teyn-y-teyn*.

"La siguiente vez que Jaan y yo salimos a explorar —estábamos muy lejos de nuestro clan en una caverna que él conocía bien—, lo atacé por sorpresa y le dejé las carnes hinchadas y llenas de magullones. En todo el invierno no volvió a visitar las barracas de los más pequeños, pero al final regresó. Salimos a cazar y explorar juntos una vez más, y me refirió más historias y leyendas. Por mi parte, solía atacarle en los momentos más inesperados, sorprendiéndole y derrotándole. Al cabo de un tiempo me fue imposible dominarle con los puños. Un día llevé un cuchillo escondido bajo la camisa, y le abrí un tajo a Jaan. Después, los dos empezamos a salir con cuchillos. Cuando él llegó a la adolescencia, a la edad en que debía escoger sus nombres-elegidos y someterse al código de honor, Jaantony era un individuo al que no se le podía tomar el pelo impunemente.

"Siempre fue poco popular. Usted comprenderá, era muy inquisitivo y dado a las investigaciones comprometedoras y las opiniones heterodoxas, aficionado a la historia pero abiertamente desdeñoso de la religión, excesiva y poco saludablemente interesado en las gentes de otros mundos que nos visitaban. Por esa causa, el primer año de su adolescencia lo retaron a duelo una y otra vez. Ganaba siempre. Cuando años más tarde llegué a mi vez a la adolescencia y fuimos *teyn-y-teyn*, casi no quedaban contrincantes. Jaantony los había amedrentado a todos, y nadie se atrevía a desafiarnos. Me sentí muy defraudado.

"Desde entonces hemos combatido juntos con frecuencia. Estamos ligados para toda la vida y hemos compartido muchas experiencias, y no tengo el menor interés en oír esas entusiastas comparaciones con el 'amor' que tanto los seduce a ustedes; un vínculo de Cuasi-hombre que viene y va según el capricho del momento. El mismo Jaantony incurrió en ese equívoco durante sus años en Avalon, y en gran medida fue

por culpa mía, pues lo dejé ir solo. Es cierto que en Avalon yo no habría tenido función ni lugar, pero debí haber estado. En eso le he fallado a Jaan. Nunca le fallaré de nuevo. Soy su *teyn*, para siempre, y no consentiré que nadie lo mate ni le hiera, ni le pervierta la mente ni le robe el nombre. Eso es parte de mi vínculo y mi deber.

"Hoy día Jaan a menudo tolera que hombres como usted y Ruark amenacen su nombre. Jaan es en muchos sentidos un individuo perverso y peligroso, y sus extravagancias a menudo nos ponen en situaciones difíciles. Hasta sus héroes... Un día recordé algunas de las historias que me había contado de niño, y me sorprendió descubrir que todos los héroes favoritos de Jaan eran hombres solitarios que finalmente fueron derrotados. Aryn alto-Piedraviva, por ejemplo, que dominó toda una época de la historia. Gobernó con mano de hierro el clan más poderoso que Alto Kavalaan haya conocido; la Montaña de Piedraviva. Y cuando los enemigos se mancomunaron contra él en altaguerra, y no contaba con ningún aliado, dio espadas y escudos a las *eyn-kethy* y las llevó al combate para engrosar las filas de su ejército. Los enemigos fueron desbaratados y humillados, según la versión que Jaan me contó de la historia. Pero más tarde aprendí que Aryn alto-Piedraviva no había obtenido ningún triunfo; ese día le mataron tantas *eyn-kethy* del clan, que muy pocas quedaron para alumbrar nuevos guerreros. El poder y la población de la Montaña de Piedraviva disminuyeron paulatinamente, y cuarenta años después del audaz golpe de Aryn, los Piedraviva cayeron, y altoseñores de Taal, Jadehierro y Puño de Bronce se apoderaron de las mujeres y los niños, y dejaron abandonado el clan. Lo cierto es que Aryn alto-Piedraviva fue un fracasado y un bufón, uno de los parias de la historia. Y así son todos los estrafalarios héroes de Jaan.

—A mí, sin embargo, Aryn me parece un héroe —dijo ásperamente Dirk—. En Avalon probablemente le honraríamos por haber liberado a las esclavas, aunque le hubiesen derrotado.

Janacek le dirigió una mirada fulminante. Los ojos azules chisporrotearon en el anguloso rostro del kaval, que se atusó la barba con fastidio.

—Precisamente he querido prevenirle contra esas malas interpretaciones, t'Larien. Las *eyn-kethy* no son esclavas, son *eyn-kethy*. Usted juzga erróneamente, y sus traducciones son falsas.

—Según usted —dijo Dirk—. Porque según Ruark...

—Ruark —farfulló Janacek con desprecio—, ¿El kimdissi es la fuente de toda la información que posee usted acerca de Alto Kavalaan? Veo que he perdido el tiempo inútilmente, t'Larien. Usted ya está influido por otros y no tiene interés en comprender. Es una herramienta de los intrigantes de Kimdiss. No hablemos más del asunto.

—De acuerdo —dijo Dirk—. Tan sólo dígame dónde está Gwen.

—Ya se lo he dicho.

—¿Cuándo regresará, entonces?

—Tarde, y estará cansada. Estoy seguro de que no querrá verle.

—¡Usted está impidiéndome que la vea!

Janacek guardó silencio un instante.

—Sí —dijo al fin, torciendo la boca—. Es lo mejor, t'Larien. Tanto para usted como para ella. Aunque no espero que crea lo que le digo.

—No tiene derecho.

—En la cultura de usted. En la mía tengo todo el derecho. No volverá a estar a solas con ella.

—Gwen no forma parte de la maldita cultura kavalár —dijo Dirk.

—No nació en ella, pero aceptó el jade-y-plata, y el nombre *betheyn*. Ahora es kavalár.

Dirk temblaba. Ya no podía dominarse.

—¿Y qué opina ella? ¿Qué dijo anoche? —preguntó, acercándose a Janacek—. ¿Amenazó con irse? Dijo que vendría conmigo, ¿verdad? ¿Y usted la golpeó y la arrastró? —señalaba al kavalár con un índice acusatorio.

Janacek frunció el ceño y apartó con violencia la mano de Dirk.

—Así es que además nos espía... No lo hace bien, t'Larien. Pero no deja de ser una ofensa, un segundo error. El primero lo cometió Jaan al contarle lo que le contó, al confiar en usted y brindarle protección.

—¡No necesito la protección de nadie!

—Eso dice usted. Un orgullo idiota e inoportuno. Sólo a los fuertes les corresponde rechazar la protección que se brinda a los débiles; los que son realmente débiles la necesitan —se volvió, y concluyó mientras se dirigía al comedor—: No perderé más tiempo con usted.

Sobre la mesa había un maletín negro. Janacek destrabó las dos cerraduras simultáneamente y la tapa se abrió de un salto. Adentro del maletín Dirk vio cinco filas de banshis de hierro sobre fieltro rojo. Alzando uno, Janacek le preguntó a Dirk:

—¿Está totalmente seguro... de que no lo quiere —y añadió con una mueca—, *korariel*?

Dirk se cruzó de brazos y no se dignó responder. Janacek esperó un momento, luego guardó el broche en su lugar y cerró el maletín.

—Es usted más terco que un niño parásito —dijo—. Y ahora, debo llevarle esto a Jaan. Lárguese de aquí.

En las primeras horas de la tarde, el Cubo de la Rueda ardía opacamente en el centro del cielo, y las luces dispersas de los cuatro Soles Troyanos visibles brillaban irregularmente alrededor. Un viento fuerte soplaba del este, tal vez anunciando una tormenta. El polvo se arremolinaba en los callejones grises y escarlatas.

Dirk, sentado en un rincón de la azotea, las piernas colgando hacia afuera, rumiaba sus posibilidades.

Había seguido a Garse Janacek hasta la pista aérea y le había visto partir con el maletín de banshis, a bordo de esa pesada y maciza reliquia con blindaje verde oliva. Los otros aeromóviles; la raya gris y la brillante lágrima amarilla, tampoco estaban. Se encontraba abandonado en Larteyn, sin tener idea de dónde estaba Gwen o qué le estaban haciendo. Por un momento deseó la compañía de Ruark. Lamentó no disponer de un aeromóvil. Sin duda, podría haber alquilado uno en Desafío, si lo hubiera pensado. O incluso en el puerto espacial, la noche de su llegada. Pero ahora estaba solo y maniatado; ni siquiera los aeropatines... El mundo era rojo y gris y monótono. Se preguntaba qué hacer.

De pronto, mientras pensaba en los aeromóviles, lo asaltó una idea. Las ciudades del Festival que había visitado eran muy diferentes entre ellas, pero algo tenían en común: ninguna de ellas contaba con pistas suficientes para albergar un número de aeromóviles análogo al número de habitantes. Lo que significaba que las ciudades debían de estar unidas por otros medios de transporte, y de ese modo, a pesar de todo, cierta libertad de acción para él.

Se levantó, tomó el ascensor y bajó al departamento de Ruark, en la base de la torre. Entre dos macetas de arcilla, con plantas de corteza negra altas hasta el cielo raso, esperaba una pantalla; recordaba haberla visto así, opaca y oscura, desde que había llegado; en Worlorn no quedaba mucha gente para hacer llamadas. Pero sin duda, quedaría algún circuito de información. Estudió la doble hilera de botones al pie de la pantalla, eligió uno y lo apretó. Una luz tenue y azul disipó la oscuridad, y Dirk respiró más tranquilo; al menos la red de comunicaciones seguía en funcionamiento.

Uno de los botones tenía un signo de interrogación. Dirk lo apretó y obtuvo una respuesta; la luz azul se aclaró y de pronto la pantalla se cubrió de caracteres pequeños, cien números para cien servicios básicos, desde asistencia médica e información religiosa hasta noticias del exterior.

Tecléo la secuencia que correspondía a 'transportes'. Las cifras titilaron en la pantalla y de a poco, las esperanzas de Dirk se marchitaron. Había servicios de alquiler de aeromóviles en el puerto espacial y en diez de las catorce ciudades; todos clausurados. Los aeromóviles funcionales se habían ido de Worlorn con las multitudes del Festival. Otras ciudades habían alquilado vehículos de hélice o de colchón de aire, pero los servicios estaban suspendidos. En Musquel junto-al-mar los visitantes podían navegar en un genuino barco de propulsión a vela de la Colonia Olvidada: clausurado. Las líneas de aerobuses también habían dejado de funcionar, las estratonaves de propulsión nuclear de Tóber y los dirigibles de helio de Eshellin ya se los habían llevado. La pantalla le mostró un mapa de los subterráneos de alta

velocidad que unían el puerto espacial con cada una de las ciudades, pero el mapa estaba en rojo y la leyenda al pie indicaba que el rojo significaba 'Fuera de Servicio'.

Los únicos medios de transporte que quedaban en Worlorn eran las piernas, al parecer. Además de los vehículos que hubieran traído los visitantes tardíos.

Dirk carraspeó y desconectó la imagen. Estaba a punto de apagar la pantalla cuando lo asaltó otro pensamiento: tecleó 'Biblioteca' y obtuvo un signo de interrogación e instrucciones. Luego marcó 'niños parásitos' y 'definir'. Y esperó.

La espera fue corta, la biblioteca le abrumó con más datos de los necesarios; detalles históricos, geográficos y filosóficos. Dirk prestó atención a la información crítica y desechó el resto. 'Niños parásitos' parecía ser el apodo popular para los acólitos de un culto pseudoreligioso basado en la droga, en el Mundo del Océano Vinonegro. Los llamaban así porque pasaban años viviendo en el interior húmedo y cavernoso de las kilométricas babosas que recorrían el fondo de los mares de ese mundo. Los devotos llamaban Madres a estas criaturas viscosas que se desplazaban con infinita lentitud. Las Madres alimentaban a los 'niños' con secreciones alucinógenas y dulzonas, y se las creía semiconscientes. Esta creencia, advirtió Dirk, no impedía a los niños matar a la criatura cuando la calidad de las secreciones empezaba a bajar, lo que ocurría inevitablemente cuando las babosas envejecían. Huérfanos de una Madre, los niños parásitos buscaban otra.

Dirk se apresuró a borrar los datos de la pantalla y consultó nuevamente a la biblioteca. El Mundo del Océano Vinonegro tenía una ciudad en Worlorn. Yacía bajo un lago artificial de cincuenta kilómetros de diámetro, bajo las mismas aguas tibias y oscuras que cubrían la superficie del mundo de los vinonegrinos. Se llamaba Ciudad del Estanque sin Estrellas, y en el lago pululaban infinidad de criaturas traídas especialmente para el Festival del Confín, Madres incluidas, sin duda alguna.

Por curiosidad, Dirk localizó la ciudad en un mapa de Worlorn. No tenía manera de llegar allá, por supuesto. Apagó la pantalla y fue a la cocina a prepararse un trago. Mientras bebía —era leche espesa y amarillenta de algún animal kimdissi, muy fría y amarga, pero refrescante—, tamborileaba el gabinete con dedos impacientes. Lo invadía una creciente inquietud, una necesidad de hacer algo. Se sentía enclaustrado ahí, esperando que regresara alguno de los otros sin saber quién vendría primero ni qué ocurriría entonces. Tenía la impresión de haberse movido al capricho de los demás desde que había llegado en el *Temblor de enemigos olvidados*. Ni siquiera había venido por voluntad propia; Gwen le había llamado con la joya susurrante, aunque la bienvenida no había sido precisamente calurosa. Al menos ahora empezaba a comprender porqué. Gwen estaba atrapada en una compleja telaraña que era al mismo tiempo política y emocional; y aparentemente él había sido arrastrado con ella y ahora observaba impotente las tormentas de tensión cultural y psicosexual que arreciaban alrededor de ambos. Estaba harto de esa impotencia.

Abruptamente recordó Kryne Lamiya. En una pista barrida por el viento yacían dos aeromóviles abandonados. Dirk depositó el vaso pensativamente, se enjugó los labios con el dorso de la mano y regresó a la pantalla.

Fue fácil encontrar la ubicación de todas las pistas de aterrizaje de Larteyn. Había instalaciones en la azotea de todas las torres residenciales de mayor tamaño, y un gran estacionamiento público en las entrañas de la roca, debajo de la ciudad. La guía de la ciudad le informó que se podía llegar a este parque mediante cualquiera de los doce ascensores subterráneos de Larteyn; las puertas estaban ocultas en medio del risco que se cernía sobre el llano. Si los kavalares habían dejado algún vehículo en la ciudad, era allí donde podría encontrarlo.

Fue en ascensor hasta la planta y salió a la calle. El Gordo Satanás ya descendía del cénit al horizonte. Las calles de piedraviva se difuminaban y ennegrecían bajo el resplandor purpúreo, pero mientras caminaba entre las sombras, bajo las torres cuadrangulares de ébano, Dirk aún veía bajo sus pies los fuegos fríos de la ciudad, el fulgor rojo y tenue de la roca, débil pero persistente. En sitios abiertos, él mismo arrojaba sombras, oscuros y frágiles fantasmas que se superponían torpemente sin que las imágenes coincidieran del todo. Y se deslizaban rápidamente detrás de él, reviviendo a la piedra dormida. No vio a nadie durante la caminata, aunque no dejó de temer la presencia de los Braith, y en un momento pasó de largo frente a lo que debía de haber sido una mansión. Era un edificio cuadrado con techo en forma de cúpula y pilares de hierro negro en el portal. Encadenado a uno de los pilares había un sabueso más alto que Dirk, de ojos rojos y brillantes y una cara morruda y lampiña que de algún modo evocaba una rata. La criatura estaba royendo un hueso, pero cuando él pasó se irguió sobre las patas traseras y gruñó roncamente. Al dueño de ese edificio sin duda no le gustaba recibir visitantes.

Los subascensores todavía funcionaban. Dirk bajó y la luz del día se desvaneció; en los pasajes inferiores Larteyn se parecía mucho más a los clanes de Alto Kavalaan; profundos salones de piedra con colgantes de hierro forjado, puertas metálicas por todas partes, una cámara dentro de otra. Un fuerte de piedra, había dicho Ruark. Una fortaleza donde cada sector parecía inexpugnable. Pero ahora abandonada.

El estacionamiento, pobremente iluminado, tenía diez niveles, cada uno con capacidad para mil aeromóviles. Dirk vagabundeó media hora por el polvo antes de encontrar uno. No le servía. Otro vehículo mastodóntico de metal azul oscuro y grotescamente parecido a un murciélago gigante, más realista y formidable que la estilizada raya-banshi de Jaan Vikary. Pero además era un cascajo; una de sus alas de murciélago estaba retorcida y medio fundida, del aeromóvil en sí apenas quedaba el cuerpo. Las instalaciones interiores, la fuente de alimentación y el armamento, habían desaparecido; Dirk sospechó que también le faltaría el control de gravedad, aunque no pudo ver la parte inferior del artefacto. Lo inspeccionó someramente y siguió

caminando.

El segundo aeromóvil que encontró estaba en condiciones aún más lamentables. En realidad, apenas podía llamársele coche; no quedaba más que un armazón desnudo y cuatro asientos que se pudrían dentro del costillar metálico: un esqueleto despojado hasta de la piel. Dirk siguió de largo.

Los dos vehículos que encontró a continuación estaban intactos por fuera, pero inutilizables. Dirk presumió que los dueños habrían muerto en Worlorn, y los coches habrían esperado en las entrañas de la ciudad, sin que nadie se acordara de ellos hasta que se les agotara la energía. Trató de ponerlos en marcha, pero ninguno respondió a sus esfuerzos y tentativas.

El quinto vehículo —al cabo de una hora de inspecciones—, arrancó de inmediato.

Típicamente kavalár, era un rechoncho artefacto de dos plazas con alas cortas y triangulares que parecían aún más inútiles que las alas de otros coches fabricados en Alto Kavalaan. Estaba esmaltado de plata y blanco, y la cabina metálica se asemejaba a una cabeza de lobo. Había cañones láser a ambos lados del fuselaje. No estaba cerrado con llave; Dirk empujó la escotilla hacia arriba de la cabina, que se abrió con facilidad. Entró, cerró la cabina y torciendo la boca en una sonrisa, miró hacia afuera por los enormes ojos del lobo. Luego puso a prueba los mandos. El aeromóvil tenía aún toda la energía.

Dirk frunció el ceño, apagó el motor y se recostó pensativamente. Había descubierto el transporte que buscaba, si se atrevía a adueñarse de él. Pero no podía llamarse a engaño; este vehículo no era una ruina como los otros que había inspeccionado. Estaba en óptimas condiciones. Sin duda pertenecía a alguno de los kavaláres que seguía viviendo en Larteyn. Si los colores significaban algo, de lo que no estaba muy seguro, probablemente pertenecía a Lorimaar u otro de los Braith. Apoderarse de él no era un modo de rehuir complicaciones, por cierto.

Dirk admitió el peligro y lo consideró. No le interesaba esperar, pero tampoco ponerse en una situación riesgosa. Con Jaan Vikary de por medio o no, robar un aeromóvil podía ser el resorte para que los Braith entraran en acción.

Abrió a su pesar la cabina y salió, pero no bien se apeó del coche, oyó las voces. Bajó nuevamente la escotilla, que se cerró con un chasquido débil, pero audible, se agazapó y buscó refugio en las sombras, a pocos metros del coche-lobo.

Oyó el parloteo y los pasos de los kavaláres, mucho antes de verlos; sólo eran dos, pero sonaban como diez. Cuando llegaron al espacio iluminado cerca del aeromóvil, Dirk se había aplastado contra un nicho de la pared del estacionamiento, una pequeña cavidad llena de ganchos que en un tiempo habían servido para colgar herramientas. No sabía exactamente por qué se había escondido, pero le parecía preferible. Los comentarios de Gwen y de Jaan acerca de los otros residentes de

Larteyn no eran precisamente tranquilizadores.

—¿Estás seguro de lo que dices, Bretan? —preguntó uno de ellos, el más alto, cuando estuvieron a la vista.

No era Lorimaar, pero el parecido era extraordinario; tenía la misma estatura e imponencia, la cara igualmente curtida y arrugada. Pero era más metido en carnes que Lorimaar alto-Braith, y la cabellera era totalmente blanca mientras la del otro era principalmente gris. Además usaba un pequeño y poblado bigote. Tanto él como el compañero vestían chaquetas blancas y cortas, y pantalones y camisas de tela tornasolada que en la penumbra del estacionamiento se habían vuelto casi negras. Y los dos llevaban pistola láser.

—Rosef no bromearía conmigo —dijo el segundo kavalár con voz áspera y arenosa.

Era mucho más bajo que el otro, casi de la misma altura que Dirk y también más joven, muy delgado. Las mangas cortas de la chaqueta exhibían vigorosos brazos tostados y un grueso brazalete de hierro-y-piedraviva. Mientras se acercaba al aeromóvil, por un instante la luz le dio de lleno y el hombre pareció escrutar la oscuridad donde se ocultaba Dirk. Sólo tenía la mitad de la cara; el resto era un grumoso parche de tejido cicatricial. El 'ojo' izquierdo destellaba incesantemente cuando movía la cabeza, y Dirk no tardó en comprender porqué; era una piedraviva incrustada en una órbita vacía.

—¿Cómo lo sabes? —dijo el hombre de más edad, mientras los dos se detenían un instante al lado del coche-lobo—. A Rosef no le gustan las bromas.

—A mi no me gustan —dijo el otro, el llamado Bretan—. Rosef te haría bromas a ti, a Lorimaar, hasta a Pyr. Pero no se atrevería a bromear conmigo —la voz era muy desagradable, tan áspera y sibilante que raspaba el oído. Teniendo en cuenta el grosor de las cicatrices que le cubrían el cuello, a Dirk le parecía asombroso que el hombre siquiera pudiera hablar.

El kavalár más alto presionó el costado de la cabeza de lobo, pero la cabina no se abrió.

—Bien, si es cierto, tenemos que apresurarnos —dijo, quejumbroso—. ¡La cerradura, Bretan..., la cerradura!

El tuerto Bretan profirió un ruido extraño, mezcla de gruñido y rugido. Intentó él abrir la cabina.

—Mi *teyn* —farfulló—. Dejé la cabina entreabierta... Yo... Me llevó sólo un momento subir y encontrarte...

En las sombras, Dirk se apretó con fuerza contra la pared, los ganchos se le clavaron dolorosamente entre los omóplatos. Bretan arrugó el ceño y se arrodilló. Su compañero permaneció de pie, mirándolo intrigado. De pronto el Braith se levantó y empuñó la pistola láser, encañonando a Dirk. El ojo de piedraviva brillaba como un

rescoldo.

—Sal y muéstranos quién eres —exclamó—. El rastro que dejaste en el polvo se ve con toda claridad.

Dirk, calladamente, puso las manos encima de la cabeza y salió.

—¡Un Cuasi-hombre! —exclamó el kavalár más alto—. ¡Aquí!

—No —dijo Dirk, cautelosamente—. Dirk t'Larien.

El hombre alto no le prestó atención.

—Esto se llama tener suerte —le dijo al compañero del láser—. Esos hombres parásitos que proponía Rosef no hubieran sido presas interesantes. Este parece apropiado.

El joven *teyn* profirió nuevamente ese ruido extraño y torció el lado izquierdo de la cara. Pero no dejaba de encañonar a Dirk con el láser.

—No —le dijo al otro Braith—. Lamentablemente, creo que no podemos cazarlo. Este sólo puede ser el sujeto que mencionó Lorimaar —deslizó la pistola en la funda y se volvió hacia Dirk con un cabeceo tan imperceptible que más parecía un encogimiento de hombros—. Eres muy poco precavido; la cabina se traba automáticamente si la cierras del todo. Se la puede abrir desde adentro, pero...

—Ahora me doy cuenta —dijo Dirk, bajando las manos—. Sólo estaba buscando un vehículo abandonado. Necesitaba un medio de transporte.

—Y trataste de robarnos el aeromóvil.

—No.

—Sí —la voz del kavalár convertía cada palabra en un penoso esfuerzo—. ¿Eres *korariel* de Jadehierro?

Dirk titubeó, ahogando la negación en la garganta.

Cualquiera de las dos respuestas podía meterlo en un brete.

—¿No sabes responder a mi pregunta? —insistió Bretan.

—Lo que diga el Cuasi-hombre no tiene importancia para nosotros, Bretan —terció el otro—. Si Jaantony alto-Jadehierro lo llama *korariel*, así ha de ser. Estos animales no deciden acerca de su condición. Aunque respondiera que no, no puede desechar el nombre, de manera que la realidad sigue siendo la misma. Si lo matamos, habremos robado una propiedad de Jadehierro y sin duda nos retarán a duelo.

—Te propongo que consideres las posibilidades, Chell —dijo Bretan—. Este, Dirk t'Larien, puede ser hombre o Cuasi-hombre, *korariel* de Jadehierro o no, ¿verdad?

—Verdad. Pero no es un hombre verdadero. Escúchame *teyn*, eres joven; yo sé más de estas cosas, por *kethi* muertos hace tiempo...

—Escúchame de todos modos. Si es Cuasi-hombre y los Jadehierro lo nombran *korariel*, él es *korariel*, lo admita o no. Pero si ésa es la verdad, Chell, tú y yo tenemos que enfrentar en duelo a los Jadehierro. Recuerda que él trataba de robarnos

y si él es propiedad de Jadehierro, entonces los Jadehierro intentaban robarnos.

El hombre alto y canoso asintió lenta y desganadamente.

—Si es Cuasi-hombre pero no *korariel* —continuó el joven Bretan—, no hay ningún inconveniente en que podamos cazarlo. Pero, ¿si es un hombre verdadero, humano como un altoseñor, y no un Cuasi-hombre?

Chell era mucho más lento que su *teyn*. Arrugó pensativamente el ceño, y dijo:

—Bueno, no es mujer, así es que puede ser tomado. En cambio si es humano, debe tener derechos de hombre y nombre de hombre.

—Verdad —convino Bretan—. Entonces no podría ser *korariel* y en ese caso la responsabilidad recaería en él exclusivamente. Yo tendría que retarlo a él y no a Jaantony alto-Jadehierro —nuevamente emitió esa mezcla de gruñido y rugido.

Chell asintió, Dirk estaba azorado. El kavalár más joven parecía haber razonado con insidiosa precisión. Tanto a Vikary como a Janacek, Dirk les había puntualizado sin ambigüedades que rehusaba la protección de Jadehierro. En el momento le había parecido más fácil; en mundos cuerdos como Avalon, sin duda habría sido también lo más atinado, pero en Worlorn las cosas no eran tan claras.

—¿Adonde lo llevaremos? —dijo Chell; ambos daban por descontado que Dirk no podía tener más voluntad que el aeromóvil.

—Debemos llevárselo a Jaantony alto-Jadehierro —masculló Bretan—. Conozco de vista la torre donde viven.

Por un segundo, Dirk consideró la posibilidad de correr aunque inmediatamente concluyó que no sería lo más apropiado; ellos eran dos, estaban armados y disponían de un vehículo. No lo dejarían llegar lejos.

—Iré con ustedes —dijo cuando se le acercaron—. Puedo mostrarles el camino.

En cualquier caso, ganaría un poco de tiempo para pensar, los Braith parecían ignorar que Vikary y Janacek ya estaban en la Ciudad del Estanque sin Estrellas, sin duda con el propósito de proteger a los desvalidos niños parásitos de los otros cazadores.

—De acuerdo —dijo Chell.

Y Dirk, sin saber a qué otra decisión atenerse, los condujo hacia los subascensores. Mientras subían, reflexionó amargamente que se había metido en este enredo por no querer esperar; y ahora, tendría que esperar, de todos modos.

Capítulo 6

Al principio la espera fue un infierno. Después que descubrieron la ausencia de los Jadehierro, lo llevaron a la pista aérea de la torre desierta, y lo obligaron a sentarse en un rincón de la azotea barrida por el viento. Por entonces ya lo dominaba el pánico. Sentía también un doloroso nudo en el estómago.

—Bretan —empezó, con la voz trémula de histeria.

Pero el kavalár lo interrumpió cruzándole la boca de una bofetada.

—Para ti no soy 'Bretan', Cuasi-hombre —le dijo—. Cuando te dirijas a mí, llámame Bretan Braith.

Después de eso, Dirk prefirió callarse. La Rueda de Fuego cojeaba lentamente en el cielo de Worlorn, y Dirk la observaba arrastrarse con los nervios a punto de estallar. Todo lo que le había ocurrido parecía irreal, y los Braith y los sucesos de esa tarde parecían lo más irreal de todo. Se preguntó qué pasaría si de pronto se levantaba de un brinco y se arrojaba a la calle desde la azotea. Caería y caería, pensó, como en los sueños. Pero cuando se estrellara contra los oscuros adoquines de piedraviva no sentiría dolor, sino simplemente la sorpresa de un súbito despertar. Y se encontraría en su cama de Braque, empapado de transpiración y riéndose de esa pesadilla absurda.

Jugueteó con esa y otras ideas semejantes durante lo que parecieron horas, pero cuando finalmente alzó los ojos, el Gordo Satanás apenas había descendido. Empezó a tiritar; el frío, se dijo, el frío viento de Worlorn. Pero sabía que no era el frío. Y cuanto más se esforzaba por dominarse, más temblaba. Hasta que los kavaláres lo miraron con extrañeza. Y la espera proseguía...

Al fin, los temblores se disiparon, tal como se habían disipado las ideas de suicidio y el pánico que las había precedido, y lo inundó una extraña calma. Se sorprendió pensando otra vez, pero pensando en cosas sin sentido: especulaba ociosamente, como si se tratara de una apuesta, acerca de si primero regresaría la raya gris o la antigualla militar, de cómo Jaan o Garse se las arreglarían en un duelo con el tuerto Bretan, de lo que pudiera haber ocurrido a los niños parásitos de la ciudad vinonegrina. Parecían detalles terriblemente importantes, aunque Dirk ignoraba porqué.

Después se puso a observar a sus captores. Ese fue el juego más interesante. Y para matar el tiempo, era tan eficaz como cualquier otro. Mientras los observaba, advirtió ciertos detalles:

Los dos kavaláres apenas habían hablado desde que llegaron a la azotea. Chell, el alto, estaba sentado en el parapeto que circundaba la pista aérea, a sólo un metro de Dirk. Y cuando se puso a estudiarlo, advirtió que era realmente un hombre de edad. La semejanza con Lorimaar alto-Braith era muy engañosa. Aunque Chell caminaba y

vestía como un hombre más joven, tenía por lo menos veinte años más que Lorimaar, calculó Dirk. Sentado, la edad se le notaba mucho más. El vientre le formaba una prominencia curva por encima del tenue brillo del cinturón de malla de acero, arrugas profundas le entrecortaban la cara curtida, y Dirk le vio venas azules y motas rosáceas en el dorso de las manos, que Chell mantenía apoyadas sobre las rodillas. Esa espera inútil y prolongada también lo había afectado a él, y no sólo se le notaba aburrido sino que las mejillas parecían hundírsele y los hombros robustos se le habían encorvado en un involuntario gesto de fatiga.

Se movió una vez, suspirando, y se estiró al tiempo que apartaba las manos de las rodillas para unir las con fuerza. Y entonces Dirk le vio las axilas. El brazo derecho era hierro-y-piedraviva, un brazalete gemelo del que Bretan exhibía con tanto orgullo, y el izquierdo era plata. Pero faltaba el jade. Lo había lucido alguna vez, pero las piedras habían sido desgajadas, y ahora el brazalete de plata estaba constelado de orificios.

Mientras el viejo y fatigado Chell (de pronto a Dirk le costaba verlo como la figura marcial y amenazante que había sido hacía tan poco tiempo), permanecía sentado a la espera de que pasara algo, Bretan (o Bretan Braith, según exigía que le llamara), mataba el tiempo paseándose de un lado al otro. Le sobraban energías más que a nadie que Dirk hubiera conocido; ni siquiera Jenny había sido tan inquieta. Las manos hundidas en los bolsillos de la chaqueta blanca, recorría incesantemente la azotea. De vez en cuando echaba una mirada de impaciencia, como recriminando al cielo crepuscular porque no le traía a Jaantony alto-Jadehierro Vikary.

Los dos hombres eran extraños, reparó Dirk mientras los observaba. La diferencia de edad era notoria. Bretan Braith no era mayor que Garse Janacek, y tal vez era más joven que Gwen, Jaan y él mismo. ¿Por qué sé había hecho *teyn* de un kavalár que le llevaba tantos años? Además, no había recibido los altonombres, pues no había dado a Braith ninguna *betheyn*; el brazo izquierdo, cubierto por un vello fino y rojizo que destellaba cuando le daba la luz solar, no lucía el brazalete de jade-y-plata.

La cara, esa extraña media cara, era sin duda la más fea que Dirk había visto, pero a medida que el día se disipaba y el falso crepúsculo adquiría realidad, descubrió que se acostumbraba a ella. Cuando Bretan Braith caminaba en una dirección, parecía absolutamente normal: un joven esbelto y pletórico de energías que lo desbordaban y lo sometían a una tremenda crispación. Ese lado de la cara era terso y sereno; rizos cortos y negros le aureolaban la oreja y unos pocos bucles le cubrían el hombro. Pero no había sombra de barba. La ceja era un trazo apenas perceptible sobre un ojo verde y ancho. Bretan parecía casi inocente.

Luego, en cuanto llegaba al extremo de la azotea y desandaba los pasos recorridos, todo cambiaba. El lado izquierdo de la cara era inhumano, un paisaje de llanuras roturadas y ángulos abruptos. Las carnes estaban llenas de costurones, y el

resto tenía el brillo resbaloso del esmalte. De este lado, Bretan era absolutamente lampiño y sin oreja, sólo una cavidad, y la nariz era un pequeño fragmento de plástico color carne. La boca era un tajo sin labios, y para peor, se movía. Por momentos, un tic grotesco le contraía la cara, curvándole la comisura izquierda de la boca y convulsionando las estribaciones de tejido cicatricial de la calva.

A la luz del día el ojo de piedraviva del Braith era oscuro como un trozo de obsidiana. Pero a medida que se acercaba la noche y el Ojo del Infierno se hundía en el horizonte, destellaba cada vez más. En la oscuridad, Bretan y no el gigantesco y fatigado sol de Worlorn, sería el Ojo del Infierno; la piedraviva irradiaría un continuo e inalterable fulgor rojo, y esa media cara deforme, negra parodia de un cráneo, sería el marco apropiado para un ojo semejante.

Todo parecía muy aterrador hasta que uno recordaba, como lo hacía Dirk, que todo era producto de la deliberación. Bretan Braith no estaba obligado a usar un ojo de piedraviva; lo había elegido por razones personales, y esas razones no eran difíciles de comprender.

Dirk evocó las primeras horas de la tarde y el diálogo junto al aeromóvil con cabeza de lobo. Bretan era artero y sagaz, de eso no había duda, pero Chell tal vez estaba en la primera etapa de la senilidad. Le había costado un penoso esfuerzo comprender las explicaciones del *teyn*, pese a que este había sido paciente y minucioso. De repente los dos Braith parecían mucho menos temibles, y Dirk se preguntó por qué lo habían asustado tanto. Eran casi divertidos. Dijera lo que dijera Jaan Vikary al regresar de la Ciudad del Estanque sin Estrellas, no podía ocurrir nada serio; esa gente no era realmente peligrosa.

Como para corroborar esa opinión, Chell se puso a murmurar, hablaba solo, al parecer sin darse cuenta. Dirk lo miró de reojo y trató de entenderle. El viejo reía un poco al hablar, y los ojos parecían ausentes. Los murmullos eran incomprensibles. A Dirk le llevó varios minutos comprender, pero al fin cayó en la cuenta de que Chell estaba hablando en kavalár antiguo. Esa lengua que había florecido en Alto Kavalaan durante los largos siglos del interregno, cuando los kavalares sobrevivientes no tenían contacto alguno con otros mundos humanos, ahora estaba asimilándose rápidamente al idioma normal, aunque enriqueciendo la lengua madre con palabras que no tenían equivalentes. Casi nadie hablaba ahora el kavalár antiguo, le había dicho Janacek, y sin embargo ahí estaba Chell, un anciano de la más tradicional de las coaliciones, farfullando palabras que sin duda había oído en la juventud.

Y Bretan, que había golpeado a Dirk por interpelarlo de manera incorrecta, de un modo solamente permitido a los *kethi*. Otra costumbre moribunda, había dicho Garse; hasta los altoseñores se volvían excesivamente tolerantes. Pero no Bretan Braith, un joven que carecía de altonombres pero se aferraba a tradiciones que hombres más viejos ya habían desechado por juzgarlas poco funcionales.

Dirk casi les tuvo lástima. Eran seres anómalos, marginales, más solitarios que él mismo; en cierto modo no pertenecían a ningún mundo pues Alto Kavalaan ya los había superado y no podía pertenecerles. No era de extrañar que hubieran venido a Worlorn; era el lugar que les correspondía pues tanto ellos como sus tradiciones estaban muriendo.

Bretan era especialmente digno de compasión, con ese afán por erigirse en una figura temible. Era joven, tal vez el último creyente auténtico, y tal vez viviera para ver una época en que nadie compartiría sus costumbres. ¿Por eso era *teyn* de Chell? ¿Porque sus pares lo rechazaban a él y a sus valores caducos? Tal vez, pensó Dirk. Y era una situación triste y opresiva.

En el oeste aún resplandecía un sol amarillo. El Cubo era un vago recuerdo rojo en el horizonte, y Dirk cavilaba serenamente, ya vencidos todos sus temores, cuando oyeron el zumbido de los aeromóviles.

Bretan Braith se detuvo y alzó la vista, sacando las manos de los bolsillos. Casi mecánicamente apoyó una en la funda de la pistola. Chell, parpadeando, se incorporó lentamente y de pronto pareció una década más joven. Dirk también se levantó.

Los coches descendieron. Dos de ellos, el gris y el verde oliva, juntos, volando en formación militar casi precisa.

—Acércate —gruñó Bretan, y Dirk obedeció. Chell también se les unió y los tres permanecieron de pie en la azotea, con Dirk en el medio como un prisionero. El viento era cortante. Alrededor, las piedravivas de Larteyn irradiaban un fulgor sangriento, y el ojo de Bretan, tan cerca de Dirk, resplandecía con un brillo salvaje en su nido de cicatrices. Las contracciones faciales de Bretan habían cesado; ahora tenía los músculos rígidos.

Jaan Vikary maniobró la raya gris y aterrizó grácilmente, luego se apeó por el costado y se acercó a grandes trancos. La fea y angulosa máquina militar, cuyo techo blindado impedía ver al piloto, aterrizó casi simultáneamente. Una gruesa portezuela metálica se abrió en el flanco, y Garse salió irguiendo la cabeza, y echó una ojeada como para ver qué ocurría. Luego se enderezó, cerró la portezuela con estrépito, se acercó y se detuvo a la derecha de Vikary.

Jaan saludó primero a Dirk, con un cabeceo y una vaga sonrisa. Luego se volvió hacia Chell.

—Chell Nim Vientofrío fre-Braith Daveson —dijo formalmente—. Honor a tu clan, honor a tu *teyn*.

—Y a los tuyos —repuso el anciano—. Me acompaña mi nuevo *teyn*, a quien no conoces —señaló a Bretan.

Jaan se volvió hacia el joven de las cicatrices y lo estudió rápidamente.

—Soy Jaan Vikary —dijo—. De la congregación de Jadehierro.

Bretan lanzó ese gruñido tan peculiar. Hubo un embarazoso silencio.

—Con más propiedad —intervino Janacek—, mi *teyn* es Jaantony Riv Lobo alto-Jadehierro Vikary. Y yo soy Garse Jadehierro Janacek.

—Honor a tu clan, honor a tu *teyn* —respondió entonces el joven Braith—. Soy Bretan Braith Lantry.

—Jamás lo hubiera advertido —dijo Janacek con una sonrisa apenas visible—. Hemos oído hablar de ti.

Jaan Vikary le lanzó una mirada de advertencia. Había algo raro en la cara de Jaan. Al principio Dirk pensó que la escasa luz le había engañado (la luz descendía rápidamente), pero luego notó que Vikary tenía la mandíbula ligeramente hinchada en un costado, lo cual deformaba su perfil.

—Traemos un altopleito —dijo Bretan Braith Lantry.

Vikary se volvió hacia Chell.

—¿En serio?

—En serio, Jaantony alto-Jadehierro.

—Lamento que haya disensiones entre nosotros —replicó Vikary—. ¿Cuál es el problema?

—Tenemos que hacerte una pregunta —dijo Bretan, apoyando una mano en el hombro de Dirk—. Dinos, Jaantony alto-Jadehierro, ¿es éste *korariel* de Jadehierro, o no?

Garse Janacek ya no disimuló una sonrisa irónica, y clavó los duros ojos azules en los de Dirk, con una mirada socarrona que parecía preguntarle: "Bueno, ¿qué nueva travesura has hecho?"

Jaan Vikary frunció el ceño.

—¿Porqué?

—¿Acaso tu verdad depende de nuestras razones, alto-señor? —preguntó hurañamente Bretan; la mejilla deforme se contrajo violentamente.

Vikary miró a Dirk. Era obvio que esta novedad no le complacía.

—No hay motivos para que postergues o nos niegues una respuesta, Jaantony alto-Jadehierro —dijo Chell Daveson—. La verdad es sí o la verdad es no; no hay más que decir —el viejo hablaba con toda serenidad; él al menos no tenía tensiones que ocultar, su código le dictaba cada palabra.

—En un tiempo era así, Chell fre-Braith —empezó Vikary—. En los viejos días de los clanes, la verdad era algo simple. Pero estas son nuevas épocas, pletóricas de novedades. Ahora somos un pueblo de muchos mundos, no sólo de uno, de modo que nuestras verdades son más complejas.

—No —dijo Chell—. Este Cuasi-hombre es *korariel*, o este Cuasi-hombre no es *korariel*. Eso no es complejo.

—Mi *teyn* Chell dice la verdad —añadió Bretan—. La pregunta que acabo de formularte es muy sencilla, altoseñor. Exijo una respuesta.

Vikary no cedió.

—Dirk t'Larien es un hombre del lejano mundo de Avalon, dentro del Velo del Tentador, un mundo humano donde yo estudié hace muchos años. En efecto, le nombré *korariel* para brindarle mi protección y la protección de Jadehierro contra quienes quieran hacerle daño. Pero le protejo como amigo, tal como protegería a un hermano de Jadehierro, tal como un *teyn* protege a un *teyn*. Él no es de mi propiedad. No me pertenece. ¿Comprendes, Chell fre-Braith?

Chell no comprendía. Frunció los labios y farfulló una frase en kavalár antiguo. Luego habló en voz alta. Demasiado alta. En realidad, casi a los gritos.

—¿Qué disparate es ése? Tu *teyn* es Garse Jadehierro, no este desconocido. ¿Cómo puedes protegerlo como *teyn*? ¿Es de Jadehierro? ¡Ni siquiera va armado! ¿Es hombre al menos? Caramba, en ese caso no podría ser *korariel*; si no es hombre y es *korariel*, entonces te pertenece. No entiendo qué significan tus palabras de Cuasi-hombre.

—Lo lamento, Chell fre-Braith —dijo Vikary—, pero la falla está en tus oídos y no en mis palabras. Procuro respetar tu honor, pero tú no facilitas las cosas.

—¡Te burlas de mí! —exclamó Chell, acusativamente.

—No.

—¡Sí!

Entonces intervino Bretan Braith. No empleó el modo colérico de Chell, pero sonaba muy hostil.

—Dirk t'Larien, según él dice llamarse y según lo llamas tú, nos ha ofendido. Por eso venimos a ti, Jaantony alto-Jadehierro. Echó mano de la propiedad de Braith sin consentimiento de Braith. Si no es *korariel*, bueno...

—Entiendo —dijo Vikary—. ¿Dirk?

—En principio, no hice más que entrar un instante en ese maldito aeromóvil. Estaba buscando un vehículo abandonado que funcionara. Gwen y yo encontramos ayer uno en esas condiciones en Kryne Lamiya, y pensé que tal vez podría encontrar otro aquí.

Vikary se encogió de hombros y se volvió a los Braith.

—Parece que la ofensa, si la hubo, no fue tan grave. Nadie ha robado nada.

—¡Tocó nuestro vehículo! —chilló Chell—. ¡Él es un Cuasi-hombre! ¡No tenía derecho! ¿Te parece poco? Pudo habérselo llevado. ¿Quieres que cierre los ojos como un Cuasi-hombre y agradezca que no me hayan ofendido más? —se volvió hacia Bretan, su *teyn*—. Los Jadehierro se burlan de nosotros, nos insultan. Tal vez no son hombres verdaderos sino Cuasi-hombres. El lenguaje que hablan es insólito.

—Soy *teyn* de Jaantony Riv Lobo alto-Jadehierro Vikary —replicó de inmediato Garse Janacek—, y respondo por él. No es un Cuasi-hombre.

Pronunció con rapidez estas palabras, una fórmula estereotipada. Y por el modo

en que Janacek miró luego a Vikary, Dirk dedujo que esperaba que su *teyn* repitiera la misma fórmula. Jaan en cambio meneó la cabeza y dijo:

—Ah, Chell... Los Cuasi-hombres no existen.

Jaan arrastraba las palabras, como si un fardo le encorvara los hombros. El alto y anciano Braith torció la cara como si hubiera recibido un golpe. Nuevamente masculló un ronco murmullo en kavalár antiguo.

—Basta —dijo Bretan Braith—. Así no vamos a ninguna parte. ¿Nombraste *korariel* a este... hombre, Jaantony alto-Jadehierro?

—Sí.

—Yo me opuse —dijo Dirk con voz calma; se sentía obligado a hacer la aclaración, y el momento parecía oportuno.

Bretan le lanzó una mirada fulminante, su ojo verde parecía destellar tanto como el de piedraviva.

—Sólo se opuso a que le consideraran propiedad del clan —se apresuró a decir Vikary—. Mi amigo reafirmó su condición de humano, pero aún así esta bajo el escudo de mi protección.

Garse Janacek sonrió y meneó la cabeza.

—No, Jaan. Esta mañana no estabas en casa; fue la ocasión en que t'Larien me dijo terminantemente que no quiere nuestra protección.

—¡Garse! —estalló Vikary—. No es momento para las bromas.

—No es una broma —dijo Janacek.

—Es cierto —admitió Dirk—. Dije que me cuidaría solo.

—¡Dirk, usted no sabe lo que dice! —exclamó Vikary.

—Pues por variar un poco, creo que sí.

De pronto, mientras Dirk y los dos Jadehierro discutían y Chell permanecía rígido de furia, Bretan Braith Lantry lanzó un estentóreo gruñido.

—Silencio —exigió con voz ripiosa, y lo escucharon—. Eso no tiene importancia. Las consecuencias son las mismas. Tú dices que es humano, Jadehierro. En tal caso, no puede ser *korariel* ni contar con tu protección. No podrías protegerle aunque él lo deseara. Mis *kethi* verán de que no lo hagas —giró sobre los talones y encaró directamente a Dirk—. Te desafío, Dirk t'Larien.

Todos guardaron silencio. Larteyn resplandecía alrededor y soplaba un viento helado.

—No me propuse insultar —dijo Dirk, recordando palabras que los Jadehierro habían empleado en otras ocasiones—. ¿Puedo disculparme, o qué debo hacer? —alzó las palmas y se las ofreció a Bretan Braith, abiertas y desnudas.

La cara deforme se contrajo en un rictus.

—Para mí fue un insulto.

—Tiene que batirse con él —dijo Janacek.

Dirk bajó lentamente las palmas. Las dejó caer a los costados y cerró los puños en silencio. Jaan Vikary miraba el suelo con pesadumbre, pero Janacek no había perdido el buen humor.

—Dirk t'Larien ignora las costumbres duelísticas —explicó a los Braith—. Esas costumbres no existen en Avalon. ¿Puedo darle las instrucciones?

Bretan Braith asintió con ese torpe encogimiento de hombros que a Dirk le había llamado la atención en el estacionamiento. Chell ni siquiera parecía oír lo que decían; seguía murmurando y mirando a Vikary con ojos furibundos.

—Deben hacerse cuatro elecciones, t'Larien —le dijo Janacek a Dirk—. Como el desafiado es usted, le corresponde la primera. Elija las armas. Le recomiendo espadas.

—Espadas —dijo Dirk sin convicción.

—Me corresponde la elección de modo, y elijo el cuadrado de la muerte —rugió Bretan.

Janacek asintió.

—Le corresponde también la tercera elección, t'Larien. Como usted no tiene *teyn*, no hay dudas en cuanto al número; se batirán individualmente. Puede decir eso, o bien elegir el lugar.

—¿La Vieja Tierra? —preguntó Dirk, esperanzado.

Janacek hizo una mueca.

—No. Me temo que sólo este mundo. Toda otra elección es ilegal.

Dirk se encogió de hombros.

—Aquí, entonces.

—Yo elegiré el número —dijo Bretan; la oscuridad ya era completa, y sólo las dispersas estrellas de los mundos exteriores iluminaban el cielo negro—. Nos batiremos individualmente, como corresponde.

Los ojos del Braith centelleaban, y un extraño reflejo le humedecía las cicatrices.

—Todo arreglado, entonces —dijo Janacek—. Los dos deben convenir ahora en la elección de un arbitro, y luego...

Jaan Vikary irguió la cabeza. La cara, iluminada sólo por el resplandor pálido de las piedravivas, parecía borrosa y sombría, pero la mandíbula hinchada formaba una silueta extraña.

—Chell —dijo con voz calma, en un tono deliberadamente inexpresivo.

—Sí —replicó el anciano Braith.

—Crear en Cuasi-hombres es una necedad —le dijo Vikary—. Sólo los necios creen en ellos.

Dirk seguía de frente a Bretan Braith mientras Vikary hablaba; vio contraerse varias veces su máscara cicatricial.

Bretan se volvió con brusquedad y trató de gritar, pero la voz no le daba, ahogada

en medio de convulsas y airadas exclamaciones. Chell habló en cambio como si estuviera en trance:

—Lo tomo como un insulto, Jaantony alto-Jadehierro, falso kavalár, Cuasi-hombre. Te desafío.

—Está dentro del código —repuso Vikary sin demasiado entusiasmo ante la histeria de Bretan—. Aunque tal vez, si Bretan Braith pasara por alto la insignificante trasgresión de un forastero ignorante, es posible que yo le pidiera perdón a Chell fre-Braith.

—No —dijo sombríamente Janacek—. No es honroso disculparse.

—No —repitió Bretan; la cara deforme ahora sí que parecía un cráneo: el ojo de piedraviva destellaba y la mejilla palpitaba de furia—. Ya he sido bastante tolerante contigo, falso kavalár. No estoy dispuesto a burlarme de la sabiduría de mi clan. Mi *teyn* tenía más razón que yo. En verdad, cometí un grave error al querer eludir un duelo contigo, embustero. Cuasi-hombre. Fue vergonzoso, pero ahora limpiaré mi honor. Te mataremos, Chell y yo. Os mataremos a los tres.

—Es posible —dijo Vikary—. Pronto lo sabremos.

—Y también a tu *perra-betheyn* —dijo Bretan, que no podía gritar pues la voz se le quebraba en el intento; hablaba como de costumbre, en un ronco susurro que ahora se le ahogaba en la garganta. Estaba fuera de sí—. Cuando hayamos terminado contigo, despertaremos a nuestros sabuesos y la perseguiremos a ella y al kimdissi por esos bosques que conocen tan bien.

—Me has desafiado —dijo Jaan Vikary dirigiéndose a Chell fre-Braith e ignorando los alardes de Bretan—. La primera de las cuatro elecciones me corresponde. Elegiré el número. Nos batiremos *teyn-y-teyn*.

—Yo elijo las armas —replicó Chell—. Elijo pistolas.

—Yo elijo el modo —dijo Vikary—. Elijo el cuadrado de la muerte.

—Por último, la elección del lugar —dijo Chell—. Que sea aquí mismo, entonces.

—El arbitro no tendrá que marcar más que un solo cuadrado —dijo Janacek, de los cinco hombres de la azotea, el único con ganas de sonreír—. Y todavía no ha sido elegido... ¿El mismo para ambos duelos?

—Bastará con un solo hombre —dijo Chell—. Sugiero a Lorimaar alto-Braith.

—No —dijo Janacek—. Ayer se nos presentó en altopleito. Kirak Acerorrojo Cavis.

—No —dijo Bretan—. Es un buen poeta, pero eso es todo lo que puedo decir de Kirak Acerorrojo.

—Hay dos hombres en Shanagato —dijo Janacek—. No recuerdo bien sus nombres.

—Preferiríamos un Braith —dijo Bretan, contrayendo la cara—. Un Braith sabrá

comportarse, respetará el código con dignidad.

Janacek miró de soslayo a Vikary, que se encogió de hombros.

—Convenido —dijo, encarando nuevamente a Bretan—. Un Braith, pues. Pyr Braith Oryan.

—No Pyr Braith —dijo Bretan.

—No eres fácil de complacer —dijo Janacek con sequedad—. Es uno de tus *kethi*.

—He tenido fricciones con Pyr Braith —dijo Bretan.

—Sería mejor un altoseñor —dijo Chell—. Un hombre sabio y respetable. Rosef Lant Banshi alto-Braith Kelcek.

—Convenido —dijo Janacek, encogiéndose de hombros.

—Hablaré con él —dijo Chell, con el asentimiento de los otros dos.

—Mañana, entonces —dijo Janacek.

—No hay más que hacer —dijo Chell.

Y mientras Dirk los observaba con un sentimiento de desorientación, fuera de lugar, los cuatro kavalares se despidieron. Notó con asombro que cada cual, antes de marcharse, besaba ligeramente en los labios a sus dos enemigos.

Y Bretan Braith Lantry, tuerto y cubierto de cicatrices, besó a Dirk con su boca deforme.

Después que se fueron los Braith, los otros bajaron. Vikary abrió la puerta del departamento y encendió las luces. Luego, callada y metódicamente, apiló leños en el hogar, tomando trozos de madera negra y retorcida de un gabinete oculto en una pared. Dirk se sentó en un extremo del diván con aire preocupado. Garse Janacek se sentó en el extremo opuesto, sonriendo vagamente, atusándose los pelos rojizos de la barba con aire distraído. Nadie hablaba.

El fuego empezó a crepitar, y cuando las llamas anaranjadas lamieron los leños con lenguas azules, Dirk sintió el repentino calor en la cara y las manos. Un aroma de cinamomo impregnó la habitación. Vikary se levantó.

Salió y volvió con tres copas de licor negras como la obsidiana. Traía una botella bajo el brazo. Le alcanzó una copa a Dirk y otra a Garse, depositó la tercera en una mesa y descorchó la botella con los dientes. Era vino muy rojo y acre. Vikary llenó las tres copas hasta el borde, y Dirk olió el aroma punzante del vino. Le quemaba las fosas nasales, pero era extrañamente agradable.

—Muy bien —dijo Vikary antes que nadie hubiera saboreado el vino; dejó la botella y alzó su copa—. Ahora voy a pedirles algo muy difícil para ambos. Voy a pedirles que los dos olviden por un tiempo las limitaciones de sus respectivas culturas y se comporten como nunca lo hicieron antes, de un modo extraño para cada uno. Garse, te pido por el bien de todos nosotros, que seas amigo de Dirk t'Larien. No hay palabra en kavalari antiguo que exprese esa relación, lo sé. Es una palabra innecesaria

en Alto Kavalaan, donde cada hombre tiene su clan y sus *kethi* y ante todo, su *teyn*. Pero estamos en Worlorn, y mañana nos batiremos a duelo. Tal vez no luchemos juntos, pero tenemos enemigos comunes. De modo que te pido como *teyn* que asumas el nombre y el vínculo de amigo con t'Larien.

—Me pides demasiado —repuso Janacek, sosteniendo el vino frente a la cara y observando cómo las llamas bailoteaban en el cristal negro—. Sabes que t'Larien nos ha espiado, y ahora acaba de provocar una disputa con Bretan Braith. Yo mismo estoy tentado de retarle a duelo por todo lo que ha hecho. Y tú, mi *teyn*, me pides en cambio que asuma el vínculo de amigo.

—Así es —dijo Vikary.

Janacek miró a Dirk, luego saboreó el vino.

—Eres mi *teyn*, Jaan —dijo al fin—. Tus deseos son los míos. ¿Qué obligaciones exige el vínculo de amigo?

—A un amigo debes tratarle como a un *keth* —dijo Vikary, y agregó volviéndose hacia Dirk—. Usted, t'Larien, nos ha acarreado un problema gravísimo, aunque no estoy seguro de que en verdad sea el responsable. También a usted le pido algo. Que por un tiempo sea hermano de clan de Garse Jadehierro Janacek.

Dirk no atinó a responder, pues Janacek se lo impidió.

—No puedes hacer eso. ¿Quién es este t'Larien? ¿Cómo puedes juzgarle digno de pertenecer a Jadehierro? Será desleal, Jaan. No respetará los vínculos, no defenderá el clan, no regresará con nosotros a la Congregación. Me opongo.

—Si t'Larien acepta, creo que respetará los vínculos durante un tiempo —dijo Vikary.

—¿Durante un tiempo? ¡Los *kethi* están unidos para siempre!

—Entonces esto será algo nuevo, una nueva especie de *keth*, un amigo por un tiempo.

—Es demasiado —dijo Janacek—. No puedo permitirlo.

—Garse —dijo Jaan Vikary—. Dirk t'Larien es ahora tu amigo. ¿O ya lo has olvidado? Haces mal en interponerte. Rompes el vínculo que acabas de aceptar. No actuarías así con un *keth*.

—A un *keth* no le ofrecerías ser *keth* —gruñó Janacek—. El vínculo existiría de antemano, así que nada de esto tiene sentido. Los vínculos del clan nada tienen que ver con t'Larien. El consejo te lo impugnaría, Jaan. Esto es totalmente irregular.

—El consejo de altoseñores está en Alto Kavalaan, y nosotros estamos en Worlorn —dijo Vikary—. Tú eres aquí la única voz de Jadehierro. ¿Lastimarás a tu amigo?

Janacek no respondió.

Vikary se volvió nuevamente hacia Dirk.

—¿Qué dice, t'Larien?

—No sé. Creo saber qué significa ser hermano de clan, y supongo que me honra tal designación, o como se diga. Pero hay obstáculos entre usted y yo, Jaan.

—Usted se refiere a Gwen —dijo Vikary—. Sin duda, ella es un obstáculo entre nosotros, Dirk. Pero le pido a usted que sea un hermano de clan de una índole nueva y peculiar. Sólo mientras esté en Worlorn, y sólo de Garse. No mío ni de ningún otro Jadehierro, ¿comprende?

—Sí, eso facilita las cosas —miró de soslayo a Janacek—. Pero también con Garse tengo problemas. Fue él quien trató de convertirme en una propiedad, y recién no se esforzó demasiado por atemperar los ánimos.

—No hice más que decir la verdad —dijo Janacek, pero Vikary lo contuvo con un gesto.

—Supongo que podría perdonarle todo eso —dijo Dirk—. Pero no lo de Gwen.

—Ese problema debemos resolverlo yo, usted y Gwen Delvano —dijo Vikary sin alterarse—. A Garse no le incumbe en absoluto, aunque él haya dicho lo contrario.

—Ella es mi *cro-betheyn* —protestó Garse—. Tengo derecho a intervenir, como también obligaciones...

—Me refiero a lo de anoche —siguió Dirk—. Estaba frente a la puerta y oí. Janacek golpeó a Gwen, y desde entonces ustedes dos la mantienen lejos de mí.

Vikary sonrió.

—¿La golpeó?

—Lo oí —afirmó Dirk.

—Usted oyó una discusión y un golpe, eso no lo pongo en duda —dijo Vikary, y agregó tocándose la mandíbula hinchada—: ¿De dónde cree que salió *esto*?

Dirk se quedó mirándole, y de pronto se sintió totalmente confundido.

—Yo... No sé... Los niños parásitos...

—Garse me golpeó a mí, no a Gwen —dijo Vikary.

—Y lo haría otra vez —añadió Janacek con aspereza.

—Pero entonces, ¿qué pasó? ¿Anoche? ¿Esta mañana? —preguntó Dirk.

Janacek se levantó, dio unos pasos y se plantó delante de Dirk.

—Amigo Dirk —dijo con un tono ligeramente irónico—, esta mañana le dije la verdad. Gwen salió a trabajar con Arkin Ruark. El kimdissi ayer estuvo llamándola todo el día. Estaba frenético. Me dijo que una columna de escarabajos acorazados había empezado a emigrar sin duda debido a la intensificación del frío. Se dice que el fenómeno es rarísimo, aun en Eshellin. En Worlorn, desde luego, un acontecimiento así es único e irreproducible, y Ruark pensó que había que estudiarlo de inmediato. ¿Comprende ahora, amigo t'Larien?

—Bueno, ella me habría avisado —dijo Dirk.

Janacek volvió a sentarse, la cara angulosa torcida en un gesto de desprecio.

—Mi amigo me llama mentiroso —dijo.

—Garse dice la verdad —intervino Vikary—. Gwen avisó que le dejaría a usted una nota o una cinta grabada. Tal vez en medio de los preparativos se olvidó. Suele suceder. El trabajo la absorbe muchísimo, Dirk. Es una buena ecóloga.

Dirk se volvió hacia Garse Janacek.

—Un momento —dijo—. Esta mañana usted afirmó que me impedía verla. Lo admitió.

—¿Es cierto, Garse? —preguntó Vikary, asombrado.

—Sí —admitió Janacek a regañadientes—. Mi amigo t'Larien subió e insistió hasta que logró entrar aquí valiéndose de un pretexto obviamente falso. Más aún, era evidente que quería creer que Gwen era cautiva de los crueles de Jadehierro. Me pareció que era el único argumento capaz de convencerle —sorbió cautelosamente el vino.

—No fue prudente de tu parte, Garse —dijo Vikary.

—Una mentira por otra —replicó Janacek con aire satisfecho.

—No te comportas como un buen amigo.

—Haré lo posible por mejorar.

—Me alegra oírlo. Ahora bien, t'Larien, ¿acepta ser *keth* de Garse?

—Pues, sí —dijo después de pensar un largo rato.

—Bebamos entonces —dijo Vikary.

Los tres hombres levantaron simultáneamente las copas (la de Janacek ya estaba medio vacía), y bebieron. El vino, picante y algo amargo, no era el mejor que Dirk había probado. Pero no estaba mal.

Janacek vació la copa y se levantó.

—Tenemos que hablar de los duelos.

—Sí —dijo Vikary—. Este ha sido un día nefasto. Ninguno de los dos demostró prudencia.

Janacek se reclinó sobre la repisa, bajo una de las gárgolas.

—El más imprudente fuiste tú, Jaan. Compréndeme, no temo batirme a duelo con Bretan Braith y Chell Brazos-Vacíos. Pero no era necesario. Tú provocaste deliberadamente la situación. El Braith tenía que retarte después de lo que dijiste. De lo contrario, hasta su propio *teyn* le habría escupido en la cara.

—Las cosas no salieron como esperaba —dijo Vikary—. Pensé que Bretan tal vez nos temía y desistiría de su duelo con t'Larien para no tener que enfrentarnos. Pero no lo hizo.

—No, desde luego que no. No me cabía la menor duda. Lo presionaste demasiado con tu intervención.

—Está dentro del código.

—Tal vez. Pero Bretan tenía razón; habría sido una gran vergüenza para él ignorar la trasgresión de t'Larien por temor a ti.

—No —dijo Vikary—. Ahí es donde se equivocan tú y todos los demás. Eludir un duelo no es vergonzoso. Si queremos alcanzar nuestro destino, debemos aprender esa lección. Aunque en cierto sentido tienes razón. Considerando quién y qué es, no podía responderme de otra manera. Cometí un error.

—Un error muy serio —dijo Janacek; una sonrisa le partió la barba roja—. Habría sido mejor que t'Larien se batiera. Me cercioré de que lucharan con espadas, ¿verdad? El Braith no le habría matado por una ofensa tan insignificante. Un hombre como Dirk, en fin, no habría sido ningún honor. Un solo tajo, diría yo. Un tajo le vendría bien a t'Larien; le daría una lección, le evitaría nuevos errores. Un pequeño tajo le infundiría más carácter a su rostro —se volvió hacia Dirk—. Ahora, por supuesto, Bretan Braith le matará.

Hizo este último comentario como al pasar, siempre sonriendo. Dirk trató de no atragantarse con el vino.

—¿Qué?

Janacek se encogió de hombros.

—A usted le desafiaron primero y tendrá que batirse antes, así es que descarte la esperanza de que Jaan y yo les matemos antes que Bretan se enfrente con usted. Él es tan célebre por su destreza como duelista como por la cara tan seductora que tiene. En verdad, es notable. Supongo que vino aquí a cazar Cuasi-hombres con Chell, pero en realidad no es muy buen cazador. Se siente más cómodo en el cuadrado de la muerte que en la selva, según lo que oí decir. Hasta sus propios *kethi* le encuentran difícil de tratar. Además de ser feo, tomó por *teyn* a Chell fre-Braith. Chell fue en su tiempo un altoseñor muy honorable y poderoso. Su *betheyn* y su primer *teyn* murieron. Hoy es un viejo chocho y supersticioso, con poco cerebro y mucha fortuna. Se rumorea que es por esa fortuna que Bretan Braith usa el hierro-y-fuego de Chell. Claro que nadie se lo dice a Bretan abiertamente; tiene fama de ser muy susceptible. Y ahora Jaan también lo ha irritado un poco, y tal vez está algo asustado. Con usted no tendrá piedad. Espero que usted logre herirlo un poco antes de morir. Así nos facilitaría las cosas en el duelo siguiente.

Dirk se acordaba de la confianza que había sentido en la azotea; había tenido la plena seguridad de que ninguno de los dos Braith era un peligro real. Los comprendía; les tenía compasión. Pero ahora empezaba a tener compasión de sí mismo.

—¿Es verdad? —le preguntó a Vikary.

—Garse bromea y exagera —dijo Vikary—, pero el peligro existe. Sin duda, Bretan tratará de matarle, si usted se lo permite. Pero no es inevitable. Las normas impuestas por esas armas y ese modo son muy simples; el arbitro trazará con tiza un cuadrado en la calle, de cinco metros por cinco, y usted y su adversario partirán de ángulos opuestos. A una palabra del arbitro cada uno avanzará hacia el centro espada

en mano, y al encontrarse, pelearán. Para satisfacer los requerimientos del honor, cada cual debe recibir y asestar un golpe. Yo le aconsejaría que trate de herirlo en el pie o en la pierna, para dar a entender que no desea un verdadero duelo a muerte. Luego, después de recibir la primera estocada, si puede, trate de detenerla con la espada, puede caminar hacia el perímetro del cuadrado. No corra. Correr no es honorable y en ese caso el arbitro decretará que el duelo fue victoria de muerte para Bretan, y entonces los Braith le matarán. Debe caminar con calma. Una vez que cruce la línea del perímetro estará a salvo.

—Para estar a salvo tendrá que llegar a la línea —dijo Janacek—. Bretan le matará antes.

—Una vez que yo haya dado mi estocada y recibido la que me corresponde, ¿puedo arrojar el arma y marcharme? —preguntó Dirk.

—En ese caso Bretan le matará con una expresión de asombro en la cara, o lo que quede de ella —dijo Janacek.

—Yo no haría eso —advirtió Vikary.

—Las sugerencias de Jaan son descabelladas —dijo Janacek, retrocedió lentamente hacia el diván, tomó la copa y se sirvió más vino—. Conserve la espada y luce. Y tenga en cuenta que el hombre es ciego de un lado. ¡Sin duda que allí es vulnerable! Fíjese en cómo le cuesta ladear o inclinar la cabeza.

Dirk tenía la copa vacía. La tendió y Janacek se la llenó de vino.

—¿Y ustedes, cómo lucharán? —preguntó Dirk.

—Las normas son diferentes en nuestro caso —dijo Vikary—. Cada uno de los cuatro ocupará un ángulo del cuadrado de la muerte, con láseres de duelo u otro tipo de pistola. No podemos movernos, salvo para retroceder y ponernos a salvo fuera del cuadrado. Y eso no está permitido hasta que cada uno de los duelistas haya hecho un disparo. Después se puede elegir; los que se quedan adentro, si aún se mantienen en pie, pueden seguir disparando. Este modo puede ser inofensivo o mortal, según el ánimo de los participantes.

—Mañana será mortal —prometió Janacek, y bebió otra vez más.

—Preferiría lo contrario —dijo Vikary meneando la cabeza consternadamente—, pero temo que tengas razón. Los Braith están demasiado furiosos con nosotros para disparar al aire.

—Sin duda —dijo Janacek con un gesto burlón—. Se tomaron muy a pecho el insulto. Chell Brazos-Vacíos, por lo menos, no lo olvidará.

—¿No se puede disparar a herir? —sugirió Dirk—. ¿Desarmarlos?

Habló espontáneamente, pero le resultó extraño oírse a sí mismo. La situación era totalmente ajena a su experiencia, y sin embargo se sorprendió aceptándola, extrañamente satisfecho de la compañía de los dos kavalares, del vino y de esa charla acerca de muertes y mutilaciones. Tal vez ser uno de los *kethi* significaba algo; y por

eso sería que estaba recobrando los ánimos. Se sentía calmo y a sus anchas.

Vikary parecía preocupado.

—¿Herirlos? También lo preferiría, pero no es posible. Los cazadores ahora nos temen. Ese temor hace que no toquen a los *korariel* de Jadehierro. Salvamos vidas. Ya no será posible, si mañana somos blandos con los Braith. Los otros quizá no se abstengan de cazar si piensan que a lo sumo se arriesgan a una herida sin importancia. No, lamentablemente creo que si podemos, tenemos que matar a Chell y a Bretan.

—Podemos —dijo confiadamente Janacek—. Además, amigo t'Larien, herir a un enemigo en duelo no es tan fácil ni aconsejable, como usted podrá pensar. En cuanto a desarmarlos... en fin, es virtualmente imposible. Luchamos con pistolas láser, amigo. No con armas de guerra. Esas pistolas hacen fuego en pulsaciones de medio segundo, y tardan quince segundos en recargarse, ¿comprende? El hombre que se apresura a disparar o se busca dificultades innecesarias, el hombre que dispara para desarmar al contrincante..., es hombre muerto. Se puede errar, aún a cinco metros, y el adversario podrá matarlo antes que el láser de usted esté listo para un segundo disparo.

—¿Entonces es imposible? —preguntó Dirk.

—Muchos duelistas sólo resultan heridos —le dijo Vikary—. En realidad, son muchos más los que mueren. Aunque en más de un caso no sea esa la intención. A veces sí. Cuando un hombre dispara al aire y su enemigo decide castigarlo, puede infligirle heridas horribles. Pero no sucede con frecuencia.

—Podríamos herir a Chell —dijo Janacek—. Es viejo y lento, no apuntará con rapidez. Pero con Bretan Braith las cosas cambian. Se cuenta que ya ha matado a seis adversarios...

—Yo me encargo de él —dijo Vikary—. Procura dejar a Chell fuera de combate, Garse. Con eso será suficiente.

—Quizá —dijo Janacek, y luego agregó dirigiéndose a Dirk—. Si usted pudiera herir a Bretan sólo un poco, t'Larien. En la mano o en el hombro... Apenas un tajo, pero que le duela y le quite velocidad... Eso cambiaría las cosas —sonrió.

A pesar suyo, Dirk advirtió que le devolvía la sonrisa.

—Puedo intentarlo —dijo—. Pero recuerden que sé muy poco de duelos, y menos aún de espadas, y mi primera preocupación será salvar el pellejo.

—No se ilusione con lo imposible —dijo Janacek, sin dejar de sonreír—. Trate de herir todo lo que pueda.

Se abrió la puerta. Dirk se volvió y Janacek guardó silencio. Gwen Delvano estaba de pie en el umbral, la cara y las ropas estriadas de polvo. Gwen los miró uno por uno con incertidumbre, luego entró lentamente en la habitación. Llevaba un sensor echado sobre el hombro. La seguía Arkin Ruark, con dos pesadas cajas de

instrumentos bajo los brazos. Vestía pantalones, chaqueta y capuchón verdes de tela gruesa. Sudaba y jadeaba, y parecía menos bufonesco que de costumbre.

Gwen depositó el sensor en el suelo con suavidad, pero sin soltar la correa.

—¿Herir? —preguntó—, ¿De qué están hablando? ¿Quién va a herir a quién?

—Gwen... —empezó Dirk.

—No —interrumpió Janacek, endureciéndose—. Que salga el kimdissi.

Ruark miró alrededor, pálido y asombrado. Se quitó el capuchón y se secó la frente.

—Tonterías, Garsey —dijo—. ¿Qué es? ¿Un gran secreto kavalár? ¿Una guerra, un duelo, una cacería...? Algún acto de violencia, ¿verdad? No voy a ser yo quien se entrometa, claro que no. Conversen con toda la tranquilidad del mundo —retrocedió hacia la puerta.

—Ruark. Espere —dijo Jaan Vikary.

El kimdissi se detuvo. Vikary encaró a su *teyn*.

—Tenemos que decirle. Si nos derrotan...

—¡No nos derrotarán!

—Si nos derrotan, prometieron darles caza. Garse, el kimdissi está involucrado en esto; hay que decírselo.

—¿Sabes lo que ocurrirá? En Tóber, en Lobo, en Eshe-Uin, en todo el Confín..., él y los suyos nos difamarán, y todos los kavalares serán como los Braith. Así se conducen estos intrigantes, estos Cuasi-hombres —Janacek ahora hablaba con toda seriedad, sin hacer gala de su característico humor despiadado con el que había acosado a Dirk.

—La vida de él está en juego, y la de Gwen —insistió Vikary—. Hay que decírselo.

—¿Todo?

—Se acabaron las adivinanzas.

Ruark y Gwen hablaron al unísono.

—Jaan..., ¿qué...?

—¿Adivinanzas, vida, cacería..., de qué cuernos está hablando? ¡Dígame!

Jaan Vikary se volvió para decirle.

Capítulo 7

—Dirk, Dirk... No puede ser que esté hablando en serio. Me niego a creerlo. Desde que le conozco he pensado..., bueno, que usted era mejor que ellos. ¡Y ahora me sale con esto! No..., estoy soñando. ¡Es una locura! —Ruark se había recobrado un poco. Enfundado en una larga bata de seda sintética verde, con lechuzas bordadas, ahora se parecía más a sí mismo, aunque en medio del caos del taller lucía totalmente fuera de lugar. Estaba sentado en un taburete alto, de espaldas a las oscuras pantallas rectangulares de la consola del computador. Tenía los pies cruzados, calzados con pantuflas, a la altura de los tobillos. Sus manos rollizas sostenían una copa de vino verde de Kimdiss. La botella estaba detrás de él, al lado de dos copas vacías.

Dirk estaba sentado en una ancha mesa de plástico, acodado en un sensor, las piernas dobladas. Había corrido el sensor a un costado y una pila de diapositivas al otro para hacerse lugar. El cuarto estaba completamente desordenado.

—No veo dónde está la locura —dijo tercamente, mientras hablaba, miraba de un lado al otro.

Era la primera vez que veía el taller. Era casi del mismo tamaño que la sala de los kavalares, pero parecía mucho más pequeño. Contra una pared había una hilera de computadoras pequeñas. Enfrente, un enorme mapa multicolor de Worlorn, plagado de alfileres y señales. En el medio estaban las tres mesas de trabajo; aquí era donde Gwen y Ruark organizaban los conocimientos fragmentarios adquiridos en las selvas del agonizante mundo del Festival, aunque a Dirk el sitio le parecía un cuartel militar.

Aún no atinaba a comprender por qué estaban allí. Después de la extensa explicación de Vikary y una agresiva discusión entre Ruark y los dos kavalares, el kimdissi había bajado a su departamento llevándose consigo a Dirk. El momento no había parecido oportuno para hablar con Gwen. Pero en cuanto Ruark se cambió de ropas y se tranquilizó con un sorbo de vino, insistió para que Dirk le acompañara arriba, al taller. Trajo tres copas, pero Ruark era el único que bebía. Dirk aún recordaba la última vez, y tenía que conservarse lúcido para pensar en su situación. Además, si la mezcla de los vinos kimdissi y kavalares producía resultados análogos al del contacto del kimdissi con los kavalares, beber uno después del otro equivaldría a un suicidio.

—La locura es que usted se bata a duelo con un kavalare —dijo Ruark después de otro sorbo del licor verde—. ¡Le juro que no puedo creerle a mis oídos! Jaantony..., bueno. Garsey, naturalmente. Y más aún esos Braith. Son gente violenta, animales xenófobos. ¡Pero usted! Dirk, usted, un hombre de Avalon, no puede rebajarse a tanto. Piénselo. Se lo suplico. Sí, se lo suplico, por mí, por Gwen, por usted mismo. ¿Cómo puede tomar en serio esa decisión? Dígame, debo saberlo... ¡De Avalon! Usted creció a la par que la Academia del Conocimiento Humano, sí, con el Instituto

de Avalon para el estudio de la inteligencia No-Humana, también. El mundo de Tomás Chung, la base de operaciones del Proyecto Kleronomas. Usted ha vivido rodeado de historia y conocimientos que no se conservan en ninguna parte salvo quizás en la Vieja Tierra o Nueva Ínsula. Usted ha viajado, es un hombre culto que ha visto diversos mundos y muchos pueblos diferentes. ¡Sí, usted tiene discernimiento! ¿O no? ¡Sí!

Dirk frunció el ceño.

—Arkin, usted no comprende. Yo no busqué la pelea. Es una especie de malentendido. Traté de disculparme, pero Bretan no quiso escuchar razones. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

—¿Hacer? Caramba, ¡marcharse, por supuesto! Llévase a la dulce Gwen y márchese; váyase de Worlorn en cuanto pueda. Ella le pertenece, Dirk. Y usted lo sabe. Ella lo necesita, sí, y nadie más que usted puede ayudarle. ¿Y cómo quiere ayudarle? ¿Portándose tan mal como Jaan? ¿Haciéndose matar? ¿Eh? Dígame, Dirk. Dígame.

Todo volvía a ser confuso. Mientras bebía con Janacek y Vikary, la situación parecía totalmente clara y fácil de aceptar. Pero ahora Ruark afirmaba precisamente lo contrario.

—No sé —repuso Dirk—. Es decir, rechacé la protección de Jaan, así es que debo protegerme por mi cuenta, ¿no es verdad? ¿Quién más es responsable? Ya he hecho las elecciones, todo. El duelo está fijado y no puedo echarme atrás.

—¡Claro que puede! —dijo Ruark—. ¿Quién podría impedirselo? ¿Con qué derecho, eh? En Worlorn no hay ninguna ley. Ninguna, ¡de veras! ¿Cómo se las arreglarían para cazarnos esas bestias, si hubiera una ley? Pero no, no la hay. Y todo el mundo tiene problemas. Pero no hay obligación de batirse a duelo si uno no quiere...

La puerta se abrió con un chasquido, y al volverse Dirk se encontró con Gwen. Entornó los ojos, mientras los de Ruark se animaban de súbito.

—Ah, Gwen —dijo el kimdissi—, ven aquí; convence a t'Larien. Este necio pretende batirse a duelo, de veras, como si fuera el mismo Garsey.

Gwen entró y se quedó de pie entre ambos. Vestía pantalones tornasolados (ahora gris oscuro), y un jersey negro, y llevaba el cabello anudado con un pañuelo verde. La cara recién lavada lucía una expresión adusta.

—Bajé con el pretexto de verificar ciertos datos —dijo, relamiéndose nerviosamente los labios—. No sé qué decir. Le pregunté a Garse acerca de Bretan Braith Lantry. Dirk, es muy probable que él te liquide.

Las palabras de Gwen le dejaron helado. Dichas por ella, sonaban diferente.

—Lo sé —dijo—. Eso no cambia las cosas, Gwen. Es decir, si sólo me interesara no correr riesgos, podría ser *korariel* de Jadehierro, ¿verdad?

—De acuerdo —convino ella—. Pero te negaste. ¿Por qué?

—¿Qué me dijiste en el bosque? ¿Y más tarde, otra vez? Acerca de los nombres... No quería ser propiedad de nadie, Gwen. No soy *korariel* —la miró; a Gwen se le ensombreció la cara, echó una fugaz mirada al jade-y-plata.

—Comprendo —dijo ella con un hilo de voz.

—Yo no —barbotó Ruark—. Sea *korariel* si es necesario. ¿Qué hay con eso? ¡Es sólo una palabra! Pero conservará la vida, ¿eh?

Gwen observó al kimdissi sentado en el taburete. Enfundado en la bata verde, aferrando la copa y tosiendo, tenía un aire de vaga comicidad.

—No, Arkin —dijo Gwen—. Ese fue mi error. Pensé que *betheyn* era sólo una palabra.

El kimdissi se sonrojó.

—¡Muy bien, de acuerdo! De modo que Dirk no es *korariel*, bien. No es propiedad de nadie. Eso no significa que deba batirse, desde luego que no. El código de honor kavalar es una insensatez, una flagrante demostración de imbecilidad. ¿Qué? ¿Usted está obligado a ser imbécil, Dirk? ¿A morir como un imbécil?

—No —dijo Dirk—. Tengo que hacerlo, es todo. Es lo que corresponde.

Las palabras de Ruark le molestaban. Tampoco él creía en el código de Alto Kavalaan. ¿Por qué, entonces, le molestaban? Estaba lejos de saberlo. Como demostración de algo, pensó. Pero ignoraba qué, ni a quién.

—¡Palabras! —estalló Ruark.

—Dirk, no quiero que te maten —dijo Gwen—. Por favor..., no resistiría un trago tan amargo.

El regordete Ruark lanzó una risita amable.

—No. Le disuadiremos, ¿verdad? —sorbió vino—. Escúcheme Dirk, al menos escúcheme.

Dirk accedió a regañadientes.

—Bien. Primero, responda a esto: ¿cree usted en el duelo de honor como institución social, o como norma moral? Contésteme con franqueza.

—No —dijo Dirk—. Pero tampoco creo que Jaan crea en él, a juzgar por algunos comentarios. No obstante, se bate cuando no le queda más remedio. De lo contrario, sería un cobarde.

—No. Nadie piensa que usted sea un cobarde, ni él tampoco. Jaantony puede ser kavalar, con todo lo malo que eso significa. Pero ni siquiera yo lo tildo de cobarde. Hay diferentes clases de valor, ¿no? Si esta torre se incendiara, tal vez usted arriesgaría la vida para salvar a Gwen, posiblemente a mí, y también a Garse, quizá..., ¿no es cierto?

—Creo que sí —dijo Dirk.

Ruark asintió con la cabeza.

—¿Ve? Usted es un hombre valiente. No necesita suicidarse para demostrarlo.

Gwen aprobó las palabras de Ruark.

—Recuerda lo que me dijiste esa noche en Kryne Lamiya, Dirk. Acerca de la vida y la muerte. Después de eso no puedes matarte porque sí, ¿no te parece?

—Cuernos, no se trata de un suicidio.

Ruark rió.

—¿No? Es lo mismo. O algo muy parecido. ¿Piensa usted acaso que derrotará a Bretan?

—Bueno, no. Pero...

—Si a él se le cayera la espada porque los dedos le transpiran o por cualquier otra causa, ¿lo mataría usted?

—No —dijo Dirk—. Yo...

—Eso estaría mal, ¿verdad? ¡Sí, claro que sí! Bueno, dejar que él lo mate a usted está igualmente mal. O darle la oportunidad. Es una idiotez. Además, usted no es kavalár, así es que ni me mencione a Jaantony. Por digno que sea, él es capaz de matar. Usted es diferente, Dirk. Y él tiene una excusa para luchar, una causa, el afán de transformar a su pueblo. Tiene un gran complejo mesiánico. Pero en fin, no nos burlemos de él. Usted Dirk, en cambio, no. ¿O sí?

—Creo que no. Pero maldito sea, Ruark, él hace lo correcto. Usted no se veía tan suelto de cuerpo cuando él le contó cómo los Braith le habrían dado caza si Jadehierro no lo protegiera.

—No, claro que no me cayó nada de bien. Para qué mentir. Pero eso no cambia las cosas. Tal vez soy *korariel*, tal vez los Braith son peores que los Jadehierro, tal vez Jaan recurre a la violencia para impedir una violencia peor. ¿Le da eso la razón, tal vez? Ah, no sabría decirlo. ¡Una opción moral muy difícil, sin duda! Es posible que los duelos de Jaan sirvan a un propósito, sí; para su pueblo, para nosotros. Pero el duelo de usted es una locura, no sirve de nada, sólo para que lo maten. Y Gwen permanecerá con Jaan y con Garsey para siempre, hasta que quizá pierdan algún duelo. Para ella no será nada agradable...

Ruark se calló y terminó el vino, luego giró sobre el taburete para servirse otra copa. Dirk estaba muy tieso, sintiendo la mirada ansiosa que Gwen le clavaba en los ojos. La cabeza le palpitaba. Ruark lo trastocaba todo, pensó de nuevo. Tenía que hacer lo que correspondía, pero no sabía qué. De pronto, toda su resolución se había evaporado. Un silencio espeso flotaba en el taller.

—No esquivaré el bulto —dijo finalmente Dirk—. De ningún modo. Pero tampoco me batiré. Iré a comunicarles mi decisión. Me negaré a pelear.

El kimdissi agitó el vino y rió.

—Bien. Esa actitud refleja cierta valentía moral. Sin duda. Jesucristo y Sócrates y Erika Stormjones, y ahora Dirk t'Larien: grandes mártires de la historia. Sí. Tal vez el

poeta de Acerorrojo le dedique a usted algunos versos.

Gwen le respondió con más seriedad.

—Estos son Braith, Dirk. Altoseñores de Braith de la vieja escuela. En Alto Kavalaan tal vez nunca te retarían a duelo pues los consejos de altoseñores reconocen que los extranjeros no adhieren al mismo código. Pero aquí es diferente. El arbitro se pronunciará en tu contra, y Bretan Braith y sus hermanos de clan te matarán o te cazarán. A ojos de ellos, si te rehúsas a luchar, te conviertes en Cuasi-hombre.

—No puedo huir —insistió Dirk; de pronto, no tenía más argumentos, sólo le quedaba una emoción oscura, la resolución de afrontar de algún modo las circunstancias.

—Usted se empeña en renunciar a su cordura. De veras. No es cobardía, Dirk. Es la elección más valiente, piénselo así; arriesgarse a que le desprecien por huir. Aun así no faltarán riesgos. Tal vez lo persigan... Bretan Braith, si vive. O los otros, en caso contrario. Pero usted vivirá, y así quizá los eluda y ayude a Gwen.

—No puedo —dijo Dirk—. Se lo he prometido a Jaan y a Garse.

—¿...que les ha prometido? ¿Qué? ¿Que moriría?

—No. Sí. Es decir, Jaan me hizo prometer que sería el hermano de Janacek. Ellos no estarían en este enredo si Vikary no hubiera intentado mejorar de algún modo mi situación.

—...después de que Garse hiciera todo lo posible por empeorarla —dijo Gwen con amargura; Dirk se sobresaltó al percibir que esa voz calma era repentinamente insidiosa.

—Podrían morir mañana, también —dijo Dirk, con incertidumbre—. Y yo seré el responsable. Pero tú me pides que les abandone...

Gwen se le acercó y levantó las manos. Le rozó ligeramente las mejillas con los dedos para apartarle el pelo de la cara, y lo miró fijamente con sus ojos verdes. De pronto él recordó otras promesas; la joya susurrante. Y momentos del pasado que se agolpaban en su memoria; el mundo giraba, el bien y el mal se confundían irremediabilmente.

—Dirk, escúchame —dijo lentamente Gwen—. Jaan se ha batido en seis duelos por mi causa. Garse, que ni siquiera me ama, ha participado en cuatro. Han matado por mí, por mi orgullo, por mi honor. Yo no pedí que lo hicieran, así como tú, que no les pediste protección. Luchaban por el concepto de honor que tienen *ellos*, no yo. Aun así, esos duelos significaban tanto para mí como éste para ti. Y pese a todo, me pediste que les dejara, que regresara a ti y que volviera a amarte...

—Sí —dijo Dirk—. Pero, no sé... Siempre he dejado una estela de promesas sin cumplir —la voz se le sofocó—. Jaan me nombró *keth*.

—Si le nombrara *cena* —gruñó Ruark—, ¿se metería usted de un salto dentro del horno?

Gwen meneó la cabeza tristemente.

—¿Qué sientes? ¿Un deber? ¿Una obligación?

—Supongo que sí —dijo Dirk, no muy convencido.

—Entonces, tú mismo acabas de responder por mí, Dirk. Me has dado la respuesta que yo debía darte a ti. Si te sientes tan obligado a cumplir los deberes de un *keth* de duración limitada, un vínculo que ni siquiera tiene vigencia en Alto Kavalaan, ¿cómo puedes pedirme que deje de lado el jade-y-plata? *Betheyn* significa más que *keth*.

Le quitó las manos de la cara y retrocedió.

Dirk estiró su brazo con brusquedad y apresó a Gwen por la muñeca. La muñeca izquierda. Cerró el puño sobre el metal frío y el jade pulido.

—No —dijo.

Gwen guardó silencio. Esperó.

Para Dirk, Ruark había dejado de existir. El taller se había evaporado en las sombras. Sólo estaba Gwen, mirándole con esos enormes ojos verdes llenos de... ¿qué? ¿De promesas? ¿De amenazas, sueños perdidos? Ella esperó en silencio mientras él tropezaba con las palabras, sin saber qué decir; sentía en la mano el jade-y-plata. Recordaba:

Lágrimas rojas llenas de amor, envueltas en plata y terciopelo, una llama intensa y gélida.

La cara de Jaan: pómulos altos, la mandíbula lisa y cuadrada, el pelo negro y ralo, la sonrisa benigna. La voz, templada como el acero, siempre imperturbable: *Pero existo*.

Las torres blancas y espectrales de Kryne Lamiya gimiendo, burlándose, cantando a la desesperación mientras un tambor distante redoblaba monótonamente. Y en medio de todo, la firmeza y la decisión. Frente a ese canto él había sabido responder de inmediato.

La cara de Garse Janacek, distante (los ojos de humo azul, la cabeza rígida, la boca severa), hostil (la mirada glacial, la eterna sonrisa socarrona bajo la barba), lleno de un humor amargo (los ojos saltones, los dientes expuestos en lo que parecía la mueca de la misma muerte).

Bretan Braith Lantry; un tic y un ojo de piedraviva. Una figura temible y digna de compasión. Un beso frío y espantoso.

Vino rojo en copas de obsidiana, vapores que irritaban los ojos, una sala con olor a cinamomo y una extraña camaradería.

Palabras. *Un hermano de clan de una nueva especie*, había dicho Jaan.

Palabras. *Será desleal*, prometió Garse. La cara de Gwen, una Gwen más joven, más espigada, de ojos más grandes. La risa de Gwen. El llanto de Gwen. El orgasmo de Gwen. Abrazándole, los senos rojos y encendidos, el cuerpo tenso. Gwen

susurrándole: *Te amo, te amo*. ¡Jenny!

Una sombra negra y solitaria arrastrando una barcaza aguas abajo, en un canal oscuro e interminable. Recuerdos.

Aferraba temblorosamente la muñeca de Gwen.

—Si no me bato a duelo —dijo al fin—, ¿dejarás a Jaan? ¿Y vendrás conmigo?

—Sí —dijo ella con dolorosa lentitud, acompañando la afirmación con un pesado cabeceo—. Estuve pensándolo todo el día, lo conversé con Arkin; con él planeamos traerte aquí, al taller, y que yo le diría a Jaan y a Garse que tenía que trabajar.

Dirk separó las piernas, y un intenso hormigueo se las recorrió mientras desaparecían la fatiga y el entumecimiento. Se levantó con aire resuelto.

—¿Entonces ibas a hacerlo, de todas maneras? ¿No es sólo a causa del duelo?

Ella afirmó con un movimiento de cabeza.

—Entonces iré —resolvió Dirk—. ¿Cuándo podremos largarnos de Worlorn?

—Dos semanas y tres días —dijo Ruark—. Hasta entonces no hay ningún vuelo.

—Tendremos que ocultarnos —dijo Gwen—. Considerando las circunstancias, es lo único seguro. Esta tarde no había decidido aún si comunicárselo a Jaan o marcharme sin rodeos. Pensé que tal vez le hablaría y que luego, juntos, nos enfrentaríamos a él. Pero lo del duelo ya define las cosas. Ahora no te permitirían partir.

Ruark se bajó del taburete.

—Vayan entonces —les dijo—. Yo me quedaré aquí, vigilaré. Ustedes podrán llamarme, para que les dé las novedades. Para mí es bastante seguro, a menos que Garsey y Jaantony pierdan el duelo. En ese caso iría rápidamente a reunirme con ustedes, ¿eh?

Dirk tomó las manos de Gwen.

—Te amo —le dijo—. Todavía te amo.

Ella sonrió gravemente.

—Me alegro, Dirk. Tal vez podamos recuperarlo todo. Pero ahora tenemos que darnos prisa, desaparecer por completo. De aquí en más, todos los kavalares son nuestros enemigos.

—De acuerdo —dijo él—. ¿Adonde?

—Baja a buscar tus cosas. Necesitarás buenos abrigo. Luego nos encontraremos en la azotea. Nos llevaremos el aeromóvil y decidiremos sobre la marcha.

Dirk asintió y la besó apresuradamente.

Volaban sobre los ríos oscuros y las ondulantes colinas del llano cuando las primeras luces del alba rasgaron el cielo, un fulgor carmesí hacia el este. Pronto se elevó el primer sol amarillo, y la oscuridad se transformó en una niebla gris que se evaporaba rápidamente. El coche con aletas de raya estaba abierto, como siempre. Gwen lo

conducía a máxima velocidad, de modo que el estruendo del viento les hacía imposible conversar. Mientras ella conducía, Dirk dormía a su lado, arrebujado en un gabán castaño que Ruark le había dado antes de la partida.

Cuando la brillante lanza de Desafío resplandeció en el horizonte, Gwen lo despertó tocándole el hombro suavemente. Dirk había tenido un sueño ligero y sobresaltado. De inmediato se enderezó y bostezó.

—Hemos llegado —comentó innecesariamente. Gwen no respondió. El aeromóvil perdió velocidad mientras la ciudad emereli aumentaba de tamaño. Dirk contempló el amanecer.

—Ya salieron dos soles —dijo—, y mira; casi se puede ver al Gordo Satanás. Supongo que ya sabrán que nos hemos ido —se imaginó a Vikary y Janacek esperándole con los Braith en el cuadrado de la muerte dibujado en la calle. Bretan se pasearía con impaciencia, sin duda. Luego emitiría ese ronquido tan peculiar; el ojo de piedra luciría frío y opaco en la mañana, un rescoldo muerto en la cara deforme. Tal vez Bretan ya haya muerto, o Jaan, o Garse Janacek. Dirk se sonrojó, vagamente avergonzado. Se acercó a Gwen y la rodeó con el brazo.

Desafío crecía ante ellos. Gwen guió el aeromóvil en un brusco ascenso a través de un banco de nubes deshilachadas. Las fauces negras de la pista de aterrizaje se iluminaron al acercarse el vehículo, y Dirk vio los números mientras Gwen descendía. El nivel 520, una pista vasta, inmaculada y desierta.

—Bienvenidos —dijo una voz familiar mientras la raya revoloteaba hasta tocar el suelo—. Soy la Voz de Desafío. ¿Puedo atenderles?

Gwen apagó el motor y salió de la cabina.

—Queremos ser residentes temporarios.

—La tarifa es muy razonable —dijo la Voz.

—Entonces, llévanos a un compartimiento.

Una pared se abrió para dar paso a un automóvil con neumáticos-balón. Salvo el color, era idéntico al que los había trasladado en la visita anterior. Gwen subió al coche y Dirk empezó a cargarlo con el equipaje que traían en el asiento trasero del aeromóvil: el sensor, tres maletas atiborradas de ropa, una mochila con todo el instrumental de campo de Gwen. Los dos aeropatines, junto con las botas de vuelo, estaban en el fondo de la pila. Pero Dirk los dejó en el aeromóvil.

El vehículo se puso en marcha y la Voz les informó sobre las diversas instalaciones disponibles. En Desafío había cuartos amoblados en mil estilos diferentes, para que los visitantes se sintieran en casa aunque prevaleciera la atmósfera de di-Emerel.

—Algo simple y barato —le dijo Dirk—. Cama matrimonial, cocina y ducha.

La Voz les condujo a un pequeño cubículo con paredes azul pastel, dos niveles más arriba. Tenía una cama matrimonial que ocupaba casi todo el cuarto, una

kitchenette empotrada y una enorme videopantalla de color que abarcaba las tres cuartas partes de una pared.

—Genuina suntuosidad emereli —dijo sarcásticamente Gwen en cuanto entraron; dejó en el suelo el sensor y las ropas, y se desplomó con alivio en la cama.

Dirk acomodó las maletas que traía detrás de un panel corredizo, y luego se sentó en el borde de la cama, al lado de los pies de Gwen. Miró la pantalla.

—Hay una amplia selección de videocintas disponibles para entretenerles —dijo la Voz—. Lamento informarles que toda la programación regular del Festival ha terminado.

—¿No desapareces nunca? —protestó Dirk.

—Las funciones monitoras básicas continúan permanentemente, para protección y salvaguardia de ustedes; pero si lo desean, mi función asistencial puede ser desactivada temporariamente en donde se alojan ustedes. Algunos residentes lo prefieren así.

—Yo entre ellos —dijo Dirk—. Desactívatelo.

—En caso de que cambie de idea o necesite algún servicio, basta con apretar el botón de la estrella en cualquier videopantalla cercana —dijo la Voz—. Así estaré nuevamente a sus órdenes —luego se calló.

Dirk aguardó un instante.

—¿Voz? —llamó. No hubo respuesta. Hizo un gesto de satisfacción y se puso a investigar la pantalla. Gwen ya se había dormido con la cabeza apoyada en las manos, acurrucada de costado.

Dirk no veía el momento de llamar a Ruark para enterarse de los resultados del duelo; quién había sobrevivido y quién no. Pero todavía no le parecía seguro. Algún kavalari tal vez acompañaba a Ruark en el departamento o el taller, y una llamada delataría su posición. Tendría que esperar. Antes de la partida, el kimdissi les había dado el número de llamada de un departamento desocupado dos pisos más arriba que el suyo, diciéndole a Dirk que llamara sólo después del anochecer. Si era seguro, él prometía estar allí y responder. De lo contrario, no habría respuesta. En todo caso, Ruark ignoraba adonde habían ido los fugitivos, de modo que los kavalares no podrían sonsacarle esa información.

Dirk estaba exhausto. Aunque había dormido un poco durante el viaje, lo abrumaba un agotamiento agudizado por una vaga culpabilidad. Finalmente tenía a Gwen a su lado, pero no estaba exultante. Tal vez eso viniera más tarde, cuando hubieran desaparecido otras inquietudes y los dos empezaran a conocerse de nuevo, tal como en Avalon hacía muchos años. Pero tendrían que esperar a estar fuera de Worlorn, lejos de Jaan Vikary, Garse Janacek y los otros kavalares, lejos de las ciudades muertas y los bosques moribundos. Regresarían al Velo del Tentador, pensó Dirk mientras miraba distraídamente la pantalla en blanco. Abandonarían el Confín,

irían a Tara o Braque o algún otro planeta sensato. Tal vez de vuelta a Avalon, tal vez más lejos, a Gulliver, o Vagabundo, o Viejo Poseidón. Había un centenar de mundos que él desconocía, un millar, más... Mundos de hombres y no-hombres y seres extraños, toda clase de lugares distantes y románticos donde nadie habría oído mencionar siquiera a Alto Kavalaan, o Worlorn. Ahora Gwen y él podrían visitarlos juntos.

Demasiado cansado para dormir, nervioso e intranquilo, Dirk decidió distraerse jugueteando con la pantalla. La encendió y apretó el botón del signo de interrogación, tal como el día anterior en el departamento de Ruark en Larteyn, y la misma lista de servicios tituló frente a él en cifras tres veces más grandes. Las estudió atentamente, para aprender todo lo posible; tal vez pudiera hacerse de conocimientos útiles, averiguar algo que pudiera ayudarles.

La lista incluía un número de llamada para recibir noticias planetarias. Lo marcó con la esperanza de que el duelo de Larteyn hubiera sido registrado, tal vez como un obituario. Pero la pantalla se puso gris, y unas letras blancas destellaron intermitentemente hasta borrarse: 'Servicio Anulado'.

Fastidiado, Dirk marcó la secuencia correspondiente a informes sobre vuelos espaciales, para corroborar lo que Ruark le había dicho. Esta vez tuvo más suerte. En los próximos dos meses normales arribarían tres naves: la primera, que como había dicho el kimdissi llegaría en dos semanas más, era una nave del Confín llamada *Teric neDahlir*. Lo que Ruark no había mencionado era que el destino del vuelo eran los mundos exteriores: la nave procedía de Kimdiss y se dirigía a Eshellin, el Mundo del Océano Vinonegro y finalmente a di-Emerel, el punto de partida. Una semana más tarde llegaba un carguero de Alto Kavalaan. Luego no había nada hasta el regreso del *Temblor de Enemigos Olvidados*, con destino al Velo.

Pero no podían esperar tanto tiempo; tendrían que tomar el *Teric neDahlir* y trasbordar en algún mundo un poco alejado. Embarcarse, había reflexionado Dirk, sería el paso más riesgoso. Era prácticamente imposible que los kavalares los descubrieran en Desafío cuando debían registrar todo un planeta. Pero Jaan Vikary sin duda adivinaría que los fugitivos querrían marcharse de Worlorn lo antes posible. O sea que llegado el momento, estaría esperándoles en el puerto espacial. Dirk no tenía idea de cómo podrían escabullirse, simplemente se aferraba a la esperanza de que no fuera necesario.

Borró los datos y tecléo otros números; le interesaba saber cuáles servicios estaban cancelados por completo, cuáles funcionaban precariamente —asistencia médica de urgencia, entre ellos—, y los que aún funcionaban como en tiempos del Festival. A menudo se veían pantallazos de las otras ciudades, lo cual le convenció de que haber venido a Desafío había sido una decisión feliz. Los emereli se habían propuesto erigir una ciudad inmortal, y la habían dejado funcionando pese a la

inminencia del frío, la oscuridad y el hielo. Aquí se podría vivir cómodamente. En comparación, las otras ciudades estaban en condiciones lamentables. Cuatro de las catorce se hallaban totalmente a oscuras, sin reservas energéticas, y una estaba tan erosionada por el viento y la intemperie que ya se desmoronaba en ruinas polvorientas.

Dirk siguió apretando botones durante un tiempo, pero al fin el juego lo cansó, se sintió aburrido e inquieto. Gwen seguía durmiendo. Aún era de mañana, imposible llamar a Ruark. Desconectó la pantalla, se enjuagó un poco en el cuarto de baño, luego volvió a la cama y apagó las luces. No se durmió de inmediato. Tendido en la tibia penumbra, miraba el cielo raso y escuchaba la tenue respiración de Gwen. Estaba preocupado, pensaba en otras cosas.

Pronto se arreglará todo, se decía. Volverá a ser como en Avalon... Pero le costaba creerlo. Ya no se sentía como el viejo Dirk t'Larien, el Dirk de Gwen, el que le había prometido que volvería a ella. Se sentía en cambio como si todo siguiera igual; continuaba su camino tan afanosa y desesperanzadamente como en Braque y los otros mundos que había conocido. Tenía de nuevo a su Jenny, y debería estar loco de alegría, pero en cambio le agobiaba una mórbida sensación de abatimiento. Como si de algún modo hubiera vuelto a fallarle a Gwen.

Ahuyentó esos pensamientos y cerró los ojos.

Cuando despertó, ya era de tarde. Gwen se había levantado.

Dirk se duchó y se puso un conjunto de tela sintética de Avalon, de colores suaves. Luego los dos salieron al corredor tomados de la mano, para explorar el nivel 522 de Desafío.

El compartimiento de ellos era uno de los miles que había en un sector residencial del edificio. Alrededor había otros, idénticos al que tenían, salvo por los números de las puertas negras. El suelo, las paredes y el cielo raso de los corredores estaban revestidos de tapizados color cobalto, y las luces que colgaban en las intersecciones, globos pálidos y apacibles, un sedante para los ojos, hacían juego con ese tono.

—Qué aburrido —dijo Gwen, después que caminaron unos minutos—. La uniformidad es deprimente. Además, no veo ningún mapa. Me sorprende que la gente no se pierda.

—Supongo que en ese caso consultarían a la Voz —dijo Dirk.

—Es cierto, lo había olvidado —frunció el ceño—. ¿Qué le habrá pasado a la Voz? No ha hablado mucho últimamente...

—La hice callar —le informó Dirk—. Pero seguramente sigue observándonos.

—¿Puedes ponerla de nuevo en funcionamiento?

El asintió y se detuvo, luego la condujo hacia una de las puertas negras más próximas. El compartimiento, como había esperado, estaba vacío; la puerta se abrió

de inmediato. Adentro, la cama, la decoración, la pantalla, todo era igual. Dirk encendió la pantalla, apretó el botón con una estrella dibujada y luego apagó nuevamente el aparato.

—¿Se les ofrece algo? —preguntó la Voz.

Gwen le sonrió a Dirk con una expresión lánguida y fatigada. Estaba tan exhausta como él, según parecía. Arrugas de preocupación le aureolaban las comisuras de los labios.

—Sí —dijo Gwen—. Queremos hacer algo. Diviértenos. Danos alguna ocupación. Muéstranos la ciudad...

A Dirk le pareció que Gwen hablaba con excesiva rapidez, como si ansiara distraerse para ahuyentar algún pensamiento funesto. ¿Era preocupación por la seguridad de ambos, o por Jaan Vikary?

—Comprendo —dijo la Voz—. Les guiaré, pues, por las maravillas de Desafío, la gloria de di-Emerel renacida en el distante Worlorn.

Luego, la Voz les impartió instrucciones y ellos caminaron hacia los ascensores más cercanos para alejarse de ese reino de eternos corredores rectos color cobalto y visitar regiones más coloridas y menos monótonas.

Ascendieron a Olimpo, un salón afelpado en la misma cima de la ciudad, y miraron a través del único ventanal de Desafío hundidos en la alfombra negra hasta los tobillos.

Un kilómetro más abajo se deslizaban hileras de nubes oscuras arrastradas por un viento gélido que ellos no podían sentir. Era un día apagado y triste; el Ojo del Infierno ardía y fulguraba como de costumbre pero sus compañeros amarillos yacían ocultos por la bruma grisácea que empañaba el cielo. Desde las torres se veían las montañas lejanas y el borroso verdor del llano. Un mozo-robot les sirvió refrescos.

Caminaron hacia el hueco central; una fosa cilíndrica que atravesaba la ciudad-torre desde la cima hasta el fondo. De pie en el balcón más alto se tomaron de la mano y miraron hacia abajo: innumerables filas de balcones se perdían en un abismo de luz tenue. Luego abrieron la puerta de hierro forjado y saltaron. Y sin soltarse las manos cayeron flotando envueltos en la corriente tibia. El hueco central era una instalación recreativa donde se mantenía una gravedad artificial que apenas merecía el nombre de gravedad: era menor que la centésima parte de la normal en di-Emerel.

Pasearon por la galería exterior, un ancho corredor inclinado que subía en espiral bordeando la pared externa de la ciudad como la acanaladura de un tornillo gigantesco, de manera que el turista activo podía caminar desde la planta baja hasta la cima. Restaurantes, museos y tiendas se alineaban a ambos lados de la avenida; en el medio había carriles ahora desiertos, destinados a los coches de neumáticos-balón y los vehículos más rápidos. Una docena de aceras mecánicas (seis que subían y seis que bajaban), integraban la franja central de ese bulevar que se iba curvando

ligeramente. Cuando se cansaron de caminar, subieron a una acera mecánica, luego a una más rápida y luego a otra más veloz todavía. Mientras el paisaje se deslizaba a los costados, la Voz señalaba los elementos de particular interés (en realidad, ninguno de ellos demasiado interesante).

Nadaron desnudos en el Océano Emereli, un mar artificial de agua dulce que ocupaba casi la totalidad de los niveles 231 y 232. El agua era verde, brillante y cristalina, tan límpida que se veían las algas oscilando sinuosamente en el fondo, dos niveles más abajo. Relumbraba bajo paneles de luces que producían la ilusión de un sol resplandeciente. Pequeños peces de carroña surcaban las zonas más bajas del océano; en la superficie, plantas flotantes se mecían y bogaban como hongos gigantes de fieltro verde.

Bajaron la rampa en esquíes energéticos, del centésimo nivel al primero; una excitante y vertiginosa zambullida sobre una tersa superficie de plástico. Dirk se cayó dos veces, y en cada oportunidad volvió automáticamente hacia arriba.

Inspeccionaron un gimnasio de caída libre.

Atisbaron auditorios en penumbra, contruidos para albergar a miles de espectadores, y rehusaron ver las grabaciones de holodramas que les ofreció la Voz.

Comieron, apresuradamente y sin complacencia, en un café al paso en medio de un paseo comercial ahora desierto.

Vagaron por una jungla de árboles sinuosos y musgo amarillo donde las cintas magnetofónicas reproducían sonidos de animales, que reverberaban extrañamente en las paredes de ese parque vaporoso y tórrido.

Finalmente, aunque inquietos y preocupados, y no muy divertidos con el paseo, se dejaron conducir de vuelta a la habitación. Afuera, les informó la Voz, el verdadero crepúsculo se cernía sobre Worlorn.

Dirk, de pie en el angosto espacio entre la cama y la pantalla, apretó los botones de llamada. Gwen se sentó detrás. Ruark tardó mucho en contestar. Demasiado.

Dirk se preguntó con aprensión si no habría sucedido algo terrible. Pero en ese preciso instante la palpitante señal de llamada azul se extinguió y la cara rechoncha del Kimdissi cubrió la pantalla. Atrás, en una penumbra grisácea, se veía un departamento abandonado y sucio.

—¿Y bien? —dijo Dirk; miró por encima del hombro a Gwen, que se mordía el borde del labio y apoyaba la mano derecha en el brazalete de jade-y-plata que aún le ceñía el antebrazo izquierdo.

—¿Dirk? ¿Gwen? ¿Son ustedes? No puedo verles, no. Mi pantalla está a oscuras —los ojos descoloridos de Ruark parpadeaban inquietos bajo mechones ralos de pelo aún más descolorido.

—Claro que somos nosotros —exclamó Dirk—. ¿Quién otro iba a llamar a este número?

—No puedo verles —repitió Ruark.

—Arkin —dijo Gwen, aún sentada sobre la cama—, si pudieras vernos, sabrías donde estamos...

—Sí, no lo pensé. Tienes razón —Ruark cabeceó, y una doble papada se le insinuó apenas en el cuello—. Mejor es que no lo sepa.

—El duelo —urgió Dirk—. Esta mañana. ¿Qué ocurrió?

—¿Jaan está bien? —preguntó Gwen.

—No hubo duelo —les dijo Ruark—. Fui a ver, pero no hubo duelo, de veras.

Los ojos de Ruark parpadeaban inquietos, como buscando algo que mirar, supuso Dirk. O quizás el kimdissi temía que los kavalares pudieran irrumpir en el departamento vacío.

Gwen suspiró audiblemente.

—¿Entonces todos están bien? ¿Jaan?

—Jaantony goza de excelente salud, y también Garsey, y los Braith —dijo Ruark—. No hubo disparos ni muertes, pero cuando advirtieron que Dirk faltaba a la cita, todos enloquecieron.

—Cuénteme —dijo serenamente Dirk.

—Sí. Bueno, por causa de usted, el otro duelo fue postergado.

—¿Postergado? —repitió Gwen.

—Sí, postergado. Se batirán, del mismo modo y con las mismas armas, pero no ahora. Bretan Braith apeló al arbitro argumentando que tenía derecho a enfrentar primero a Dirk pues si moría en el duelo con Jaan y Garsey, su disputa con Dirk quedaría sin resolver. Exigió posponer el segundo duelo hasta que encontraran a Dirk. El arbitro accedió; una herramienta de los Braith... Accedía a todo cuanto le pedían esos animales. Rosef alto-Braith, le llamaban; un hombrecito maligno, sin duda alguna.

—Los Jadehierro —dijo Dirk—, Jaan y Garsey, ¿alegaron algo?

—Jaantony no. Ni una palabra. Permaneció en un ángulo del cuadrado de la muerte, mientras los demás corrían aullando de un lado al otro, portándose como kavalares. Nadie más estaba dentro del cuadrado, salvo Jaan. Se quedó allí como si el duelo fuera a empezar en cualquier momento. Garsey se enfureció mucho. Primero, al ver que usted no llegaba, hizo bromas acerca de un posible malestar. Luego se aplacó y guardó silencio; se quedó quieto como Jaan, pero más tarde la furia se le pasó un poco, creo. Así que empezó a discutir con Bretan Braith y el arbitro y el otro contrincante, Chell. Todos los Braith estaban ahí, quizá para officiar de testigos. Yo no sabía que teníamos tanta compañía en Larteyn, de veras... Bueno, de algún modo lo sabía en abstracto, pero cuando todos se juntan en un solo lugar es diferente. También vinieron dos de Shanagato, aunque no el poeta de Acerorrojo. O sea que faltaban tres; ustedes dos y él. De lo contrario, hubiera sido como una reunión del consejo de la

ciudad, con todo el mundo vestido formalmente —rió.

—¿Tiene alguna idea de lo que podría ocurrir ahora? —preguntó Dirk.

—No se preocupen. Manténganse escondidos y tomen la nave. Ellos no podrán descubrirlos. ¡Tendrían que rastrear un planeta entero! Los Braith creo que ni se molestarán; eso sí, a usted, Dirk, lo han hecho nombrar Cuasi-hombre. Bretan Braith lo exigió, y su compañero habló sobre las viejas tradiciones, igual que algunos de los otros Braith. El arbitro convino en que quien faltaba a un duelo no era un hombre verdadero. Así que tal vez ahora intenten cazarle, pero no con algún propósito en especial; usted sólo es una presa más, otra cualquiera les daría igual.

—Cuasi-hombre —dijo Dirk con voz hueca; extrañamente tenía la sensación de haber perdido algo.

—Eso en cuanto a Bretan y los demás Braith, sí. Garse, creo, se preocupará más por encontrarlo a usted, pero no lo *cazará* como a un animal. Juró que usted se batiría a duelo, con Bretan Braith y después con él. O quizá primero con él.

—¿Y Vikary? —preguntó Dirk.

—Ya le dije. No hizo ningún comentario, en absoluto.

Gwen se levantó de la cama.

—Has estado hablando sólo acerca de Dirk —le dijo a Ruark—. ¿Qué pasa conmigo?

—¿Contigo? —Ruark parpadeó—. Los Braith dijeron que también eras Cuasi-hombre, pero Garsey no lo consintió. Amenazó con batirse a duelo con cualquiera que osara tocarle. Rosef alto-Braith protestó. Quería designarte Cuasi-hombre, tal como a Dirk, pero Garsey estaba furibundo. Entiendo que los duelistas kavales pueden retar a los árbitros que toman decisiones erróneas, así que todavía no han resuelto nada al respecto. De modo que sigues siendo *betheyn*, mi dulce Gwen, y estás bajo protección. Si te capturaran sólo te traerían de vuelta. Después serías castigada, pero sólo por Jadehierro. En verdad, no hablaron demasiado de ti; mucho más les interesa Dirk. Al fin y al cabo, no eres más que una mujer, ¿eh?

Gwen no respondió.

—Le llamaremos de nuevo en unos días más —dijo Dirk.

—Tenemos que ponernos de acuerdo de antemano, Dirk. No siempre estoy en este agujero polvoriento —Ruark se rió de su propio comentario.

—En tres días más, entonces. A esta misma hora. Tenemos que pensar cómo haremos para llegar a la nave. Me imagino que Jaan y Garse custodiarán el puerto espacial cuando llegue el momento.

Ruark asintió.

—Pensaré algo.

—¿Podrías conseguirnos armas? —preguntó repentinamente Gwen.

—¿Armas? —cloqueó el kimdissi—. Gwen, sin duda los hábitos kavales se te

han metido en la sangre. Soy de Kindiss. ¿Qué puedo saber yo de láseres y esas cosas violentas? Puedo intentarlo por ti, sin embargo. Por mi amigo Dirk... Hablaremos de ello en la próxima oportunidad. Ahora debo cortar.

La cara del kindissi se diluyó, y Dirk apagó la pantalla antes de volverse hacia Gwen.

—¿Quieres luchar contra ellos? ¿Te parece prudente?

—No sé —dijo ella; caminó lentamente hacia la puerta, se volvió, regresó hacia él y luego se detuvo; el compartimiento era tan pequeño que resultaba imposible pasearse aplomadamente.

—¡Voz! —exclamó de pronto Dirk, súbitamente inspirado—. ¿Hay alguna armería en Desafío? ¿Algún lugar en donde se pueda comprar láseres u otras armas?

—Lamento informarles que las normas de di-Emerel prohíben la portación de armas —respondió la Voz.

—¿Y armas deportivas? —sugirió Dirk—. ¿Para cazar o tirar al blanco?

—Las normas de di-Emerel prohíben toda clase de deportes y juegos sangrientos basados en violencia sublimada. Si ustedes pertenecen a una cultura donde se aprecian tales costumbres, por favor, tengan en cuenta que esto no implica una ofensa al mundo de ustedes. Pueden procurarse esas diversiones en otras zonas de Worlorn.

—Olvídalo —dijo Gwen—. De todos modos, fue una mala idea.

Dirk le puso las manos sobre los hombros.

—Igual no vamos a necesitar armas —dijo sonriendo—, aunque admito que me sentiría más tranquilo si tuviera una. Pero dudo de saber usarla, llegado el caso.

—Yo sí que sabría usarla —dijo ella; en sus ojos verdes había una dureza que Dirk no había visto antes. Por un segundo recordó a Garse Janacek y su mirada glacial y desdeñosa.

—¿Cómo? —dijo.

Ella gesticuló con impaciencia y encogió los hombros. Dirk apartó las manos y ella se alejó.

—Arkin y yo empleamos armas con proyectiles para nuestros estudios. Disparamos agujas de rastreo cuando tratamos de seguir las huellas de algún animal para investigar sus hábitos migratorios. Dardos soporíferos, también. Y hay aparatos sensores del tamaño de una uña, capaces de informarte cuanto quieras saber acerca de una forma de vida: cómo caza, qué come, cuándo copula, patrones cerebrales en diversas etapas del ciclo biológico. Con suficiente información de esa índole, puedes deducir el funcionamiento de todo un sistema ecológico gracias a los datos que te proporcionan las diversas especies. Pero primero tienes que instalar a tus espías, y para eso hay que inmovilizar a los sujetos con dardos. He disparado miles. Tengo buena puntería. Lástima que no se me ocurrió traerlos...

—Es diferente usar un arma con ese propósito —dijo Dirk—, que dispararle a un

hombre con un láser. No he disparado con ninguna de las dos, pero no creo que se pueda comparar una con la otra.

Gwen se recostó contra la mesa y lo miró ladeando la cabeza.

—¿Crees que yo sería capaz de matar a un hombre?

—No.

Ella sonrió.

—Dirk, ya no soy la muchachita que conociste en Avalon. He pasado varios años en Alto Kavalaan; no fueron años fáciles, otras mujeres me escupieron a la cara. Garse Janacek me ha sermoneado mil veces acerca de las obligaciones del jade-y-plata. Otros kavalaes me han tildado tantas veces de Cuasi-hombre y *perra-betheyn* que a menudo me sorprende respondiéndoles —meneó la cabeza; debajo del ancho pañuelo que le ceñía la frente, los ojos eran duros como piedra verde. Jade, pensó vagamente Dirk. Jade, como en el brazalete que aún llevaba.

—Estás furiosa —le dijo—. Es fácil enfurecerse. Pero te conozco, amor. Sé que, esencialmente, eres una persona apacible.

—Lo fui. Trato de serlo. Pero ha pasado mucho tiempo, Dirk. Mucho, mucho tiempo, y esto se ha intensificado; lo único bueno de todo ha sido Jaan Vikary. Le he contado a Arkin; él sabe cómo me siento, *qué* he sentido. Hubo veces en que estuve a punto de... A punto..., con Garse, especialmente. Porque él es también parte de mí, curiosamente. Y duele cuando se trata de alguien a quien aprecias, alguien a quien casi podrías amar si no fuera por...

Gwen se interrumpió; tenía los brazos cruzados con fuerza sobre el pecho y fruncía el ceño. Se interrumpió.

Debe haberme visto la cara, pensó Dirk preguntándose por lo que podría haberle sucedido.

—Tal vez tengas razón —continuó Gwen al cabo de un instante, separando los brazos—. Tal vez soy incapaz de matar a nadie. Pero a veces siento que podría. Y en ese momento, Dirk, me gustaría mucho tener un arma —soltó una carcajada amarga—. En Alto Kavalaan no me dejaban ir armada, desde luego. ¿Para qué quiere armas una *betheyn*? Su altoseñor la protege, y el *teyn*. Una mujer armada podría lastimarse. Jaan..., bueno, Jaan ha luchado por cambiar muchas cosas. Lo intenta. Estoy aquí, después de todo. La mayoría de las mujeres nunca deja el claustro de piedra del clan, una vez que toman el jade-y-plata. Pese a todos sus intentos, que me merecen el mayor de los respetos, Jaan no comprende. Es un altoseñor, después de todo, y también lucha contra otras cosas, y cada vez que yo le digo algo, Garse dice lo contrario. A veces, Jaan ni siquiera se da cuenta. Y en cuanto a las cosas pequeñas, como que yo vaya armada, dice que no tienen importancia. Una vez le hablé al respecto, y él recalcó que yo me oponía a la costumbre de usar armas, a toda la artificiosidad de los duelos de honor, lo cual es cierto. Y sin embargo, Dirk...

¿Sabes? Anoche te entendí cuando le hablabas a Arkin de tu necesidad de enfrentar a Bretan aunque no compartieras el mismo código. A veces he sentido lo mismo.

Las luces del cuarto parpadearon un instante, languidecieron y luego recuperaron su intensidad normal.

—¿Qué pasa? —preguntó Dirk, alzando los ojos.

—No hay motivo de alarma —informó la Voz con su tono grave e inalterable—. Acaba de rectificarse una falla energética temporaria que afectaba al nivel de ustedes.

—¡Falla energética! —una imagen centelleó en la mente de Dirk, una imagen de Desafío (hermética, sin ventanas, totalmente cerrada), desprovista de energía..., la idea no era nada agradable—. ¿Qué ocurre?

—Por favor, no se alarmen —insistió la Voz, pero las luces desmentían sus palabras; se apagaron por completo, y durante un segundo fugaz una total y temible oscuridad envolvió a Gwen y a Dirk.

—Mejor nos vamos —dijo Gwen cuando volvió la luz. Abrió el panel corredizo y empezó a sacar las maletas. Dirk se acercó a ayudarle.

—Por favor, no se asusten —dijo la Voz—. Por la seguridad de ustedes, les pido que permanezcan en el compartimiento; la situación está bajo control, Desafío tiene muchas instalaciones de seguridad, así como refuerzos para todos los sistemas importantes.

Terminaron de empacar. Gwen se dirigió a la puerta.

—¿Ahora estás usando la energía auxiliar? —preguntó.

—Los niveles uno al cincuenta, 251 al 300, 351 al 450 y 501 al 550 utilizan en este momento la energía auxiliar —admitió la Voz—. No es motivo para alarmarse; técnicos robot están reparando la falla, y existen otros sistemas de reserva en el improbable caso de que también falte la energía auxiliar.

—No entiendo —dijo Dirk—. ¿Por qué? ¿A qué se deben las fallas?

—Dirk —dijo Gwen con calma—. Vámonos.

Salió. Una maleta en la mano derecha y el sensor colgando del hombro izquierdo. Dirk recogió las otras dos maletas y la siguió por los corredores azul cobalto. Corrieron hacia los ascensores, Gwen siempre adelante, los pasos sofocados por las alfombras.

—Los residentes que se dejan llevar por el pánico corren más riesgos que los que permanecen a salvo dentro de sus compartimientos mientras se subsana este pequeño inconveniente —les recriminó la Voz.

—Dinos lo que ocurre y quizá reconsideremos nuestra determinación —dijo Dirk; aun así, no se detuvieron ni dejaron de correr.

—Se han tomado las medidas de emergencia —dijo la Voz—. Se han despachado guardianes para conducirles a ustedes de vuelta al compartimiento; es para protección de ustedes. Repito, se han despachado guardianes para conducirles al

compartimiento. Las normas de di-Emerel prohíben que...

Abruptamente las palabras empezaron a resbalar y la voz de bajo rechinó hasta convertirse en un gemido ronco que les raspó los oídos. De pronto, hubo un silencio estremecedor.

Las luces se apagaron. Dirk se detuvo un instante, luego avanzó dos pasos en la densa oscuridad y tropezó con Gwen.

—¿Qué? —dijo—. Lo siento.

—Cállate —susurró Gwen, y empezó a contar los segundos. A los trece, los globos colgantes de las intersecciones se encendieron de nuevo. Pero el resplandor azul era pálido y espectral, la visibilidad se había reducido al mínimo.

—Vamos —dijo Gwen; ahora caminaba con lentitud, avanzando cautelosamente en esa penumbra azulada.

Los ascensores no estaban lejos. Cuando las paredes volvieron a hablarles, la voz ya no era la Voz.

—Esta es una gran ciudad —dijo—, pero no tan grande como para esconderte, t'Larien. Estoy esperándote en el sótano más profundo, en el subnivel cincuenta y dos. La ciudad es mía. Ven a mí. Ahora, o la luz se apagará por completo y mi *teyn* y yo iniciaremos la cacería en la oscuridad.

Dirk reconoció al que hablaba. Era inconfundible. Ni en Worlorn ni en cualquier otra parte habría sido fácil reproducir la voz sibilante y ronca de Bretan Braith Lantry.

Capítulo 8

Quedaron petrificados en el corredor en penumbras. Gwen era una silueta borrosa y azul, los ojos como fosas negras. Contrajo la comisura de la boca, y Dirk evocó el horrible tic de Bretan.

—Nos descubrieron —dijo Gwen.

—Sí —repuso Dirk.

Los dos hablaban susurrando, por temor a que Bretan Braith, al igual que la extinta Voz de Desafío, pudiera oírles si hablaban en voz alta. Dirk tenía una aguda impresión de que estaban rodeados de micrófonos, igual que de parlantes. Y también de oídos, y tal vez de ojos, todos invisibles detrás del revestimiento de las paredes.

—¿Cómo? —dijo Gwen—. No había modo, es imposible.

—Pero si lo han hecho, es posible. ¿Qué haremos, entonces? ¿Me presentaré ante ellos? ¿Qué hay allá abajo, en el subnivel cincuenta y dos?

—No sé —dijo Gwen—. Desafío no era mi ciudad. Sé que los niveles subterráneos no son para los residentes.

—Máquinas —sugirió Dirk—. Energía, respaldo vital.

—Computadoras —añadió Gwen en un susurro hueco, casi inaudible.

Dirk dejó las maletas que llevaba en las manos. Le parecía una tontería apegarse a sus ropas y pertenencias en esas circunstancias.

—Mataron a la Voz —dijo.

—Quizá. Si se la puede matar. Pensé que era toda una red de computadoras distribuidas en la torre. No sé; quizás era sólo una enorme instalación.

—En todo caso, se han adueñado del cerebro central, el centro nervioso o como se llame. Las paredes ya no nos darán consejos amigables. Y tal vez Bretan nos esté viendo en este mismo momento.

—No —dijo Gwen.

—¿Por qué no? La Voz podía vernos...

—Sí, puede ser. Aunque no creo que las instalaciones sensitivas de la Voz incluyeran sensores visuales. Es decir, no los necesitaba. Se valía de sentidos que los humanos no tienen. Eso no es lo importante. La Voz era una supercomputadora construida para manejar billones de datos simultáneamente, algo que para Bretan es imposible, como para cualquier ser humano. Además, la forma de percibir estos datos no está planeada para que la entienda él, ni tú ni yo. Sólo la Voz. Aunque Bretan ahora tenga acceso a todos los datos que recibía la Voz, para él será una jerga ininteligible, o los recibirá tan rápidamente que serán inútiles. Tal vez a un especialista en cibernética podrían servirle de algo, aunque lo dudo. Pero no a Bretan. No, a menos que él conozca algún secreto que nosotros desconocemos.

—Supo cómo encontrarnos —dijo Dirk—. Y adonde estaba el cerebro de

Desafío, y cómo provocarle un cortocircuito.

—No sé cómo ha podido descubrirnos —repuso Gwen—. Pero no era tan difícil llegar a la Voz. ¡El subnivel más bajo, Dirk...! Fue una conjetura de Bretan, no hay otro modo. Los kavalares construyen los clanes en las entrañas de la roca, y el nivel inferior es siempre el más seguro, el mejor resguardado. Allá encierran a las mujeres y otros tesoros del clan.

—Un momento —dijo Dirk, pensativo—. No puede saber con exactitud donde estamos. De lo contrario, ¿por qué quiere que bajemos, y por qué amenaza con cazarnos? —Gwen asintió—. Aunque si está en el centro de computación, tendremos que actuar con cuidado —continuó Dirk—. Quizá pueda encontrarnos.

—Algunas de las computadoras deben funcionar aún —dijo Gwen, mirando de soslayo el pálido globo azul que colgaba a pocos metros—. La ciudad vive todavía, pese a todo.

—¿Podrá preguntarle a la Voz dónde estamos, si la conecta de nuevo?

—Quizá, pero no creo que la Voz le informe. Nosotros somos residentes legales, desarmados. Él es un intruso peligroso que viola todas las normas de di-Emerel.

—¿Él? Ellos, querrás decir. Chell lo acompaña. Tal vez traen más gente.

—Una partida de intrusos, entonces.

—Pero no pueden ser más de... ¿Cuántos? ¿Veinte? ¿O menos? ¿Cómo es que han logrado apoderarse de una ciudad de este tamaño?

—Di-Emerel es un mundo totalmente desprovisto de violencia, Dirk. Y éste es el mundo del Festival. Dudo que Desafío haya tenido muchas defensas. Los guardianes...

Dirk miró de pronto alrededor.

—Sí, guardianes. La Voz los mencionó. Despachó uno en busca de nosotros —casi esperaba ver una silueta enorme y amenazadora rodando hacia ellos por un corredor transversal, como si acabara de llamarla. Pero no había nada. Sombras y globos de cobalto y silencio azul.

—No podemos quedarnos aquí. El aeromóvil está a sólo dos niveles de distancia —dijo Gwen, que había dejado de susurrar.

También él. Si Bretan Braith y sus secuaces podían oír cada palabra que decían, también podrían ubicarles de varios modos distintos y entonces, de todas maneras, estaban perdidos; los susurros eran una precaución inútil.

—Los Braith también podrían estar a dos niveles de distancia —replicó Dirk—. Aún en caso contrario, tenemos que evitar acercarnos al aeromóvil. Ellos tienen que saber que tenemos uno, y estarán esperando a que vayamos a buscarlo. Tal vez fue por eso que Bretan nos halagó con su discurso: para que huyamos. En el aire seríamos una presa fácil. Sus hermanos de clan deben de estar esperándonos para derribarnos con los láseres —caviló un instante—. Pero tampoco podemos quedarnos

aquí.

—No, cerca de nuestro compartimiento —dijo ella—. La Voz conocía nuestra ubicación, y Bretan Braith podría descubrirlo. Pero tenemos que quedarnos en la ciudad; en eso tienes razón.

—Ocultémonos, entonces. ¿Dónde?

Gwen se encogió de hombros.

—Aquí, allá y en todas partes. Es una gran ciudad, como dijo Bretan Braith.

Gwen se arrodilló rápidamente y hurgó en la maleta; desechó toda la ropa pesada pero conservó el instrumental de campo y el sensor. Dirk se puso el gabán de Ruark y abandonó todo lo demás. Caminaron hacia la galería exterior. Gwen ansiaba alejarse todo lo posible del compartimiento, pero ninguno de los dos quería arriesgarse a usar los ascensores.

Las luces del bulevar de la galería aún irradiaban un resplandor blanco, y las aceras mecánicas zumbaban sordamente; ese camino en tirabuzón parecía tener una fuente energética independiente.

—¿Arriba o abajo? —preguntó Dirk.

Gwen no pareció oírle; escuchaba otra cosa.

—Silencio —dijo, torciendo la boca.

Por encima del ronroneo de las aceras mecánicas se oyó otro ruido, leve pero inequívoco.

Un aullido.

Provenía del corredor que tenían detrás, no cabía ninguna duda. Parecía una estremecedora exhalación de esa cálida garganta azul, y quedó suspendida en el aire más de lo que se hubiera esperado. Gritos apagados y distantes la siguieron de inmediato.

Hubo un breve intervalo de silencio. Gwen y Dirk se miraron y permanecieron rígidos y alerta. El ruido estalló otra vez, más estentóreo, más nítido, y el eco lo multiplicó. Un aullido chillón y colérico, prolongado y agudo.

—Sabuesos Braith —dijo Gwen, con una voz turbadora de tan calma.

Dirk recordó a la bestia que había encontrado cuando atravesaba las calles de Larteyn, ese perro del tamaño de un caballo que le había gruñido al verlo, la criatura con cara de rata lampiña y ojos pequeños y púrpuras. Miró aprensivamente el corredor, pero nada se movía en las sombras de cobalto.

Los sonidos se acercaban, a cada momento más intensos.

—Abajo —dijo Gwen—. Y rápido.

Dirk no esperó a que se lo repitiera. Cruzaron el silencioso bulevar, saltaron a la franja central de la galería y subieron a la primera acera mecánica descendente, la más lenta. Luego corrieron a los brincos hasta que llegaron a la más rápida. Gwen se descolgó el instrumental y abrió el bolso para registrar el contenido mientras Dirk, de

pie, apoyándole una mano en el hombro, observaba los números indicadores de nivel; centinelas negros montados encima de las fauces penumbrosas que conducían al interior de Desafío. Los números pasaban de largo a intervalos regulares, cada vez más pequeños.

Acababan de pasar el 490 cuando Gwen se incorporó, empuñando una corta vara de metal negro azulado en la mano derecha.

—Desvístete —le dijo.

—¿Qué?

—Desvístete —repitió ella, y como Dirk se quedara mirándola, meneó la cabeza con impaciencia y le tocó el pecho con el extremo de la vara—. Es para anular los olores; Arkin y yo lo usamos en el bosque. Nos rociamos antes de salir. Matará el olor del cuerpo durante algunas horas, tal vez lo suficiente para desorientar a los perros.

Dirk asintió y se quitó las ropas. Cuando estuvo desnudo, Gwen le hizo separar bien las piernas y levantar los brazos por encima de la cabeza. Presionó una punta de la vara metálica, y el otro extremo esparció una impalpable bruma gris que perló la piel desnuda de Dirk. Mientras ella le rociaba el frente y la espalda de la cabeza a los pies, Dirk tiritaba y se sentía tonto y vulnerable. Luego Gwen se arrodilló y roció también las ropas, por dentro y por fuera, todo salvo el pesado gabán de Arkin, que ella apartó cuidadosamente. Cuando terminó de aplicarle el líquido, Dirk se vistió (las ropas estaban secas y cubiertas de un polvo fino y ceniciento), mientras Gwen a su vez se desvestía para que él la rociara.

—¿Y el gabán? —preguntó Dirk en cuanto ella se vistió de nuevo.

Gwen había espolvoreado todo; el sensor, el instrumental de campo, el brazalete de jade-y-plata, menos el gabán castaño de Arkin. Dirk lo empujó con la punta de la bota, ella lo recogió y lo arrojó por encima de la barandilla al carril más veloz de una acera mecánica ascendente. Lo observaron alejarse.

—No lo necesitas —dijo Gwen en cuanto el gabán se perdió de vista—. Tal vez sirva para desorientar a la jauría. Sin duda nos han seguido el rastro hasta la galería exterior.

—Tal vez —dijo Dirk, dubitativamente, echando una ojeada a la pared interior; el nivel 472 pasó de largo—. Creo que tendríamos que bajar —dijo de pronto—. Salir de la galería... —Gwen lo miró con aire inquisitivo—. Tú misma acabas de decirlo. Los que nos están persiguiendo han seguido nuestro rastro hasta la galería. Si ya empezaron a bajar, mi gabán no servirá de mucho, lo verán pasar de largo y se echarán a reír.

Ella sonrió.

—Concedido. Pero valía la pena intentarlo.

—Así es que presumiendo que nos sigan hacia abajo...

—Ya les habremos sacado una buena ventaja —interrumpió Gwen—. Nunca lograrán subir una jauría de sabuesos a una acera mecánica, o sea que bajarán caminando.

—¿Y con eso? La galería no es segura, Gwen. Mira, el que nos sigue no puede ser Bretan, pues él está en los subniveles. Probablemente tampoco sea Chell, ¿verdad?

—No. Un kavalar caza con su *teyn*. No se separan.

—Me lo imaginé. De modo que allá abajo tenemos una pareja jugando con la fuente de energía, y otra pisándonos los talones. ¿Cuántos más habrá? ¿Tienes alguna idea?

—No.

—Supongo que bastantes; y aunque no sea así, mejor que presumamos lo peor y actuemos en base a esa presunción. Si hay otros Braith sueltos por la ciudad, y si están en contacto con los cazadores que tenemos detrás, los que están arriba avisarán a los demás que cierren la galería.

Gwen entornó los ojos.

—Tal vez no. Los grupos de caza rara vez se combinan. Cada pareja quiere la presa en exclusividad. Maldito sea, ojalá tuviera un arma.

Dirk ignoró el comentario final.

—No podemos correr ningún riesgo —dijo.

En ese preciso instante las luces brillantes empezaron a titilar. De pronto quedaron sumidos en una penumbra pálida y persistente. Simultáneamente, la acera mecánica frenó con brusquedad; Gwen se tambaleó, Dirk la aferró con sus brazos. El carril más lento fue el primero en detenerse, le siguió el de al lado, y finalmente el más veloz.

Gwen tiritaba y miraba a Dirk, que la estrechaba con fuerza en su desesperada necesidad de encontrar el estímulo que le daba la proximidad del cuerpo de ella, con su calidez.

Abajo (Dirk habría jurado que venía de abajo, de la dirección que seguía la acera mecánica), vibró un chillido áspero, no demasiado lejos.

Gwen se separó de Dirk. No hablaron. Brincaron de una franja a la otra y cruzaron los carriles desiertos y sombríos en busca de un pasadizo para salir de la galería y volver a los corredores. Dirk echó un vistazo a los números cuando pasaron de la penumbra gris a la azul: nivel 468. Cuando las alfombras absorbieron de nuevo el ruido de las pisadas, los dos se lanzaron por el primer corredor largo, luego doblaron una y otra vez, ya a la derecha, ya a la izquierda, eligiendo la dirección al azar. Corrieron hasta quedar sin aliento, luego se detuvieron y se desplomaron en la alfombra, bajo la luz de un globo pálido y azulado.

—¿Qué fue eso? —preguntó Dirk cuando recobró el aliento.

Gwen aún jadeaba entrecortadamente. Habían corrido un buen trecho. Se esforzó

por respirar normalmente. Lágrimas silenciosas le humedecieron las mejillas bajo la luz azul.

—¿Qué crees que era? —dijo al fin con la voz crispada—. El chillido de un Cuasi-hombre.

Dirk abrió la boca y sintió un gusto a sal. Se tocó las mejillas, también húmedas, y se preguntó cuánto hacía que estaba llorando.

—Más Braith, entonces —dijo.

—Abajo —dijo ella—. Y han encontrado una víctima. ¡Maldito sea! Nosotros les hemos traído hasta aquí, la culpa es nuestra. ¿Cómo pudimos ser tan estúpidos? Jaan siempre temía que empezaran a merodear las ciudades.

—Empezaron ayer, con los niños parásitos de Vinonegro —dijo Dirk—. Lo demás era sólo cuestión de tiempo. No cargues...

—¿Qué? —barbotó ella, vuelta hacia él con los rasgos tensos de furia y las mejillas bañadas en lágrimas—. ¿No te sientes responsable? ¿Si no, quién? Bretan Braith te seguía *a ti*, Dirk. ¿Por qué vino hasta aquí? Pudimos ir a Duodécimo Sueño, a Musquel, a Esvoc. Ciudades desiertas. Nadie habría sido herido. Ahora los emereli... ¿Cuántos residentes quedaban, según la Voz?

—No me acuerdo. Creo que cuatrocientos, o algo así —trató de abrazarla y estrecharla, pero Gwen sacudió los hombros y lo fulminó con la mirada.

—Es culpa nuestra —dijo—. Tenemos que hacer algo.

—Todo lo que podemos hacer es tratar de sobrevivir. También nos persiguen a nosotros, ¿recuerdas? No podemos preocuparnos de los demás.

Ella le miró con una expresión de... ¿qué? Desprecio, quizá, pensó Dirk. La cara de Gwen lo sobresaltó.

—Es increíble —dijo ella—. ¿No puedes pensar más que en ti mismo? Maldito sea, Dirk. Nosotros al menos contamos con este líquido. Los emereli no tienen ninguna defensa. No tienen armas ni protección. Son Cuasi-hombres, salvajina, eso es todo. ¡*Tenemos que hacer algo!*

—¿Qué? ¿Suicidarnos? ¿Eso quieres? No quisiste que esta mañana me batiera a duelo con Bretan, pero ahora...

—¡Sí! Ahora tenemos que hacerlo. No habrías hablado así en Avalon —dijo Gwen casi a voz en cuello—. Entonces eras diferente. Jaan no permitiría...

Se interrumpió al reparar de pronto en sus palabras, y desvió los ojos. Luego rompió a llorar. Dirk permaneció tieso.

—De modo que a eso ibas —dijo al cabo de un rato, con voz calma—. Jaan no pensaría en sí mismo, ¿verdad? Jaan se comportaría como un héroe.

Gwen se volvió nuevamente hacia él.

—Sabes que es verdad.

—Sin duda. Yo también lo habría hecho, en otros tiempos. Quizá tengas razón.

Quizás he cambiado. Ya no tengo ninguna certidumbre.

Estaba harto, exhausto, abrumado por una sensación de derrota y humillación. Los pensamientos se le agolpaban atropelladamente. Los dos tenían razón, pensaba. Ellos habían traído a los Braith a Desafío, librándoles cientos de víctimas inocentes. La culpa era de ellos, Gwen tenía razón. Pero él también tenía razón, ahora no podían hacer nada en absoluto. Aunque sonara egoísta, era la verdad.

Gwen dio rienda suelta a las lágrimas. Él se le acercó una vez más, y ahora ella se dejó abrazar; Dirk trató de consolarla con sus caricias. Pero mientras le alisaba la cabellera negra y se esforzaba por reprimir el llanto, comprendió que era inútil, que en nada cambiaba la situación. Los Braith cazaban y mataban, y él no podía detenerlos. Quizá ni él pudiera salvarse. No era el viejo Dirk, después de todo, el Dirk de Avalon, de ninguna manera. Y la mujer que abrazaba no era Jenny. No eran sino piezas de caza.

De pronto le asaltó una idea.

—Sí —dijo en voz alta.

Gwen lo miró, Dirk se incorporó torpemente, y le ayudó a ella a levantarse.

—¿Qué ocurre, Dirk?

—Podemos hacer algo —dijo él, y la condujo a la puerta del compartimiento más cercano, que se abrió de inmediato. Dirk se acercó a la videopantalla. Las luces del cuarto no funcionaban; la única iluminación era el rectángulo azul y desleído que se proyectaba desde el corredor. Gwen se detuvo en el vano de la puerta, titubeando, una silueta lúgubre y oscura.

Dirk apretó el botón con la esperanza (¿qué otra cosa podría quedarle?), de que la pantalla funcionara. Y funcionó. Respiró más tranquilo, y se volvió hacia Gwen...

—¿Qué vas a hacer? —preguntó ella.

—Dame el número de tu casa.

Gwen comprendió. Cabeceó con lentitud y le dictó los números. Él los tecleó uno por uno y esperó. La señal intermitente iluminó el cuarto; cuando se disipó, los corpúsculos de luz se aglutinaron para dar la forma de los rasgos de Jaan Vikary.

Nadie habló. Gwen se acercó y se quedó al lado de Dirk, apoyándole una mano en el hombro. Vikary les miró en silencio, y por un momento Dirk temió que apagara la pantalla y los dejara librados a su suerte.

Pero era un temor injustificado. Vikary habló.

—Usted era un hermano de clan. Yo confiaba en usted —luego miró a Gwen—. Y a ti te amaba.

—Jaan —se apresuró a decir Gwen con una voz tan sofocada que Dirk dudó de que Vikary pudiera oírla; ella se apartó después. Se volvió, y salió rápidamente de la habitación.

Pero Vikary no cerró la comunicación.

—Veo que están en Desafío. ¿Por qué ha llamado, t'Larien? ¿Sabe lo que debemos hacer mi *teyn* y yo?

—Lo sé —dijo Dirk—. Correré el riesgo, no hay más alternativas. Los Braith nos han seguido. No sé cómo, nunca imaginé que lograrían localizarnos. Pero están aquí. Bretan Braith Lantry dejó fuera de servicio la computadora de la ciudad, y al parecer controla buena parte de la energía restante. Los otros están en los corredores, con jaurías de caza.

—Comprendo —dijo Vikary; una emoción extraña e insondable le cruzó la cara—. ¿Los residentes?

Dirk asintió.

—¿Vendrá?

Vikary esbozó una sonrisa muy tenue, pero sin alegría.

—¿Me pide ayuda, t'Larien? —meneó la cabeza—. No, no debo burlarme, no es usted quien la pide; no, por usted mismo. Le entiendo. Es por los otros, por los emereli. Sí, Garse y yo iremos. Llevaremos nuestros broches y nombraremos *korariel* de Jadehierro a cuantos encontremos antes que los cazadores. Pero llevará mucho tiempo, tal vez demasiado. Muchos morirán. Ayer, en la Ciudad del Estanque sin Estrellas, una criatura llamada Madre murió súbitamente. Los niños parásitos... ¿Sabe algo acerca de los niños parásitos de Vinonegro, t'Larien?

—Sí. Bastante.

—Salieron de la Madre y buscaron otra. Pero no encontraron ninguna. Durante las décadas que vivieron dentro de la criatura que los hospedaba, gentes de su mundo habían traído el animal a Worlorn desde el Mundo del Océano de Vinonegro, y finalmente lo abandonaron. Las relaciones entre los niños parásitos y los vinonegrinos que no participan del culto no son buenas. De modo que salieron a los tumbos, cien o más, y recorrieron la ciudad, despertándola de pronto a la vida sin saber dónde se encontraban ni porqué. Casi todos eran viejos, muy viejos. Presas del pánico empezaron a correr por la ciudad muerta, y así Rosef alto-Braith los encontró. Hice lo que pude, protegí a algunos. Los Braith encontraron a muchos otros, porque llevó tiempo. Lo mismo ocurrirá en Desafío. Los que salgan a los corredores y traten de huir serán perseguidos y exterminados mucho antes que mi *teyn* y yo podamos ayudarles. ¿Soy claro?

Dirk asintió.

—No basta con llamarme —dijo Vikary—. Tiene que actuar por cuenta propia. Bretan Braith Lantry lo busca a usted. A usted, y a ningún otro. Tal vez incluso le conceda un duelo. Los otros quieren cazarlo como Cuasi-hombre, pero aun así lo consideran una presa más codiciable. Muéstrese, t'Larien, y vendrán a buscarle. Para los emereli que se ocultan alrededor, ese tiempo será importante.

—Entiendo —dijo Dirk—. Usted quiere que Gwen y yo...

Vikary contrajo la cara en un gesto de inequívoca contrariedad.

—No. Gwen no.

—Yo, entonces. ¿Usted quiere que llame la atención sobre mí, desarmado?

—Tiene un arma, t'Larien —dijo Vikary—. Usted mismo la robó, insultando a Jadehierro. Que la utilice o no depende exclusivamente de su propia decisión. No seré tan ingenuo como para tenerle confianza. Ya se la tuve una vez. Simplemente le informo. Otra cosa, t'Larien: haga lo que hiciera, entre usted y yo todo sigue igual. Esta llamada no cambia nada. Usted sabe lo que debemos hacer.

—Ya me lo dijo.

—Se lo digo por segunda vez. Quiero que lo recuerde —Vikary frunció el ceño—. Y ahora partiré. Es un vuelo muy largo, un vuelo largo y frío.

La pantalla se oscureció antes que Dirk pudiera articular una respuesta. Gwen esperaba al lado de la puerta, de pie contra la pared acolchada, la cara entre las manos. Cuando Dirk salió, ella enderezó el cuerpo.

—¿Vendrán? —preguntó.

—Sí.

—Lamento... haberme ido. No pude hacerle frente.

—No tiene importancia.

—Sí la tiene.

—No —Dirk fue terminante, le dolía el estómago, aún le parecía oír chillidos a lo lejos—. No la tiene. Ya me diste a entender... cuáles son tus sentimientos.

—¿De veras? —Gwen rió—. Si sabes cuáles son mis sentimientos, sabes más que yo, Dirk.

—Gwen, yo no... No, escucha. No importa. Tenías razón. Tenemos que... Jaan dijo que teníamos un arma.

Ella titubeó.

—¿De veras? ¿Pensará que traje el proyectil de dardos? ¿O qué?

—No, no lo creo. Sólo dijo que teníamos un arma, que la robamos e insultamos a Jadehierro.

Ella cerró los ojos.

—¿Qué? —dijo—. Desde luego —abrió los ojos nuevamente—. El aeromóvil. Tiene cañones láser. Sin duda se refería a eso. Aunque no están cargados. Ni siquiera creo que estén conectados. Ese era el aeromóvil que solía usar yo, y Garse...

—Comprendo. ¿Pero piensas que los láser podrían ser puestos en funcionamiento?

—Tal vez. No sé. ¿Pero a qué otra cosa podía haber aludido Jaan?

—Claro que los Braith pudieron haber encontrado el coche —dijo Dirk, frío y sereno—. Tendremos que correr ese riesgo. Escondiéndonos... No podemos escondernos, nos descubrirán. Puede que Bretan esté ya en camino, si de algún modo

mi comunicación con Larteyn quedó registrada abajo. No, volvamos al aeromóvil. No se lo esperarán, pues saben que estábamos bajando por la galería.

—El aeromóvil está cincuenta y dos pisos más arriba —señaló Gwen—. ¿Cómo llegaremos? Si Bretan controla la alimentación energética tanto como creemos, sin duda habrá desactivado los ascensores y detenido las aceras mecánicas.

—Sabía que estábamos usando las aceras mecánicas —dijo Dirk—. O al menos, que estábamos en la galería. Se lo dijeron los que nos seguían. Están en contacto, Gwen. Los Braith. Tienen que estarlo. Detuvieron las aceras en el momento más oportuno. Pero eso nos facilita las cosas.

—¿Nos facilita qué?

—Llamarles la atención. Lograr que nos persigan para salvar a esos malditos emereli; eso es lo que quiere Jaan, ¿no es eso lo que quiere que hagamos? —la voz era cortante.

Gwen palideció visiblemente.

—Bueno, sí.

—Tú ganas, entonces. Vamos a hacerlo.

—¿Los ascensores? —dijo ella reflexivamente—. ¿Si siguen funcionando?

—No podemos confiar en los ascensores, aunque sigan funcionando. Bretan podría detenerlos mientras estamos adentro.

—No sé si las escaleras. Y no podríamos encontrarlas sin la ayuda de la Voz, aunque existan. Podríamos subir a pie por la galería, pero...

—Sabemos que hay al menos dos partidas de caza batiendo la galería. Tal vez más. No.

—¿Entonces?

—¿Qué nos queda? —arrugó el ceño—. El hueco central.

Dirk se asomó por la baranda de hierro forjado; miró hacia arriba, luego hacia abajo, y tuvo la sensación de vértigo. El hueco central parecía interminable en ambas direcciones. Aunque había sólo dos kilómetros de la cima al pie, creaba la ilusión de una distancia infinita. Las corrientes ascendentes de aire tibio que servían para divertir a los residentes, también difundían por el hueco una neblina grisácea, y los balcones que formaban innumerables estrías en la circunferencia eran todos infatigablemente idénticos.

Gwen había sacado algo del sensor, un instrumento metálico plateado del tamaño de una palma. Se acercó a la baranda y lo arrojó al hueco. Los dos observaron cómo flotaba, giraba y lanzaba guiños de luz refleja flotando. Recorrió la mitad del diámetro del enorme cilindro antes de empezar a caer lenta y grácilmente sustentado por la masa de aire, una mota de polvo metálico bailando en la luz artificial. Transcurrieron siglos antes que lo tragara el abismo gris.

—Bien —dijo Gwen en cuanto el instrumento se perdió de vista—, la gravedad artificial sigue funcionando.

—Sí. Bretan no conoce bien la ciudad. Al menos, no lo suficiente —Dirk miró de nuevo hacia arriba—. Muy bien, en marcha. ¿Quién empieza?

—Los hombres primero —dijo ella. Dirk abrió la puerta del balcón y retrocedió hasta la pared. Se apartó un mechón de pelo de la frente, sacudió los hombros y se echó a correr, pateando con todas sus fuerzas al tocar el borde.

El salto lo impulsó hacia arriba. Por un segundo Dirk tuvo la sensación de caer, y el estómago se le encogió. Pero luego miró y vio y sintió, y en realidad no caía sino que volaba elevándose en el aire. Exultante, soltó una carcajada y levantó las manos, braceando con fuerza y cobrando velocidad. Las hileras de balcones vacíos pasaban de largo: un nivel, dos, cinco. Tarde o temprano empezaría a caer, un lento descenso en espiral hacia el abismo amortajado de gris, pero no tendría tiempo de bajar demasiado. El otro lado estaba a sólo treinta metros, una distancia fácil de atravesar con la gravedad artificial del hueco.

Finalmente se aproximó a la pared curva y rebotó contra una baranda de hierro negro, girando sobre sí mismo y rodando absurdamente hacia arriba antes de estirar el brazo y aferrar una barra del balcón inmediatamente superior al que había golpeado. Entrar no le costó ningún esfuerzo. Había subido once niveles. Sonriendo, extrañamente animado, se sentó y reunió fuerzas para un segundo brinco mientras observaba a Gwen, que ya lo había seguido volando como un pájaro grácil e imposible, la cabeza negra ondeando en el aire. Ella le ganó por dos niveles.

Cuando llegó al nivel 520 Dirk estaba magullado de tanto chocar contra las barandas de hierro, pero se sentía bien. Al emprender el último salto, el sexto, se resistía a llegar a su objetivo y volver a la gravedad normal, pero llegó. Gwen ya le estaba esperando, el sensor y el instrumental sujetos a la espalda, entre los omóplatos. Le dio una mano y le ayudó a encaramarse a la baranda.

Entraron en el ancho corredor que rodeaba el hueco central, donde los recibió la familiar penumbra azul. Los globos resplandecían lánguidamente en las intersecciones, donde largos pasajes rectos se alejaban del centro de la ciudad como rayos de una enorme rueda. Eligieron uno al azar y avanzaron rápidamente hacia la periferia. Era un trecho más largo de lo que Dirk había pensado. Cruzaron muchas intersecciones más (él dejó de contar al llegar a la cuarenta), todas idénticas, siempre pasando frente a puertas negras que sólo diferían en la numeración. Ninguno de los dos hablaba. La exaltación fugaz que había sentido Dirk, la dicha de volar, se fue tan pronto como había venido en cuanto caminaron por esa turbia media luz, y fue reemplazada por una vaga zozobra. Ruidos imaginarios atenaceaban los oídos de Dirk, aullidos distantes y las pisadas de los cazadores; los globos de luz más alejados parecían algo extraño y amenazador, los rincones oscuros se poblaban de acechanzas.

Pero no se toparon con nada ni con nadie; no eran más que trucos de su imaginación.

Sin embargo, los Braith habían estado ahí. Cerca de la periferia de Desafío, donde el corredor transversal se cruzaba con la galería exterior, encontraron uno de los vehículos neumáticos-balón que la Voz utilizaba para trasladar a los huéspedes. Estaba vacío y volcado, en parte sobre la alfombra azul y en parte sobre el impecable y frío suelo de plástico de la galería. Los dos se detuvieron, y mirándose a los ojos esbozaron un comentario sin palabras. Estos vehículos, recordó Dirk, no tenían mandos para los pasajeros; era la Voz que los conducía. Y ahí yacía uno, de lado, sin energía e inmóvil. También notó otro detalle. Cerca de una rueda trasera una mancha viscosa humedecía la alfombra azul.

—Vamos —susurró Gwen, y reanudaron la marcha por la galería silenciosa, con la esperanza de que los Braith que habían pasado por allí ya no pudieran oírlos.

La pista aérea y el aeromóvil estaban ahora muy cerca; sería una ironía cruel que no lo alcanzaran. Pero a Dirk le parecía que los pasos reverberaban con estrépito en la superficie dura del bulevar; sin duda el edificio entero podía oírlos, hasta Bretan Braith en el sótano más profundo. Y cuando llegaron al paso peatonal que atravesaba la franja de aceras mecánicas detenidas, los dos echaron a correr. Dirk no supo quién fue el primero, si él o Gwen. En un momento caminaban juntos, tratando de avanzar lo más rápido posible sin hacer ruido; de golpe estaban corriendo.

Cruzaron la galería. Un corredor sin alfombrar, dos vueltas, un portón empecinado en no abrirse. Al fin Dirk le dio un empujón con el hombro magullado, y él y el portón lanzaron un gemido de protesta. Se abrió, y estaban de nuevo en la pista aérea del nivel 520 de Desafío.

La noche era fría y oscura. El eterno y gemebundo viento de Worlorn azotaba la torre emereli, y apenas una estrella titilaba en el rectángulo largo y bajo que enmarcaba el cielo de los mundos exteriores. Adentro, la pista era igualmente negra.

Cuando entraron no se encendió ninguna luz.

Pero el aeromóvil seguía allí, acurrucado en las tinieblas como una criatura viviente, como el banshi al que se asemejaba. Y no había ningún Braith custodiándolo.

Se acercaron. Gwen tomó el sensor y el instrumental y los depositó en el asiento trasero, al lado de los aeropatines. Dirk, de pie junto al vehículo, la observaba tiritando; ya no tenía el gabán de Ruark, y la noche estaba helada.

Gwen tocó una clavija del panel de instrumentos y en el centro de la parte superior del aeromóvil se abrió una ranura negra. Varios paneles metálicos se corrieron hacia atrás y hacia arriba, y las entrañas de la máquina kavalár quedaron expuestas. Ella se acercó al frente y encendió una luz en la cara interior de uno de los paneles. Dirk vio que el otro panel estaba cubierto de herramientas metálicas con agarraderas.

Gwen, de pie en un estanque de luz amarilla, estudiaba el intrincado mecanismo. Dirk se le acercó. Finalmente, ella meneó la cabeza.

—No —dijo con voz fatigada—. No funcionará.

—Podemos sacar energía del control de gravedad. Ahí tienes las herramientas —sugirió Dirk.

—No sé bien cómo usarlas —dijo Gwen—. Un poco, sí. Tenía esperanzas de poder arreglármelas... Pero no. No es sólo un problema de alimentación. Los láseres de las alas ni siquiera están conectados. Por lo que pueden servirnos, daría lo mismo que fueran de adorno —se volvió hacia Dirk—. Supongo que tú no...

—No.

—Comprendo. Entonces no tenemos armas.

Dirk miró, más allá del aeromóvil, el cielo desnudo de Worlorn.

—Podríamos volar fuera de aquí.

Gwen tomó los paneles, uno en cada mano, y los cerró simultáneamente. El banshi recobró su aspecto temible.

—No —replicó ella con voz inexpresiva—. Recuerda lo que dijiste. Los Braith estarán afuera. Sus coches están armados. No tendríamos la menor oportunidad. No —pasó al lado de Dirk y se metió en el aeromóvil.

Al cabo de un rato él la siguió. Se despatarró en el asiento a mirar la estrella solitaria que tachonaba el frío cielo nocturno. Sabía que estaba muy cansado, y también que ese agotamiento no era meramente físico. Desde su llegada a Desafío las emociones lo habían hostigado como olas derrumbándose sobre la playa, una tras de otra. Pero de pronto, el océano parecía haberse evaporado. No había más oleaje.

—Supongo que antes tenías razón, en el corredor —dijo con voz cavilosa e introspectiva, sin mirar a Gwen.

—¿Razón?

—En cuanto a mi egoísmo. En cuanto... bueno..., a que yo no soy un caballero blanco.

—¿Un caballero blanco?

—Como Jaan. Tal vez nunca fui un caballero blanco. Pero en Avalon me gustaba pensar que lo era. Me creía cosas. Ahora casi ni me acuerdo de qué. Salvo tú, Jenny. A ti te recordé. Por eso fue que..., bueno, tú me entiendes. En estos siete años hice cosas, nada terrible, ¿sabes? Pero cosas que nunca habría hecho en Avalon. Me porté como un cínico, un egoísta. Pero hasta ahora nadie ha muerto por mi culpa.

—No te maltrates tanto, Dirk —dijo ella, también con la voz fatigada—. No es elegante.

—Quiero hacer algo —dijo Dirk—. Es necesario. No puedo... Bueno, tenías razón.

—No podemos hacer nada, salvo correr y morir. Y eso no ayudará a nadie. No

tenemos armas.

Dirk rió con amargura.

—Entonces, esperamos que Jaan y Garse vengan a salvarnos, y después... Nuestro reencuentro no duró demasiado, ¿verdad?

Ella se inclinó hacia adelante, sin responder. Apoyó la cabeza en el antebrazo, sobre el panel de instrumentos. Dirk la miró de soslayo, y luego miró de nuevo hacia afuera. Aún tiritaba de frío, pero en cierto modo no le importaba.

Permanecieron así, en silencio.

Hasta que de repente Dirk se volvió y apoyó una mano en el hombro de Gwen.

—El arma —dijo, extrañamente animado—. Jaan dijo que teníamos un arma.

—Los láseres del aeromóvil —dijo Gwen—. Pero...

—No —dijo Dirk, con una súbita sonrisa—. ¡No, no, no!

—¿A qué otra cosa iba a referirse?

Por toda respuesta, Dirk tendió el brazo y puso en marcha los elevadores del coche, y el banshi de metal gris despertó a la vida y se elevó ligeramente.

—El aeromóvil —dijo—. El aeromóvil mismo.

—Los Braith esperan afuera con aeromóviles, también. Pero *armados*.

—Así es. Pero Jaan y yo no hablábamos de los que esperan afuera, sino de las partidas de caza de *adentro*, las que merodean por el edificio matando gente.

Una sonrisa iluminó de repente la cara de Gwen.

—Claro —exclamó con entusiasmo; tocó los mandos y el banshi gruñó, y desde la parte inferior del fuselaje unas brillantes columnas de luz blanca hendieron la oscuridad.

Mientras ella maniobraba a medio metro del suelo, Dirk se apeó de un brinco, corrió hacia la puerta maltrecha y valiéndose de su hombro igualmente maltrecho, abrió un segundo panel para dejar paso al aeromóvil. Luego Gwen se acercó con la raya metálica y Dirk volvió a subir.

Poco después flotaban sobre el bulevar de la galería, cerca del coche volcado. Los haces de los faros delanteros barrieron las aceras mecánicas detenidas y apuntaron directamente hacia adelante, alumbrando el camino que los conduciría cuesta abajo bordeando la alta torre de Desafío.

—Como verás —dijo Gwen antes de arrancar—, estamos en el carril de ascenso. A los que bajan les corresponde el otro lado de la franja intermedia.

—Sin duda esto está prohibido por las normas de di-Emerel —sonrió Dirk—. Pero no creo que a la Voz le importe demasiado.

Gwen le devolvió la sonrisa y puso el vehículo en marcha. La raya metálica arrancó de un brinco y aceleró. Luego se deslizaron calle abajo por la penumbra gris, cada vez más rápido, Gwen pálida y tensa, Dirk observando ociosamente los números indicadores mientras pasaban un corredor tras de otro.

Oyeron a los Braith mucho antes de verlos: de nuevo los aullidos, esos ladridos chillones y salvajes que no se parecían a los de ningún perro que Dirk conociera, multiplicados por los ecos que reverberaban en la galería. Cuando oyó a la jauría, Dirk estiró la mano y apagó los faros. Gwen lo interrogó con la mirada.

—No hacemos mucho ruido —explicó él—. Con los ladridos de los perros y sus propios gritos, no podrán oírnos. Pero podrían ver la luz que se acerca, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dijo ella.

Nada más. Estaba concentrada en los mandos. Dirk la observó bajo la luz pálida y gris de la galería. Los ojos de Gwen eran nuevamente de jade, duros y lustrosos, tan feroces como a veces los de Garse Janacek. Finalmente ella tenía el arma deseada, y los cazadores kavalares estaban a poca distancia.

Cerca del nivel 497 sobrevolaron unos jirones de tela desgarrada que aletearon succionados por el viento del aeromóvil. Un retazo mayor que los otros siguió tendido en el centro del bulevar; los restos de un gabán castaño reducido a hilachas.

Adelante, los aullidos eran cada vez más intensos.

Una sonrisa fugaz cruzó los labios de Gwen. Dirk la vio, y recordó intrigado a la dulce Jenny de Avalon.

Luego vieron las figuras, formas negras y pequeñas en la galería en sombras, formas que crecían con rapidez, convirtiéndose en hombres y perros a medida que la raya metálica corría hacia ellos. Cinco de los enormes sabuesos bajaban libremente por el bulevar, a la zaga de un sexto, mayor que todos ellos, sujeto de dos gruesas cadenas negras. Dos hombres empuñaban las cadenas y se bamboleaban siguiendo a la jauría guiada por ese líder descomunal.

Las figuras crecían de tamaño con increíble celeridad. Los sabuesos fueron los primeros en oír al aeromóvil. El líder se volvió bruscamente y el tirón arrancó la cadena de manos de un cazador. De los otros sabuesos, tres se dieron vuelta con un gruñido y un cuarto corrió cuesta arriba al encuentro del vehículo; los hombres titubearon un instante. Uno estaba enredado en la cadena que el perro líder le había obligado a soltar. El otro, con las manos vacías, se tanteó la cadera en busca de un arma.

Gwen encendió las luces. En la penumbra, los ojos de la raya metálica eran enneguecedores.

El aeromóvil les alcanzó.

Las impresiones rodaron sobre Dirk, una tras de otra. Un aullido persistente de pronto se angostó en un aullido de dolor; la raya se sacudió con el impacto. El fulgor de unos ojos rojos y feroces, una cara de rata y dientes amarillos y babeantes, luego otro impacto, otro sacudón, un chasquido. Más impactos, ruidos viscosos y blandos: uno, dos, tres. Un chillido, un chillido muy humano, luego un hombre perfilado contra el haz de luz blanca. Parecía que no lo alcanzaban nunca. Era un hombre

robusto y macizo, alguien que Dirk no conocía, con pantalones gruesos y chaqueta tornasolada que mudaba de color a la luz de los faros. Se cubría los ojos con una mano, con la otra empuñaba una inútil pistola láser y Dirk pudo verle el brazalete metálico en el antebrazo. La melena blanca le cubría los hombros.

Luego, súbitamente, tras de una eternidad de inmovilidad aparente, el hombre desapareció. La raya metálica se sacudió de nuevo, y Dirk saltó en el asiento. Adelante sólo quedaba un vacío gris: el interminable bulevar curvo.

Detrás (Dirk se volvió para mirar), un sabueso les perseguía haciendo trepidar las cadenas. Pero de a poco se empequeñeció. Formas oscuras constelaban la calle de plástico. En cuanto Dirk se puso a contarlas, desaparecieron. Una vibración luminosa hendió el aire sin alcanzarlos.

Poco después estaban nuevamente solos, y no se oía más que el susurro del aire que surcaban. Gwen tenía la cara rígida, las manos firmes. Las de Dirk temblaban.

—Creo que lo matamos —dijo.

—Sí —respondió Gwen—. Y también a algunos sabuesos —calló un instante, luego añadió—: Creo que se llamaba Teraan Braith no-sé-cuánto.

Los dos callaron. Gwen volvió a apagar los faros delanteros.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Dirk.

—Adelante hay más —dijo ella—. Recuerda el alarido que oímos...

—Sí —pareció reflexionar—. ¿El coche puede soportar más colisiones?

Ella sonrió apenas.

—Ah —dijo—. El código kavalari incluye los duelos aéreos. A menudo las armas elegidas son los aeromóviles. Son aparatos muy fuertes. Este está diseñado para resistir disparos de láser el mayor tiempo posible. El blindaje... ¿Necesitas que continúe?

—No —hizo una pausa—. Gwen...

—¿Sí?

—No mates a ninguno más.

Ella lo miró de reojo.

—Van detrás de los emereli, y de cualquier infeliz que se haya quedado en Desafío. Nos cazarían sin el menor escrúpulo —dijo Gwen.

—Aun así. Podemos ahuyentarlos, ganar tiempo. Jaan no tardará en llegar. No es necesario matar a nadie.

Ella suspiró y disminuyó la velocidad.

—Dirk —empezó; luego vio algo en el camino y redujo la velocidad al mínimo—. Mira —dijo, señalando.

La luz era tan escasa que costaba distinguir nada con claridad. Hasta que se acercaron más, y pudieron ver un cadáver, o los restos de un cadáver; un guiñapo rígido en medio de la galería, trozos de carne esparcidos alrededor, sangre seca y

negra pegoteada en el plástico.

—Esa tiene que ser la víctima que oímos antes —explicó Gwen sin alterarse—. Los cazadores de Cuasi-hombres no comen sus presas, ¿sabes? Seré breve. Según ellos, estas criaturas sub-humanas son de una especie animal sin conciencia. Pero pese a esa creencia, hasta ellos temen comportarse como caníbales, y no los comen. Aun en los viejos tiempos, en el Alto Kavalaan de la edad oscura, los cazadores nunca comían la carne de los Cuasi-hombres que abatían. La dejaban para los dioses, para las mariposas de carroña, para los escarabajos de arena. Después de tirar una porción a los sabuesos, como recompensa, claro está. Sin embargo, los cazadores se llevan un trofeo. La cabeza. ¿Ves el tronco del cadáver? Muéstrame la cabeza.

Dirk sintió náuseas.

—También la piel —continuó Gwen—. Llevan cuchillas para desollar a las víctimas. O las llevaban. Recuérdalo, hace generaciones que la cacería de Cuasi-hombres está prohibida en Alto Kavalaan. Hasta el consejo de altoseñores de Braith se ha pronunciado en contra. Las matanzas que se siguieron haciendo eran subrepticias; los cazadores tenían que esconder los trofeos, salvo para exhibirlos ante sus colegas, tal vez. Aquí, en fin, sólo te diré que Jaan supone que los Braith permanecerán en Worlorn todo lo posible. Según me dijo, hablan de renunciar a Braith, de traer a sus *betheyns* de Alto Kavalaan para formar aquí una nueva coalición, una congregación que resucitará las viejas costumbres, las tradiciones más sanguinarias. Por un tiempo, un año o dos o diez, mientras el estratoescudo toberiano siga conservando el calor. Lorimaar alto-Larteyn y sus secuaces, sin nadie que los contenga.

—¡Sería una locura!

—Tal vez. Eso no los detendrá. Si Jaantony y Garse se fueran mañana, empezarían inmediatamente. La presencia de Jadehierro los refrena. Temen que si ellos y los otros tradicionalistas Braith forman un contingente para venir aquí, la facción progresista de Jadehierro también envíe un contingente. No tendrían nada que cazar, y ellos y los hijos afrontarían una vida breve y difícil en un mundo agonizante, sin gozar siquiera de sus placeres predilectos, las alegrías de la altacaza. No —se encogió de hombros—. Pero aun así hay salas de trofeos en Larteyn. Lorimaar alardea de tener cinco cabezas, y se dice que posee dos chaquetas de piel de Cuasi-hombre. Nunca las usa. Jaan lo mataría.

Puso el aeromóvil en marcha y aceleró.

—Ahora bien —dijo—, ¿todavía quieres que me desvíe la próxima vez que nos topemos con alguno? ¿Ahora que sabes lo que son?

Dirk no respondió.

Poco después volvieron a oír ruidos abajo, los aullidos y los gritos que retumbaban en la galería desierta. Encontraron otro vehículo volcado, las enormes

llantas desinfladas y desgarradas. Gwen tuvo que virar para evitarlo. Al cabo se toparon con un armazón de metal negro que les bloqueaba el paso, un imponente robot con cuatro brazos tensos paralizados encima de la cabeza en posturas grotescas. La parte superior del torso era un cilindro oscuro tachonado de ojos de cristal; la parte inferior era una base del tamaño de un aeromóvil, con ruedas.

—Un guardián —dijo Gwen mientras pasaban junto al rígido cadáver mecánico; Dirk notó que las manos habían sido arrancadas de los brazos y el cuerpo estaba acribillado por disparos de láser.

—¿Luchó contra ellos? —preguntó.

—Probablemente —repuso Gwen—. Lo que significa que la Voz sigue con vida, que aún controla algunas funciones. Tal vez por eso no hemos recibido más noticias de Bretan Braith. Es probable que allá abajo tengan problemas; quizá la Voz ha llamado a los guardianes para proteger las funciones vitales de la ciudad —se encogió de hombros—. Pero no tiene importancia. Los emereli no están de acuerdo con la violencia. Los guardianes son instrumentos de contención. Disparan dardos somníferos, y creo que pueden exhalar también gases lacrimógenos por ese enrejado que tienen en la base. Los Braith llevan las de ganar.

El robot ya se había perdido de vista, y la galería estaba desierta otra vez. Adelante, el bullicio se intensificó.

Esta vez Dirk no hizo comentarios cuando Gwen se abalanzó calle abajo con las luces encendidas y los chillidos e impactos se sucedieron uno tras de otro. Alcanzaron a los dos cazadores Braith, aunque luego Gwen dijo que no estaba segura de haber matado al segundo. Le habían rozado y lanzado a un costado, contra uno de los sabuesos.

Y a Dirk la voz se le ahogó en la garganta, pues cuando el hombre trastabilló y rodó a la derecha del vehículo, soltó lo que llevaba en la mano: un objeto que voló por el aire y se estrelló contra el escaparate de una tienda, deslizándose al suelo como una babosa sangrienta. Dirk notó que el cazador lo aferraba del pelo.

El camino en tirabuzón descendía progresivamente alrededor de la torre de Desafío. Les llevó más tiempo del que Dirk hubiera imaginado bajar del nivel 388 (donde sorprendieron a la segunda partida), hasta el nivel uno. Un largo vuelo en medio de un silencio gris.

No tropezaron con nadie más, ni kavalares ni emereli.

En el nivel 120 un guardián solitario les bloqueó el camino, enfocándolos con sus múltiples ojos pálidos y ordenándoles que se detuvieran, con la Voz siempre serena y cordial de Desafío. Pero Gwen no disminuyó la velocidad, y el guardián rodó fuera del camino sin disparar dardos ni exhalar gases. Las órdenes retumbantes del robot los persiguieron en la galería.

En el nivel cincuenta y siete la luz borrosa titiló y se apagó, y por un instante volaron a oscuras. Entonces Gwen encendió los faros y redujo un poco la velocidad. Ninguno de los dos habló, pero Dirk pensó en Bretan Braith, y por un instante se preguntó si las luces habrían fallado o las habrían cortado los kavalares. Se inclinó por esta última posibilidad; alguno de los sobrevivientes habría llamado al fin a sus hermanos de clan.

En el nivel uno la galería terminaba en una espaciosa avenida y una calle circular. No se veía demasiado, salvo donde los haces de los faros arrancaban formas sobresaltadas al océano de negrura que les rodeaba. El centro de la avenida parecía una especie de árbol. Dirk entrevió un tronco macizo y nudoso, una suerte de pared de madera, y oyeron en lo alto el susurro de las hojas. El camino giraba en torno del árbol, y se encontraba consigo mismo. Gwen dio toda la vuelta.

En el otro extremo del árbol había una puerta ancha que se abría a la noche. Dirk sintió el viento en la cara y comprendió por qué se agitaban las hojas. Cuando pasaron de largo frente a la puerta, echó una ojeada. Más allá, una carretera blanca se alejaba de Desafío.

Y por esa carretera, un aeromóvil se desplazaba velozmente hacia la ciudad. Hacia ellos. Dirk lo atisbo sólo un instante. Era una máquina oscura (aunque todo era oscuro en las noches de ese mundo), y metálica. Una espantosa bestia kavalare que no llegó a identificar siquiera.

Pero sin duda, no pertenecía a Jadehierro.

Capítulo 9

—Lo hemos logrado —dijo secamente Gwen, después que pasaron frente a la puerta —. Ahora nos siguen a nosotros.

—¿Nos habrán visto?

—Sin duda, han visto la luz de los faros cuando pasamos frente a la entrada. Es casi seguro.

Una espesa oscuridad les rodeaba por todas partes, y aún se oía el susurro de las hojas.

—¿Corremos?

—Seguro que los láseres del coche de ellos funcionan, no como el nuestro... La única salida posible es la galería exterior. El aeromóvil de los Braith nos perseguirá, y los cazadores nos estarán esperando afuera. Sólo hemos matado a dos, tal vez a tres. Debe haber varios más. Estamos atrapados, Dirk.

—Podemos rodear nuevamente el árbol, y en cuanto hayan entrado, salir por la puerta.

—No está mal. Pero es demasiado obvio. Habrá otro aeromóvil esperándonos, supongo. Tengo una idea mejor —mientras hablaba, disminuyó la velocidad y frenó; inmediatamente delante de ellos el camino se bifurcaba, bañado por la luz brillante de los faros. A la izquierda seguía la calle circular; a la derecha, la galería exterior iniciaba su ascenso de dos kilómetros.

Gwen apagó las luces y la oscuridad los engulló. Cuando Dirk trató de hablar, ella lo silenció con un chistido. El mundo estaba muy negro. Dirk se sentía ciego. Gwen y el aeromóvil y Desafío, todo se había evaporado. Oyó el murmullo de las hojas y creyó oír que el aeromóvil de los Braith se acercaba. Pero eso debía de ser su imaginación, pues de lo contrario ya habría visto los faros.

Tenía la sensación de hamacarse suavemente, como si estuviera en un bote pequeño. Algo duro le rozó el hombro y se sobresaltó, luego sintió que algo similar le rozaba la cara. Hojas.

Estaban elevándose hacia el tupido follaje de la copa ancha y baja del árbol emereli.

Una rama se arqueó hacia abajo y luego brincó con fuerza, azotándole la mejilla y abriéndole un surco de sangre. Las hojas lo apretujaban. Finalmente un ruido seco anunció que las alas de la raya metálica habían golpeado un tronco más grueso. No podían elevarse más. Flotaban a ciegas, envueltos por la oscuridad y el invisible follaje.

Poco después una luz borrosa relampagueó fugazmente abajo, doblando a la derecha para ascender por la galería. En cuanto desapareció, otra luz relumbró a la izquierda, viró bruscamente en la bifurcación y siguió a la primera. Dirk agradeció

que Gwen hubiera ignorado su sugerencia.

Flotaron entre las hojas por un período interminable, pero no aparecieron más vehículos. Finalmente Gwen descendió de nuevo al camino.

—El engaño no durará demasiado —dijo—. En cuanto el cerco se cierre y no nos encuentren, les llamará la atención.

Dirk se secaba la mejilla con el faldón de la camisa. En cuanto se hubo cerciorado de que el hilillo de sangre estaba seco, se volvió hacia Gwen, sin verla todavía.

—De modo que nos perseguirán —dijo—. Perfecto. Mientras se ocupan de averiguar adonde hemos ido, no matarán más emereli. Y Jaan y Garse no tardarán en llegar. Creo que ya es hora de ocultarnos.

—Ocultarnos o huir —respondió Gwen desde la oscuridad; aún no había encendido los faros del aeromóvil.

—Tengo una idea —dijo Dirk; se tocó nuevamente la mejilla y luego, satisfecho, se bajó el faldón de la camisa—. Mientras dabas la vuelta vislumbré algo. Una rampa y un letrero. La vi apenas, a la luz de los faros, pero me refrescó la memoria. Worlorn tiene una red de subterráneos, ¿verdad? ¿Comunica una ciudad con otra?

—Sí, pero está desmantelada.

—¿Seguro? Sé que los trenes no funcionan, ¿pero los túneles? ¿Los rellenaron, acaso?

—No sé. No lo creo —de pronto los faros del aeromóvil despertaron a la vida y el repentino resplandor encandiló a Dirk—. Muéstrame el letrero —dijo Gwen, y una vez más iniciaron la recorrida alrededor del árbol.

Era una entrada al subterráneo, como había sospechado Dirk. Una rampa poco empinada descendía a la oscuridad. Gwen detuvo el coche y desde el aire iluminó el letrero con los faros.

—Tendremos que abandonar el aeromóvil —dijo al fin—. Nuestra única arma.

—Sí —dijo Dirk; la entrada era demasiado estrecha para la raya metálica; obviamente los constructores no habían tenido en cuenta la posibilidad de atravesar los túneles volando—. Pero quizá sea mejor. No podemos irnos de Desafío, y dentro de la ciudad el coche limita bastante nuestra movilidad, ¿no te parece? —Gwen no respondió de inmediato, y él se frotó las sienes fatigosamente—. A mí me parece una buena idea, pero me cuesta pensar con claridad. Estoy cansado y probablemente estaría asustado si me detuviera a pensar acerca de todo esto. Estoy lleno de cortes y magulladuras...

—Bien —dijo Gwen—, en ese caso valdría la pena intentarlo. El subterráneo nos permitirá alejarnos de Desafío unos kilómetros, y dormir. No creo que a los Braith se les ocurra buscarnos en los túneles.

—Está decidido, entonces —dijo Dirk.

Se prepararon muy metódicamente. Gwen acercó el aeromóvil a la rampa

subterránea y tomó el sensor y el instrumental de campo del asiento trasero. También tomaron los aeropatines y se descalzaron para ponerse las botas de vuelo. Y entre las herramientas sujetas a la parte inferior del fuselaje había una pequeña linterna manual, una vara de plástico y metal de treinta centímetros de largo que irradiaba una luz pálida y blanca.

Cuando estuvieron preparados, se rociaron nuevamente con el líquido para eliminar olores corporales; luego Gwen le indicó a Dirk que la esperara en la entrada del subterráneo, y llevó el aeromóvil a la calle circular para dejarlo en medio del camino, cerca de uno de los corredores más amplios del primer nivel. Los Braith pensarían que se habían internado en los intrincados laberintos de Desafío; tendrían bastante para registrar.

Dirk esperó en la oscuridad mientras Gwen regresaba a pie, alumbrándose con la linterna. Luego bajaron juntos la rampa de la terminal subterránea abandonada. El descenso fue más largo de lo que Dirk habría imaginado. Bajaron por lo menos dos niveles, calculó, caminando en silencio mientras la linterna iluminaba lisas paredes azul pastel. Pensó en Bretan Braith, casi cincuenta niveles más abajo, y por un momento tuvo la descabellada esperanza de que los trenes funcionaran todavía, pues en realidad estaban fuera del radio de la ciudad emereli y por lo tanto al alcance de Bretan.

Pero desde luego, el sistema de subterráneos estaba fuera de servicio desde antes que Bretan y los otros Braith hubieran llegado a Worlorn; abajo sólo encontraron un espacioso andén y enormes túneles de piedra que se perdían en el infinito. En las tinieblas el infinito parecía fácil de alcanzar. La estación terminal estaba en silencio, y ese silencio parecía más fúnebre que el de los callados corredores de Desafío. Era como caminar en una cripta. Había polvo por todas partes. La Voz había dado cuenta del polvo de Desafío, advirtió Dirk, pero los subterráneos no pertenecían a Desafío ni eran obra de di-Emerel. Mientras caminaban, las pisadas retumbaban ominosamente.

Antes que entraran en los túneles, Gwen estudió cuidadosamente un mapa del sistema.

—Aquí hay dos ramales —dijo, susurrando involuntariamente—. Uno conecta todas las ciudades del Festival. Al parecer los trenes circulaban en ambas direcciones. El otro ramal une a Desafío con el puerto espacial. Cada ciudad estaba unida al puerto espacial por un servicio independiente. ¿Por cuál vamos?

Dirk estaba exhausto e irritable.

—Me da lo mismo —dijo—. ¿Cuál es la diferencia? De todos modos no podremos llegar a la próxima ciudad. Ni aun con los aeropatines... Las distancias son muy grandes.

Gwen cabeceó pensativamente, sin dejar de mirar el mapa.

—Doscientos treinta kilómetros hasta Esvoc, en una dirección. Trescientos

ochenta hasta Kryne Lainiya en la otra. Más que al puerto espacial. Creo que tienes razón —se encogió de hombros y se volvió para escoger una dirección al azar—. Por allá.

Tenían que alejarse cuanto antes. Sentados en el borde del andén, sujetaron las botas a la plataforma de tejido metálico de los aeroplatines, luego partieron lentamente en la dirección elegida por Gwen. Ella iba primero, volando a veinte centímetros del suelo y acariciando ligeramente la pared del túnel con la mano izquierda. En la derecha llevaba la linterna. Dirk iba detrás, volando un poco más alto para ver por encima del hombro de ella. El túnel que habían elegido trazaba una curva amplia y suave, virando imperceptiblemente hacia la izquierda. No había nada que ver, nada que llamara la atención. A veces Dirk perdía por completo la noción de movimiento, tan parejo y monótono era el vuelo. Luego le pareció que él y Gwen flotaban en un limbo atemporal mientras las paredes se deslizaban velozmente hacia atrás.

Pero al fin, tras haber recorrido unos tres kilómetros, descendieron al suelo del túnel y se detuvieron. Ya ninguno de los dos tenía nada que decir. Gwen apoyó la linterna contra una áspera pared de piedra y los dos, sentándose en la suciedad, se quitaron las botas. En silencio ella se desabrochó el instrumental y utilizó el sensor como almohada. No bien apoyó la cabeza se quedó dormida. Y aislada de Dirk.

Lo dejó a solas.

Pese a que aún estaba abrumado por la fatiga, Dirk no atinaba a conciliar el sueño. Sentado en el borde del pequeño círculo de luz pálida (Gwen había dejado la linterna encendida), observó a Gwen, la veía respirar, veía el juego de sombras en las mejillas y la cabellera negra mientras Gwen se agitaba en sueños. Advirtió la distancia que le separaba de ella, y recordó que desde que habían salido de Desafío no se habían tocado ni hablado. No se detuvo a pensarlo; tenía la mente demasiado obnubilada por el cansancio y el miedo a pensar. Pero lo sentía como un peso en el pecho, y la oscuridad le agobiaba en ese hueco largo y polvoriento en las entrañas del mundo.

Finalmente apagó la linterna y su Jenny desapareció de su vista. Trató de dormir. Al final le venció el sueño, pero le acosaron las pesadillas. Soñó que estaba con Gwen, besándola y abrazándola. Pero cuando le besaba los labios, ya no era Gwen; estaba besando a Bretan Braith, los labios duros y secos de Bretan, cuyo ojo de piedraviva destellaba en las tinieblas.

Y después volvía a correr. Corría por un túnel interminable que no conducía a ninguna parte. Pero detrás oía el gorgoteo del agua, y cuando miraba por encima del hombro creía entrever un barquero solitario impulsando una barcaza vacía con una pértiga. El barquero bogaba por una corriente negra y aceitosa, y Dirk corría sobre piedras secas. Pero en el sueño, todo parecía coherente. Corría sin cesar, pero la barca se acercaba cada vez más, y al fin Dirk veía que el barquero era un hombre sin rostro.

Después sobrevino la calma, y Dirk no volvió a soñar en el resto de esa larga noche.

Una luz brillaba donde no debía haber luz. Le llegó a través de los párpados cerrados y el sueño: un resplandor trémulo y amarillo que se acercaba y retrocedía. Al principio Dirk apenas percibió esa presencia que le invadía el sueño tan duramente ganado. Murmuró y rodó sobre sí mismo. Oyó voces, y alguien soltó una breve y áspera carcajada. Dirk la ignoró.

Luego le patearon la cara con fuerza.

La cabeza se le inclinó a un costado y las cadenas del sueño se partieron en un espasmo de dolor. Desorientado y aturdido, sin saber dónde estaba, hizo un esfuerzo por levantarse. Le ardían las sienes. Todo brillaba demasiado. Se cubrió los ojos con el brazo para resguardarse de la luz y protegerse de otro puntapié. Estalló otra carcajada.

De a poco, el mundo cobró forma. Eran Braith, por supuesto.

Uno de ellos, un hombre huesudo y desmañado con una ensortijada cabellera negra, estaba de pie en un extremo del túnel, aferrando a Gwen con una mano y una pistola láser con la otra. Llevaba otro láser, un rifle en bandolera, sujeto a una correa. A Gwen le habían atado las manos a la espalda, ella miraba al suelo en silencio.

El Braith que estaba junto a Dirk no empuñaba su láser pero en la mano izquierda tenía una antorcha muy potente que inundaba el túnel de luz amarilla. El resplandor de la antorcha impedía distinguirle las facciones con claridad, pero Dirk notó que era alto y corpulento, y al parecer, calvo como un huevo.

—Al fin nos prestas atención —dijo el hombre de la antorcha; el otro rió, la misma risa que Dirk había oído antes.

Dirk se incorporó dificultosamente y retrocedió un paso, alejándose de los kavalares. Se reclinó contra la pared del túnel y procuró enderezarse, pero el cráneo parecía rajársele y la escena era borrosa. El calor de la luz de la antorcha le mordía los ojos.

—Lastimaste a la presa, Pyr —comentó el Braith del láser desde el otro lado del túnel.

—Espero que no demasiado —replicó el otro.

—¿Van a matarme? —preguntó Dirk con notable serenidad, sin haber reparado demasiado en lo que preguntaba. Finalmente empezaba a recobrase del golpe.

Gwen alzó los ojos cuando él habló.

—Eventualmente te matarán —dijo con voz desolada—. No será una muerte fácil. Lo siento, Dirk.

—Silencio, *perra-betheyn* —dijo el hombre robusto, el llamado Pyr; Dirk recordaba vagamente haber oído ese nombre. El hombre miró de soslayo a Gwen,

luego se volvió nuevamente hacia Dirk.

—¿A qué se refiere ella? —preguntó nerviosamente Dirk apretándose con fuerza contra la piedra. Con disimulo, trató de poner sus músculos en tensión; Pyr estaba a menos de un metro, erguido con arrogancia. Parecía desprevenido, pero Dirk no estaba seguro de que esa impresión fuera cierta. El hombre alzaba la antorcha con la mano izquierda, pero en la derecha sostenía otra cosa, un bastón de un metro de largo, de madera oscura, con un puño redondo en un extremo y una hoja metálica en el otro. Lo asía descuidadamente por el medio, entre los dedos, golpeteándose rítmicamente la pierna.

—Nos has brindado una cacería muy excitante, Cuasi-hombre —dijo Pyr—. No lo digo porque sí ni por bromear. Hay pocos que me igualen en la antigua altacaza. Nadie me supera. El mismo Lorimaar alto-Braith Arkellor tiene solamente la mitad de los trofeos que yo he ganado. Así es que cuando te digo que esta cacería ha sido extraordinaria, sabes que digo la verdad. Me alegra que no haya concluido.

—¿Qué? ¿No ha concluido? —preguntó Dirk mientras pensaba que lo tenía tan cerca como para intentar atacarle cubriéndose del láser con el cuerpo de Pyr. Y tal vez pudiera adueñarse del bastón, e incluso de la pistola que Pyr llevaba en la funda.

—No tiene mérito capturar a un Cuasi-hombre dormido, ni es honorable. Volverás a correr, Dirk t'Larien.

—Te convertirá en su *korariel* personal —dijo airadamente Gwen, mirando a los dos Braith con aire desafiante—. Nadie podrá cazarte, salvo él y su *teyn*.

—¡Silencio, dije! —volvió a advertirle Pyr, encarándola.

Ella le soltó una carcajada, y continuó:

—Conociendo a Pyr, será una cacería muy tradicional. Te dejarán libre en el bosque, probablemente desnudo. Estos dos dejarán de lado los láseres y los aeromóviles y te perseguirán a pie, con cuchillos y espadas arrojadizas y sabuesos. Después que me entreguen a mis amos, por supuesto.

Pyr frunció el ceño. El otro Braith levantó la pistola y cruzó la boca de Gwen de un culatazo.

Dirk endureció sus músculos, titubeó un instante y saltó. Hasta un metro era demasiado; Pyr se volvió hacia él con una sonrisa, levantó el bastón con formidable celeridad y hundió el puño de madera en el vientre de Dirk, que trastabilló, se irguió y procuró reiniciar el ataque. Pyr retrocedió desdeñosamente y le asestó otro bastonazo en la entrepierna. Dirk sintió que el mundo se disolvía en una bruma roja.

Vagamente advirtió que Pyr se le acercaba mientras él yacía tendido. El Braith le golpeó por tercera vez, casi con resignación, en el costado de la cabeza. Dirk se desvaneció.

Dolor. Fue lo primero que sintió. Era lo único que sentía. Dolor. La cabeza le giraba y

palpitaba y temblaba, llevada por un ritmo extraño; el estómago también le dolía, y más abajo sentía las carnes entumecidas. El aturdimiento y el dolor eran los límites del mundo de Dirk. Por un momento larguísimo, eso fue todo.

De a poco recobró el conocimiento, aunque borrosamente. Empezó a notar cosas. Ante todo el dolor, que lo invadía en oleadas. De arriba abajo, de arriba abajo. Yacía sobre algo. Lo arrastraban o lo llevaban. Movi6 las manos, o lo intent6. Era dif6cil. El dolor parec6a barrer con todas las sensaciones normales. Ten6a la boca llena de sangre. Los o6dos zumbaban, ard6an, vibraban.

S6. Lo estaban llevando. Hab6a voces; o6a voces que hablaban y zumbaban. Las palabras no le resultaban claras. Adelante, en alguna parte, una luz bailoteaba y se agitaba; el resto era una bruma gris.

De a poco el zumbido se disip6. Finalmente pudo distinguir las palabras.

—...no le gustar6 —dijo una voz desconocida; al menos no cre6a conocerla, era dif6cil saberlo, todo parec6a tan distante y 6l se bamboleaba, y el dolor se iba y ven6a, una vez, y otra, y otra...

—S6 —dijo otra voz, hueca, firme, en6rgica.

M6s zumbidos. Varias voces al mismo tiempo. Dirk no entendi6 nada. Luego un hombre hizo callar a los otros.

—Basta —dijo; esta voz era a6n m6s remota que las otras dos, ven6a desde la luz que bailoteaba. ¿Pyr? S6, Pyr—. No temo a Bretan Braith Lantry, Rosef. Olvidas quien soy. Yo hab6a capturado tres cabezas cuando Bretan Braith a6n era un ni6o de pecho. El Cuasi-hombre me pertenece, seg6n las antiguas normas.

—De acuerdo —replic6 la primera voz—. Si lo hubieras capturado en los t6neles, nadie te negar6a ese derecho. Pero no fue as6.

—Quiero una cacer6a tradicional, al viejo estilo.

Alguien farfull6 algo en kavalan antiguo. Hubo una risotada.

—M6s de una vez hemos cazado juntos, cuando j6venes, Pyr —dijo la voz desconocida—. Si tus opiniones acerca de las mujeres hubieran sido otras, podr6amos haber sido *teyn-y-teyn*. No es mi intenci6n ofenderte. Pero Bretan Braith Lantry dar6a cualquier cosa por este hombre.

—Hombre no, Cuasi-hombre. T6 mismo lo dispusiste, Rosef. Los deseos de Bretan Braith no significan nada para m6, ¿sabes?

—En efecto, fui yo quien dispuso que fuera Cuasi-hombre. Para ti y para m6, no es m6s que eso: uno entre tantos. Podemos cazar a los ni6os par6sitos, a los emereli y a otros. No lo necesitas a 6l, Pyr. Bretan Braith opina de otro modo. Acudi6 al cuadrado de la muerte y se sinti6 burlado, pues el hombre a quien desafi6 no era un hombre; result6 que no lo era, ¿comprendes?

—Es cierto, pero all6 no termina el asunto pues t'Larien ha resultado tambi6n una presa especial; mat6 a dos de nuestros *kethi*, y Koraat agoniza con la espalda rota.

Hasta el momento, ningún Cuasi-hombre nos había opuesto tanta resistencia. Lo tomaré, como es mi derecho. Lo encontré yo, yo solo.

—Sí —dijo la segunda voz desconocida, la firme y enérgica—. Eso es indudable, Pyr. ¿Y cómo lo descubriste?

Esa oportunidad para alardear de su hazaña satisfizo a Pyr.

—El aeromóvil no me engañó como a ti, y al mismo Lorimaar. Este Cuasi-hombre había sido muy hábil, él y la *perra-betheyn* que lo acompañaba. No iban a dejar detenido el coche frente al lugar por donde huían. Cuando reunisteis a la jauría y os internasteis en el corredor, mi *teyn* y yo nos pusimos a registrar el paseo con la linterna, buscando algún rastro. Yo sabía que los sabuesos no servirían de nada. Eran inútiles. Soy mejor rastreador que cualquier sabueso. He seguido Cuasi-hombres en la piedra desnuda de las colinas Lameraan, en las ciudades muertas, incluso en los clanes abandonados de Taal, Puño de Bronce y la Montaña de la Piedraviva. Estos dos resultaban ridículamente fáciles. Registrábamos cada corredor varios metros, luego seguíamos con el próximo. Descubrimos el rastro. Huellas en el suelo, frente a una entrada del subterráneo, y luego otras más claras en el polvo. Perdimos la pista donde ellos empezaron a volar en sus juguetes, por supuesto. Pero para entonces ya nos quedaban sólo dos direcciones posibles. Temí que hubieran tratado de llegar a Evoc o Kryne Lamiya, pero no fue así. Nos llevó casi todo el día y una larga caminata, pero los capturamos.

Dirk casi se había recobrado por completo, pero aún estaba muy dolorido y dudaba de que el cuerpo le respondiera con eficacia si intentaba moverse. Ya podía ver con toda nitidez. Pyr Braith caminaba delante con la linterna en la mano, hablando con un hombre más bajo vestido de blanco y púrpura, que debía ser Rosef, el arbitro de los duelos que nunca se habían llevado a cabo. Entre ambos iba Gwen, caminando sola y maniatada, en silencio. Dirk se preguntó si la habrían amordazado, pero era imposible asegurarlo, ya que sólo le veía la espalda.

Él yacía en una especie de camilla, y se bamboleaba con cada paso. Otro Braith vestido de blanco y púrpura aferraba la parte delantera, los puños nudosos cerrados alrededor de los palos de madera. El *teyn* de Pyr, el de las carcajadas estruendosas, debía venir atrás, aferrando el otro extremo de la camilla. Aún estaban en el túnel; el subterráneo parecía interminable y Dirk no tenía idea de cuánto tiempo había estado sin conocimiento. Un buen rato, sin duda; cuando él atacó a Pyr no estaban ni Rosef ni la camilla, de eso estaba seguro. Probablemente sus captores habían esperado en el túnel después de llamar a sus hermanos de clan para que los ayudaran.

Nadie pareció advertir que Dirk había abierto los ojos. O tal vez lo advirtieron y no le dieron importancia; el prisionero no estaba en condiciones de hacer nada, salvo pedir auxilio a gritos, tal vez.

Pyr y Rosef seguían hablando, y los otros dos intervenían ocasionalmente. Dirk

trató de escuchar, pero el dolor le impedía concentrarse demasiado, y lo que decían no les servía de mucho, ni a Gwen ni a él. Rosef parecía advertir a Pyr que Bretan Braith se enfurecería si Pyr mataba a Dirk, ya que Bretan quería ajustar cuentas con el cautivo. A Pyr no le importaba; en sus comentarios manifestaba cierto desdén por Bretan, dos generaciones más joven que todos ellos y por lo tanto, menos respetable. En ningún momento se mencionó a los Jadehierro, de modo que Dirk dedujo que ni Jaan ni Garse habían llegado aún a Desafío. O que estos cuatro todavía no estaban enterados.

Al cabo, renunció a sus esfuerzos por escuchar y se dejó vencer por el sopor. Las voces se volvieron nuevamente ininteligibles y el parloteo continuó un largo rato. Finalmente se detuvieron. Un extremo de la camilla bajó con brusquedad, y Dirk despertó sobresaltado. Unas manos vigorosas lo levantaron por las axilas.

Habían llegado a la estación terminal de Desafío, y el *teyn* de Pyr lo depositaba en el andén. Dirk no se molestó mucho en ayudarlo. Se distendió cuanto pudo, y se dejó arrastrar como una res.

Luego lo tendieron de nuevo en la camilla y subieron la rampa que salía a la ciudad. En el andén no lo habían tratado con delicadeza; una vez más, la cabeza le zumbaba intensamente. Al ver las paredes azul pastel, recordó el descenso por la rampa la noche anterior. Por alguna razón, la idea de esconderse en el túnel les había parecido inmejorable en el momento.

La pared se interrumpió, y estaban de vuelta en Desafío. Vio otra vez el gran árbol emereli, esta vez en toda su imponencia. Era un gigante deforme y sinuoso, azul y negro; las ramas más bajas casi rozaban la calle circular, y las más altas acariciaban el cielo raso sombrío. Dirk comprendió que era de día. La entrada estaba abierta, y a través de la arcada pudo ver al Gordo Satanás y una estrella amarilla en el horizonte. Estaba demasiado aturdido y fatigado para distinguir si amanecía o anochecía.

Dos macizos aeromóviles kavalares esperaban cerca de la rampa del subterráneo. Pyr se detuvo, y depositaron a Dirk en el suelo. Trató de incorporarse, pero en vano. Agitó débilmente los brazos y el dolor volvió; se tendió de espaldas, dándose por vencido.

—Llamad a los demás —dijo Pyr—. Tenemos que arreglar esto aquí y ahora, para que mi *korariel* pueda ser preparado para la cacería.

Estaba de pie junto a Dirk. Todos estaban reunidos alrededor de la camilla, incluso Gwen. Pero sólo ella bajó la mirada para encontrar los ojos de él. Estaba amordazada. Y exhausta. Y desesperada.

Reunir a todos los Braith llevó más de una hora; una hora en que la luz se disipó y Dirk fue recobrando fuerzas. No tardó en advertir que era el crepúsculo de la tarde; más allá de la arcada, el Gordo Satanás se hundía lentamente. La oscuridad se

propagaba alrededor, cada vez más densa y espesa, y los kavalares finalmente tuvieron que encender los faros de los vehículos. Para entonces a Dirk se le había pasado el aturdimiento. Pyr lo notó. Le hizo atar las manos a la espalda y le obligó a sentarse contra el flanco de un aeromóvil. A Gwen la situaron al lado, sin quitarle la mordaza.

Aunque él no estaba amordazado, no intentó hablar. Con el frío del metal en la espalda y las ligaduras mordiéndole las muñecas, esperó y observó y escuchó. De cuando en cuando le echaba una ojeada a Gwen, pero ella mantenía la cabeza gacha y no le devolvía la mirada.

Vinieron solos y en pareja. Los *kethi* de Braith. Los cazadores de Worlorn. Emergían de las sombras y de los lugares oscuros. Como espectros pálidos. Al principio un ruido y una forma borrosa, hasta que irrumpían en el pequeño círculo de luz y volvían a ser hombres. Aun así eran más y menos que humanos.

Los primeros traían cuatro de los sabuesos con cara de rata, y Dirk reconoció a uno de los que había visto cuando bajaban por la galería. El hombre encadenó los perros al paragolpes del coche de Rosef, saludó a Pyr, Rosef y sus *teyns*, y se sentó con las piernas cruzadas, a pocos metros de los cautivos. No habló siquiera una vez. Fijó los ojos en Gwen y no los apartó de ella. Permanecía absolutamente inmóvil. Cerca, Dirk oía los gruñidos de los sabuesos en las sombras, el roce y el rechinar de las cadenas.

Luego llegaron los otros. Lorimaar alto-Braith Arkellor, un gigante pardo con un atuendo negro de tela tornasolada y botones de hueso claro, llegó en un colosal aeromóvil rojo con forma de cúpula. Adentro se oían los aullidos de una jauría de sabuesos Braith. Con Lorimaar venía un hombre gordo y cuadrado, dos veces más corpulento que Pyr, el cuerpo sólido y duro como el ladrillo, la cara macilenta y porcina. Detrás, solo, a pie, venía un viejo de aspecto frágil, calvo, rugoso y desdentado, con una mano de carne y hueso y un garfio metálico de tres puntas. Del cinturón del viejo pendía la cabeza de un niño, aún sangrante, que había trazado una mancha parda en los pantalones blancos del cazador.

Finalmente llegó Chell, alto como Lorimaar, con bigotes, el pelo blanco y una expresión de fatiga. Traía un solo sabueso. Al llegar al círculo de luz se detuvo y parpadeó.

—¿Dónde está tu *teyn*? —preguntó Pyr.

—Aquí —un gruñido en la oscuridad; a pocos metros, el fulgor opaco de una piedraviva. Bretan Braith avanzó y se detuvo junto a Chell. Contrajo la cara.

—Todos están aquí —le informó Rosef a Pyr.

—No —objetó uno—. Falta Koraat.

El cazador taciturno habló desde el suelo.

—Ya no vendrá. Me suplicó el fin. Accedí. En verdad, estaba muy malherido. Es

el segundo *keth* que hoy he visto morir; el primero fue Teraan Braith Nalarys —mientras hablaba, no dejaba de mirar a Gwen. Terminó con una larguísima frase en kavalár antiguo.

—Murieron tres de los nuestros —dijo el viejo.

—Guardaremos silencio en honor de ellos —dijo Pyr; aún aferraba el bastón de puño de madera y hoja metálica, y mientras hablaba se golpeteaba nerviosamente la pierna, como en el túnel.

A través de la mordaza, Gwen trató de gritar. El *teyn* de Pyr, el kavalár desmañado de pelo desgreñado y negro, se le acercó con una expresión amenazadora.

Pero Dirk había comprendido la intención de Gwen, y él no tenía mordaza.

—No guardaré silencio —gritó, o trató de gritar pues le flaqueaba la voz—. Eran asesinos. Merecían morir.

Todos los Braith se volvieron hacia él.

—Amordázalo. Que se calle de una vez —dijo Pyr, y dirigiéndose exclusivamente a Dirk, mientras su *teyn* se apresuraba a cumplir la orden, advirtió airadamente—. Ya tendrás tiempo de gritar, t'Larien, cuando corras desnudo por los bosques y oigas detrás el ladrido de mis perros.

Bretan volvió con esfuerzos la cabeza y los hombros.

—No. Esta presa es mía —dijo, la luz le resbaló por la máscara cicatricial.

Pyr lo enfrentó.

—Yo seguí al Cuasi-hombre. Yo lo capturé.

Bretan torció la cara. Chell, que aún sujetaba al enorme sabueso con la cadena, apoyó la otra mano en el hombro de Bretan.

—Eso no tiene importancia para mí —dijo otra voz; el Braith que estaba sentado en el suelo y que miraba fijamente a Gwen, inmóvil—. ¿Qué será de esta *perra-betheyn*?

Los otros se volvieron hacia él, inquietos.

—No podemos disponer de ella, Myrik —dijo Lorimaar alto-Braith—. Pertenece a Jadehierro.

El hombre contrajo ferozmente los labios; por un instante, su cara impávida se crispó salvajemente, un rictus de emoción bestial. Luego se aplacó. Reprimió sus sentimientos para recobrar la calma.

—Mataré a esa mujer —dijo—. Teraan era mi *teyn*, y ella ha arrojado su fantasma a un mundo de oscuridad.

—¿Ella? —exclamó Lorimaar, incrédulo—. ¿De veras?

—La vi. Le disparé cuando atropello a Teraan y lo dejó agonizando —replicó el hombre a quien habían llamado Myrik—. De veras, Lorimaar alto-Braith.

Dirk trató de incorporarse, pero el *teyn* de Pyr lo sentó de un empujón y le golpeó la cabeza contra el flanco metálico del coche, para no dejarle dudas.

Entonces habló el viejo del garfio, el que llevaba la cabeza del niño.

—Tómala entonces como presa personal —dijo con una voz filosa y cortante como la hoja de la cuchilla que llevaba colgada del cinturón—. La sabiduría de los clanes es antigua e inequívoca, hermanos míos. Ya no es una verdadera mujer, si es que lo fue alguna vez; ni *betheyn* ni *eyn-keth*. ¿Quién abogará por ella? ¡Dejó la protección de su alto-señor para fugarse con un Cuasi-hombre! Si alguna vez fue carne de la carne de un hombre, ahora ha dejado de serlo. Todos conocéis a los Cuasi-hombres, sus mentiras, perfidias y engaños. A solas con ella en la oscuridad, este Cuasi-hombre t'Larien sin duda la habría matado para reemplazarla por un demonio hecho a imagen de ella.

Chell expresó su asentimiento y habló gravemente en kavalár antiguo. Los otros Braith no parecían tan seguros. Lorimaar intercambió un carraspeo con su *teyn*, el hombre gordo y macizo. La cara aborrecible de Bretan permaneció indiferente, mitad tejido cicatricial, mitad inocencia. Pyr frunció el ceño y siguió golpeteándose con el bastón.

Fue Rosef quien replicó.

—Nombré a Gwen Delvano humana cuando arbitré en el cuadrado de la muerte —dijo con cautela.

—Es verdad —dijo Pyr.

—Tal vez entonces era humana —dijo el viejo—. Pero se ha cebado de sangre y ha dormido con un Cuasi-hombre. Y ahora, ¿quién la llamaría humana?

Los sabuesos se pusieron a aullar.

Los cuatro que Myrik había encadenado al aeromóvil iniciaron esa sinfonía discordante, y la jauría que estaba encerrada en el vehículo de Lorimaar les respondió. El sabueso de Chell gruñó y estiró la cadena que lo sujetaba, hasta que el Braith la tironeó hacia atrás; entonces el animal se sentó y se unió al coro de aullidos.

Los cazadores se volvieron hacia la silenciosa oscuridad que rodeaba el pequeño círculo de luz (Myrik, la cara helada e inmóvil, fue la única excepción pues jamás apartaba la vista de Gwen Delvano), y algunos tantearon la funda del arma.

En el borde del círculo, más allá de los aeromóviles y la luz de los faros, los dos Jadehierro estaban de pie en la sombra.

Dirk de pronto olvidó el dolor que le partía la cabeza. Tembló y se estremeció. Miró a Gwen, que había alzado la vista y miraba a los recién llegados. Especialmente a Jaan.

Jaan Vikary se acercó, y Dirk notó que miraba a Gwen casi tan fijamente como Myrik. Parecía moverse con suma lentitud, como la imagen de un sueño polvoriento, o como un sonámbulo. Al lado, Garse Janacek parecía líquido y vital.

Vikary vestía un traje moteado de tela tornasolada oscura, negra, que se ennegreció aún más cuando entró en el círculo de los enemigos. Cuando finalmente

los perros se callaron, el traje era gris ceniciento. Las mangas de la camisa terminaban por encima del codo; el hierro-y-piedraviva le ceñía el antebrazo derecho, el jade-y-plata el izquierdo. Por un instante fugaz su figura pareció inmensa. Aunque Chell y Lorimaar le llevaban una cabeza, de algún modo Vikary parecía superarlos en estatura. Pasó entre los Braith como un fantasma (¡qué irreal era, aun allí!), deslizándose a ciegas, y se detuvo cerca de Gwen y de Dirk.

Pero todo era una ilusión. Los ruidos se reiniciaron, los Braith empezaron a hablar, y Jaan Vikary volvió a ser un hombre, más alto que algunos pero más bajo que otros.

—Esto es una intrusión, hombres de Jadehierro —dijo Lorimaar con voz crispada y colérica—. No habéis sido invitados a este lugar. No tenéis derecho a estar aquí.

—Cuasi-hombres —escupió Chell—. Falsos kavalares.

Bretan Braith Lantry emitió el gruñido que le era característico.

—Tu *betheyn* queda en tus manos, Jaantony alto-Jadehierro —dijo Pyr con firmeza, aunque agitando nerviosamente el bastón—. Castígala como quieras y como debas. El Cuasi-hombre me pertenece.

Garse Janacek se había detenido a pocos metros. Su mirada iba de un interlocutor hacia otro, y dos veces pareció a punto de replicar. Pero Jaan Vikary los ignoró a todos.

—Quitadle las mordazas —dijo señalando a los cautivos.

El *teyn* de Pyr permanecía al lado de Dirk y Gwen, de frente al altoseñor de Jadehierro. Titubeó un instante, luego se agachó y les quitó las mordazas.

—Gracias —dijo Dirk.

Gwen sacudió la cabeza para apartarse el pelo de los ojos y se levantó con dificultad, pues no podía ayudarse con las manos.

—Jaan —dijo con voz insegura—. ¿Oíste?

—Oí —dijo Vikary; luego, a los Braith—: Desátadle las manos.

—Bromeas, Jadehierro —dijo Lorimaar.

Pyr, sin embargo, parecía picado por la curiosidad. Se apoyó en el bastón.

—Desátale las manos —dijo.

El *teyn* de Pyr obligó a Gwen a darse la vuelta, y le cortó las ligaduras.

—Muéstrame los brazos —le dijo Vikary a Gwen.

Ella vaciló, luego extendió los brazos hacia adelante, las palmas hacia arriba. En el brazo izquierdo aún brillaba el jade-y-plata, no se lo había quitado.

Dirk observaba, maniatado e impotente. Y sintió un escalofrío. No se lo había quitado.

Vikary interpeló a Myrik, que seguía sentado con las piernas cruzadas y los ojillos fijos en Gwen.

—Levántate.

El hombre se levantó y encaró al Jadehierro, apartando los ojos de Gwen por primera vez desde su llegada. Vikary empezó a hablar.

—No —dijo Gwen. Acababa de frotarse las muñecas. Al hablar se detuvo y apoyó la mano derecha en el brazalete. La voz era firme—. ¿No entiendes, Jaan? No. Si lo desafías, si lo matas, me lo quitaré. *De veras*.

Por primera vez el rostro de Jaan trasuntó una emoción: la angustia.

—Eres mi *betheyn* —dijo—. Si yo no... Gwen...

—No —insistió ella.

Uno de los Braith rió. Al oírlo, Garse Janacek hizo una mueca, y Dirk advirtió que un espasmo salvaje contraía fugazmente la cara del hombre llamado Myrik.

Si Gwen lo notó, no le hizo caso. Encaró a Myrik.

—Yo maté a tu *teyn* —dijo—. Yo. No Jaan. Ni el pobre Dirk. Yo lo maté, y lo admito. Quería cazarnos, igual que los demás. Y también estaba exterminando a los emereli.

Myrik no respondió. Todos guardaron silencio.

—Si tienes que batirte a duelo, si realmente quieres matarme, enfréntate conmigo —continuó Gwen—. Fui yo quien lo mató. Lucha conmigo, si tu venganza es tan importante.

Pyr lanzó una risotada. Poco después su *teyn* lo imitó, y también Rosef, luego algunos de los otros: el hombre gordo y severo que acompañaba a Rosef, el viejo del garfio. Todos reían.

La cara de Myrik enrojeció, palideció y volvió a enrojecer.

—*Perra-betheyn* —dijo; el rostro se le crispó nuevamente, y esta vez todos lo vieron—. Te burlas de mí. Un duelo... Mi *teyn*... ¡Y tú eres una mujer!

Terminó con un alarido que sobresaltó a los hombres y arrancó nuevos ladridos a los sabuesos. Luego estalló.

Alzó las manos por encima de la cabeza, las entrelazó y las separó, y golpeó con furia el rostro de Gwen, que se hizo a un lado. De pronto se abalanzó sobre ella. Le cerró los dedos alrededor de la garganta y saltó hacia adelante. Ella trastabilló y ambos rodaron por el suelo hasta que chocaron contra el flanco del aeromóvil. Myrik se montó a horcajadas sobre Gwen, apretándole el cuello con las manos. Ella le golpeó la mandíbula con fuerza, pero en su cólera él apenas sintió el golpe. Empezó a chocarle la cabeza contra el aeromóvil, una y otra vez, aullando en kavalár antiguo.

Dirk se puso de pie, pero sólo para tambalearse impotente, con las manos atadas. Garse avanzó dos pasos, y finalmente Jaan Vikary entró en acción. Pero fue Bretan Braith Lantry quien se les acercó primero y apartó a Myrik rodeándole el cuello con el brazo. Myrik forcejeó salvajemente, hasta que Lorimaar se unió a Bretan y entre los dos contuvieron al hombre.

Gwen yacía inerte, la cabeza contra la portezuela metálica donde Myrik la había

golpeado. Vikary se arrodilló al lado de ella, y trató de ceñirle los hombros con el brazo. La nuca de Gwen dejó una mancha sanguinolenta en el flanco del aeromóvil.

Janacek también se apresuró a arrodillarse y le tomó el pulso. Después se levantó y se volvió hacia los Braith apretando ferozmente los labios.

—Ella llevaba jade-y-plata, Myrik —dijo—. Eres hombre muerto. Te desafío.

Myrik había cesado de chillar, pero jadeaba. Uno de los sabuesos aulló y guardó silencio.

—¿Vive? —preguntó Bretan con su voz ripiosa.

Jaan Vikary lo miró con una cara tan extraña y consternada como la de Myrik hasta hacía unos instantes.

—Vive.

—Es una suerte —dijo Janacek—, pero no te la debemos a ti, Myrik, ni cambiaré las cosas. ¡Prepárate a elegir!

—¡Suéltame! —dijo Dirk; pero nadie se movió. Y entonces gritó—: ¡Suéltame! Alguien le cortó las ligaduras.

Se acercó a Gwen, arrodillándose al lado de Vikary. Por un instante las miradas de ambos se cruzaron. Dirk examinó la nuca de ella, donde el pelo empezaba a pegotearse con sangre coagulada.

—Por lo menos una concusión —dijo—. Tal vez el cráneo fracturado, tal vez algo peor. No sé. ¿Hay servicio médico? —miró a los kavalares—. ¿Hay, o no?

—Ninguno funciona en Desafío, t'Larien —contestó Bretan—. La Voz me opuso resistencia. La ciudad no me respondía. Tuve que matarla.

Dirk hizo una mueca.

—No conviene moverla, entonces. Tal vez sea sólo una concusión. Creo que tiene que descansar.

Increíblemente, Jaan Vikary la dejó en brazos de Dirk y se levantó. Interpeló a Lorimaar y Bretan, que seguían aferrando a Myrik.

—Soltadle.

—¿Soltarlo...? —Janacek miró a Vikary con perplejidad.

—Jaan —dijo Dirk—, olvídense de él. Gwen...

—Métala dentro de un aeromóvil —dijo Vikary.

—No creo que debamos...

—Este lugar no es seguro, t'Larien. Métala dentro de un aeromóvil.

Janacek frunció el ceño.

—Pero, Jaan...

Vikary encaró de nuevo a los Braith.

—Os pedí que soltarais a ese hombre —se interrumpió—. A ese Cuasi-hombre, como le llamaríais vosotros. Se ha ganado el nombre.

—¿Qué te propones, alto-Jadehierro? —dijo gravemente Lorimaar.

Dirk levantó a Gwen y la depositó suavemente en el asiento trasero del coche más cercano. El cuerpo estaba totalmente flojo, pero la respiración seguía siendo regular.

Luego Dirk se sentó frente a los controles y esperó, masajeándose las muñecas para normalizar la circulación.

Todos parecían haberse olvidado de él. Lorimaar alto-Braith seguía hablando.

—Reconocemos tu derecho a enfrentarte con Myrik, pero el duelo tiene que ser individual, pues Teraan Braith Nalarys ha muerto. Como tu *teyn* lo desafió primero...

Jaan Vikary desenfundó la pistola.

—Soltadlo y apartaos.

Lorimaar, perplejo, soltó el brazo de Myrik y se apresuró a hacerse a un lado. Bretan vaciló.

—Alto-Jadehierro —jadeó—, por tu honor y el de él, por tu clan y tu *teyn*, baja el arma.

Vikary encañonó al joven de la cara deforme. Bretan contrajo la boca, luego soltó a Myrik y retrocedió encogiéndose grotescamente de hombros.

—¿Qué sucede? —dijo el viejo manco con voz áspera—. ¿Qué está haciendo? —nadie le prestaba atención.

—Jaan —dijo Garse Janacek, horrorizado—. Esto te ha perturbado demasiado. Deja el arma, *teyn*. Acabo de desafiarlo. Yo lo mataré —apoyó la mano en el brazo de Jaan.

Jaan Vikary sacudió el brazo y encañonó a Garse.

—No. Atrás. No interfieras. No, ahora. Esto es por Gwen.

La cara de Janacek se ensombreció; había renunciado a sus sonrisas y a su ironía implacable. Cerró la mano derecha en un puño, y la levantó con lentitud. El hierro-y-piedraviva relumbró entre los dos Jadehierro.

—Nuestro vínculo —dijo Janacek—. Piénsalo, *teyn*. Tu honor y el mío, y el de nuestro clan —hablaba con solemnidad.

—¿Y el honor de *ella*? —dijo Vikary; gesticulando impacientemente con la pistola, obligó a Janacek a hacerse a un lado mientras él se volvía de nuevo hacia Myrik.

Solo y confundido, Myrik parecía no saber a qué atenerse. Ya no estaba colérico, aunque aún respiraba entrecortadamente. Un hilillo de saliva sanguinolenta le surcaba la comisura de la boca. Se la secó con el dorso de la mano y miró con incertidumbre a Garse Janacek.

—La primera de las cuatro elecciones —empezó con voz trémula—. Elijo el modo.

—No —dijo Vikary—. No eliges nada. Mírame a mí, Cuasi-hombre.

Myrik se volvió hacia Vikary, e inmediatamente hacia Janacek.

—Elijo el modo —repitió, aturdido.

—No —repitió Vikary—. A Gwen Delvano no le permitiste ninguna elección, y ella te habría enfrentado limpiamente, en duelo.

Una expresión de genuina perplejidad torció la cara de Myrik.

—¿Ella? ¿En duelo? Yo... Ella era una mujer, una Cuasi-hombre —cabeceó, como si no tuviera más que decir—. Era una mujer, Jadehierro. ¿Te has vuelto loco? Se burló de mí. Una mujer no se bate a duelo.

—Y tú tampoco te batirás, Myrik, ¿entiendes? ¿O no? —disparó, y una pulsación de luz alcanzó a Myrik entre las piernas; el hombre lanzó un alarido—. Y tú... —dijo Vikary, volviendo a disparar y quemando el cuello de Myrik bajo la barbilla; el hombre cayó, y el láser volvió a cargarse—, tampoco... —continuó quince segundos más tarde, y con la palabra brotó una aguja de luz que quemó el pecho de esa figura convulsa; entretanto, él retrocedía hacia el aeromóvil—, te batirás... —terminó, ya casi adentro del coche; con esa última palabra, una cuarta franja de luz le brotó de la mano, y Lorimaar alto-Braith Arkellor cayó con el arma a medio desenfundar.

Luego Vikary cerró la puerta, Dirk accionó el control de gravedad y el aeromóvil arrancó bruscamente. Ya casi alcanzaban la arcada cuando los disparos de láser sisearon rebotando contra el blindaje del vehículo.

Capítulo 10

Era noche cerrada sobre el llano. El aire era cristal negro, nítido y frío. Soplaban un viento huracanado. Dirk se alegró de estar en el aeromóvil blindado de los Braith, con su cabina tibia totalmente cerrada.

Volaba a unos cien metros de las planicies y las suaves colinas, acelerando todo lo posible. Una vez, antes que Desafío desapareciera en el horizonte, Dirk se volvió para ver si los perseguían. No vio ningún peligro, pero la ciudad emereli atrajo nuevamente su atención. Una espigada lanza negra que pronto se perdería en el cielo más negro y que de algún modo le recordaba un árbol apesado en un incendio forestal, las ramas y las hojas quemadas, con sólo un tronco chamuscado y oscuro para evocar sus viejos esplendores. Recordó Desafío tal como Gwen se la había mostrado la primera vez, cuando él le había pedido ver una ciudad viva: brillante contra el atardecer, increíblemente alta y plateada, coronada por ascendentes estallidos de luz. Ahora era una cáscara muerta, y también habían muerto los sueños de quienes la habían construido. Los cazadores Braith mataban algo más que hombres y animales.

—No tardarán en perseguirnos, t'Larien —dijo Jaan Vikary—. No hace falta que usted los busque.

Dirk volvió a concentrarse en los instrumentos.

—¿Adonde nos dirigiremos? No podremos pasar la noche volando sin rumbo sobre el llano. ¿Larteyn?

—No podemos volver a Larteyn —repuso Vikary. Había enfundado el láser, pero lucía la misma expresión oscura que en Desafío, cuando había derribado a Myrik—. ¿Es usted tan tonto que no se da cuenta de lo que hice? Rompí el código, t'Larien. Ahora no tengo ningún vínculo. Soy un criminal, un renegado. Me perseguirán y me matarán como un Cuasi-hombre... —entrelazó las manos bajo la barbilla, pensativamente—. Nuestra única esperanza... No sé. Tal vez no tenemos esperanzas.

—No hable en plural. Por mi parte, ahora tengo más esperanzas de las que podía tener allá, hace sólo un instante.

Vikary lo miró, y sonrió a pesar de sí mismo.

—Sin duda. Aunque ésa es una perspectiva más bien egocéntrica... No fue por usted que hice lo que hice.

—¿Por Gwen?

Vikary asintió.

—Él... Ni siquiera le concedió el honor de rehusarse. La trató como a un animal. Y sin embargo..., según el código, actuó correctamente. El código por el que me he guiado toda la vida. Podría haberlo matado ajustándome a las normas. Era lo que se proponía Garse, como usted vio. Estaba furioso, porque Myrik había... Había dañado

su propiedad, y manchado su honor. El habría vengado esa falta, si yo se lo hubiera permitido —suspiró—. ¿Comprende porqué no lo hice, t'Larien? ¿Lo comprende? He vivido en Avalon, y he amado a Gwen Delvano. Ella yacía allí, y seguía con vida sólo por un capricho de la suerte. A Myrik Braith no le habría importado que muriera, y tampoco a los otros. Pero Garse le habría otorgado al culpable una muerte limpia y decente, le habría concedido el beso del honor compartido, antes de quitarle esa vida insignificante. Me... Me preocupa Garse. Yo... siento afecto por Garse. Pero no podía permitirlo, t'Larien, viendo a Gwen tan... desvalida e inmóvil. No podía permitirlo.

Vikary se encerró en sus cavilaciones. Afuera, durante ese intervalo de silencio, Dirk oyó el silbido feroz del viento de Worlorn.

—Jaan —dijo al cabo de un rato—, tenemos que decidir adonde iremos. Tenemos que procurarle un refugio a Gwen. Un sitio donde pueda estar tranquila, sin que nadie la moleste. Y tal vez, conseguirle un médico.

—Que yo sepa, no hay médicos en Worlorn —dijo Vikary—. De todos modos, tenemos que llevarla a una ciudad —reflexionó un instante—. Esvoc está más cerca, pero está totalmente en ruinas. Lo mejor sería Kryne Lamiya, me parece, que después de Esvoc es la más cercana a Desafío. Diríjase al sur.

Dirk viró hacia el remoto perfil de la pared montañosa y el aeromóvil trazó un extenso arco en el cielo. Recordaba vagamente el curso que había seguido Gwen desde la lustrosa torre de di-Emerel hasta la desolada ciudad de Oscuralba, con su música lúgubre.

Mientras volaban rumbo a las montañas, Vikary se encerró de nuevo en sus reflexiones, los ojos perdidos en la negra noche de Worlorn. Dirk, que comprendía hasta qué punto estaba sufriendo el kavalár, prefirió no fastidiarlo y permanecer callado. Se sentía muy débil; la cabeza volvía a partirsele, y una repentina y urticante sequedad le quemaba la boca y la garganta. Trató de recordar la última vez que había comido o bebido, y no pudo. Parecía haber perdido toda noción del tiempo.

Ya se acercaban a los grandes picos negros de Worlorn, y Dirk elevó el aeromóvil para sobrevolarlos. Ni él ni Jaan Vikary habían vuelto a decir palabra alguna; el kavalár no volvió a hablar hasta que dejaron atrás las montañas y volaron sobre el bosque, lo hizo sólo para impartir las instrucciones sobre el curso correcto. Luego volvió a callarse, y callados recorrieron los solitarios kilómetros que los separaban de su destino.

Esta vez Dirk sabía lo que les esperaba, y escuchó. La música de Lamiya-Bailis le zumbó en los oídos, un tenue gemido en el viento, mucho antes que la ciudad se irguiera en medio de la foresta. Fuera de ese refugio blindado no había más que desolación: abajo, los intrincados bosques a oscuras; arriba, el cielo vacío, casi sin estrellas. Y sin embargo las notas de la desesperación los envolvían, sonoras y

vibrantes.

Vikary también oyó la música.

—Ahora, ésta es una ciudad adecuada para nosotros, t'Larien —le dijo a Dirk.

—No —dijo Dirk con excesivo énfasis, negándose a aceptarlo.

—Para mí, entonces. Todos mis esfuerzos han sido en balde. Las gentes a las que creía poder salvar, ya no podrán ser salvadas. Los Braith podrán cazarlas a su antojo, sean o no *korariel* de Jadehierro. No puedo detenerlos. Garse, tal vez. Pero, ¿qué puede hacer un hombre solo? Quizá ni siquiera lo intente. Esa era mi obsesión, no la de él. Garse también está perdido. Regresará a Alto Kavalaan solo, creo. Y descenderá solo a los clanes de Jadehierro. Y el consejo de altoseñores me despojará de mis nombres. Y Garse tendrá que arrancarse las piedravivas de su brazalete, y usar sólo el hierro. Su *teyn* ha muerto.

—En Alto Kavalaan, tal vez —dijo Dirk—. Pero usted también vivió en Avalon, ¿recuerda?

—Sí. Lamentablemente.

La música crecía y retumbaba alrededor, y la Ciudad Sirena también empezó a cobrar forma: el círculo exterior de torres, manos esqueléticas y yertas, los descoloridos puentes sobre canales oscuros, los parques de musgo verde y brillante, los chapiteles sibilantes acuchillando el viento.

Una ciudad blanca, muerta. Una jungla de huesos aguzados.

Dirk revoloteó hasta encontrar el mismo edificio al que había descendido con Gwen, y se dispuso a aterrizar. En la pista aérea aún yacían los dos coches en ruinas, cubiertos de polvo. A Dirk le parecieron fragmentos de otro sueño olvidado, alguna vez, por alguna razón, le habían parecido importantes; pero en aquel momento el mundo era diferente para él y para Gwen, y ahora era difícil vislumbrar cuál había sido la importancia de esos fantasmas metálicos.

—Usted ha estado antes aquí —dijo Vikary, y Dirk asintió—. Adelante, entonces —ordenó el kavalár.

—Yo no...

Pero Vikary ya se había levantado. Había alzado delicadamente a Gwen, tomándola en brazos, y esperaba.

—Adelante —repitió.

De modo que Dirk lo condujo fuera de la pista, a los salones donde los murales blanco-grisáceos bailaban al ritmo de la sinfonía de Oscuralba, y abrieron una puerta tras de otra hasta que encontraron un cuarto amueblado. En realidad era una suite de cuatro habitaciones, todas desiertas, altas y sucias. Las camas (dos de las habitaciones eran dormitorios), eran fosas circulares en el piso: los colchones estaban cubiertos por un cuero liso y brillante que despedía un aroma ligeramente desagradable, como de leche agria. Pero eran camas, blandas y aptas para descansar, Vikary depositó

cuidadosamente el cuerpo flojo de Gwen, que allí, tendida plácidamente, parecía casi serena. Luego Jaan dejó a Dirk, de cuclillas en el suelo, y salió a revisar el aeromóvil robado. Regresó poco después con una manta para Gwen, y una cantimplora.

—Beba sólo un sorbo —dijo, ofreciéndole agua a Dirk.

Dirk tomó la cantimplora, la destapó, echó un trago y la devolvió. El líquido era tibio y ligeramente amargo, pero le alivió la sequedad de la garganta.

Vikary empapó un paño gris y se puso a limpiar la sangre seca de la nuca de Gwen. Restregó suavemente la costra pardusca, mojando el trapo una y otra vez hasta que la hermosa cabellera negra quedó limpia y se desplegó como un lustroso abanico en el colchón, brillando a la tersa luz de los murales. Después la vendó.

—Yo la cuidaré —le dijo a Dirk—. Vaya a la otra habitación y duerma.

—Tendríamos que hablar —dijo Dirk, vacilando.

—Más tarde, ahora no. Vaya a dormir.

Dirk no estaba en condiciones de discutir; le pesaba el cuerpo, y la cabeza seguía palpitándole. Fue a la otra habitación y se desplomó en la cama.

Pero pese a todo, le costó dormirse. Tal vez era el dolor de cabeza, tal vez el titilar de las luces en las paredes, que lo acuciaban aunque cerrara los párpados. Pero ante todo era la música, que no le abandonaba y parecía resonar con más fuerza si cerraba los ojos; como si le retumbara dentro del cráneo: resoplidos y gemidos y silbidos, y el incesante redoble de un tambor solitario.

Sueños febriles poblaron esa noche interminable, visiones intensas y surreales, plenas de ansiedad. Tres veces Dirk despertó de su inquieto sueño para incorporarse temblando, transpirado, y oír nuevamente la canción de Lamiya-Bailis, sin recordar qué lo había despertado. Una vez creyó oír voces en la habitación contigua. Otra vez estuvo seguro de ver a Jaan Vikary observándolo, apoyado contra una pared distante. Ninguno de los dos habló, y Dirk tardó casi una hora en conciliar de nuevo el sueño, sólo para volver a despertar en un cuarto vacío, lleno de ecos y luces móviles. En un momento se preguntó si lo habrían dejado solo, librado a su suerte; cuanto más lo pensaba más miedo sentía, y más le temblaba el cuerpo. Pero por alguna razón no podía levantarse y caminar hasta la habitación contigua para comprobarlo. En cambio cerró los ojos y trató de ahuyentar todos sus recuerdos.

Luego despuntó el alba. El Gordo Satanás ascendía al cielo arrojando una luz febril, roja y fría como las pesadillas de Dirk, a través de un alto vitral predominantemente claro en el centro, pero bordeado por intrincados arabescos de color pardo rojizo y gris humo. La luz le dio en la cara. Dirk rodó sobre sí mismo para eludirla, y se esforzó por levantarse. Jaan Vikary entró y le ofreció la cantimplora.

Dirk bebió con avidez, casi ahogándose con el agua fría que le empapó los labios cuarteados y le bajó en hilillos por el mentón. Jaan le había alcanzado una

cantimplora llena; Dirk se la devolvió casi vacía.

—¿Encontró agua...? —dijo.

Vikary tapó la cantimplora y asintió.

—Las estaciones de bombeo están cerradas desde hace años, así es que no hay agua corriente en las torres de Kryne Lamiya. Pero los canales aún están llenos. Anoche bajé mientras usted y Gwen dormían.

Dirk se incorporó dificultosamente, y Vikary le extendió la mano para ayudarlo a salir de la cama hundida en el suelo.

—¿Y Gwen...?

—A primera hora de la noche recobró el conocimiento, t'Larien. Hablamos, y le conté lo que hice. Creo que no tardará en recobrase.

—¿Puedo hablar con ella?

—Ahora está descansando, duerme normalmente. Estoy seguro de que más tarde ella querrá conversar con usted, pero por el momento no creo conveniente que la despierte. Anoche ella trató de levantarse y se sintió muy mal, y tuvo vómitos.

—Entiendo. ¿Y usted? ¿Durmió algo? —mientras hablaba echó una ojeada al cuarto; la música de Oscuralba era más tenue. Aún impregnaba de quejas y gemidos el aire de Kryne Lamiya, pero parecía más débil y remota, tal vez porque finalmente él se estaba acostumbrando, aprendiendo a desterrarla de su percepción conciente. Los murales de luz, como las piedravivas de Larteyn, se habían desvanecido y muerto en contacto con la luz solar; las paredes estaban grises y vacías, los pocos muebles que había (unas pocas sillas, incómodas por el aspecto) sobresalían de las paredes y el suelo: excrecencias sinuosas del mismo color y tono de la habitación, por lo tanto, casi invisibles.

—Dormí lo suficiente —dijo Vikary—. Eso no importa. He estado considerando nuestra posición —le hizo una seña—. Venga.

Atravesaron otro cuarto, un comedor desierto, y salieron a uno de los tantos balcones que daban a la ciudad de Oscuralba. De día, Kryne Lamiya era diferente, menos compulsiva; hasta el pálido sol de Worlorn arrancaba destellos a las veloces aguas de los canales, y en el día crepuscular las torres lucían menos sepulcrales.

Dirk estaba débil y muy hambriento, pero el dolor de cabeza se le había aplacado, y el viento frío lo despejó. Se apartó el pelo (enredado y totalmente sucio), y esperó a que Jaan hablara.

—Durante la noche estuve observando desde aquí —dijo Vikary, acodado en la barandilla metálica y escrutando el horizonte—. Nos están buscando, t'Larien; dos veces avisté aeromóviles sobre la ciudad. La primera vez fue sólo una luz a lo lejos, así que quizá me confundí. Pero en la segunda no pude equivocarme; el coche-lobo de Chell volaba casi al ras sobre los canales, con una especie de buscahuellas. Pasó muy cerca. También había un sabueso. Lo oí aullar, enfurecido por la música

oscuralbina.

—No nos encontraron —dijo Dirk.

—Desde luego —repuso Vikary—. Creo que por un tiempo estaremos seguros aquí. A menos... No sé cómo lo encontraron a usted en Desafío, y eso me da que pensar. Si se enteran de que estamos aquí y baten la ciudad con los sabuesos, correremos serio peligro. Ahora no tenemos el líquido para borrar olores —se volvió hacia Dirk—. ¿Cómo diablos supieron que ustedes estaban allí? ¿Tiene usted alguna idea?

—No —dijo Dirk—. Nadie lo sabía. Nadie nos siguió, por cierto. Tal vez lo dedujeron. Al fin y al cabo era la elección más lógica. Era más cómodo vivir en Desafío que en cualquier otra ciudad. Más fácil. Usted sabe.

—Sí, lo sé. Pero sin embargo no acepto su teoría. Recuerde t'Larien, que Garse y yo también consideramos estas posibilidades cuando usted nos dejó, solos y avergonzados, en el cuadrado de la muerte. Desafío era la elección más obvia, y por lo tanto la menos lógica, en nuestra opinión. Nos parecía más probable que hubieran huido a Musquel, y trataran de vivir de la pesca. O que Gwen saliera a cazar a los bosques, que tan bien conoce. Garse incluso sugirió que tal vez hubieran escondido el aeromóvil y se hubieran quedado en otra zona de Larteyn, para reírse de nosotros mientras revisábamos todo el planeta.

—Sí —dijo Dirk, inquieto—. Bueno, supongo que fue una elección estúpida.

—No, t'Larien. No quise decir eso. La única elección estúpida, creo yo, habría sido huir a la Ciudad del Estanque sin Estrellas, donde se sabía que merodeaban los Braith. Desafío fue una elección sutil, tal vez involuntariamente sutil. Parecía una elección tan errónea que en realidad fue un acierto, ¿me comprende? Me cuesta creer que los Braith los hayan descubierto por un proceso deductivo.

—Quizá —dijo Dirk, pensativo—. Recuerdo que supimos que estaban allí cuando Bretan nos habló. Él... Bueno, él no estaba poniendo a prueba una teoría. Él *sabía* que estábamos allí, dentro de la ciudad.

—Pero usted no sabe cómo se enteró...

—No. No tengo idea.

—Tendremos que vivir con el temor de que puedan encontrarnos aquí, pues. De lo contrario, a menos que los Braith puedan repetir ese milagro, estaremos a salvo... Comprenda, sin embargo, que no escasean las dificultades. Tenemos refugio y nos sobra el agua. Pero no hay alimentos. Mi conclusión es que para nuestra huida definitiva tendremos que ir al puerto espacial y largarnos de Worlorn lo antes posible. Y ese paso será extremadamente riesgoso. Los Braith se nos adelantarán. Tenemos mi pistola láser y dos láseres de caza más que encontré en el aeromóvil. Además del vehículo mismo, que está armado y blindado. Tal vez es propiedad de Rosef alto-Braith Kelcek...

—Creo que uno de los que está en la pista aérea también podría funcionar — señaló Dirk.

—Entonces contamos con dos aeromóviles, si fuera necesario —dijo Vikary—. En nuestra contra, por lo menos ocho de los cazadores Braith viven aún, y tal vez nueve. No estoy seguro de la gravedad de la herida que le infligí a Lorimaar Arkellor... Puede ser que haya muerto, pero lo dudo. Los Braith pueden volar ocho aeromóviles simultáneamente si lo desean, aunque es más tradicional volar *teyn-y-teyn*. Todos sus coches están blindados. Tienen armas, energía, alimentos. Nos sobrepasan en número. Como soy un renegado al margen de la ley, quizá persuadan a Kirak Acerorrojo Cavis y los dos cazadores de Shanagato para unírseles en mi persecución. Finalmente está Garse Janacek.

—¿Garse?

—Ojalá, eso espero, se desprenda las piedravivas del brazalete y regrese a Alto Kavalaan. Estará solo y avergonzado, ciñendo hierro muerto. Un destino difícil, t'Larien. He sido causa de humillación para él y Jadehierro. Lamento el dolor de Garse Janacek, pero espero que se vaya. Pues, como usted verá, existe otra posibilidad.

—¿Otra...?

—Él puede salir en busca de nosotros. No podrá irse de Worlorn hasta que llegue una nave. Para eso falta un tiempo e ignoro qué actitud tomará.

—Por cierto, no se unirá a los Braith. Ellos son enemigos de él, y usted es su *teyn*, y Gwen su *cro-betheyn*. Tal vez quiera matarme a mí, no me cabe duda, pero...

—Garse es más kavalár que yo, t'Larien. Siempre lo ha sido. Y ahora más que nunca, pues con lo que he hecho ya no puedo considerarme kavalár. Las viejas costumbres exigen que el *teyn* de un hombre que ha infringido el código se una a los demás para matarlo. Es una costumbre que sólo respetan los más fuertes. El vínculo del hierro-y-fuego es demasiado estrecho para la mayoría, de modo que quedan solos, librados a sus lamentos. Pero Garse Janacek es muy fuerte, más que yo en ciertos sentidos. No sé. No sé.

—¿Y si viniera a buscarnos?

—No levantaré mi arma contra Garse —repuso serenamente Vikary—. Es mi *teyn*, aunque yo no sea el suyo, y ya lo he lastimado bastante, traicionándolo y humillándolo. Por mi culpa, lleva hace mucho tiempo una dolorosa cicatriz. Una vez, cuando los dos éramos más jóvenes, un hombre de más edad se sintió ofendido por una de las bromas de Garse, y lo retó a duelo. El modo era a un disparo, y luchábamos *teyn-y-teyn*. Tuve la desdichada idea de convencer a Garse de que nuestro honor quedaría a salvo si disparábamos al aire. Me hizo caso, lamentablemente. Los otros decidieron darle una lección. Para mi vergüenza, yo salí ileso mientras él quedó desfigurado, por mi insensatez.

"Pero nunca me lo reprochó. La primera vez que lo vi después del duelo, cuando estaba recobrándose de las heridas, me dijo: "Tenías razón, Jaantony. Ellos también dispararon al aire. Lástima que le erraron..." —Vikary rió, pero Dirk lo miró y comprobó que tenía los ojos llenos de lágrimas y torcía la boca en un rictus de consternación. Pero no lloraba; mediante un supremo esfuerzo de voluntad, contenía el llanto.

Abruptamente Jaan se volvió y entró en el edificio, dejando a Dirk solo en el balcón, con el viento, la blanca ciudad crepuscular y la música de Lamiya-Bailis. A lo lejos se elevaban las manos huesudas que refrenaban la jungla inextricable. Dirk las estudió, pensativo, reflexionando acerca de las palabras de Vikary.

El kavalár regresó minutos más tarde, con los ojos secos y el semblante inexpresivo.

—Lo siento —dijo.

—No tiene por qué disculparse...

—Vayamos al grano, t'Larien. Al margen de Garse, enfrentamos riesgos formidables. Tenemos armas, llegado el caso. Pero nadie que sepa usarlas. Gwen es buena tiradora, y bastante audaz. Pero ahora no podemos contar con ella. Y usted... ¿Puedo confiar en usted? Se lo pregunto sin rodeos; una vez le tuve confianza, y me traicionó.

—¿Cómo responder a esa pregunta? —dijo Dirk—. Usted no tiene por qué creer en mis promesas. Pero recuerde que los Braith también quieren matarme a mí. Y a Gwen. ¿O piensa que la traicionaría a ella tan prontamente como a... —se interrumpió, horrorizado de sus propias palabras.

—...como a mí —dijo Vikary, completando la frase con una sonrisa huraña—. Veo que es franco. No, t'Larien, no creo que usted sea capaz de traicionar a Gwen. Pero tampoco creí que nos abandonaría cuando lo nombramos *keth* y usted aceptó el vínculo. De no ser por usted, no nos habrían retado a nosotros.

Dirk asintió.

—Lo sé. Tal vez cometí un error. No sé. Pero si hubiera sido leal a ustedes, habría muerto.

—Honrosamente, como *keth* de Jadehierro.

—Gwen me atraía más que la muerte —sonrió Dirk—. Supongo que eso al menos lo comprenderá.

—Lo comprendo. En última instancia, ella sigue interponiéndose entre nosotros. Afróntelo como un hecho irrevocable. Tarde o temprano, ella tendrá que escoger.

—Ella escogió ya, Jaan, al irse conmigo. Ese es el hecho irrevocable que *usted* tiene que afrontar —dijo tozudamente Dirk, sin estar seguro de creer en lo que decía.

—No se ha quitado el jade-y-plata —respondió Vikary, pero gesticuló con impaciencia, continuando—: No tiene importancia. Por ahora, confiaré en usted.

—Bien. ¿Qué quiere que haga?

—Alguien debe volar a Larteyn.

Dirk frunció el ceño.

—¿Por qué siempre quiere persuadirme de que me suicide, Jaan?

—No he dicho que tenga que ser usted, t'Larien. Iré yo mismo. Será peligroso, sí. Pero hay que hacerlo.

—¿Por qué?

—El kimdissi.

—¿Ruark? —Dirk casi se había olvidado de su ex-anfitrión y cómplice.

Vikary asintió.

—Ha sido amigo de Gwen desde los días de Avalon. Aunque nunca simpatizara conmigo, ni yo con él, no podría abandonarle a su suerte. Los Braith...

—Comprendo. ¿Pero cómo llegará a él?

—Si aterrizo en Larteyn sin dificultades, puedo llamarlo por la pantalla. Eso espero..., al menos —se encogió de hombros con vaga resignación.

—¿Y yo?

—Quédese aquí con Gwen. Cuídela, protéjala. Le dejaré uno de los rifles láser de Rosef. Si ella se recobra lo suficiente, dáselo. Probablemente lo use mejor que usted. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. No me parece difícil.

—No —dijo Vikary—. Supongo que usted sabrá mantenerse oculto, y que al regresar con el kimdissi los encontraré tal como cuando me fui. Si tuvieran que huir, disponen del otro aeromóvil; en las cercanías hay una caverna que Gwen conoce. Ella puede indicarle el camino. Y si tuvieran que marcharse de Kryne Lamiya, vayan a la caverna.

—¿Y si usted no regresara? Hay que tener en cuenta esa posibilidad.

—En ese caso, estarán nuevamente solos. Como cuando se fugaron de Larteyn. Entonces tenían planes. Traten de seguirlos, si pueden —sonrió duramente—. Sin embargo, haré lo posible por regresar. Recuérdelo, t'Larien.

Había una férrea crispación en los ojos de Vikary, un eco de otro diálogo que habían entablado bajo el mismo viento frío. Con asombrosa nitidez, Dirk evocó las palabras del mismo Jaan: *Pero existo. Recuérdelo... Esto no es Avalon, t'Larien. Y hoy no es ayer. Este es un mundo agonizante, un mundo sin códigos. Así es que cada uno de nosotros tiene que aferrarse al código que conoce, sea cual fuere.*

Pero Jaan Vikary había traído dos códigos a Worlorn, pensó Dirk con irritación.

Mientras que Dirk no había traído ninguno; sólo su amor por Gwen Delvano.

Gwen aún dormía cuando los dos hombres se fueron del balcón. Sin despertarla, caminaron juntos hacia la pista aérea. Vikary había vaciado totalmente el aeromóvil

de los Braith. Obviamente Rosef y su *teyn* planeaban una breve excursión de caza en los bosques cuando surgieron las novedades. Dirk lamentó que no hubieran planeado un viaje más largo.

Así, Vikary sólo había encontrado cuatro barras de proteínas como alimento, además de los dos rifles y algunas ropas echadas sobre los asientos. Dirk comió de inmediato una de las barras —estaba famélico— y se guardó las tres restantes en el bolsillo de la pesada chaqueta que eligió. Le iba un poco holgada, pero no le caía mal, pues el *teyn* de Rosef tenía aproximadamente la estatura de Dirk. Ante todo era tibia: cuero grueso, teñido de púrpura, con cuellos, puños y bordes de piel blanca y sucia. Las dos mangas de la chaqueta estaban pintadas con guardas intrincadas y sinuosas; la derecha era roja y negra, la izquierda plateada y verde. También encontraron una chaqueta similar, más pequeña (sin duda de Rosef), que Dirk tomó para Gwen.

Vikary tomó los dos rifles láser, largos tubos de plástico negro con lobos tallados en las culatas blancas, las fauces entreabiertas. El primero se lo colgó del hombro; el otro se lo dio a Dirk, indicándole concisamente cómo manejarlo. El arma era muy liviana y algo resbalosa al tacto. Dirk la aferró torpemente con una mano.

La despedida fue breve y muy formal. Luego Vikary se encerró en el gran aeromóvil Braith, se elevó del suelo y se remontó velozmente, levantando una gran polvareda. Dirk retrocedió, cubriéndose la boca con una mano y empuñando el rifle con la otra.

Cuando regresó a la suite, Gwen acababa de despertarse.

—¿Jaan? —dijo ella, irguiendo un poco la cabeza para ver quién había entrado. De inmediato gimió y volvió a recostarse; se masajeó las sienes con ambas manos—. Mi cabeza —susurró quejumbrosa.

Dirk apoyó el láser contra la pared, junto a la puerta, y se sentó al lado de la cama.

—Jaan acaba de irse —dijo—. Regresó a Larteyn para traer a Ruark.

Gwen respondió sólo con otro gemido.

—¿Te traigo algo? —preguntó Dirk—. ¿Agua? ¿Comida? Tenemos un par de éstas —extrajo las barras de proteína del bolsillo de la chaqueta y se las mostró.

Gwen les echó una ojeada e hizo un gesto de disgusto.

—No —dijo—. Llévatelas. No tengo tanta hambre.

—Tienes que comer algo.

—Ya comí —dijo ella—. Anoche. Jaan aplastó un par de esas barras con agua, y me hizo una especie de pasta —se apartó las manos de las sienes y se volvió hacia Dirk—. Parece que no soy tan resistente. No me siento muy bien.

—Me imagino —dijo Dirk—. Es lógico que no te sientas bien después de lo que ocurrió. Tal vez tengas una concusión. Eres muy afortunada de estar con vida.

—Jaan me contó —dijo Gwen, algo irritada—. Y lo que sucedió después,

también... Lo que le hizo a Myrik —frunció el entrecejo—. Creo que yo le di un buen golpe cuando nos caímos..., lo viste, ¿no? Sonó como si le hubiera roto la mandíbula, o como si yo me hubiera roto el dedo. Pero él no pareció darse cuenta...

—No.

—Cuéntame lo que pasó después. Jaan fue muy esquemático. Quiero conocer los detalles —hablaba con voz fatigosa, pero firme.

Dirk le contó.

—¿Encañonó a Garse con el arma? —preguntó ella en determinado momento. Dirk asintió, y ella volvió a escuchar con interés.

Cuando terminó de referirle los hechos, Gwen permaneció callada. Cerró fugazmente los ojos, los abrió, luego los cerró nuevamente y no volvió a abrirlos. Yacía de costado, muy tiesa, acurrucada en posición fetal; los puños cerrados bajo la barbilla. Al observarla, Dirk no pudo evitar fijarse en el antebrazo izquierdo, donde aún relucía el jade-y-plata.

—Gwen —dijo suavemente; ella abrió los ojos un instante y sacudió la cabeza con brusquedad a modo de una silenciosa y enérgica negativa—. Gwen —insistió él, pero ella cerró los párpados con fuerza y se perdió dentro de sí misma.

Dirk quedó a solas, enfrentado al brazaletes y a sus propios temores.

El cuarto estaba inundado de luz solar, o lo que en Worlorn llamaban luz solar; los fulgores crepusculares del mediodía se filtraban por el ventanal, y motas de polvo flotaban ociosamente en el rayo de sol. La luz iluminaba la mitad del colchón; Gwen yacía mitad en sombras y mitad al sol. Dirk, que no volvió a mirar a Gwen, ni a hablarle, se quedó observando los dibujos que la luz trazaba en el suelo.

En el centro del cuarto todo era cálido y rojo, y el polvo bailaba irrumpiendo de la penumbra y tiñéndose de carmesí y de oro, arrojando sombras minúsculas antes de esfumarse nuevamente en la sombra. Dirk levantó la mano y la mantuvo tendida. ¿Minutos? ¿Horas? Cada vez la sentía más tibia; el polvo se le arremolinaba alrededor, las sombras se escurrían como agua cuando doblaba y extendía los dedos; el sol era amigable y familiar. Pero de pronto advirtió que los movimientos de su mano, al igual que el infatigable remolino de polvo, no tenían propósito, forma, ni significado. Se lo decía la música; la música de Lamiya-Bailis.

Plegó el brazo y arrugó la frente.

Alrededor del gran centro de luz y de vida había un contorno delgado y sinuoso donde el sol relumbraba a través del borde negro y rojo del ventanal, luchando por abrirse paso. Era un contorno muy pequeño, pero ponía un límite preciso al dominio del polvo.

Más allá había rincones negros, los sectores del cuarto nunca iluminado por el Cubo y los Soles Troyanos, donde demonios corpulentos y las encarnaciones de los miedos de Dirk se apiñaban anónimos, a salvo de todo escrutinio.

Sonriendo y frotándose la barbilla (sentía ásperas las mejillas y la quijada, y empezaban a picarle), Dirk estudió esos rincones y se dejó invadir el alma por la música oscuralbina. No sabía cómo había hecho para olvidarla, pero ahora había vuelto y lo cercaba por todas partes.

La torre donde estaban emitió una nota baja y prolongada. A años o siglos de distancia, un coro respondió con los vibrantes gemidos de una viuda. Oyó trémulos sollozos, y el llanto de niños abandonados, y el silbido húmedo y siseante de cuchillas que cortaban carne humana... Y el tambor. ¿Cómo hacía el viento para tocar un tambor? No lo sabía. Tal vez era otra cosa. Pero sonaba como un tambor terriblemente lejano. Y tan solitario...

Tan terrible e incesantemente solitario.

Las nieblas y las sombras se congregaron en el rincón más apartado y brumoso del cuarto, y luego empezaron a aclararse. Dirk vio una mesa y una silla baja, brotando de las paredes y del suelo como extraños vegetales de plástico. Por un instante se preguntó cómo los veía; el sol se había desplazado un poco, y solamente un delgado haz de luz penetraba ahora por el ventanal. Y finalmente también se disipó, y el mundo fue gris.

Cuando el mundo fue gris, el polvo dejó de bailar. No. Estaba quieto. Dirk palpó el aire para cerciorarse; no había polvo, ni calor, ni luz. Cabeceó como si hubiera descubierto una gran verdad.

Luces pálidas titilaron en las paredes, fantasmas que despertaban a una nueva noche. Fantasmas y vestigios de viejos sueños. Todos eran grises y blancos; el color era para; las criaturas vivientes, y aquí no existía.

Los fantasmas empezaron a moverse. Todos estaban encerrados en las paredes; de vez en cuando, Dirk creía verles interrumpir su danza frenética para golpear con impotencia y desesperanza las paredes de vidrio que los separaban del cuarto. Manos espectrales que golpeteaban furiosas, pero el cuarto no se estremecía; la quietud era parte de este ritual; los fantasmas eran insustanciales, y por mucho que golpearan, finalmente debían seguir bailando.

La danza, una danza macabra, sombras amorfas... ¡Pero qué bellas! Moviéndose, hundiéndose, haciendo bruscas contorsiones. Paredes de llama gris. Mucho mejores que las motas de polvo, estos danzarines; seguían un diseño, y bailaban al ritmo de la canción de la Ciudad Sirena.

Desolación. Vacuidad. Decadencia. El redoble de un solo tambor, lento y solitario. Solitario. Solitario. Solitario. Nada tiene sentido.

—¡Dirk!

La voz de Gwen. Dirk meneó la cabeza. Volvió la mirada hacia el lecho a oscuras, desviándola de las paredes. Era de noche. Noche. El día se había ido.

Gwen le estaba mirando. No había dormido.

—Lo siento —dijo ella; le estaba diciendo algo, pero él ya lo sabía; lo sabía a través del silencio, gracias al tambor, quizá... Gracias a Kryne Lamiya.

Sonrió.

—Nunca lo olvidaste, ¿verdad? No estabas dispuesta a olvidar. Fue por esa razón que nunca te quitaste el... —le señaló el brazalete.

—Sí —dijo ella, incorporándose en el lecho; la colcha le cayó a la cintura, Jaan le había desabrochado la parte delantera del traje, que ahora colgaba desaliñado descubriendo las curvas suaves de sus senos. Bajo la luz titilante, la carne era pálida y gris. Dirk no sintió excitación alguna. Gwen acercó la mano al jade-y-plata, lo tocó, lo acarició, suspiró—. Nunca pensé..., no sé. Dije lo que tenía que decir, Dirk. Bretan Braith te habría matado.

—Tal vez habría sido mejor —respondió él, sin amargura sino en un tono divertido, vagamente distante—. ¿De modo que nunca te propusiste abandonarlo?

—No sé. Qué sé yo lo que me proponía. Iba a intentarlo, Dirk. De veras. Aunque en realidad, nunca lo creí. Te lo dije. Fui sincera. Esto no es Avalon, y hemos cambiado. No soy tu Jenny. Nunca lo fui, y ahora, menos que nunca.

—Sí —dijo Dirk, cabeceando—. Te recuerdo mientras conducías. Cómo aferrabas la palanca. Tu cara. Tus ojos. Tienes ojos de jade, Gwen. Ojos de jade y sonrisa de plata. Me asustas —desvió los ojos, miró la pared; los murales luminosos temblaban formando dibujos caóticos al compás de esa música salvaje. De algún modo los fantasmas se habían disipado. Había dejado de mirarlos apenas un instante, pero todos se habían diluido, evaporado. Como sus viejos sueños, pensó.

—¿Ojos de jade? —preguntó Gwen.

—Como Garse.

—Garse tiene ojos azules.

—No importa. Como Garse.

Ella rió convulsivamente, y gimió.

—Me duele cuando me río —dijo—. Pero causa gracia. Yo, como Garse. No es de extrañar que Jaan...

—¿Volverás a él?

—Tal vez. No estoy segura. Sería muy cruel dejarlo ahora, ¿comprendes? Finalmente ha elegido. Encañonó a Garse con el láser. Después de eso, después que volvió las espaldas a su *teyn* y a su clan y su mundo, no puedo... Tú me entiendes. Pero no volveré a ser su *betheyn*..., jamás. Tendrá que haber algo más que jade-y-plata.

Dirk se sentía hueco. Se encogió de hombros.

—¿Y yo?

—Sabes que lo nuestro no funcionaba. Sin duda. Tuviste que darte cuenta. Nunca dejaste de llamarme Jenny.

—¿No? —sonrió él—. Tal vez no. Tal vez no.

—Nunca —dijo ella, frotándose la cabeza—. Ahora me siento mejor. ¿Aún tienes esas barras de proteínas?

Dirk extrajo una del bolsillo y se la arrojó para que ella, sonriente, la manoteara en el aire; la desenvolvió y empezó a mordisquearla.

Él se levantó abruptamente, hundiendo las manos en los bolsillos de la chaqueta. Caminó hacia el ventanal. Las cimas de las torres blancas aún irradiaban un vago y desteñido fulgor rojizo. Tal vez el Ojo del Infierno y sus servidores no habían abandonado totalmente el cielo del oeste. Pero abajo las calles de la ciudad de Oscuralba estaban sumidas en tinieblas. Los canales eran cintas negras y la tenue luminosidad purpúrea del musgo fosforescente parpadeaba alrededor. A través de esa negrura vacilante, Dirk atisbó al barquero solitario, tal como lo había visto la vez anterior en esas mismas aguas. Reclinado en la pértiga como de costumbre, bogaba corriente abajo, acercándose inexorablemente. Dirk sonrió.

—Bienvenido —masculló—. Bienvenido.

—¿Dirk?

Gwen había terminado de comer. Ahora se ajustaba de nuevo el traje, envuelta en la luz turbia. Detrás de ella, los bailarines blanco-grisáceos se contoneaban en las paredes. Dirk oyó tambores y susurros y promesas. Y supo que éstas eran mentiras.

—Una pregunta, Gwen —dijo Dirk, con desaliento—. ¿Por qué me llamaste? ¿Por qué, si pensabas que lo nuestro había muerto irremediablemente...? ¿Por qué no me dejaste en paz?

Ella se volvió. Estaba pálida y perpleja.

—¿Llamarte?

—Ya sabes. La joya susurrante.

—Sí —dijo ella, insegura—. Está en Larteyn.

—Desde luego que sí. En mi equipaje. Me la enviaste.

—No —dijo Gwen—. No.

—¡Me fuiste a buscar!

—Anunciaste que venías desde la nave. Nunca, créeme. Sólo entonces me enteré de tu llegada. No sabía qué pensar. Creí que en algún momento me lo dirías, por eso nunca te lo pregunté directamente.

Dirk no respondió, pero la torre exhaló una nota hueca y le arrebató las palabras. El meneó la cabeza.

—¿No me llamaste?

—No.

—Pero recibí la joya. En Braque. La misma, preparada por el ésher. Eso no se puede falsificar —recordó algo más—. Y Arkin dijo...

—Sí —dijo ella, mordiéndose el labio—. No entiendo. Debe haberla enviado él.

Pero él era mi amigo. Yo necesitaba alguien con quien hablar. No comprendo —lanzó un gemido.

—¿Tu cabeza? —se apresuró a preguntar Dirk.

—No. No.

Dirk le observó el rostro.

—¿La envió Arkin?

—Sí, tuvo que ser él. No hay otra posibilidad. Nos conocimos en Avalon, después que tú y yo... Ya sabes. Arkin me ayudó. Fueron malos tiempos. Él estaba conmigo cuando le enviaste tu joya a Jenny. Yo rompí a llorar. Le conté todo y charlamos. Aún más tarde, después que conocí a Jaan, Arkin y yo seguimos juntos. ¡Era como un hermano...!

—Un hermano —repitió Dirk—. ¿Por qué cuernos...?

—¡No sé!

—Cuando me recibiste en el puerto espacial —dijo pensativamente Dirk—, Arkin venía contigo. ¿Le pediste que te acompañara? Recuerdo que yo esperaba verte a solas.

—Fue idea de él. Bueno, le dije que yo estaba nerviosa. Que me ponía mal volver a verte. Él se ofreció... para acompañarme, y respaldarme moralmente. Y dijo además que quería conocerte. Ya sabes. Después de todo lo que yo le había contado en Avalon.

—¿Y el día en que tú y él se fueron al bosque...? La vez que tuve problemas con Garse, y luego con Bretan..., ¿qué pasó?

—Arkin dijo... Una migración de escarabajos acorazados o algo así... En realidad no era eso, pero teníamos que cerciorarnos. Salimos apresuradamente.

—¿Y por qué no me dijiste adonde ibas? Pensé que Jaan y Garse te habían aporreado, que estaban alejándote de mí. La noche anterior habías dicho que...

—Lo sé. Pero Arkin había dicho que él te avisaría.

—Y fue él quien me convenció de huir —dijo Dirk—. Y supongo que a ti te dijo eso para convencerme de que tú...

Ella asintió.

Dirk se volvió al ventanal. Las últimas luces habían dejado las cimas de las torres. Arriba, titilaba un puñado de estrellas. Dirk las contó. Doce. Justo una docena. Se preguntó si algunas de ellas serían galaxias, en las honduras del Gran Mar Negro.

—Gwen —dijo—. Jaan partió esta mañana. El viaje de aquí a Larteyn, ida y vuelta, en aeromóvil, ¿cuánto llevaría?

Como ella no respondió, Dirk se dio vuelta nuevamente. Las paredes estaban pobladas de fantasmas, y Gwen temblaba bajo la luz.

—Ya debería haber regresado, ¿verdad?

Ella asintió y volvió a recostarse en el lecho.

La Ciudad Sirena cantaba una canción de cuna, su himno al sueño final.

Capítulo 11

Dirk atravesó la habitación. El rifle estaba apoyado contra la pared. Lo levantó, palpó una vez más la textura resbalosa y tersa del plástico negro. Acarició la cabeza de lobo con el pulgar. Se calzó el arma en el hombro, apuntó, disparó.

El haz de luz vibró un segundo en el aire. Dirk corrió ligeramente el arma, y el rayo también se corrió. Cuando se extinguió la luz y el resplandor se disipó, Dirk comprobó que había abierto un boquete desparejo en el ventanal. El viento penetraba por allí, y sus silbidos discordaban extrañamente con la música de Lamiya-Bailis.

Gwen, bamboleándose, se levantó de la cama.

—¿Qué pasa, Dirk?

Él se encogió de hombros y bajó el rifle.

—¿Qué estas haciendo? —insistió ella.

—Quería asegurarme de que sabía usarlo —explicó Dirk—. Me... Me voy.

Ella arrugó la frente.

—Espera —dijo—. Buscaré mis botas.

Él meneó la cabeza.

—¿Tú también?

—No necesito que me protejan, maldito sea... —dijo Gwen, con una mueca de fastidio.

—No es eso.

—Si vas a cometer una idiotez para hacerte el héroe delante de mí, no servirá de nada —dijo ella, las manos en las caderas.

—No, Gwen —sonrió Dirk—. Voy a cometer una idiotez para hacerme el héroe *delante de mi*. Lo que pienses tú, en fin..., ya no tiene importancia.

—¿Por qué, entonces?

Dirk alzó el rifle con incertidumbre.

—No sé —admitió—. Tal vez porque me gusta Jaan, y tengo una deuda con él. Tal vez porque quiero reparar lo que hice traicionando su confianza después que me nombró *keth*.

—Dirk... —empezó ella.

—Ya sé —Dirk la interrumpió con un ademán—. Pero eso no es todo. Tal vez sólo quiero encarar a Ruark. Tal vez es porque en Kryne Lamiya hubo más suicidas que en cualquier otra ciudad de Worlorn, y yo soy uno de ellos. Elige el motivo que más te guste, Gwen; de todos los que acabo de enumerar —una sonrisa tenue le cruzó la cara—. O tal vez es porque sólo hay doce estrellas, ¿sabes? Así es que todo da lo mismo...

—¿Pero piensas que servirá de algo?

—Quién sabe. ¿Y a quién le importa? ¿A ti, Gwen? ¿De veras? —meneó la

cabeza y el pelo se le esparció una vez más sobre la frente; se lo echó hacia atrás—. No importa si te importa a ti —dijo con voz forzada—. En Desafío dijiste, o insinuaste, que yo era egoísta. Bueno, tal vez lo era. Y tal vez lo soy ahora. Pero te diré una cosa; haga lo que hiciere, ya no me importará lo que lleves en el brazo, Gwen. ¿Soy claro?

Como discurso de despedida no estaba mal, pero al llegar a la puerta, Dirk se calmó. Titubeó, y se volvió hacia ella.

—Quédate aquí, Gwen —le dijo—. Quédate. Estás herida. Si tienes que huir, Jaan me mencionó una caverna. ¿La conoces? —ella asintió—. De acuerdo, vé allí, si es necesario. De lo contrario, quédate aquí —agitó torpemente el rifle para despedirse, luego giró sobre los talones y se marchó apretando el paso.

En la pista aérea las paredes eran sólo paredes: no había fantasmas, ni murales, ni luces. En la oscuridad encontró el aeromóvil que buscaba, después esperó a que sus ojos se acostumbraran a la poca luminosidad. El vehículo no era un producto de Alto Kavalaan; era un pequeño artefacto de dos plazas, con forma de lágrima, negro y plateado, hecho de plástico y una aleación liviana. No tenía blindaje, desde luego. Y la única arma que llevaba era el rifle que Dirk se acomodó en el regazo.

Estaba apenas menos muerto que el resto de Worlorn, pero esa diferencia era suficiente. Dirk encendió el motor y el coche despertó, y los instrumentos iluminaron la cabina con un fulgor pálido. Se apresuró a comer una barra de proteínas y estudió los cuadrantes. La carga energética era mínima, pero tendría que alcanzar. No utilizaría los faros; podía volar a la luz de las estrellas. Y también prescindiría de la calefacción, mientras la chaqueta lo protegiera.

Dirk cerró la portezuela, se enclaustró en la cabina y tocó el control de gravedad. El aeromóvil se elevó hamacándose con incertidumbre, pero se elevó. Dirk aferró la palanca, la empujó y se remontó en el aire.

El terror lo paralizó un instante. Sabía que si la gravedad artificial no respondía bien no alcanzaría a volar, simplemente se revolcaría en el suelo tapizado de musgo. El aeromóvil se sacudió y descendió en forma alarmante en cuanto se alejó de la pista, pero sólo por un segundo; luego cobró impulso y trepó en el viento gemebundo y lo único que se revolcó fue el estómago de Dirk.

Subió continuamente, tratando de elevar todo lo posible el artefacto. La pared montañosa estaba delante y tenía que sobrevolarla. Además, prefería no encontrarse con otros viajeros nocturnos. Arriba, con las luces apagadas, podría ver cualquier aeromóvil que volara debajo y tal vez pasar inadvertido.

No volvió a mirar a Kryne Lamiya, pero sintió la ciudad a sus espaldas, impulsándolo, despojándolo de todo temor. El temor era una tontería; nada importaba, y la muerte, menos que nada. Aun cuando la Ciudad Sirena y sus luces blancas y grises se desvanecieron, la música persistió, esfumándose de a poco, cada vez más

débil, pero sin dejar de acompañarle con toda su fuerza. Una nota, un silbido trémulo y agudo sobresalía entre los demás. Se la oía aun a treinta kilómetros de la ciudad, mezclada con el silbido más profundo del viento. Finalmente Dirk comprendió que brotaba de sus propios labios.

Dejó de silbar y trató de concentrarse en el vuelo.

Al cabo de una hora, la pared montañosa se irguió delante de él, o mejor aún, debajo, pues ya volaba muy alto y se sentía más cerca de las estrellas y las minúsculas galaxias que vislumbraba en el cielo, que de los bosques de abajo. Soplaban un viento encarnizado que se filtraba por las pequeñas fisuras de la portezuela, pero Dirk no le prestaba atención. Donde las montañas se encontraban con el bosque, avistó una luz.

Disminuyó la velocidad, trazó un círculo e inició el descenso. No debía brillar ninguna luz de este lado de las montañas; convenía investigar de qué se trataba. Descendió hasta volar directamente sobre la luz. Luego, detuvo el coche en el aire, lo mantuvo suspendido un instante y apagó el control de gravedad. Con infinita lentitud, descendió silenciosamente, acunado por el viento.

Había varias luces. La principal era un fuego; ahora lo veía con claridad, lo veía agitarse y temblar mientras el viento deshilachaba las llamas. Pero también había luces más pequeñas, fijas y artificiales, un círculo en la negrura, no muy lejos de la hoguera. Tal vez a un kilómetro, o menos, calculó.

La temperatura empezó a elevarse en la cabina, y Dirk sintió que la transpiración le empapaba las ropas debajo de la chaqueta. También lo envolvió el humo: nubes negras y sucias de hollín ascendían desde la hoguera y le impedían ver con claridad. Fastidiado, desplazó el aeromóvil y continuó el descenso un poco más lejos del fuego.

Las llamas se elevaban para saludarlo; largas lenguas anaranjadas, muy brillantes contra el penacho de humo. También vio chispas, o brazas, o algo por el estilo; brotaban de la hoguera en estelas candentes, brincando hacia la noche antes de esfumarse. Más abajo presencié otro espectáculo; el furioso crepitar de llamas blanco-azuladas que despedían un acre olor a ozono, y pronto se extinguieron.

Dirk detuvo el aeromóvil a una distancia prudente del fuego. Había gente en los alrededores (el círculo de luces artificiales), y no quería ser descubierto. El aeromóvil negro y plateado, inmóvil contra el cielo negro, no era muy visible, pero las cosas cambiarían si le daba el resplandor de la hoguera. Pese a que desde allí Dirk veía con toda claridad, aún no podía distinguir lo que ardía en el fuego; en el centro había una forma imprecisa y oscura que chisporroteaba de vez en cuando. Alrededor se veía la densa maraña de estranguladores, las ramas cerúleas lustrosas bajo el resplandor. Varios habían caído en el centro de la hoguera y al chamuscarse y reducirse a cenizas rezumaban ese humo negro. Pero el resto, la cerca sinuosa que rodeaba el fuego, se

negaba a arder. En vez de difundirse, las llamas obviamente morían.

Dirk esperó y observó. Ya estaba casi seguro de que era un aeromóvil caído, a juzgar por las chispas y el olor a ozono. Quería saber *cuál*.

Cuando las llamas se aplacaron y cesó el chisporroteo, pero antes que las llamas se extinguieran del todo para diluirse en un humo grasiento, Dirk distinguió una forma: un ala de murciélago, grotescamente inclinada y apuntando al cielo, recortada contra una lámina de fuego. Era suficiente: no conocía ese aeromóvil, aunque indudablemente era de fabricación kavalár.

Un fantasma oscuro flotando sobre el bosque, voló de la hoguera moribunda hacia el círculo de luces artificiales. Esta vez se mantuvo a mayor distancia. Era innecesario acercarse más. Las luces eran muy brillantes y la escena se perfilaba con nitidez.

Divisó un ancho claro, rodeado de linternas eléctricas, y el borde de una especie de laguna extensa; el mismo trío que había estado debajo del árbol emereli en Desafío, cuando Myrik Braith atacó a Gwen. Uno de ellos, el coche en forma de cúpula y blindaje rojo oscuro, pertenecía a Lorimaar alto-Braith. Los otros dos eran más pequeños, casi idénticos, salvo que uno estaba muy averiado, algo que se notaba aun desde la distancia. Yacía de costado, medio hundido en el agua y con una parte deformada y brillante. La portezuela blindada estaba abierta.

Figuras delgadas se movían alrededor del vehículo destrozado. Dirk apenas las habría distinguido si hubieran estado quietas, a tal punto se confundían con el suelo. Cerca, alguien conducía sabuesos Braith fuera del aeromóvil de Lorimaar.

Frunciendo el ceño, Dirk manipuló el control de gravedad y se elevó hasta que hombres y vehículos se perdieron de vista y no se vislumbró más que un punto luminoso en la floresta. Dos, en realidad, aunque la hoguera ya era apenas un rescoldo tenue y anaranjado que no tardaría en apagarse.

A salvo en el vientre negro del cielo, recapacitó.

El aeromóvil destrozado era el de Rosef, el mismo que habían robado en Desafío, el que Jaan Vikary se había llevado esa mañana. De eso estaba seguro. Sin duda los Braith lo habían sorprendido y perseguido hasta el bosque, y lo habían derribado. Pero parecía improbable que Jaan hubiera muerto. De lo contrario, ¿qué hacían allí los sabuesos? Lorimaar no había venido a pasear los perros. Lo más probable era que Jaan hubiera sobrevivido y ahora huyera por el bosque y los Braith se aprestaran a darle caza.

Dirk consideró la posibilidad de rescatarlo, pero las perspectivas eran más que inciertas. No tenía idea de cómo rescatar a Jaan en esa selva tenebrosa. Para eso, los Braith estaban mejor equipados.

Reanudó el vuelo rumbo a la pared montañosa, hacia Larteyn. En el bosque, armado como estaba y solo, no podría ayudar demasiado a Jaan Vikary. En la fortaleza de fuego kavalár, sin embargo, al menos podría saldar la deuda de Arkin

Ruark con Jadehierro.

Las montañas se deslizaban debajo, y Dirk se distendió una vez más. Pero ahora llevaba la mano apoyada en el rifle.

Al cabo de poco menos de una hora, Larteyn, roja y titilante, se recortó contra las montañas. Parecía muy muerta y vacía, pero Dirk sabía que no era así. Descendió y sin pérdida de tiempo enfiló, sobrevolando las azoteas bajas y cuadrangulares y las plazas de piedraviva, al edificio que una vez había compartido con Gwen Delvano, los dos de Jadehierro y el embustero kimdissi. Sólo un aeromóvil yacía en la azotea barrida por el viento: la reliquia verde oliva. No había indicios del vehículo amarillo de Ruark ni de la raya metálica gris. Dirk se preguntó por un instante qué le habría ocurrido a ésa, abandonada en Desafío; luego desechó ese pensamiento y aterrizó.

Empuñó el láser con firmeza y salió. El mundo estaba quieto y carmesí. Dirk tomó un ascensor y descendió a los aposentos de Ruark. Estaban desiertos.

Los revisó meticulosamente, derribando objetos sin preocuparse por lo que desordenaba o destruía. Todas las pertenencias del kimdissi estaban todavía allí, pero Ruark no se encontraba. Tampoco había nada que indicara adonde había ido.

Las pertenencias de Dirk también estaban allí; las pocas cosas que había dejado al fugarse con Gwen, una pequeña pila de ropas ligeras que había traído de Braque, inútiles en la atmósfera fría de Worlorn. Dejó el láser en el suelo, se arrodilló y hurgó en los bolsillos de los pantalones sucios. Sólo cuando la encontró, aún envuelta en plata y terciopelo, supo realmente qué estaba buscando, por qué había regresado a Larteyn.

En el dormitorio de Ruark halló un pequeño cofre con alhajas personales, en una caja fuerte: anillos, pendientes, intrincados brazaletes y coronas, aros de piedras semipreciosas. Revolvió la caja hasta que descubrió una delgada y hermosa cadena con una lechuza plateada incrustada en ámbar y suspendida de un broche. El broche parecía tener el tamaño adecuado. Dirk arrancó el ámbar con la lechuza y los reemplazó por la joya susurrante. Luego se desabrochó la chaqueta y la camisa y se colgó la cadena del cuello. La fría lágrima roja le acarició la piel desnuda, susurrando, prometiendo falsedades. La pequeña puñalada de hielo le hacía doler el pecho, pero aceptó ese dolor; era Jenny. Poco después se había acostumbrado y ya no le molestaba. Lágrimas saladas le rodaron por las mejillas. No las notó. Subió las escaleras.

El taller que Ruark había compartido con Gwen estaba tan desarreglado como Dirk lo recordaba, pero el kimdissi tampoco estaba allí. Tampoco lo halló en el departamento desocupado adonde Dirk lo había llamado desde Desafío. Sólo quedaba un sitio donde buscarlo.

Se apresuró a subir a la cima de la torre. La puerta estaba abierta. Titubeó, luego

entró, láser en mano.

La gran sala era todo caos y destrucción. La videopantalla había sido aplastada o había estallado; había astillas de vidrio por todas partes. Disparos de láser desgarraban las paredes. El diván estaba volcado y rasgado por todas partes, y el relleno yacía disperso en enormes puñados. Algunos habían sido arrojados al hogar, y el amasijo húmedo y humeante ahogaba el fuego. Una de las gárgolas, patas arriba y decapitada, yacía contra la base de la repisa. La cabeza de ojos de piedraviva había sido arrojada a las cenizas húmedas del hogar. El aire hedía a vino y a vómito.

Garse Janacek dormía en el suelo, el torso desnudo, la barba roja enrojecida aún más por los hilillos de vino, la boca entreabierta. Hedía como la habitación. Roncaba estruendosamente y aún aferraba la pistola láser con una mano. La camisa yacía en un charco de vómito que Garse había tratado de secar sin demasiado entusiasmo.

Dirk se acercó sigilosamente y tomó el láser de entre los dedos flojos de Janacek. El *teyn* de Vikary no era el férreo kavalár que Jaan le había descrito.

El hierro-y-piedraviva aún ceñía el brazo derecho de Janacek. Algunas piedras habían sido arrancadas, y los agujeros vacíos lucían obscenos. Pero casi todo el brazalete estaba intacto, salvo donde se notaban algunos rasguños. El antebrazo de Janacek, por encima del brazalete, también estaba rasguñado; los tajos eran profundos, y prolongaban los surcos del hierro negro. Costras de sangre seca embadurnaban el brazo y el brazalete.

Cerca de la bota de Janacek, Dirk vio la cuchilla ensangrentada. Sólo cabía imaginar el resto. Borracho, sin duda, había tratado de arrancar las piedravivas con la mano izquierda, entorpecida por la vieja cicatriz. Finalmente, había perdido la paciencia y se había acuchillado ferozmente, antes que el dolor y la cólera le hicieran soltar el arma.

Dirk retrocedió con ligereza, sorteando la camisa empapada de Janacek; se plantó en el vano, alzó el rifle y gritó:

—¡Garse!

Janacek no se movió. Dirk repitió el grito; esta vez los ronquidos se apaciguaron notablemente. Envalentonado, Dirk se agachó y recogió lo primero que tuvo a mano, una piedraviva, y se la arrojó; le dio en la mejilla.

El kavalár se incorporó lentamente, parpadeando. Al ver a Dirk hizo una mueca de desprecio.

—Levántese —ordenó Dirk, gesticulando con el láser.

Janacek se puso de pie trabajosamente, y echó una ojeada en busca de la pistola.

—No la encontrará —le dijo Dirk—. La tengo yo.

Janacek tenía los ojos legañosos y abotagados, pero el sueño ya le había quitado la borrachera.

—¿A qué ha venido, t'Larien? —dijo lentamente, con voz más exhausta que

aguardentosa—. ¿A burlarse de mí?

—No —le respondió Dirk, con un meneo de cabeza—. Usted me da lástima.

Janacek le lanzó una mirada fulminante.

—¿Yo le doy lástima?

—¿No le parece que es digno de compasión? ¡Mire a su alrededor!

—Cuidado, t'Larien. Siga abusando de sus burlas y descubriré si realmente tiene agallas para disparar esa arma que empuña con tanta torpeza.

—No lo haga, Garse. Por favor, necesito que me ayude.

Janacek soltó una estruendosa carcajada, cargada de furia, echando la cabeza hacia atrás. En cuanto se calmó, Dirk le refirió lo que había ocurrido desde la muerte de Myrik Braith en Desafío. Janacek le escuchaba muy tieso, los brazos cruzados sobre el pecho desnudo y partido por la cicatriz. Cuando Dirk le contó sus conclusiones acerca de Ruark, rió una vez más.

—Los intrigantes de Kimdiss —masculló; Dirk dejó pasar el comentario y luego terminó su historia—. ¿Y con eso? ¿Por qué piensa usted que todo esto puede interesarme? —preguntó Janacek.

—Tal vez suponiendo que usted no permitirá que los Braith cacen a Jaan como a un animal —replicó Dirk.

—Se ha convertido en un animal.

—A los ojos de los Braith —repuso Dirk—. ¿Es usted un Braith?

—Soy un kavalár.

—¿Ahora todos los kavaláres son iguales? —señaló la cabeza de piedra de la górgola, en el hogar—. Veo que ahora toma trofeos, igual que Lorimaar —Janacek lo miró con dureza—. Tal vez me equivoqué, pero cuando entré aquí y vi todo esto, me puse a pensar que, pese a todo, usted albergaba sentimientos humanos por quien había sido su *teyn*. Recordé que una vez me dijo que Jaan y usted estaban ligados por un vínculo más fuerte que cualquiera que yo hubiera conocido. Pero supongo que me mentía...

—Le dije la verdad. Jaan Vikary quebró ese vínculo.

—Gwen quebró todos los vínculos que me ligaban a ella, hace años —dijo Dirk—. Pero vine cuando me necesitó. Bueno, resultó que en realidad ella no me necesitaba, y que yo he venido por una serie de razones egoístas. Pero vine. Y eso no puede negármelo, Garse. Cumplí mi promesa —hizo una pausa—. Y yo no consentiría que nadie la cazara a ella, si pudiera impedirlo. Parece que el vínculo que nos unía era mucho más fuerte que el hierro-y-fuego kavalár.

—Diga lo que quiera, t'Larien. Sus palabras no cambian nada. Es ridículo que alardee de cumplir promesas. ¿Y las promesas de hermandad que nos hizo aquí mismo a Jaan y a mí?

—Las traicioné —se apresuró a decir Dirk—. Lo sé. Así es que usted y yo

estamos parejos, Garse.

—Yo no he traicionado a nadie.

—Está abandonando a quienes tenía más cerca; a Gwen, que fue su *cro-betheyn*, que durmió con usted y lo amó y lo odió al mismo tiempo. Y a Jaan, su inapreciable *teyn*.

—Nunca los traicioné —respondió Janacek con vehemencia—, Gwen me traicionó a mí, y también al jade-y-plata que usó desde el día en que se unió a nosotros. Jaan renunció a la decencia matando a Myrik de esa manera; me ignoró a mí, ignoró los deberes del hierro-y-fuego. Nada les debo, a ninguno de los dos.

—¿De veras, Garse? —debajo de la camisa, Dirk sintió el contacto frío de la piedra susurrante, que lo inundó con palabras y recuerdos, con una evocación del hombre que había sido; estaba fuera de sí—. Y eso es todo, ¿verdad? Usted no les debe nada, y no hay más que decir. Los malditos vínculos kavalares no son más que deuda y obligación, después de todo. Tradiciones, la vieja sabiduría del clan, al igual que el duelo de honor y la cacería de Cuasi-hombres. No hay que recapacitar, simplemente seguir las normas. Al menos en una cosa, Ruark tenía razón: ninguno de ustedes siente amor, salvo Jaan. Y tampoco estoy tan seguro. ¿Qué diablos habría hecho él, si Gwen no hubiera llevado el brazalete?

—¡Lo mismo!

—¿Ah, sí? ¿Y usted? ¿Habría retado a Myrik por haber lastimado a Gwen? ¿O fue porque Myrik ultrajó el jade-y-plata? —resopló Dirk—. Puede que Jaan hubiera hecho lo mismo, pero no usted, Janacek. Usted es tan kavalar como el mismo Lorimaar, tan insensible como Chell o Bretan. Jaan quería mejorar a su pueblo, pero supongo que usted simplemente disfrutaba de la aventura sin compartir la causa —se quitó el láser de Janacek del cinturón y lo arrojó por el aire con la mano libre—. Tenga —gritó, bajando el rifle—. ¡Vaya a cazar Cuasi-hombres!

Janacek, sorprendido, atajó el arma en el aire, casi por reflejo. La empuñó torpemente, frunciendo el ceño.

—Ahora podría matarlo, t'Larien —dijo.

—Haga eso o no haga nada —dijo Dirk—. Lo mismo da. Si usted realmente hubiera *amado* a Jaan...

—Yo no *amo* a Jaan —farfulló Janacek, enrojeciendo—. ¡Él es mi *teyn*!

Dirk dejó que las palabras del kavalar flotaran un minuto en el aire. Se rascó la barbilla pensativamente.

—¿Es...? —preguntó—. ¿O quiso decir que Jaan era su *teyn*?

Janacek palideció tan de repente como había enrojecido. Debajo de la barba, la boca se le torció en un gesto que hacía recordar a Bretan. Volvió los ojos, casi furtivamente, con vergüenza, al pesado brazalete de hierro que aún le ceñía el antebrazo manchado de sangre.

—No pudo arrancar todas las piedravivas, ¿verdad? —dijo suavemente Dirk.

—No —respondió Janacek, con voz extrañamente serena—. No. Pero claro que eso no quiere decir nada. El hierro físico no tiene valor cuando el otro hierro ha desaparecido.

—Pero no ha desaparecido, Garse —dijo Dirk—. Jaan me habló de usted en Kryne Lamiya. Lo sé. Tal vez él se siente ligado a Gwen también por el hierro, y quizás eso sea un error. No me lo pregunte a mí. Todo lo que sé es que para Jaan el otro hierro sigue allí. En Kryne Lamiya llevaba el hierro-y-fuego. Supongo que lo seguirá llevando cuando los sabuesos Braith lo despellejen.

Janacek meneó la cabeza.

—Juraría que su madre es kimdissi, t'Larien. Pero no puedo oponerle resistencia. Es usted un intrigante consumado —sonrió; era la vieja sonrisa, la que aquella mañana le había relampagueado en la cara cuando apuntó con el láser a Dirk y le preguntó si le asustaba—. Jaan Vikary es mi *teyn* —dijo—. Estoy a su disposición.

La conversión de Janacek, pese a las resistencias que opuso, fue completa. De inmediato se hizo cargo de la situación. Dirk opinaba que debían partir de inmediato y elaborar un plan durante el vuelo, pero Janacek insistió en que se tomaran un tiempo para ducharse y vestirse.

—Si Jaan sigue con vida, no correrá demasiado peligro hasta el amanecer. Los sabuesos no ven bien en la oscuridad y los Braith no querrán internarse de noche en un bosque de estranguladores. No, t'Larien; acamparán y esperarán. Un hombre solo, a pie, no puede ir muy lejos. Así es que tenemos tiempo para que los enfrentemos con un aspecto más digno.

Cuando estuvieron listos para partir, Janacek ya había borrado casi todos los rastros de su embriaguez y su arrebatado de cólera. Lucía elegante e impecable en un traje tornasolado revestido de piel, la barba limpia y recortada, el pelo rojo y oscuro, cuidadosamente peinado hacia atrás. Sólo el brazo derecho lo delataba, pese al prolijo vendaje. Pero las heridas no parecían inhibirlo demasiado; con movimientos gráciles y fluidos, el kavalar cargó y controló el láser y lo guardó en la funda. Además de la pistola, también llevaba un machete de doble filo y un rifle como el de Dirk. Al empuñarlo, sonrió jovialmente.

Dirk se había lavado y afeitado mientras esperaba, y también había aprovechado para aplacar el hambre con verdadera comida. Cuando subieron a la azotea, casi le sobraban energías.

La cabina del enorme aeromóvil de Janacek era tan incómoda como el del lamentable artefacto que Dirk había traído de Kryne Lamiya, pese a que la máquina de Janacek tenía cuatro asientos en vez de dos.

—El blindaje —explicó Janacek cuando Dirk aludió al reducido espacio interior;

sujetó a Dirk en un asiento incómodo y rígido, con un apretado arnés de combate; luego, él se instaló del mismo modo y poco después levantaron vuelo.

La cabina, pobremente iluminada y cerrada por completo, tenía indicadores e instrumentos por todas partes, incluso encima de las portezuelas. No tenía ventanas; un panel de ocho pequeñas videopantallas daba al piloto seis vistas del exterior. El tapizado era de un material sintético incoloro y sin ornamentos.

—Este vehículo tiene más años que nosotros dos —dijo Janacek mientras se elevaban; parecía deseoso de hablar, y amigable, pese a su habitual mordacidad—. Y ha visto más mundos que usted mismo. Tiene una historia fascinante. Este modelo data de hace cuatrocientos años normales. Lo construyeron los Ingenios de Dam Tullian, en el Velo del Tentador. Y lo emplearon en sus guerras contra Erikan y Esperanza del Errabundo. Al cabo de un siglo fue averiado y abandonado. Los erikanos se adueñaron de él en tiempos de paz y lo vendieron a los Angeles de Acero de Bastión, que lo utilizaron en una serie de campañas, hasta que finalmente los prometeicos se lo quitaron. Un mercader Kimdissi lo compró en Prometeo y me lo vendió a mí, y yo lo adapté para el duelo de honor. Desde entonces nadie me ha desafiado a un combate aéreo. Observe —estiró la mano y apretó un botón luminiscente, y de pronto la aceleración aplastó a Dirk contra el asiento—. Toberas auxiliares para velocidad de emergencia —sonrió Janacek—. Llegaremos en la mitad de lo que tardó usted, t'Larien.

—Bien —dijo Dirk, intrigado por una de las informaciones—. ¿Dijo que se lo vendió un mercader kimdissi?

—Así es. Los pacíficos kimdissi son grandes traficantes de armas. Como usted sabe, los intrigantes no me merecen ningún respeto. Lo cual no me impide aprovechar una ganga.

—Arkin hacía mucho hincapié en su no-violencia —dijo Dirk—. Supongo que era otro engaño...

—No —dijo Janacek, que miró de soslayo a Dirk y agregó, sonriendo—: ¿Le sorprende, t'Larien? La verdad es más asombrosa, quizá. No por nada llamamos intrigantes a los kimdissi. Supongo que en Avalon usted estudió historia, ¿verdad?

—Un poco —dijo Dirk—. Historia de la Vieja Tierra, el Imperio Federal, la Doble Guerra, la expansión...

—Pero no historia de los mundos exteriores —cloqueó Janacek—. Era de suponer. En el reino humano hay tantos mundos y culturas, tantas historias... Hasta los nombres son muchos para memorizarlos todos. Escuche, y le explicaré algunas cosas. Al aterrizar en Worlorn, ¿vio el círculo de banderas?

—No —repuso Dirk con cierta perplejidad.

—Tal vez ya no estén. Pero en un tiempo, durante el Festival, en el parque exterior del puerto espacial flameaban catorce banderas. Fue una absurda pretensión

de los toberianos, pero finalmente se admitió pese a que diez de las catorce banderas planetarias no representaban nada. En mundos como Eshellin y la Colonia Olvidada ni se sabía qué era una bandera, mientras los emereli, por otra parte, tenían un estandarte diferente para cada una de sus cien torres-estado. Los oscuralbinos se rieron de nosotros y enarbolaron un paño totalmente negro (eso parecía divertirles), y en cuanto a Alto Kavalaan, no teníamos bandera para nuestro mundo, pero creamos una; la tomamos de nuestra historia: un rectángulo dividido en cuatro cuadrantes de colores diferentes: un banshi verde sobre campo azul para Jadehierro, el murciélago plateado de Shanagato sobre fondo amarillo, espadas cruzadas sobre fondo carmesí para Acerorrojo, y un lobo blanco sobre púrpura para los Braith. Ese fue el estandarte de la Liga de Altoseñores.

“La Liga se creó en los tiempos en que los primeros navíos estelares regresaron a Alto Kavalaan. Hubo un hombre, un gran caudillo, llamado Viktor alto-Acerorrojo Corben. Dominó el consejo de altoseñores de Acerorrojo durante una generación, y cuando las naves llegaron él estaba convencido de que todos los kavalares tenían que unirse para compartir tanto el conocimiento como las riquezas. Y así se organizó la Liga de Altoseñores, cuya bandera acabo de describirle. Esa unión no duró mucho. Los mercaderes kimdissi, temerosos del poder de un Alto Kavalaan unificado, se comprometieron a proveer de armamento moderno sólo a los Braith. Los altoseñores Braith se habían unido a la Liga solamente por temor; en verdad no les interesaban las estrellas, que a juicio de ellos estaban plagadas de Cuasi-hombres. Pero sin embargo aceptaron los láseres de los Cuasi-hombres.

"Así estalló la última altaguerra. Jadehierro, Acerorrojo y Shanagato se unieron y sojuzgaron a Braith, pese a las armas kimdissi. Pero Viktor alto-Acerorrojo murió, y el número de bajas fue terrible. La Liga de Altoseñores sobrevivió al fundador sólo unos años más. Los Braith, derrotados, se aferraron a la creencia de que los Cuasi-hombres kimdissi los habían engañado y usado para sus propios fines, y se apegaron a las viejas tradiciones más firmemente que antes, aún. Para sellar la paz con sangre y hacerla más duradera, la Liga, entonces dominada por altoseñores de Shanagato, capturó a todos los kimdissi de Alto Kavalaan y también una nave toberiana, los declaró a todos criminales de guerra (un término, dicho sea de paso, que nos enseñaron los habitantes de los mundos exteriores), y los soltaron en las llanuras para que los cazaran como Cuasi-hombres. Los banshis mataron muchos, otros murieron de hambre, pero los cazadores abatieron a la mayoría y se llevaron las cabezas como trofeos. Se dice que los altoseñores Braith sentían un júbilo especial al desollar a los hombres que los habían armado y aconsejado.

"Hoy no puede decirse que esta cacería nos enorgullezca, pero podemos comprenderla. La guerra había sido más larga y cruenta que cualquier otra en nuestra historia desde el Tiempo del Fuego y los Demonios. Fue una época de grandes

pesares y odios enconados, y la Liga de Altoseñores se disolvió. La Congregación de Jadehierro no condonó la cacería, declarando que los kimdissi eran humanos. Los Acerorrojo pronto se les unieron. Los asesinos de Cuasi-hombres eran los Braith y Shanagato, y a partir de entonces la Confraternidad de Shanagato se apartó de la Liga. El estandarte de Vikor pronto fue abandonado y olvidado, hasta que el Festival nos hizo recordarlo —Janacek se interrumpió y se volvió hacia Dirk—. ¿Entiende ahora, t'Larien?

—Entiendo por qué los kavales y los kimdissi no simpatizan demasiado —admitió Dirk.

Janacek rió.

—Pero no se limita sólo a nuestra historia —dijo—. Kimdiss no ha participado en ninguna guerra, pero no es un mundo con las manos limpias. Cuando Tóber-en-el-Velo atacó a Lobo, los intrigantes avituallaron a los dos bandos. Y cuando en di-Emerel estalló la guerra civil entre los urbanitas, cuyo universo era un solo edificio, y los que procuraban viajar a las estrellas en busca de horizontes menos limitados, Kimdiss intervino activamente, pues suministró a los urbanitas los medios para una victoria decisiva —sonrió—. En realidad, t'Larien, incluso se rumorea que hay complots kimdissi dentro del Velo del Tentador. Se dice que fueron agentes kimdissi los que promovieron la guerra entre los Angeles de Acero y los Hombres Alterados de Prometeo, los que depusieron al cuarto Cuchulainn de Tara porque se negaba a traficar con ellos, los que intervinieron en Braque para que los sacerdotes braqui impidieran el desarrollo tecnológico. ¿Conoce la antigua religión de Kimdiss?

—No.

—Usted la aprobaría —dijo Janacek—. Es un credo pacífico y civilizado, extremadamente complejo. Se lo puede emplear para justificar cualquier cosa menos la violencia personal. Pero el gran profeta de los kimdissi, el Hijo del Soñador, a quien continúan reverenciando a pesar de que aceptan que se trata de una figura mítica, dijo una vez: "Recordad que vuestro enemigo tiene un enemigo". Sin duda. Esa es la médula de la sabiduría kimdissi.

Dirk se movió, incómodo en el asiento.

—¿Está diciéndome que Ruark...?

—No estoy diciéndole nada —interrumpió Janacek—. Saque usted mismo sus conclusiones. No tiene por qué aceptar las mías. Una vez le conté todo esto a Gwen Delvano, pues ella era mi *cro-betheyn* y quería prevenirla. Le pareció muy divertido. La historia no significaba nada, me dijo. Arkin Ruark era quien era, no un arquetipo tomado de la historia de los mundos exteriores. Eso me dijo. Además era amigo de ella, y este vínculo, esta *amistad* —Janacek pronunció la palabra con tono corrosivo —, de algún modo trascendía el hecho de que fuera un embustero y un kimdissi. Gwen me dijo que me fijara en mi propia historia. Si Arkin Ruark era un intrigante

por el mero hecho de haber nacido en Kimdiss, yo era un cazador de cabezas de Cuasi-hombres sólo en virtud de ser un kavalár.

Dirk recapacitó.

—Ella tenía razón, sin embargo —dijo con seriedad.

—¿De veras?

—El argumento es válido. Da la impresión de que Gwen se equivocó con respecto a Ruark, pero en general...

—En general más vale desconfiar de todos los kimdissi —afirmó Janacek—. A usted lo han engañado, lo han usado, t'Larien. Pero no escarmienta. Se parece mucho a Gwen. No hablemos más —golpeó una pantalla con los nudillos—. Estamos cerca de las montañas. No falta mucho.

Dirk aferraba el rifle crispadamente. Se secó las palmas transpiradas en los pantalones.

—¿Tiene algún plan?

—Sí —sonrió Janacek, e inclinándose a un costado le arrebató a Dirk el rifle láser—. Un plan muy simple, en realidad —continuó, apartando cautelosamente el arma—. Lo pondré a usted en manos de Lorimaar.

Capítulo 12

Dirk no se sorprendió. Bajo la ropa, el frío contacto de la joya susurrante le recordaba promesas pasadas y traiciones pasadas. Nada parecía demasiado importante. Se cruzó de brazos y esperó.

Janacek no ocultó su decepción.

—No parece preocuparle —dijo.

—No tiene importancia, Garse —respondió Dirk—. Salí de Kryne Lamiya dispuesto a morir —suspiró—. ¿Le servirá de algo a Jaan?

Janacek no respondió de inmediato; los ojos azules estudiaron cuidadosamente a Dirk.

—Está cambiando, t'Larien —dijo al fin; había dejado de sonreír—. ¿De veras le preocupa más la suerte de Jaan Vikary que la de usted?

—Qué sé yo —protestó Dirk—. Dígame su plan.

Janacek arrugó la frente.

—Consideré la posibilidad de aterrizar en el campamento Braith y enfrentarlos directamente. Deseché la idea. Aún no desdeño la vida tanto como usted. Aunque pudiera retar a duelo a uno o varios cazadores, sería obviamente en auxilio de un criminal. Nunca aceptarían. Mi situación es delicada en este momento; debido a mis palabras y actos en Desafío, los Braith me consideran humano, pese a mi humillación. Pero si yo procurara ayudar a Jaan abiertamente, las cosas cambiarían. Las cortesías del código ya no regirían para mí. Yo también me convertiría en un criminal, en un Cuasi-hombre.

"Una segunda posibilidad era atacarlos por sorpresa, sin previo aviso, y matar a tantos como pudiéramos. Pero aún no soy tan depravado como para considerar en serio esa idea. Comparada con un crimen semejante, hasta la muerte de Myrik sería perdonable.

"Lo mejor sería, desde luego, sobrevolar el bosque hasta localizar a Jaan y rescatarlo sin que nadie se enterara. Pero las probabilidades son mínimas. Los Braith tienen sabuesos, nosotros no. Ellos son cazadores y rastreadores experimentados, especialmente Pyr Braith Oryan y el mismo Lorimaar alto-Braith. Yo soy menos experto, y usted es inútil. Es prácticamente seguro que ellos encontrarían a Jaan antes que nosotros.

—De acuerdo —dijo Dirk—. ¿Entonces?

—Al brindarle ayuda a Jaan ya soy un falso kavalár —siguió Janacek, con la voz ligeramente turbada—. Así es que seré un poco más falso. En eso radican nuestras mejores posibilidades. Aterrizaré abiertamente y lo entregaré a usted a los Braith, como le dije antes. Con eso me conquistaré la confianza de ellos, al menos hasta cierto punto. Luego me uniré a la partida y haré cuanto pueda, salvo cometer un

asesinato. Tal vez pueda provocar una riña y retar a alguien a duelo de tal modo que nadie advierta que protejo a Jaan Vikary.

—Usted podría perder —señaló Dirk.

—Sin duda —asintió Janacek—. Podría perder. Pero no lo creo. En un duelo individual, el único sujeto de cuidado es Bretan Braith Lantry, y ni él ni su *teyn* están entre los cazadores, si los aeromóviles que usted vio son todos. Lorimaar es bastante diestro, pero Jaan lo dejó herido en Desafío. Pyr es rápido con su bastón, pero no con una espada o una pistola. Los otros son vejetes desvalidos. Es improbable que yo pierda.

—¿Y si no pudiera provocar un duelo?

—Entonces, estaré cerca cuando cacen a Jaan.

—¿Y...?

—No sé. Pero no lo capturarán. Se lo prometo, t'Larien, no lo capturarán.

—¿Y qué será de mí, entretanto?

Janacek lo miró de nuevo por encima del hombro, entornando los ojos pensativamente.

—Correrá un grave peligro —dijo el kavalari—, pero no creo que ellos lo maten de inmediato, y por cierto no lo matarán mientras esté maniatado e impotente, pues así pienso entregarle. Querrán cazarlo. Tal vez Pyr reclame ese privilegio. Supongo que lo liberarán, le cortarán las ligaduras, lo desnudarán y lo soltarán en el bosque. Si algunos prefieren cazarlo a usted, habrá menos que persigan a Jaan. También existe otra posibilidad. En Desafío, Pyr y Bretan estuvieron a punto de reñir por usted. Si Bretan se uniera a los cazadores nos beneficiaríamos con la reiniciación del conflicto...

Dirk sonrió.

—Vuestro enemigo tiene un enemigo —dijo con sarcasmo.

Janacek torció la cara, disgustado.

—No soy Arkin Ruark —dijo—. Si puedo le ayudaré. Antes de llegar al campamento Braith, bajaremos secretamente, si es posible, hasta el aeromóvil derribado que vio usted en la hoguera. Dejaremos el rifle láser entre las ruinas y luego, una vez que lo liberen y lo suelten desnudo en el bosque, usted puede procurarse el arma y así, sorprender a sus perseguidores —se encogió de hombros—. Su vida puede depender de la rapidez de sus piernas, y de su puntería.

—Y de mi predisposición para matar —añadió Dirk.

—Y de su predisposición para matar —convino Janacek—. No puedo ofrecerle más ventajas, t'Larien.

—Acepto las que me ofrece —dijo Dirk. Luego, volaron un rato en silencio. Pero cuando los cuchillos negros de la pared montañosa quedaron finalmente atrás y Janacek apagó todas las luces de la máquina para iniciar un lento y cauteloso

descenso, Dirk se volvió para preguntarle—: ¿Qué habría hecho si yo me hubiera negado a seguirle el juego?

Garse Janacek giró en el asiento y apoyó la mano derecha en el brazo de Dirk. Las piedravivas intactas fulguraban débilmente contra el hierro del brazalete.

—El vínculo de hierro-y-fuego es más fuerte que cualquier vínculo que usted conozca —dijo gravemente el kavalár—, y mucho más fuerte que cualquier vínculo de gratitud fugaz. Si usted se hubiese negado, t'Larien, le habría cortado la lengua para que no revelara mis planes a los Braith y hubiera seguido adelante. Por las buenas o por las malas, usted habría hecho su parte. Comprenda t'Larien, no le odio, pese a que en varias oportunidades me ha dado motivos. A veces he simpatizado con usted, tanto como un Jadehierro puede simpatizar con un individuo al que no está ligado por ningún vínculo. No le causaría daño adrede pero llegado el caso, le causaría daño. Pues he reflexionado detenidamente, y mi plan es lo más seguro para Jaan Vikary.

Janacek habló sin esbozar siquiera una sonrisa. Esta vez al menos, no bromeaba.

Dirk no tuvo mucho tiempo para reflexionar sobre las palabras de Janacek. La máquina descendió en la noche como una piedra increíblemente ligera, y revoloteó como un espectro sobre las copas de los estranguladores. El vehículo derribado aún ardía entre llamas moribundas y anaranjadas que se escurrían por el tronco de un árbol caído y chamuscado, y una pantalla de humo le borroneaba los contornos.

Janacek se acercó, abrió una de las portezuelas blindadas y arrojó el rifle al bosque. Dirk le insistió para que arrojara también la chaqueta que él había usado, pues la piel y el cuero serían una bendición para un hombre que corría desnudo por la floresta.

Después se remontaron nuevamente al cielo, y Garse le sujetó las manos y los pies. Las ligaduras, apretadas y cortantes, le dificultaban la circulación, sin duda, serían convincentes. Después, encendiendo los faros y las luces laterales, Janacek enfiló hacia el círculo iluminado.

Los sabuesos, encadenados a estacas, dormían al lado del agua, pero despertaron cuando el extraño aeromóvil descendió; Janacek aterrizó en medio de feroces aullidos. Sólo uno de los Braith estaba a la vista: el enjuto cazador de pelo negro y revuelto como un ovillo de alambre quemado. Dirk sabía que era el *teyn* de Pyr, pero ignoraba su nombre. El hombre estaba sentado junto a una fogata, cerca de los sabuesos, con un rifle láser al costado. Pero en cuanto ellos se acercaron, se incorporó con agilidad.

Janacek destrabó la escotilla y la abrió. El frío aire nocturno penetró en la cálida cabina. El kavalár levantó a Dirk de un tirón y lo bajó de la máquina a empellones, obligándole a arrodillarse en la arena fría.

—Jadehierro —avisó roncamente el hombre de guardia; sus *kethi* ya estaban saliendo de sus sacos de dormir y de los aeromóviles, y empezaban a reunirse.

—Traigo un regalo —dijo Janacek, las manos en las caderas—. Un presente de Jadehierro, para Braith.

Los cazadores eran seis en total, advirtió Dirk mirando desde su incómoda postura; todos habían estado en Desafío. El calvo y corpulento Pyr, que dormía a la intemperie cerca de su *teyn*, fue el primero en acercarse. Pronto se les unieron Rosef alto-Braith y su calmo y musculoso compañero. Ellos también habían dormido en el suelo, cerca del aeromóvil. En último término, Lorimaar alto-Braith Arkellor, el costado izquierdo del pecho envuelto en vendas oscuras, emergió lentamente del aeromóvil rojo en forma de cúpula, apoyándose en el brazo del hombre gordo que antes había estado con él. Los seis comparecieron tal como habían dormido: totalmente vestidos y armados.

—Se agradece el presente, Jadehierro —dijo Pyr, que llevaba un cinturón negro de metal, con una pistola, pero estaba sin su bastón, y así parecía incompleto.

—Lo que no se agradece es tu presencia —dijo Lorimaar, avanzando a los tumbos; se inclinaba tanto sobre su *teyn* que parecía giboso y encorvado. Ya no tenía aspecto de gigante. Y Dirk, observándole, creyó verle nuevas arrugas en la piel, surcos profundos y acusados, tallados por el dolor.

—Ahora es obvio que los duelos para los que me nombraron arbitro nunca se librarán —dijo serenamente Rosef, sin la hostilidad que engrosaba la voz de Lorimaar —, de modo que no tengo autoridad especial y no puedo hablar en nombre de Alto Kavalaan o Braith. Pero estoy seguro de que hablo por todos nosotros al decir que no toleraremos que interfieras, Jadehierro. Aunque nos traigas un presente de sangre.

—Cierto —dijo Lorimaar.

—No me propongo interferir —dijo Janacek—. Me propongo unirme a la partida.

—Estamos cazando a tu *teyn* —dijo el compañero de Pyr.

—Eso ya lo sabe —barbotó Pyr.

—No tengo *teyn* —dijo Janacek—. Un animal merodea en el bosque ciñendo mi hierro-y-fuego. Estoy dispuesto a matarlo con vosotros y reclamar lo que me pertenece —su voz era muy dura y convincente.

Uno de los sabuesos se paseaba impaciente, tironeando de la cadena. Gruñó y se detuvo para fruncir la cara de rata, frente a Janacek, mostrándole una fila de dientes amarillos.

—Está mintiéndonos —dijo Lorimaar—. Hasta nuestros perros huelen la mentira. No simpatizan con él.

—Un Cuasi-hombre —añadió su *teyn*.

Garse Janacek volvió ligeramente la cabeza. La trémula luz del fuego le arrancó chispas rojas de la barba mientras él esbozaba una sonrisa irónica y amenazante.

—Saanel Braith —dijo—. Tu *teyn* está herido y me insulta con impunidad, pues sabe que no puedo retarlo a duelo. Pero tú no gozas de esa protección.

—Por el momento sí —terció con aspereza Rosef alto-Braith—. Es una treta que no vamos a permitirte, Jadehierro. No te batirás con nosotros, uno por uno, para salvar a un renegado.

—Acabo de afirmar que no me interesa salvarle. No tengo *teyn*. Nadie puede privarme de los derechos que otorga el código.

El menudo y encorvado Rosef, medio metro más bajo que los demás kavalares, miró fijamente a Janacek y se negó a ceder.

—Estamos en Worlorn —dijo—, y hacemos lo que se nos antoja.

Corrió un murmullo de aprobación.

—Sois kavalares —insistió Janacek, pero un destello de duda le cruzó el rostro—. Sois Braith, y altoseñores de Braith, vinculados a vuestra coalición y a vuestro consejo y sus disposiciones.

—En el pasado he visto a muchos de mis *kethi* y a muchos más hombres de otros clanes renunciar a la vieja sabiduría —dijo Pyr con una sonrisa—. "Esto y esto está mal", decían los flojos de Jadehierro. "No seguiremos estas normas". Y los corderos de Acerorrojo los imitaban, y también los afeminados de Shanagato, y muchos Braith, lamentablemente. ¿Me equivoco? Te presentas aquí para sermonearnos acerca del código, pero si mal no recuerdo, en mi juventud eran los Jadehierro quienes querían disuadirme de cazar Cuasi-hombres. ¿No hubo blandos kavalares que viajaron a Avalon para aprender acerca de armas, vuelos espaciales y otras cosas útiles, y volvieron saturados de mentiras, instigándonos a cambiar nuestras tradiciones al extremo de que nuestro antiguo código se transformó en algo vergonzoso, cuando antes nos colmaba de orgullo? Dime, Jadehierro: ¿me equivoco?

Garse guardó silencio. Se cruzó aplomadamente de brazos.

—Jaan Vikary, ex alto-Jadehierro, fue el peor de los reformadores, de los mentirosos. Y tú no le ibas mucho a la zaga —dijo Lorimaar.

—Yo nunca estuve en Avalon —dijo simplemente Garse.

—Respóndeme —insistió Pyr—. ¿Acaso tú y Vikary no intentasteis cambiar las viejas costumbres? ¿No os burlabais de las partes del código que os disgustaban?

—Nunca infringí las normas —dijo Janacek—. Jaan..., a veces... —tartamudeó.

—Lo admite —dijo Saanel.

—Hemos hablado entre nosotros —dijo Rosef con voz calma—. Si los altoseñores pueden matar infringiendo el código, si las cosas que damos por ciertas pueden ser alteradas y desdeñadas, entonces nosotros también podemos introducir cambios y desechar toda sabiduría que no nos interese, por falsa. Ya no estamos vinculados a Braith, Jadehierro. Es el mejor clan, pero eso no basta. Nuestros antiguos *kethi* aceptaron ciertas mentiras con excesiva blandura. Nadie volverá a

deformarnos ni a jugar con nosotros. Regresaremos a las tradiciones más puras, al credo que era antiguo aún antes que cayera Puño de Bronce, a los días en que los altoseñores de Jadehierro y Taal y las Moradas del Carbón Profundo luchaban contra los demonios en las colinas de Lameraan.

—Ya ves, Jadehierro —dijo Pyr—. Nos llamas por un nombre falso.

—No lo sabía —dijo lentamente Janacek.

—Llámanos por nuestro nombre verdadero. No somos Braith.

Los ojos del Jadehierro lucían rígidos y sombríos; aún cruzado de brazos, se volvió a Lorimaar.

—Habéis fundado un nuevo clan... —dijo.

—Hay precedentes —argumentó Rosef—. Acerorrojo fue fundado por los renegados de la Montaña de la Piedraviva, y Braith mismo nació de Puño de Bronce.

—Yo soy Lorimaar Reln Zorro *alto-Larteyn* Arkellor —dijo Lorimaar con su voz dura y dolorida.

—Honor a tu clan —respondió Janacek, irguiéndose rígidamente—. Honor a tu *teyn*.

—Todos somos Larteyn —dijo Rosef.

Pyr rió.

—Somos el consejo de altoseñores de Larteyn, y nos atenemos a los antiguos códigos —dijo.

En el silencio que siguió, Janacek miró de hito en hito a cada uno de los presentes. Dirk le observaba desde el suelo, maniatado y de rodillas.

—Os habéis denominado Larteyn —dijo al fin Janacek— de modo que sois Larteyn. Todos los viejos preceptos convienen en ello. Pero os recuerdo que todo eso de lo que habláis, los hombres y doctrinas y clanes que invocáis, todo está muerto. Puño de Bronce y Taal fueron destruidos en altaguerra antes que naciera cualquiera de vosotros, y las Moradas del Carbón Profundo ya estaban inundadas y deshabitadas en el Tiempo del Fuego y los Demonios.

—Los preceptos de ellos viven en Larteyn —dijo Saanel.

—No sois más que seis —dijo Janacek—, y Worlorn está muriendo.

—Bajo nuestro dominio volverá a vivir —dijo Rosef—. La noticia se difundirá en Alto Kavalaan y vendrán otros; nuestros hijos nacerán aquí, para cazar en los bosques de estranguladores.

—De acuerdo —dijo Janacek—. No es de mi incumbencia. Jadehierro no tiene pleitos con Larteyn. Vengo a vosotros abiertamente y os solicito unirme a la partida —apoyó la mano en el hombro de Dirk—. Y os traigo un presente de sangre.

—Es verdad —dijo Pyr, y guardó silencio un instante; luego se volvió a los otros—: Opino que le dejemos acompañarnos.

—No —dijo Lorimaar—. No confío en él. Se le ve demasiado ansioso.

—Por una razón, Lorimaar alto-Larteyn —dijo Janacek—. Una gran vergüenza ha manchado el nombre de mi clan y el mío. Quiero limpiar mi honor.

—Todo hombre debe proteger su orgullo, por mucho que le duela —convino Rosef—. Eso es indudable.

—Que venga con nosotros —dijo el *teyn* de Rosef—. Él está sólo, nosotros somos seis. ¿Qué puede hacernos?

—¡Está mintiendo! —insistió Lorimaar—. ¿Cómo supo que estábamos aquí? ¡Preguntadle! ¡Y mirad! —señaló el brazo derecho de Janacek, donde las piedravivas fulguraban como ojos rojizos; sólo faltaba un puñado.

Janacek empuñó el machete con la mano izquierda y lo desenvainó con lentitud. Luego le extendió la mano derecha a Pyr.

—Ayúdame a sostener el brazo con firmeza —dijo sin inmutarse—, y me desharé de los falsos fuegos de Jaan Vikary.

Pyr accedió. Nadie hablaba. Janacek actuó con rapidez y seguridad. Cuando terminó, las piedravivas yacían en la arena como brazas de una hoguera pisoteada. Se agachó y recogió una, la tiró hacia arriba y la manoteó como si estuviera sopesándola, sin dejar de sonreír. Luego echó el brazo hacia atrás y la arrojó; la piedra trazó una amplia curva antes de caer. Al descender parecía una estrella fugaz. Dirk casi esperaba que siseara al hundirse en las oscuras aguas del lago. Pero no se oyó nada, ni siquiera un chapoteo.

Janacek alzó una por una todas las piedravivas, las sopesó en la palma y las tiró al lago. Cuando arrojó la última, se volvió a los cazadores y extendió el brazo derecho.

—Hierro desnudo —dijo—. Mirad. Mi *teyn* ha muerto.

Nadie volvió a poner reparos.

—Se acerca el alba —dijo Pyr—. Soltemos la presa.

De modo que los cazadores volvieron la atención a Dirk y todo sucedió más o menos como Janacek le había dicho. Le cortaron las ligaduras y le dejaron frotarse las muñecas y los tobillos para reanimar la circulación. Luego le empujaron contra un aeromóvil y Rosef y Saanel lo aferraron, mientras Pyr le rasgaba las vestimentas. El cazador calvo manejaba el cuchillo tan diestramente como el bastón, pero no se quedaba en delicadezas; le dejó un tajo largo en la cara interior del muslo, y otro más corto y profundo en el pecho.

Dirk parpadeó mientras Pyr le cortajeaba la ropa, pero no intentó resistirse. Cuando estuvo desnudo por completo y con la espalda aplastada contra el frío flanco metálico del aeromóvil, el viento le hizo tiritar.

De pronto, Pyr hizo una mueca de asombro.

—¿Qué es esto? —barbotó, y estiró la mano pequeña y blanca hacia la joya susurrante que colgaba del cuello de Dirk.

—No —dijo Dirk.

Pyr dio un tirón brusco. La cadena de plata mordió la garganta de Dirk; la joya quedó libre de su improvisado sostén.

—¡No! —gritó Dirk, se arrojó hacia adelante y empezó a forcejear; Rosef se tambaleó y cayó a un costado, Saanel se le colgó del brazo, y Dirk le asestó un golpe en el cuello taurino, debajo de la barbilla. El hombre gordo le soltó con un juramento, y Dirk se volvió hacia Pyr, que había recogido el bastón y sonreía. Dirk avanzó un paso y se detuvo.

Esa vacilación fue fatal. Saanel le atacó por atrás, rodeándole la cabeza con el brazo, y le aplicó una llave que paulatinamente le dejó sin aliento. Pyr observaba con desaprensión; tiró el bastón en la arena y apresó la joya susurrante entre el pulgar y el índice.

—Alhajas de Cuasi-hombre —dijo con desdén; para él no significaban nada, los diseños trazados por el éesper no le afectaban la mente. Tal vez percibía que la pequeña lágrima era fría al tacto, tal vez no. Pero no percibía ningún susurro. Llamó a su *teyn*, que estaba pisoteando la fogata—. ¿Quieres un regalo de t'Larien?

Calladamente, el hombre se acercó, tomó la joya y la observó un instante. Luego se la echó en el bolsillo de la chaqueta. Se alejó sin comentarios y recorrió el contorno del campamento Braith, para apagar las linternas de mano hincadas en la arena. Al extinguirse las luces, Dirk vislumbró el destello rosáceo del alba en el horizonte.

Pyr hizo un ademán con el bastón.

—Suéltale —le dijo a Saanel, y el hombre aflojó el brazo y retrocedió.

Dirk estaba libre. Le dolía el cuello, y la arena fría le raspaba las plantas de los pies. Se sentía muy vulnerable; sin la joya susurrante, el miedo lo había inundado. Buscó con los ojos a Garse Janacek, pero el Jadehierro estaba al otro lado del campamento, hablando seriamente con Lorimaar.

—Ya despunta el alba —dijo Pyr—. En cualquier momento te seguiré, Cuasi-hombre. Corre.

Dirk miró por encima del hombro. Rosef fruncía el ceño y se masajaba el hombro; se había dado un fuerte golpe al caer. Saanel, sonriendo estúpidamente, se recostaba contra el aeromóvil. Dirk, indeciso, avanzó unos pasos hacia la arboleda.

—Vamos, t'Larien. Estoy seguro de que puedes correr más rápido —le gritó Pyr—. Corre, y tal vez salves el pellejo. Yo también iré a pie, al igual que mi *teyn* y nuestros sabuesos —desenfundó la pistola y se la arrojó a Saanel, que la aferró aplastándola entre sus manazas—. No llevaré láser, t'Larien —continuó Pyr—. Será una cacería pura y limpia, bien tradicional. Un cazador con cuchilla y espada arrojadiza, una presa desnuda. ¡Corre, t'Larien, corre! *Teyn* —dijo Pyr a su enjuto compañero, que se acercaba—, desencadena a los perros.

Dirk giró sobre los talones y corrió hacia el linde del bosque.

Era como correr en una pesadilla.

Le habían quitado las botas; en cuanto avanzó tres pasos en la arboleda, se cortó un pie contra un guijarro filoso y empezó a cojear. Otros guijarros lo esperaban en la penumbra. Al correr, parecía que tropezaba con todos.

Le habían quitado las ropas; al abrigo de los árboles, el viento no era tan crudo. Pero aún así tenía frío, mucho frío. Por un tiempo anduvo con la carne de gallina, luego pasó. Lo aquejaron otros dolores, y el frío perdió importancia.

La floresta era demasiado oscura y demasiado clara. Demasiado oscura para ver bien el camino; tropezaba con raíces, se despellejaba las rodillas y las palmas, los pies se le hundían en cada agujero. Pero también era demasiado clara; el alba despuntaba rápidamente, muy rápidamente, y la luz se filtraba como una amenaza por la enramada. Estaba perdiendo de vista la única señal. La observaba cada vez que llegaba a un claro, cada vez que podía ver a través del tupido follaje, alzaba los ojos para encontrarla. Una estrella brillante y roja, el sol de Alto Kavalaan fulgurando en el cielo de Worlorn; Garse se la había indicado, diciéndole que la tomara como referencia si se extraviaba. A través del bosque, le guiaría hasta el láser y la chaqueta. Pero el alba despuntaba rápidamente; los Braith habían tardado mucho en soltarle. Y cada vez que miraba el cielo y trataba de orientarse, los estranguladores que formaban muros impenetrables en ese oscuro y denso bosque lo obligaban a dar rodeos; todas las direcciones parecían iguales. Era fácil perderse; cada vez que buscaba la señal, aparecía más tenue y pálida. Hacia el este, el cielo se teñía de rojo; el Gordo Satanás se elevaba, y pronto el sol de Alto Kavalaan se borraría de ese cielo crepuscular. Trató de apurar el paso.

Era menos de un kilómetro de distancia, menos de un kilómetro. Pero un kilómetro es muy largo si uno corre desnudo en una jungla inextricable. Hacía diez minutos que corría cuando oyó los feroces ladridos de los sabuesos.

Después de eso, dejó de pensar y preocuparse. Corrió.

Corrió preso de un pánico animal, jadeando, sangrando, el cuerpo tembloroso y dolorido. Corrió durante una eternidad, fuera del tiempo, en un sueño febril de pisadas frenéticas y palpitantes, sensaciones vividas y fragmentarias, y el bullicio cada vez más cercano (o eso le parecía) de los sabuesos. Corría y corría y no llegaba a ninguna parte, corría y corría sin moverse. Se estrelló contra un grueso seto de zarzas de fuego, y las espinas rojas le laceraron las carnes. Pero no gritó; corría y corría. Llegó a un promontorio de pizarra lisa y gris, y trató de encaramarse en él. Resbaló y dio de bruces contra las piedras; la boca se le inundó de sangre, escupió, había sangre en la roca y por eso había resbalado. Su sangre, la que manaba de los tajos de los pies.

Se arrastró por la roca lisa y llegó de nuevo a los árboles y se echó a correr frenéticamente, hasta que recordó que había perdido la señal. Y cuando volvió a encontrarla, estaba a sus espaldas, muy débil, un pequeño punto brillante en un cielo escarlata, y él se volvió y cruzó nuevamente el promontorio; pisoteaba raíces invisibles, apartaba la maleza con manos frenéticas, corría sin cesar. Tropezó con una rama baja, cayó de espaldas, se levantó sosteniéndose la cabeza, siguió corriendo. Resbaló en un fangoso lecho de musgo pestilente, se levantó cubierto de fango y olor, siguió corriendo. Buscó la estrella y había desaparecido. Siguió adelante. Ese tenía que ser el camino. Los sabuesos Braith venían atrás, ladrando. Era sólo un kilómetro, menos de un kilómetro. El cuerpo se le congelaba. Le ardía. Sentía que le apuñalaban el pecho. Siguió corriendo. Los sabuesos estaban detrás, muy cerca. Los sabuesos estaban detrás.

Y de pronto, no supo cuándo, no supo cuánto había corrido, no supo qué distancia había atravesado (la estrella ya no estaba), creyó percibir un vago olor a humo en el viento del bosque. Corrió hacia él y salió a un pequeño claro; se lanzó hacia el otro lado del espacio yermo y abierto. Se detuvo de golpe.

Los sabuesos estaban frente a él.

Uno, por lo menos. Surgió de la arboleda mostrando los dientes. Le brillaban los ojos, y las fauces lampiñas se abrían exhibiendo los espantosos colmillos. Dirk trató de sortearlo, y el animal se le abalanzó, derribándolo de un zarpazo y rodando con él por el suelo. El sabueso se incorporó de un brinco. Dirk se arrodilló; el animal daba vueltas alrededor y gruñía amenazadoramente cuando él trataba de levantarse. Le había mordido el brazo izquierdo hasta hacerle sangrar. Pero no lo había matado, no le había desgarrado la garganta. Está entrenado, pensó Dirk, entrenado.

Daba vueltas y vueltas, sin dejar de mirarle. Pyr lo había enviado adelante y pronto vendría con su *teyn* y los otros perros. Este lo vigilaría hasta que llegaran.

Se levantó de un salto y se precipitó hacia los árboles. El perro brincó y le derribó de nuevo, aplastándolo contra el suelo, casi arrancándole el brazo. Esta vez Dirk no se levantó. El perro retrocedió y se mantuvo alerta, la boca húmeda de sangre y saliva. Dirk trató de incorporarse con el brazo sano. Se arrastró medio metro. El sabueso gruñó. Los otros estaban cerca. Se oían los ladridos.

Luego, arriba, se oyó algo más. Dirk observó débilmente la pequeña franja de cielo nuboso, apenas iluminado por los rayos del Ojo del Infierno y sus servidores. El sabueso Braith retrocedió un metro, también mirando hacia arriba. Y el sonido se repitió. Era un gemido y un grito de guerra, un alarido insistente y ululante, un aullido de muerte de intensidad casi musical. Dirk sospechó que estaba agonizando y la memoria le devolvía la música de Kryne Lamiya. Pero el sabueso oía también. Estaba echado sobre las patas traseras, petrificado, los ojos al cielo. Una forma oscura bajó de lo alto. Dirk la vio caer. Era enorme, muy negra, casi como la pez, y en la

parte inferior se abrían mil bocas rojas y minúsculas, todas entonando ese canto, ese gemido estremecedor. No parecía tener cabeza; era triangular, una vela ancha y oscura, una manta raya que nadaba en el viento, una capa de cuero que alguien había soltado en el cielo. Una capa de cuero, pero con bocas y una cola larga y ahusada.

La cola de pronto giró con fuerza y azotó el hocico del sabueso. El perro parpadeó y retrocedió. La criatura revoloteó un instante, batiendo las enormes alas con exquisita y ondulante lentitud, luego descendió sobre el sabueso y lo envolvió totalmente. Los dos animales callaron. El sabueso, el gigantesco y musculoso perro con cara de rata, había desaparecido. El otro lo cubría completamente, y yacía en la hierba y el polvo como una descomunal salchicha de cuero negro.

Todo estaba en silencio. El chillido del cazador había acallado a todo el bosque. No se oía ladrar a los otros perros.

Dirk se levantó cautelosamente y caminó, cojeando, alrededor de la manta asesina aletargada. Parecía totalmente inmóvil. En la penumbra del alba, se la habría tomado por un gran tronco deforme.

Dirk aún tenía presente la silueta que había visto caer del cielo: una nube negra y aullante, toda alas y bocas. Por un instante, al reparar en la forma, había creído que Jaan Vikary acudía a rescatarlo con la raya metálica voladora. La otra margen del claro era una tupida maraña de estranguladores, amarillo-pardusca y muy densa. Pero el humo venía desde más allá. Fatigosamente, Dirk esquivó y apretujó y apartó las ramas, cortándolas si era necesario, y se abrió camino.

El vehículo en ruinas había dejado de arder, pero aún lo rodeaba un delgado velo de humo. Un ala había abierto el terreno con una enorme zanja, y también había segado varios árboles antes de detenerse; la otra apuntaba al cielo, acribillada de disparos de cañón láser y estriada por surcos de metal fundido que deformaban la silueta del murciélago. La cabina, negra y retorcida, tenía un boquete ancho e irregular.

Dirk encontró el rifle láser cerca de allí. También encontró huesos: dos esqueletos entrelazados en el abrazo de la muerte, los huesos oscuros y húmedos, aún pegoteados de sangre y pingajos de carne quemada. Un esqueleto era humano, o lo había sido. Los brazos y las piernas estaban rotos, y casi todas las costillas astilladas. Pero Dirk reconoció el garfio metálico de tres puntas en el extremo de un brazo partido. Al lado yacían los restos de la criatura, fuera cual fuese, que había arrastrado al cadáver fuera del aeromóvil: un depredador de huesos gomosos y veteados de negro, curvos y muy grandes. El banshi la había sorprendido mientras comía. Por eso volaba tan cerca. No había rastros de la chaqueta de cuero. Aturdido, con sólo el resto, Dirk se arrastró hasta el fuselaje frío del aeromóvil y se introdujo en las fauces sombrías. Al entrar se cortó con un borde de metal filoso, pero apenas se dio cuenta. ¿Qué le hacía un corte más? Se dispuso a esperar, a resguardo del viento, y ansiando

estar a cubierto del banshi, y sobre todo de los Braith. Casi todas las heridas parecían haber cerrado, notó sin entusiasmo. Al menos sólo le sangraban algunas partes. Pero las costras parduscas que se habían formado estaban embadurnadas de mugre, y Dirk se preguntó si no convendría hacer algo para evitar una infección. Pero no parecía tener importancia; desechó la idea y apretó con más fuerza el láser, esperando que los cazadores no tardaran en aparecer.

¿Qué los habría demorado? Tal vez temían molestar al banshi; era más que posible. Se tendió en las cenizas frías, apoyando la cabeza en el brazo, y trató de no pensar, de no sentir. Los pies de Dirk eran guiñapos tumefactos. Trató de levantarlos en el aire, para que no tocaran nada. Eso lo aliviaba un poco, pero no tenía fuerzas para mantenerlos así mucho tiempo. El dolor le atenaceaba el brazo que le había mordido el sabueso Braith. Por un momento deseó con fervor que sus dolores se mitigaran, que la cabeza dejara de darle vueltas. Luego cambió de opinión. Pensó que el dolor quizás era lo único que lo mantenía despejado. Y que si se dormía allí, era difícil que volviera a despertar.

Vio al Gordo Satanás flotando sobre el bosque; un disco sangriento a través de la maraña azul oscura. Un solo sol amarillo brillaba en las cercanías, una pequeña chispa en el firmamento. Les guiñó el ojo. Eran viejos amigos.

El aullido de los sabuesos le alertó nuevamente. A diez metros, los cazadores emergieron ávidamente del follaje. No tan cerca como él esperaba. Desde luego, habían sorteado los estranguladores en vez de abrirse paso a través de ellos. Pyr Braith era casi invisible, negro azulado como el árbol que tenía detrás. Pero Dirk distinguió sus movimientos y el bastón que llevaba en la mano, y la hoja lustrosa y plateada que empuñaba en la otra. Su *teyn* lo precedía unos pasos, sujetando las cadenas de dos sabuesos que ladraban encarnizadamente y lo arrastraban casi al trote. Un tercer sabueso corría libremente a su lado, y en cuanto salió de la maleza avanzó a los brincos hacia el aeromóvil destrozado.

A Dirk, tendido de bruces entre las cenizas y los instrumentos destruidos, la situación de pronto le pareció increíblemente divertida. Pyr enarboló la hoja plateada por encima de la cabeza y echó a correr; estaba seguro de que por fin tenía su presa. Pero él no tenía láser, y Dirk sí. Ahogando una carcajada entusiasta, Dirk alzó el rifle y apuntó cuidadosamente.

Mientras apretaba el gatillo, lo asaltó un recuerdo tan súbito y penetrante como la pulsación luminosa que brotaba del láser. Janacek, poco antes, una expresión severa e indiferente: *Su vida puede depender de la rapidez de sus piernas, y de su puntería*, le había dicho. Y Dirk había añadido: *Y de mi predisposición a matar*. Un detalle que en el momento había parecido de gran importancia, algo mucho más difícil que correr.

Rió entrecortadamente. Correr había sido muy difícil. Matar no era más que apretar el gatillo. Casi era fácil.

El fulgurante cuchillo del láser flotó en el aire un largo segundo, apuñalando el abultado vientre de Pyr. El Braith se tambaleó y cayó de rodillas. Abrió la boca absurdamente antes de desplomarse de bruces y perderse de vista. La hoja plateada quedó hincada en la tierra entreabierta, hamacándose con los ramalazos del viento.

El enjuto compañero de Pyr quedó paralizado al ver caer a su *teyn*. Soltó los perros. Dirk apuntó y disparó otra vez, pero nada ocurrió; el arma tardaba quince segundos en recargarse, recordó; eso transformaba la cacería en un deporte; si uno erraba, la presa tenía la oportunidad de escapar. Rió nuevamente.

El cazador reaccionó y se arrojó cuerpo a tierra, rodando por el suelo hasta zambullirse en la zanja abierta por el ala del aeromóvil. En la trinchera en busca del láser, pensó Dirk. Pero no lo encontrará.

Los sabuesos habían rodeado el aeromóvil, y le ladraban cada vez que cambiaba de posición o asomaba la cabeza. Ninguno se acercaba a buscar la presa; esa era tarea del cazador. Dirk apuntó cuidadosamente y atravesó la garganta del más próximo. El animal cayó pesadamente, y los otros dos retrocedieron. Hincándose de rodillas, Dirk salió del refugio. Trató de incorporarse, apoyando una mano en el ala retorcida. El mundo giraba a su alrededor. Horribles espasmos le punzaban las piernas y los pies no parecían pertenecerle. Pero logró mantenerse erguido.

Estalló un grito, una orden en kavalár antiguo; Dirk no conocía la palabra. Los enormes sabuesos atacaron, uno tras del otro, entreabriendo las fauces rojas y babeantes. Y a dos metros, el cazador saltó fuera de la zanja cuchilla en mano. Agitó el brazo y la arrojó de costado. La hoja se estrelló contra el ala del vehículo. El hombre ya se había vuelto y echaba a correr, y el sabueso ya saltaba en el aire. Dirk se dejó caer y levantó el rifle. El animal cerró las fauces en falso, pero le cayó encima, lo hizo rodar por el polvo y lo aplastó con las patas. Dirk atinó a encontrar el gatillo. Y hubo un centelleo, un hedor a pelo chamuscado y húmedo, y un gemido espantoso. El sabueso resolló débilmente, ahogándose en su propia sangre. Dirk apartó el cadáver y se apoyó en una rodilla. El Braith se había acercado a Pyr y ahora enarbolaba la hoja plateada. Al otro sabueso se le había atascado la cadena en un borde mellado del vehículo en ruinas. Cuando Dirk se levantó, el animal aulló y tironeó, y el enorme casco quemado del aeromóvil se sacudió un poco, pero la bestia seguía sujeta.

El cazador de pelo negro tenía el arma plateada. Dirk apuntó y disparó; el rayo era delgado, pero un segundo era bastante largo, y Dirk movió el rifle con brusquedad, de derecha a izquierda y de izquierda a derecha.

El hombre cayó al tiempo que arrojaba el arma. La hoja voló unos metros, rebotó contra el ala y se clavó en el suelo, donde quedó meciéndose al viento. Dirk siguió moviendo el rifle, derecha izquierda derecha izquierda derecha, mucho después que el cazador cayera y la luz se apagara. Finalmente el arma se recargó y disparó un

segundo más, quemando sólo una hilera de estranguladores. Dirk, sobresaltado, soltó el gatillo y dejó caer el arma al suelo, cerca de sus ya insensibles pies.

El sabueso sobreviviente, apresado aún, gruñía y tironeaba. Dirk lo miró boquiabierto, casi sin comprender. Y una vez más rió. Se arrodilló, recogió el láser y se arrastró hacia los kavalares. Le llevó mucho tiempo; los pies le dolían, también el brazo, en la mordedura. El sabueso finalmente se calló. Pero no sobrevino silencio; Dirk oyó un llanto, un gimoteo entrecortado y continuo.

Se arrastró a través del polvo y las cenizas y por encima del tronco quemado de un estrangulador, hasta llegar a los cazadores. Yacían uno junto al otro. El de pelo negro, ése cuyo nombre nunca llegó a aprender y que había tratado de matarle con la cuchilla, con los perros y con la hoja plateada, yacía tieso, la boca inundada de sangre. El que sollozaba era Pyr, tendido de bruces. Dirk se arrodilló junto a él, y pasándole las manos por debajo lo dio vuelta; tenía la cara embadurnada de sangre y cenizas pues al caer se había partido la nariz, y un hilillo rojo le manaba de una fosa nasal, un trazo brillante en la mejilla ennegrecida de hollín. La cara era vieja. Pyr no cesaba de lloriquear, y aparentemente no veía a Dirk. Se aferraba el vientre con las manos. Dirk le miró un largo rato. Le tocó una mano, extrañamente suave y menuda, sin más marcas que una cicatriz negra que le recorría la palma, casi una mano de niño, que no concordaba con esa cara vieja y lampiña, y la apartó; e hizo lo mismo con la otra, para ver el orificio que había abierto en las tripas de Pyr. Un vientre enorme y un orificio pequeño y oscuro; no tenía porqué dolerle tanto. Tampoco había sangre, salvo la que brotaba de la nariz. Era casi gracioso, pero Dirk ya no tenía ganas de reírse.

Pyr abrió la boca y Dirk se preguntó si el hombre trataba de decirle algo, unas últimas palabras, tal vez, una súplica de perdón. Pero el Braith sólo lanzó un gruñido confuso y sofocado, y luego siguió gimoteando.

El bastón estaba allí cerca. Dirk lo levantó, cerró las manos alrededor del puño de madera y apoyó la pequeña hoja sobre el pecho de Pyr, en el lugar del corazón, inclinándose sobre él con todo su peso para acortarle la agonía. El enorme cuerpo del cazador se sacudió espasmódicamente y Dirk extrajo la hoja y la hundió una y otra vez, pero Pyr no se quedaba quieto. La hoja era muy corta, comprendió Dirk, y entonces decidió usarla de otro modo. Buscó una arteria en la garganta carnosa de Pyr, empuñó el bastón con firmeza, casi a la altura de la hoja, y atravesó la piel pálida y grasosa. Brotó una gran cantidad de sangre, un chorro que le dio a Dirk en la cara, hasta que soltó el bastón y retrocedió. Pyr se sacudió nuevamente y el cuello siguió manando sangre, pero cada chorro era más débil que el anterior, hasta que la fuente gorgoteó apenas y finalmente pareció secarse. Las cenizas y el polvo absorbieron buena parte de la sangre, pero aun así había mucha entre los dos; a Dirk le sorprendió que un hombre contuviera tanta sangre como para formar semejante charco. Sintió

náuseas. Pero al menos Pyr estaba quieto y había dejado de sollozar.

Descansó sentado bajo la luz roja y desteñida. Escalofríos febriles le recorrían el cuerpo, y sabía que debía quitarle la ropa a los cadáveres y cubrirse, pero le flaqueaban las fuerzas. Los pies le dolían horriblemente y el brazo se le había hinchado fuera de toda medida. No durmió, pero casi perdió la conciencia. Observó cómo el Gordo Satanás se elevaba en el cielo y se acercaba al mediodía, mientras los brillantes soles amarillos resplandecían fatigosamente alrededor. Varias veces oyó los aullidos del sabueso, y una vez escuchó el ominoso chillido del banshi; se preguntó si la criatura acudiría a devorarlo a él y a los cadáveres. Pero el grito parecía muy lejano; tal vez era sólo su fiebre, o el viento, quizá.

Cuando la pátina húmeda y pegajosa que le enmarcaba el rostro se transformó en una costra parda y seca y el charco de sangre fue finalmente absorbido por el polvo, Dirk supo que debía marcharse o moriría allí. Por un rato pensó en esa posibilidad; morir parecía una idea excelente, pero no le convencía del todo. Recordó a Gwen. Jadeando de dolor se arrastró hasta el cadáver del *teyn* de Pyr y le revisó los bolsillos. Encontró la joya susurrante.

Hielo en el puño, hielo en la mente, recuerdos de promesas, mentiras, amor. Jenny. Su Ginebra, y él era Lanzarote. No podía fallarle. No. Apretujó la fría y dura lágrima en el puño, el hielo le acuchilló el alma. Se obligó a levantarse.

Después fue más fácil. Lentamente desnudó el cadáver y se vistió, aunque todo le iba muy grande y la camisa y la chaqueta tenían el frente quemado y el hombre había ensuciado los pantalones con excrementos. Dirk tomó también las botas, aunque eran demasiado pequeñas para sus pies cortajeados, y tuvo que ponerse las de Pyr, que era de pies más grandes.

Ayudándose con el rifle y el bastón de Pyr, se dirigió al bosque. Pocos metros después se detuvo y volvió la cabeza. El enorme sabueso ladraba y aullaba y tironeaba para librarse. Con cada tirón, el aeromóvil chimaba y se estremecía. Dirk pudo ver el cadáver desnudo en el polvo, y más allá la espada plateada, aún hamacándose al viento. A Pyr apenas lo veía. La sangre había teñido el traje del cazador con manchas negras y pardas y algunas motas rojas opacas, de modo que el cadáver se confundía con el suelo.

Dirk dejó al sabueso encadenado y aullando, y se internó dando tumbos en la espesura.

Capítulo 13

Dirk había corrido menos de un kilómetro desde el campamento de los cazadores hasta el aeromóvil destruido, y creyó tardar una eternidad. Al regreso tardó el doble. Luego estuvo seguro de que al caminar no estaba consciente del todo. Sólo conservaba recuerdos fragmentarios. Tambaleos y caídas, el pantalón rasgado en la rodilla. Un arroyo frío donde se detuvo a lavarse la sangre de la cara y quitarse las botas para sumergir los pies en el agua helada hasta que dejó de sentirlos. El ascenso por el promontorio de pizarra donde previamente se había caído. La oscura boca de una caverna que le prometía un reposo que él rechazó. La pérdida de la orientación, la búsqueda del sol hasta encontrar el rumbo, y una nueva pérdida de la orientación. Espectros arbóreos brincando de rama en rama entre los estranguladores, parloteando con voces chillonas; muertos hollejos blancos atisbándolo desde ramas cerúleas. A lo lejos, el prolongado y cautivante chillido del banshi. Nuevos tropezones, el aturdimiento y el miedo. El bastón rodando cuesta abajo por una ladera baja y empinada, perdiéndose entre matorrales que él no se molestó en revisar. Caminar, caminar, poniendo un pie delante del otro, apoyándose en el bastón, y en el láser, después que el bastón desapareció. Un persistente dolor en los pies. De nuevo el banshi, más cerca, casi encima de él. Las ramas entrelazadas y el cielo melancólico que él miraba tratando en vano de avistar a la criatura. Recordaba todo eso, recordaba sus pasos doloridos, y sabía que también le habían sucedido otras cosas que eslabonaban cada episodio con el siguiente, pero no podía recordarlas. Tal vez caminaba dormido. Pero no dejó de caminar.

Atardecía cuando llegó a la pequeña playa arenosa cerca del lago verde. Los aeromóviles yacían allí; uno, destrozado y sumergido en el agua, los otros tres, tendidos en la arena. No había nadie en el campamento. Delante de uno de los vehículos, el de Lorimaar, había un sabueso de guardia, sujeto a la portezuela por una larga cadena negra. La criatura estaba recostada, pero cuando se acercó Dirk, se incorporó mostrando los dientes y gruñendo. Dirk se echó a reír como un demente; después de tanto caminar y caminar, pensó, se topaba con un perro gruñón sujeto a un aeromóvil... Para eso, se hubiera quedado donde estaba.

Eludió cautelosamente al perro y se dirigió a la máquina de Janacek. Entró y cerró la pesada portezuela. La cabina era oscura y sofocante; después de sufrir tanto el frío, el calor casi le molestaba. Quería tenderse a dormir. Pero primero se obligó a revisar el gabinete de provisiones, donde encontró un maletín de primeros auxilios. Lo sacó y lo abrió. Estaba lleno de píldoras, vendas y aerosoles. Lamentó no haberle dicho a Janacek que lo tirara cerca del aeromóvil derribado, junto con el láser. Sabía que debía salir y lavarse cuidadosamente en el lago, y limpiarse las heridas antes de vendárselas. Pero la portezuela maciza y blindada era tan pesada que le quitaba las

ganas de moverse otra vez. Se quitó las botas, la chaqueta y la camisa, y se roció los pies hinchados y el brazo izquierdo con un polvo que, según la etiqueta, prevenía infecciones, o las combatía, o algo por el estilo. Estaba demasiado exhausto para leer todas las instrucciones. Luego echó una ojeada a las píldoras; tomó dos antifebriles y cuatro analgésicos y dos antibióticos, sin agua; se las tragó como pudo.

Después se tendió en las placas metálicas entre los asientos. Se durmió instantáneamente.

Despertó con la boca reseca, temblando, muy nervioso; algún efecto lateral de las píldoras, seguramente. Pero de nuevo podía pensar y tenía la frente fría (aunque perlada de un sudor pegajoso), cuando se la palpó con el dorso de la mano, y los pies le dolían menos que antes. El brazo hinchado también tenía mejor aspecto, aunque seguía siendo más grande de lo normal y estaba rígido. Se puso nuevamente la camisa chamuscada y sucia de sangre, y encima la chaqueta. Recogió el maletín y salió.

Caía la tarde; hacia el oeste el cielo era rojo y naranja, y dos pequeños soles amarillos ardían intensamente contra las nubes del crepúsculo. Los Braith no habían regresado. Jaan Vikary, armado, vestido y experto, no sería tan fácil de alcanzar como Dirk, sin duda.

Caminó hasta el lago. El agua estaba gélida, pero no tardó en acostumbrarse a ella, y el fango se le escurrió blandamente entre los dedos de los pies, aliviándole. Se desnudó, sumergió la cabeza y se lavó. Luego abrió el maletín de primeros auxilios e hizo todo lo que tendría que haber hecho antes; limpiarse y vendarse los pies antes de calzarse las botas de Pyr, frotarse las heridas más graves con desinfectante, restregarse el brazo inflamado con un emplasto para mitigar reacciones alérgicas. También engulló un puñado de analgésicos, pero esta vez los tragó con agua del lago.

Cuando volvió a vestirse ya anochecía. El sabueso Braith yacía al lado del aeromóvil de Lorimaar, y roía un trozo de carne, pero no había rastros de los amos. Dirk, manteniéndose a prudente distancia del animal, se acercó al tercer aeromóvil, el que pertenecía a Pyr y su *teyn*. Podía utilizar sus provisiones con relativa impunidad; los otros Braith, al regresar a un campamento desierto, nunca sabrían que les habían sacado algo.

Adentro encontró todo un arsenal: cuatro rifles láser adornados con la típica cabeza de lobo blanca, un juego de espadas de duelo, cuchillas, una espada arrojadiza de dos metros y medio de largo y al lado una vaina vacía. Y dos pistolas echadas descuidadamente en un asiento. También encontró un armario con ropas nuevas y se cambió, luego ocultó las vestimentas desgarradas. Las ropas no le sentaban bien, pero se alegró de ponérselas. Se ciñó un cinturón de malla de acero, tomó una pistola y un gabán tornasolado largo hasta las rodillas.

Al levantar el gabán de la percha, encontró otro gabinete. Lo abrió de un tirón.

Adentro había dos conocidos pares de botas y los aeropatines de Gwen. Aparentemente Pyr y su *teyn* los habían reclamado como botín.

Dirk sonrió. No se había propuesto robar un aeromóvil; era casi seguro que los cazadores lo verían de inmediato, sobre todo si los alcanzaba de día. Pero tampoco le halagaba la idea de caminar. Los patines eran la solución ideal. Se cambió rápidamente las botas, eligiendo las más grandes, aunque tuvo que dejárselas desatadas a causa de las vendas.

Las provisiones estaban en el mismo gabinete; barras de proteínas, trozos de carne seca, una pequeña porción de queso. Dirk comió el queso y guardó el resto en la mochila, junto con el otro aeropatín. Se sujetó una brújula a la muñeca derecha, se calzó la mochila en la espalda y salió a extender el tejido metálico en la arena.

Era noche cerrada. Su señal de la noche anterior, el sol de Alto Kavalaan, era una estrella brillante, roja y solitaria en el cielo del bosque. Dirk la vio y sonrió. Esta noche no lo guiaría; Jaan Vikary debía huir hacia Kryne Lamiya, en dirección opuesta. Pero la estrella aún parecía una amiga.

Tomó un rifle láser recién cargado, tecleó el control que llevaba en la palma y remontó vuelo. El sabueso se levantó y aulló lastimeramente.

Voló toda la noche, a varios metros de las copas de los árboles, consultando de vez en cuando la brújula y estudiando las estrellas. No había mucho que ver. Abajo se extendía la floresta, interminable, negra, confusa, sin fuegos ni luces que quebraran la oscuridad. A veces le parecía que estaba quieto, y eso le recordó su último viaje en aeropatín, en los subterráneos abandonados de Worlorn.

El viento le acompañaba constantemente; soplaban desde atrás, azotándole la espalda, y él agradecía el impulso extra que le daba. Le hacía restallar el faldón del gabán contra las piernas y le volcaba el pelo en los ojos. Abajo, soplaban en el bosque encorvado, haciendo susurrar los árboles más flexibles, sacudiendo a los más duros con manos frías y frenéticas, arrancándoles las hojas. Sólo los estranguladores permanecían rígidos, pero eran la mayoría. El viento se escurría por las ramas entrelazadas con un silbido salvaje. Era un sonido adecuado, pensó Dirk; éste era el viento de Kryne Lamiya, nacido en las montañas y controlado por las máquinas climáticas de Oscuralba, y ahora corría hacia su destino. Adelante aguardaban las torres blancas, y las manos yertas lo atraían hacia ellas.

También se oían otros ruidos: golpeteos en la espesura, aullidos de depredadores nocturnos, el murmullo de un riachuelo, el fragor de un torrente. Varias veces se oyó el parloteo chillón de los espectros arbóreos, y Dirk vio formas menudas que brincaban de rama en rama. Los ojos y los oídos se le agudizaron extrañamente. Sobrevoló un ancho lago y oyó un chapoteo en las aguas negras, luego ruidos aislados. Lejos, en la costa, un gimoteo sordo y breve rasgó la noche. Y a espaldas de

Dirk, una respuesta desafiante; un chillido ululante y prolongado. El banshi.

Ese ruido le amedrentó cuando lo oyó por primera vez. Pero pronto se le fue el miedo. Cuando estaba desnudo en el bosque, el banshi era una amenaza terrible, la muerte materializada en el aire. Ahora tenía rifle y pistola, y la criatura apenas era una amenaza. De hecho, reflexionó, quizás era un aliado. Una vez le había salvado la vida. Tal vez lo hiciera de nuevo...

La segunda vez que el banshi emitió su estridente chillido, aún detrás de él, pero ahora a más altura, Dirk sonrió. Se elevó para volar más alto que la criatura, y trazó un lento círculo para tratar de avizorarla. Pero aún estaba lejos, negra como su ropa tornasolada, y Dirk no vio más que una vaga ondulación contra la arboleda, acaso ramas agitadas por el viento.

Manteniéndose a esa altura, consultó nuevamente la brújula y viró para seguir volando rumbo a Kryne Lamiya. Esa noche creyó oír dos veces más la llamada del banshi, pero el sonido era tenue y distante y no podía estar seguro.

Clareaba hacia el este cuando oyó las primeras notas flotando en el aire; dispersos fragmentos de desesperación, demasiado familiares para su gusto. La ciudad oscuralbina no estaba lejos.

Disminuyó la velocidad, preocupado. Había seguido el curso que presuntamente había tomado Jaan Vikary, pero no había visto nada. Tal vez su conjetura era errónea. Tal vez Vikary había tomado una dirección totalmente opuesta. Pero no lo creía. Lo más probable era que él hubiera pasado de largo, sin ver y sin ser visto, a causa de la oscuridad.

Desanduvo el camino, ahora con el viento en contra, y los dedos fríos y espectrales de Lamiya-Bailis le rozaron las mejillas. Esperaba que la luz del día le facilitara la búsqueda.

El Ojo del Infierno se elevó, y los Soles Troyanos, uno por uno. Nubes tenues y deshilachadas recorrieron el cielo melancólico mientras las brumas matinales empañaban el suelo del bosque. La floresta se tornó amarillo-pardusca; por todas partes los estranguladores se abrazaban como amantes inexpertos, y las ramas cerúleas reflejaban pálidos destellos rojos. Dirk se elevó para ampliar su campo visual. Vio ríos, el destello del sol en el agua. Y lagos plagados de malezas donde el sol relumbraba, pues una pátina verdusca cubría la oscura superficie. Y nieve, o algo que le pareció nieve hasta que al acercarse, comprobó que era una colonia de hongos blancuzcos.

Vio una línea de demarcación, una estribación rocosa que atravesaba el bosque de norte a sur, recta como si la hubieran trazado con regla. Y extensiones fangosas, negras y pardas y hediondas, a ambos lados de un ancho y perezoso curso de agua. Y un peñasco de piedra áspera y gris que se elevaba imprevistamente en medio de la floresta. Había estranguladores al pie del peñasco y también en la cima, en posturas

insólitas, pero la rocosa pared vertical estaba desnuda, salvo por algunos líquenes blancos y el cadáver de un enorme pájaro en su nido.

No vio a Jaan Vikary ni a sus perseguidores.

A media mañana, los músculos le dolían de cansancio. El brazo empezaba a molestarle otra vez, y sus esperanzas empezaban a desvanecerse. El bosque continuaba sin interrupciones, kilómetros y kilómetros; un mundo silencioso velado por el crepúsculo. Era como buscar una aguja en un pajar. Viró nuevamente hacia Kryne Lamiya, convencido de que había retrocedido demasiado. Vagabundó en zigzag en lugar de volar en línea recta, escrutando el bosque. Estaba agotado. Cerca del mediodía decidió sobrevolar en círculos la zona más probable, descendiendo en espiral para investigarlo todo.

Y oyó el chillido del banshi.

Esta vez también pudo verlo. Volaba bajo, cerca de los árboles, muy lejos de él. Parecía increíblemente lento y quieto. El cuerpo negro y triangular flotaba como inmóvil; planeaba en el viento de Oscuralba con las alas desplegadas. Cuando quería cambiar de rumbo se dejaba elevar por las corrientes y trazaba un amplio círculo antes de descender nuevamente. Dirk, a falta de otra ocupación, decidió seguirlo. El banshi volvió a chillar. El sonido flotó en el aire.

Y luego Dirk oyó una respuesta.

Tecleó los controles y emprendió un rápido descenso, escuchando, nuevamente alerta. El sonido había sido débil pero inequívoco; una jauría de sabuesos Braith, ladrando de furia y de miedo. Perdió de vista al banshi (ya no le interesaba), y persiguió el eco del ladrido. Creía haberlo oído hacia el norte. Voló hacia el norte.

En las cercanías, un sabueso soltó un aullido.

Dirk de pronto se alarmó. Si volaba muy bajo los sabuesos tal vez le ladraran a él, y no al banshi. Era una situación harto peligrosa. El gabán imitaba los colores del cielo de Worlorn, pero la superficie plateada del patín centellaría en el aire si alguien levantaba los ojos. Y con un banshi en los alrededores, sin duda levantarían los ojos.

Pero si quería ayudar a Jaan Vikary y a su Jenny, no le quedaba alternativa. Aferró el arma con firmeza y continuó descendiendo. Abajo, atravesando la floresta como un cuchillo, corría un río verde azulado. Dirk enfiló hacia él, mirando atentamente en todas direcciones. Oyó el estruendo de unos rápidos, siguió el sonido, los ubicó. Desde arriba parecían turbulentos y peligrosos. Rocas desnudas asomaban como dientes podridos, pardos y deformes, rodeadas de aguas feroces y bullentes; en ambas márgenes se apiñaban los estranguladores. Río abajo el cauce se ensanchaba y las aguas perdían velocidad. Dirk miró fugazmente hacia ese lado, luego observó nuevamente los rápidos. Sobrevoló el agua, viró, volvió a cruzarla.

Ladró un perro, otros le imitaron.

Dirk exploró nuevamente el brazo más apacible. Puntos negros en el río,

vadeándolo donde la corriente era más caudalosa. Voló hacia allá. Los puntos crecieron de tamaño y cobraron forma humana. Un hombre cuadrado y menudo con ropas pardo-amarillentas, luchando por vadear el río. Otros hombres en la costa, con seis sabuesos.

El hombre en el agua retrocedió. En la mano llevaba un rifle. Era bajo y corpulento. La cara macilenta, el torso macizo, brazos y piernas gruesas: Saanel Larteyn, el *teyn* de Lorimaar. Y Lorimaar en la orilla, refrenando a la jauría. Ninguno de los dos miraba el cielo. Dirk disminuyó la velocidad para mantenerse a distancia.

Saanel salió del agua. Estaba en la margen del río donde se encontraba Lorimaar, la opuesta a Kryne Lamiya, pero obviamente quería cruzar. Aunque no aquí. Ahora los dos cazadores se alejaban río abajo, tambaleándose entre las malezas, las rocas y los estranguladores que poblaban la ribera. Dirk no los siguió. Tenía el aeropatín y sabía hacia dónde se dirigían; de ser necesario, les encontraría más tarde. Pero, ¿dónde estaban los otros; Rosef y su *teyn*, y Janacek? Viró y voló río arriba tras recobrar un poco las esperanzas. Si la partida se había dividido, todo resultaría más fácil. Voló rápidamente cerca del río, a dos metros del agua hirviente, escrutando las márgenes en busca de otro grupo de cazadores.

Cerca de dos kilómetros al nordeste de los rápidos (el cauce se angostaba y el río era más veloz), encontró a Janacek de pie en la orilla, con una expresión perpleja en la cara. Parecía estar solo. Dirk le saludó a gritos. Janacek levantó los ojos, sobresaltado, y agitó la mano.

Dirk descendió, pero el aterrizaje no fue muy airoso. Una alfombra de musgo verde y resbaloso abría el peñasco donde estaba Janacek, y Dirk patinó sobre ella. Janacek le aferró el brazo y lo salvó de zambullirse en el río.

Dirk apagó el control de gravedad.

—Gracias —farfulló—. No parece un lugar apropiado para nadar.

—Precisamente en eso estaba pensando antes que llegara usted —repuso Janacek; estaba ojeroso, sucio de pies a cabeza, con la barba roja empapada de transpiración, y un largo mechón de pelo desgredado y grasiento le cubría la frente—. Estaba tratando de decidir si debía arriesgarme a cruzar la corriente o a perder tiempo caminando río arriba, con la vaga esperanza de encontrar un vado. Pero usted ha resuelto el problema, con ese juguete de Gwen... ¿Dónde...? —una tenue sonrisa le iluminaba la cara.

—Pyr —dijo Dirk, y empezó a contarle a Janacek acerca de la persecución.

—Está usted vivo —le interrumpió el Jadehierro—. Y puedo prescindir de los tediosos detalles, t'Larien. Desde ayer en la mañana, han sucedido muchas cosas... ¿Ha visto a los Braith?

—Lorimaar y su *teyn* iban río abajo.

—Eso lo sé —masculló Janacek—. ¿Habían cruzado?

—No, todavía no.

—Bien. Jaan está muy cerca de aquí, tal vez a media hora de camino. Tenemos que ser los primeros en alcanzarle —escrutó la margen opuesta del río y suspiró—. ¿Tiene el otro patín, o debo tomar el de usted?

Dirk dejó el rifle en la roca y se quitó la mochila.

—Tengo el otro —dijo—. ¿Dónde está Rosef? ¿Qué ha ocurrido?

—Jaan ha corrido magníficamente. Nadie habría pensado que atravesaría un trecho tan largo en tan poco tiempo. Y no sólo corrió... También pudo tender trampas —se apartó el pelo de la frente—. Anoche acampó. Nos llevaba una buena distancia. Encontramos las cenizas de la fogata. Rosef cayó en una fosa oculta y se ensartó el pie en una estaca —Janacek sonrió—. Pero ha regresado, ayudado por su *teyn*. ¿Y usted dice que Pyr y Arris están muertos? —Dirk asintió mientras sacaba las botas y el otro patín de la mochila; Janacek los aceptó sin comentarios—. Los cazadores son cada vez menos. Creo que hemos vencido, t'Larien. Jaan Vikary ha de estar agotado; ha corrido un día y dos noches sin dormir. Pero sabemos que no está herido, y que está armado. Y es un Jadehierro. Lorimaar y el imbécil de su *teyn* no encontrarán una presa fácil —se arrodilló y empezó a desatarse las botas, sin dejar de hablar—. Esa increíble pretensión de fundar un nuevo clan no los llevará muy lejos. Lorimaar debe estar loco. Creo que esa herida de láser en Desafío, le hizo perder la cabeza —se quitó una bota—. ¿Sabe usted por qué Chell y Bretan no estaban con ellos, t'Larien? Pues porque tuvieron la sensatez de no aceptar esta idea de alto-Larteyn. Rosef me lo contó todo durante la persecución. La verdad es ésta, me dijo. Lorimaar propuso esa locura cuando los Braith regresaron a Larteyn después de la muerte de Myrik. Estaban los seis que encontramos en el bosque, y el viejo Raymaar. Bretan Braith Lantry y Chell fre-Braith no, pues se habían lanzado en persecución de usted y de Jaantony, y recorrieron algunas de las ciudades que consideraron escondites probables. De modo que prácticamente nadie se opuso a Lorimaar, que siempre ha ejercido un ascendiente sobre los otros, salvo quizá sobre Pyr. Pero es que Pyr nunca se interesó más que en la captura de cabezas de Cuasi-hombre —a Janacek le costaba calzarse las estrechas botas de Gwen; forcejeaba y tironeaba para meter el pie—. Cuando Chell regresó, montó en cólera. No estaba dispuesto a aceptar, ni siquiera a escucharles. Bretan trató de apaciguarlo, según dijo Rosef, pero en vano. El viejo Chell es un Braith, y el nuevo clan de Lorimaar le parecía una traición. Lo retó a duelo. En realidad Lorimaar era inmune al reto, puesto que estaba herido, pero no obstante, aceptó. Chell era muy viejo. Como desafiado, Lorimaar hizo la primera de las cuatro elecciones, y eligió el número —Janacek se incorporó pisoteando con fuerza la roca resbaladiza para calzarse mejor la bota—. ¿Necesito aclarar que eligió luchar solo? Habría sido un duelo muy diferente si Bretan Braith hubiera intervenido junto a Chell Brazos-Vacíos. Lorimaar, pese a la herida, venció al viejo con relativa

facilidad. Era en el cuadrado de la muerte, y a espada. Chell recibió muchas heridas, demasiadas quizá. Rosef cree que debe estar agonizando en Larteyn. Bretan Braith se quedó con él, pero lo más importante es que también se quedó con su nombre, Bretan Braith —Janacek extendió el aeropatín.

—¿Averiguó algo acerca de Ruark? —preguntó Dirk.

El kavalár se encogió de hombros.

—En general todo concuerda con nuestras sospechas. Ruark llamó a Lorimaar alto-Braith por videopantalla y ofreció revelar dónde se encontraba Jaan, siempre que Lorimaar le nombrara *korariel* y así le brindara protección (el caso es que nadie parece saber dónde se encuentra ahora el kimdissi). Lorimaar accedió de buena gana. Por suerte Jaan estaba en el aeromóvil cuando fueron en su busca. Despegó y emprendió la fuga. Lo persiguieron y finalmente Raymaar lo alcanzó poco más allá de las montañas. Pero él también era un viejo, y como piloto no podía competir con Jaan Vikary —había un matiz de orgullo satisfecho en la voz de Janacek, como el de un padre que exalta al hijo—. El Braith cayó en combate, pero el vehículo de Jaan también fue averiado, y Jaan tuvo que aterrizar y correr. Ya se había ido cuando los altoseñores de Larteyn descubrieron dónde se había estrellado. Habían perdido tiempo tratando de ayudar a Raymaar —agitó la mano con impaciencia.

—¿Por qué se separó usted de Lorimaar? —preguntó Dirk.

—¿Por qué? Jaan está muy cerca... Debo alcanzarlo antes que ellos. Sanel insistió en que sería más fácil vadear la corriente río abajo, y corrí el riesgo de opinar lo contrario. Lorimaar está demasiado exhausto para andar con suspicacias. Sólo piensa en su presa. ¡Aún le arde la herida, t'Larien! Es como si ya viera a Jaan Vikary caído a sus pies y hubiera olvidado a quién está persiguiendo... Así es que me aparté de ellos y caminé río arriba, y por un momento temí haber cometido un error. En efecto, era más fácil cruzar río abajo, ¿verdad? —Dirk asintió—. Entonces, es una suerte que usted haya llegado, indudablemente —sonrió Janacek.

—Para encontrar a Jaan va a necesitar más suerte —le advirtió Dirk—. Probablemente los Braith ya han cruzado el río... Y tienen los sabuesos.

—Eso no me preocupa demasiado —dijo Janacek—. Jaan corre ahora en línea recta, y yo sé algo que Lorimaar ignora: sé hacia dónde corre. ¡Una caverna, t'Larien! A mi *teyn* siempre lo intrigaron las cavernas. Cuando éramos niños, en Jadehierro, a menudo me llevaba a explorar pasajes subterráneos. Me harté de investigar minas abandonadas, y más de una vez recorrimos los subterráneos de las viejas ciudades, las ruinas rondadas por demonios. También, clanes devastados, guaridas arrasadas en antiguas altaguerras y aún plagadas de fantasmas inquietos. Jaan Vikary conocía todos esos lugares. Solía guiarme por ellos y referirme narraciones históricas acerca de Aryn alto-Piedraviva y Jamis-León Taal y los caníbales de las Moradas del Carbón Profundo. Es un narrador nato, capaz de dar vida a esos antiguos horrores.

Dirk no pudo reprimir una sonrisa.

—¿Lo asustaba, Garse?

El otro rió.

—¿Asustarme? ¡Claro! Me horrorizaba, pero con el tiempo me acostumbré. Los dos éramos jóvenes, t'Larien. Más tarde, mucho más tarde, fue en las cavernas de las colinas de Lameraan donde él y yo juramos por el hierro-y-fuego.

—De acuerdo —dijo Dirk—. De manera que a Jaan le gustan las cavernas...

—Uno de los sistemas se abre muy cerca de Kryne Lamiya —dijo Janacek, volviendo a las preocupaciones inmediatas—, y tiene otra entrada cerca de aquí. Los tres lo exploramos el primer año que estuvimos en Worlorn. Ahora, pienso que Jaan seguirá corriendo bajo tierra, si puede. Así que podremos interceptarlo —levantó el rifle.

—Nunca lo encontrará en el bosque —dijo Dirk, levantando también su arma—. Los estranguladores dificultan muchísimo la visibilidad.

—Yo lo encontraré —enfaticó ásperamente Janacek—. Recuerde nuestro vínculo, t'Larien: hierro-y-fuego.

—Hierro muerto, ahora —dijo Dirk, señalando con los ojos la muñeca derecha de Janacek.

El Jadehierro esbozó su típica sonrisa burlona.

—No —dijo; hundió la mano en el bolsillo, la sacó y abrió la palma, donde descansaba una piedraviva, una sola piedra, redonda y toscamente facetada, de casi el doble de tamaño de la joya susurrante de Dirk, negra y casi opaca a la luz rojiza de la mañana.

Dirk la miró, la rozó ligeramente con el dedo, la movió un poco.

—Es... fría al tacto —dijo.

Janacek frunció el ceño.

—No —dijo—. Al contrario, arde como el fuego —y se guardó la piedraviva en el bolsillo—. Hay historias, t'Larien, poemas en kavalár antiguo, cuentos que los niños escuchaban en el clan. Hasta las *eyn-kethy* conocen esas historias. Las cuentan con sus voces de mujer, pero Jaan Vikary las cuenta mejor. Pregúntele alguna vez..., acerca de lo que un *teyn* ha llegado a hacer por su *teyn*. Le responderá con grandes magias y mayores heroísmos, las increíbles glorias del pasado. Yo no sé contar historias, si no le diría yo mismo. Tal vez usted entonces atine a comprender qué significa ser *teyn* de un hombre y estar vinculado por el hierro.

—Tal vez ya lo comprendo —dijo Dirk.

Sobrevino un prolongado silencio. Los dos permanecieron de pie en la roca musgosa, a medio metro de distancia, frente a frente, y Janacek sonrió levemente mientras miraba a Dirk. Abajo el río corría incesante, y el fragor de las aguas parecía sugerirles que se apresuraran.

—Usted no es tan malo, t'Larien —dijo al fin Janacek—. Es débil, lo sé... Tal vez porque nadie le ha dicho nunca que es fuerte.

Al principio sonó como un insulto, pero el propósito del kavalár parecía otro. Dirk se detuvo a considerarlo, y descubrió otra significación.

—Si se le da un nombre a algo... —sonrió.

Janacek asintió.

—Escúcheme, Dirk. No se lo diré dos veces. Recuerdo la primera vez que me previnieron contra los Cuasi-hombres, cuando yo era un niño en Jadehierro. Una mujer, una *eyn-kethy* (usted la llamaría mi madre, pero esas distinciones no tienen valor en mi mundo), me contó la leyenda. Pero me la contó de otro modo. Los Cuasi-hombres contra los que me previno no eran los demonios de quienes más tarde me hablarían los altoseñores. Eran sólo hombres, decía ella, no engendros de otro mundo emparentados con los sorbealmas. Pero en cierto modo cambiaban de forma, pues no tenían una forma verdadera. Eran hombres en quienes no se podía confiar, hombres que habían olvidado sus códigos, hombres sin vínculos. No eran reales; eran una ilusión de humanidad, carente de sustancia, ¿comprende? La *sustancia* de lo humano..., es un nombre, un vínculo, una promesa. Está dentro de nosotros, aunque la llevamos en el brazo. Eso me dijo ella. Por eso los kavaláres tienen *teyns*, decía, y salen en pareja... Porque la ilusión puede solidificarse y adquirir realidad si uno la acuña en hierro.

—Un bonito discurso, Garse —dijo Dirk cuando el otro terminó—. ¿Pero qué efecto ejerce la plata en el alma de un Cuasi-hombre?

Un destello de cólera atravesó fugazmente la cara de Janacek, como la sombra de una cabeza de tormenta.

—Había olvidado su sabiduría kimdissi —dijo luego el kavalár, sonriendo—. Otra cosa que aprendí en mi juventud fue no discutir nunca con un intrigante —echándose a reír, tendió el brazo y apretó con firmeza la mano de Dirk—. Basta. Nunca nos entenderemos del todo, pero puedo ser su *amigo* si usted puede ser mi *keth*.

Dirk se encogió de hombros, extrañamente conmovido.

—De acuerdo —dijo.

Pero Garse ya se disponía a partir. Soltó el brazo de Dirk y tecleó los controles hasta remontarse un metro, y luego pasar sobre el río. Avanzaba rápidamente, inclinado hacia adelante, una silueta estilizada y grácil. El sol relumbraba en la melena roja, y las ropas restallaban y destellaban cambiando de color. A mitad de camino por encima de las aguas torrentosas, Garse volvió la cabeza y le gritó algo a Dirk, pero el fragor de la correntada ahogó las palabras y Dirk sólo percibió el tono, exultante y salvaje.

Demasiado agotado para echarse a volar de inmediato, se quedó mirando hasta

que Janacek llegó a la orilla opuesta. Deslizó la mano libre en el bolsillo, y acarició la joya susurrante. No parecía tan fría como antes, y las promesas —¡oh, Jenny!— resonaban débilmente.

Janacek sobrevolaba los árboles amarillos, y su silueta se encogía rápidamente en el cielo gris y carmesí. Dirk le siguió con desgana.

Janacek podía referirse desdeñosamente a los patines, tildándolos de 'juguetes', pero sin duda, sabía cómo usarlos. Pronto se remontó muy lejos de Dirk, trepando en el viento hasta elevarse unos veinte metros sobre la floresta. La distancia que les separaba parecía aumentar progresivamente; Janacek, al contrario de Gwen, no estaba dispuesto a detenerse y esperar a que Dirk le alcanzara.

Dirk se contentó con perseguirle. El Jadehierro era fácil de ver (estaban solos en el cielo lúgubre) y no había peligro de perderse. Nuevamente voló impulsado por los vientos de Oscuralba, que le soplaban en la espalda mientras él se abandonaba a oscuras divagaciones. Despierto, tuvo extraños sueños acerca de Jaan y Garse, de vínculos de hierro y joyas susurrantes, de Ginebra y Lanzarote, quienes —advirtió de pronto— también habían faltado a sus juramentos.

El río desapareció. Pasaron de largo sobre lagos apacibles, y luego sobre la colonia de hongos blancos que formaba una costra sobre el bosque. Una vez oyó Dirk los ladridos de la jauría de Lorimaar, muy atrás, traídos por el viento. No se alarmó.

Viraron hacia el sur. Janacek era un punto pequeño y negro, plateado y centellante cuando el sol rebotaba en la placa metálica. Cada vez más pequeño. Dirk lo seguía, un pájaro torpe. Finalmente Janacek empezó a descender hacia la arboleda.

Era un paraje inhóspito. Más rocoso que los demás, con unas pocas colinas ondulantes y estribaciones de piedra negra estriada de oro y plata. Los estranguladores proliferaban por todas partes. Dirk miraba aquí y allá en busca de un solo cono de plata, un viudo azul o un elegante y oscuro árbol fantasma. Un laberinto amarillo se extendía ininterrumpidamente hasta el horizonte. Se oían chillidos frenéticos de los espectros arbóreos, y se los veía revolotear con sus alas minúsculas.

El gemido de un banshi rasgó el aire, y un escozor inexplicable hormigueó en la médula de Dirk. De golpe miró a lo lejos y vio una pulsación luminosa.

Breve e intenso, irritante para sus ojos fatigados, ese repentino dedo de luz parecía ajeno a este mundo gris y crepuscular. Era ajeno, pero estaba allí. Una llamarada tensa y salvaje que nacía en el bosque y se perdía en el cielo.

Janacek era un pequeño muñeco de trapo allá adelante, cerca de la luz. El haz delgado y escarlata lo alcanzó y tocó rápida y fugazmente la plataforma plateada; la imagen persistió en los ojos de Dirk. Absurdamente, Janacek se tambaleó y agitó los brazos. Una vara negra se le deslizó del brazo y él desapareció entre los estranguladores para estrellarse contra las ramas entrelazadas.

Ruidos. Dirk oía ruidos. La música de ese infatigable viento invernal. Crujidos de ramas, seguidos por alaridos de dolor y de furia, animales y humanos, humanos y animales, ambas cosas y ninguna a la vez. Las torres de Kryne Lamiya fulguraban en el horizonte, brumosas y traslúcidas, y entonaban un canto a la muerte.

Los alaridos cesaron de pronto; las torres blancas se diluyeron en el aire y el viento que impulsaba a Dirk barrió todos los fragmentos. Dirk descendió, y aprestó el láser...

En el follaje donde se había precipitado Garse Janacek se abría un agujero negro: ramas amarillas retorcidas y rotas, una cavidad del tamaño de un hombre. Oscura. Dirk revoloteó alrededor y no pudo ver a Janacek ni el suelo del bosque, tan densas eran las sombras. Pero en la rama superior vio un jirón de tela desgarrada que flameaba al viento cambiando de color. Encima, un pequeño fantasma montaba guardia solemnemente.

—¡Garse! —gritó Dirk, sin preocuparse por el enemigo al acecho, el hombre del láser.

Los espectros arbóreos respondieron con un coro de chillidos. Oyó ruidos entre los árboles; la luz del láser centelló otra vez. No hacia arriba, sino horizontalmente, un imposible rayo de sol en la penumbra del bosque. Dirk revoloteaba indeciso. Un espectro arbóreo se posó en una rama, debajo de él; lo miraba con extraño descaro con sus ojos líquidos, las alas desplegadas y tiritando al viento. Dirk apuntó el láser y disparó. El animalito se redujo a una mancha negra en la corteza amarilla.

Luego, Dirk descendió en espiral hasta encontrar un hueco apropiado para aterrizar en la espesura. El suelo del bosque era fangoso; los estranguladores, anudándose en lo alto, apenas dejaban pasar la pobre luz del Ojo del Infierno. Enormes troncos rodeaban a Dirk por todas partes; dedos amarillos y deformes, nudosos, rígidos y artríticos. Se agachó (el musgo que cubría el terreno era nauseabundo), y separó la plataforma plateada de las botas. El metal se ablandó. Luego, las sombras se abrieron en la espesura y una figura se acercó. Dirk levantó los ojos y se encontró con Jaan Vikary.

Jaan tenía la cara entrecruzada de arrugas. Estaba manchado de rojo, y en los brazos traía un cuerpo flácido y ensangrentado, acunándolo como una madre al hijo enfermo. Garse tenía un ojo cerrado, y le faltaba el otro. Sólo tenía la mitad de la cara. La cabeza se sacudía blandamente contra el pecho de Jaan.

—Jaan...

Vikary se estremeció.

—Yo le disparé —dijo. Temblando, dejó caer el cuerpo.

Capítulo 14

En la espesura sólo se oía el resuello entrecortado de Vikary y el parloteo chillón de los espectros arbóreos.

Dirk se acercó a Janacek y le dio la vuelta. Retazos de musgo se adherían al cuerpo y absorbían la sangre como esponjas. Los espectros arbóreos le habían desgarrado la garganta, de modo que la cabeza de Garse se ladeó con un gesto voluptuoso cuando Dirk lo movió. La pesada vestimenta no había servido de protección; lo habían mordido por todas partes, cortajeando la tela tornasolada en húmedos jirones rojos. Las piernas de Janacek, aún unidas por la inútil plataforma plateada del aeropatín, se habían quebrado en la caída; fragmentos de huesos astillados sobresalían en ambas pantorrillas, en fracturas casi idénticas. La cara, totalmente roída, era lo peor. Le habían arrancado el ojo derecho. La sangre que manaba de la cuenca vacía resbalaba de la mejilla al suelo.

No había nada que hacer. Dirk se quedó mirándole, impotente. Deslizó una mano en el bolsillo de la andrajosa chaqueta de Janacek y apretó la piedraviva en el puño, luego se levantó para encarar a Jaan Vikary.

—Usted dijo...

—Que nunca le dispararía —terminó Vikary—. Sé lo que dije, Dirk t'Larien. Y sé lo que hice —hablaba con suma lentitud; cada palabra le caía de los labios como si fuera de plomo—. Nunca me propuse matarlo. Jamás. Sólo quise detenerlo, averiarle el aeropatín. Cayó en un nido de espectros arbóreos. Un nido de espectros arbóreos.

Dirk aferraba la piedraviva en el puño. No dijo nada.

Vikary se estremeció; luego habló con más vivacidad, un filo de crispación en la voz.

—Estaba persiguiéndome. Arkin Ruark me lo previno cuando me comuniqué con él en Larteyn, por videopantalla. Dijo que Garse se había unido a los Braith y había jurado matarme. No le creí —tiritó—. ¡No le creí! Y sin embargo era cierto. Me persiguió, se unió a la cacería, tal como lo había dicho Ruark. Ruark... Ruark no está conmigo... Nosotros nunca..., y en cambio, vinieron los Braith. No sé si él, Ruark... Tal vez lo asesinaron; no sé —parecía exhausto y aturdido—. Tenía que detener a Garse, t'Larien. Él conocía la caverna. Y está Gwen de por medio. Ruark dijo que Garse en su locura procuró entregarla a Lorimaar, y yo pensé que me mentía hasta que vi a Garse persiguiéndome. Gwen es mi *betheyn*, y usted es *korariel*. Mi responsabilidad. Yo tenía que vivir, ¿comprende? Nunca me propuse esto. Fui a buscarlo, abriéndome camino con el láser... Los cachorros del nido le bullían alrededor, criaturas blancas, también adultos... Los quemé, los quemé y saqué el cuerpo —un sollozo espasmódico le azotó el cuerpo, pero Vikary reprimió las lágrimas—. Mire, usaba hierro vacío. Venía a cazarme. ¡Yo lo amaba, y él venía a

cazarme!

Dirk aferraba indeciso la dureza de la piedraviva. Miró una vez más a Garse Janacek, cuyas ropas se habían teñido del color de la sangre vieja y el musgo corrupto, y luego a Jaan Vikary, que estaba a punto de estallar, el rostro pálido y los hombros temblorosos. Dale un nombre a algo, pensó Dirk; y ahora..., debía darle un nombre a Jaantony alto-Jadehierro.

Hundió el puño en el bolsillo.

—Tenía que hacerlo —mintió—. Él lo habría matado, y después a Gwen. Eso dijo. Me alegro de que Arkin le haya avisado a usted.

Esas palabras parecieron serenar a Vikary, que asintió en silencio.

—Salí en busca de usted —continuó Dirk—, al ver que no regresaba. Gwen estaba inquieta. Vine para ayudarle. Garse me capturó, me quitó el arma y me entregó a Lorimaar y a Pyr. Dijo que yo era un presente de sangre.

—Un presente de sangre —repitió Vikary—. Estaba loco, t'Larien, de veras. Garse Jadehierro Janacek no era así; no era un Braith. Él no daba presentes de sangre, créame.

—Sí —dijo Dirk—, tiene usted razón. Había perdido la cabeza. Se le notaba en la forma de hablar —estaba a punto de llorar y temió que fuera evidente; era como si hubiera cargado con todo el miedo y la angustia de Jaan; el Jadehierro parecía ya más fuerte y resuelto, mientras a él lo acuciaban las lágrimas.

Vikary miró el cuerpo inerte tendido entre los árboles.

—Haría duelo por él, por todo lo que él fue y por todo lo que compartimos, pero no hay tiempo. Los cazadores nos persiguen con los sabuesos. Tenemos que apresurarnos —se arrodilló junto al cadáver de Janacek y le tomó la mano yerta y ensangrentada. Luego besó la cara desfigurada del muerto, en los labios, y con la mano libre acarició el cabello desgreñado.

Pero cuando se levantó, aferraba un brazalete de hierro negro. Dirk comprobó que el brazo de Janacek estaba desnudo, y sintió una punzada de dolor. Vikary se guardó el brazalete en el bolsillo; Dirk contuvo las lágrimas y la lengua, y no hizo comentarios.

—Tenemos que irnos.

—¿Vamos a dejarle aquí? —preguntó Dirk.

—¿Dejarle? —dijo Vikary, desconcertado—. Ah, ya veo. Los kavalares no sepultan a sus muertos, t'Larien. Los abandonamos a la intemperie, tradicionalmente, y no nos avergüenza que los devoren las bestias. La vida tiene que perpetuar la vida. ¿No es preferible que la carne vigorosa de Garse dé fuerzas a un ágil y limpio depredador, a que lo roan los viles gusanos de una tumba?

De modo que lo dejaron donde Vikary había soltado el cuerpo, en un pequeño claro en la interminable espesura amarillenta, y se abrieron paso a través de la floresta

en penumbras, rumbo a Kryne Lamiya. Dirk recogió el aeropatín y trató de seguir los rápidos pasos de Vikary. Al cabo de un trecho se toparon con la empinada cuesta de un risco negro y escarpado.

Cuando Dirk llegó al pie del risco, Jaan ya estaba en la mitad de su ascenso. La sangre de Janacek se había secado en la espalda de Jaan, y formado una costra parda. Desde abajo, Dirk distinguió las manchas con claridad. Vikary trepaba sin dificultad, el rifle echado a la espalda, apoyando las manos con firmeza.

Dirk extendió la plataforma metálica del aeropatín y voló a la cresta del risco.

Acababa de pasar por encima de las ramas más altas de los estranguladores cuando oyó, no muy lejos, el grito del banshi. Escrutó el bosque en busca del enorme depredador. El pequeño claro donde habían dejado a Janacek era visible desde el risco, un retazo de luz en la arboleda. Pero Dirk no veía el cadáver; en el centro del claro hormigueaba una masa de cuerpos amarillos que se disputaban la presa. Mientras él observaba, otras formas pequeñas se deslizaron desde la sombra para unirse al festín.

El banshi irrumpió inesperadamente y flotó inmóvil encima de los contrincantes, lanzando su formidable y largo chillido. Pero los espectros arbóreos continuaban luchando frenéticamente sin prestarle atención, parloteando y rasguñándose con ferocidad. El banshi descendió. La sombra cubrió a los animalitos, y las grandes alas ondearon y se replegaron y cayeron sobre ellos; luego quedó sólo el banshi, y tanto los espectros como el cadáver desaparecieron bajo ese abrazo voraz. Dirk sintió una extraña alegría.

Pero sólo por un instante. Mientras el banshi yacía inerte, se oyó un chillido ronco y repentino, y Dirk vio un rápido dardo borroso que caía sobre el animal. Lo siguió otro. Y otro. Y una docena, todos a la vez. En un abrir y cerrar de ojos los espectros parecían haberse duplicado. El banshi desplegó de nuevo las vastas alas triangulares, batiéndolas débil y afanosamente, pero no se elevó. Las pequeñas criaturas lo cubrían por todas partes, mordisqueándolo y arañándolo, aplastándolo y lacerándolo. Clavado al suelo, ni siquiera podía lanzar su grito desgarrado. Murió en silencio, encima de la presa que acababa de atrapar.

Cuando Dirk se quitó el patín, en la cima del risco, el claro ya era nuevamente un hervidero de formas amarillas, como cuando había mirado por primera vez, y no había rastros del banshi. El silencio inundaba el bosque. Dirk esperó la llegada de Jaan Vikary. Luego, reanudaron la callada marcha.

La caverna era fría, oscura, silenciosa. Las horas transcurrían bajo tierra mientras Dirk seguía la luz pequeña y trémula de la linterna de mano de Jaan Vikary. La luz lo siguió por tortuosas galerías subterráneas, a través de espaciosas cámaras donde la negrura era interminable, por pasadizos claustrofóbicos y angostos donde avanzaron a

gatas. La luz de la linterna era el universo de Dirk, que había perdido toda noción de tiempo y espacio. No tenían nada que decirse, él y Jaan; y nada se decían. Sólo se oía el rechinar de las botas en la roca polvorienta y los ecos que retumbaban ocasionalmente. Vikary conocía bien la caverna. Jamás titubeaba ni perdía el rumbo mientras recorrían, a los tumbos o a la rastra, el alma secreta de Worlorn.

Y emergieron a una ondulada ladera cubierta de estranguladores, en una noche llena de fuego y música. Kryne Lamiya ardía. Las torres de hueso se desgañitaban sollozando un quebrado canto de angustia.

Las llamas barrían la pálida necrópolis de un extremo al otro, brillantes centinelas recorriendo las calles. La ciudad relucía como un extraño espejismo entre las olas de calor y de luz; parecía un espectro incorpóreo, anaranjado. Mientras ellos observaban, uno de los delgados puentes colgantes crujió y se desmoronó; primero se derrumbó el centro ennegrecido, que se precipitó entre las llamas, y luego, el resto de la arcada de piedra. El fuego lo consumió y se elevó aún más, crepitando y aullando de voracidad. Un edificio cercano tosió ahogadamente y cedió, desplomándose en una gran nube de humo y llamas.

A trescientos metros de la colina, irguiéndose blanca como tiza sobre los bosques de estranguladores, una de las torres-mano parecía intacta. Pero perfilada contra ese resplandor terrible parecía dotada de vida, como en contorsiones de dolor. Por encima del bramido de las llamas Dirk oyó la débil música de Lamiya-Bailis. La sinfonía oscuralbina era un jadeo entrecortado; como faltaban torres y se salteaban notas, la canción estaba plagada de ominosos silencios, y el crepitar del incendio proporcionaba un fragoroso contrapunto a los gemidos, silbidos y quejidos. Los vientos oscuralbinos que sin cesar soplaban desde las montañas para arrancar melodías a la Ciudad Sirena, esos mismos vientos abanicaban el incendio que devoraba Kryne Lamiya, ennegreciendo la máscara mortuoria de la ciudad con hollín y cenizas antes de acallarla.

Jaan Vikary empuñó el láser. Su rostro lucía inexpresivo y extraño, bañado por los reflejos del incendio.

—¿Cómo...?

—El coche-lobo —dijo Gwen.

Estaba de pie a pocos metro, más abajo en la ladera. La miraron sin asombro. Detrás de ella, bajo un encorvado viudo azul al pie de la colina, Dirk entrevió el pequeño aeromóvil amarillo de Ruark.

—Bretan Braith —dijo Vikary.

Gwen se les unió cerca de la boca de la caverna, y asintió.

—Sí. Sobrevoló la ciudad una y otra vez, disparando los láser.

—Chell murió —dijo Vikary.

—Pero tú estás vivo —repuso Gwen—. Empezaba a inquietarme.

—Estamos vivos —admitió Vikary, dejando que el rifle le resbalara entre los dedos—. Gwen, he matado a mi *teyn*.

—¿Garse? —exclamó ella, sorprendida. Arrugó la frente.

—Me entregó a los Braith —se apresuró a decir Dirk, mirando a Gwen a los ojos—. Y se había unido a Lorimaar para darle caza a Jaan. No quedaba otro recurso.

Ella se volvió de nuevo a Jaan.

—¿Es cierto? Arkin me contó algo por el estilo. No le creí.

—Es la verdad —dijo Vikary.

—¿Arkin está aquí? —preguntó Dirk.

—Dentro del aeromóvil —asintió Gwen—. Vino desde Larteyn. Sin duda le dijiste dónde me encontraba —le dijo a Jaan—. Trató de mentirme nuevamente. Lo acallé de un golpe. Ahora está a buen recaudo.

—Gwen —dijo Dirk—, hemos juzgado muy mal a Arkin —la bilis le sofocaba la garganta—. ¿No comprendes, Gwen? Arkin le avisó a Jaan que Garse iba a traicionarlo. De lo contrario, Jaan jamás lo habría sabido. Tal vez habría confiado en Janacek, y no le hubiera disparado. Lo habrían capturado, estaría muerto —su voz era ronca y apremiante—. ¿Entiendes? Arkin...

El fuego arrojaba fríos reflejos en los ojos de Gwen.

—Entiendo —musitó con voz sofocada y trémula; se volvió a Vikary—. Oh, Jaan —dijo, abriendo los brazos.

Y él se le acercó y le apoyó la cabeza en el hombro, estrechándola con fuerza. Y entonces, rompió a llorar.

Dirk los dejó solos y bajó hacia el aeromóvil.

Arkin Ruark estaba sujeto a uno de los asientos. Vestía ropas de fajina, y mantenía la cabeza gacha, la barbilla apoyada contra el pecho. Cuando entró Dirk, el kimdissi levantó los ojos con esfuerzo. El costado derecho de la cara era un magullón hinchado y lívido.

—Dirk —murmuró.

Dirk se quitó la pesada mochila y la depositó en el suelo. Se reclinó contra el panel de instrumentos.

—Arkin —dijo inexpresivamente.

—Ayúdeme —dijo Ruark.

—Janacek ha muerto —le dijo Dirk—. Jaan le disparó con el láser. Cayó sobre un nido de espectros arbóreos.

—Garsey —dijo Ruark, dificultosamente; tenía los labios hinchados y ensangrentados, y le temblaba la voz—. Los habría matado a todos ustedes. De veras. Le avisé a Jaan, le avisé. Créame, Dirk.

—Oh, le creo —dijo Dirk, cabeceando.

—Traté de ayudarles, sí. Pero Gwen se ha vuelto loca. Vi cuando los Braith

alcanzaban a Jaan; yo iba a unirme a él, pero los Braith llegaron antes. Tuve miedo por ella. Vine a ayudarlo. Pero me golpeó, dijo que era un mentiroso, me ató y voló hasta aquí. Está loca, Dirk, amigo Dirk. No sabe lo que hace. Parece un kavalár. Casi como Garse, no se parece en nada a la dulce Gwen. Creo que se propone matarme. A usted también, quizá; no sé. Sé que va a volver a Jaan. Ayúdeme Dirk. Tiene que ayudarme —lloriqueó—. Deténgala, Dirk.

—No va a matar a nadie —dijo Dirk—. Jaan está aquí ahora, y también yo. Está usted a salvo, Arkin. Quédese tranquilo. Todo se arreglará. Tenemos mucho que agradecerle a usted, ¿no es cierto? Jaan, especialmente. Si usted no lo hubiera puesto sobre aviso, quién sabe lo que habría ocurrido.

—Sí —dijo Ruark, y sonrió—. Sí, claro, es la pura verdad.

Gwen apareció de pronto en el marco de la portezuela.

—Dirk —dijo, ignorando a Ruark.

Dirk se volvió.

—¿Sí?

—Persuadí a Jaan de que descansara un rato. Está agotado. Ven afuera, donde podamos hablar.

—Esperen —dijo Ruark—. Desátenme primero, ¿sí? Por favor. Mis brazos, Dirk. Mis brazos...

Dirk salió. Jaan yacía con la cabeza apoyada contra un árbol cercano, la mirada perdida en el incendio. Se alejaron de él, internándose entre los estranguladores. Finalmente Gwen se detuvo y encaró a Dirk.

—Jaan no debe enterarse nunca —dijo, y se apartó un mechón de pelo negro de la cara con la mano derecha.

Dirk se quedó mirándola.

—Tu brazo —le dijo.

Un brazalete de hierro negro ceñía el antebrazo de Gwen. Ella lo mantuvo levantado.

—Sí —dijo—. Las piedravivas vendrán más tarde.

—Entiendo —dijo Dirk—. *Teyn* y *betheyn*, ambas cosas.

Gwen asintió. Tendió los brazos y tomó las manos de Dirk; la piel era fría y seca.

—Alégrate por mí, Dirk —dijo con voz apagada y triste—. Por favor.

Él le estrujó las manos, tratando de ser complaciente.

—Me alegro —dijo, sin demasiada convicción.

Un largo y amargo silencio se interpuso entre ambos.

—Qué traza llevas —dijo finalmente Gwen, esforzándose por sonreír—. Estás todo arañado. Mírate el brazo. Mírate la forma de caminar. ¿Te sientes bien?

Él se encogió de hombros.

—Los Braith no saben jugar delicadamente —dijo—. Sobreviviré —se separó de

Gwen y hundió la mano en el bolsillo—. Gwen, tengo algo para ti.

Abrió el puño; dos gemas. La piedraviva, redonda y toscamente facetada, con una tenue luz interior, palpitándole en el hueco de la mano. Y la joya susurrante, más pequeña y oscura; fría y muerta.

Gwen las tomó en silencio. Las hizo rodar en la mano un instante, consternada. Luego guardó la piedraviva y le devolvió a Dirk la joya susurrante. Él la aceptó.

—Lo único que me queda de Jenny —dijo, cerrando el puño sobre la lágrima de hielo, y guardándola de nuevo en el bolsillo.

—Lo sé —dijo ella—. Gracias por el ofrecimiento. Pero si he de ser franca, a mí ya no me habla. Supongo que he cambiado mucho. Hace años que no oigo un susurro.

—Hmmm, sí —dijo él—. Me lo sospechaba. Pero tenía que ofrecértela... Y la promesa también. La promesa sigue siendo tuya, Gwen; si alguna vez la necesitas. Llámalo mi hierro-y-fuego. No querrás convertirme en un Cuasi-hombre, ¿verdad?

—No —replicó ella—. ¿La otra...?

—Garse la salvó cuando se deshizo del resto. Y pensé que tal vez querrías hacerla incrustar junto a las nuevas piedras... Jaan nunca notará la diferencia.

—De acuerdo —suspiró Gwen, y luego añadió—: Lamento lo de Garse, pese a todo. ¿No es raro? En todos los años que hemos pasado juntos, casi no hubo día en que no riéramos, con el pobre Jaan en medio de los dos, y queriéndonos a los dos. Hubo momentos en que estuve segura de que lo único que se interponía entre la felicidad y yo era Garse Jadehierro Janacek. Y ahora que ha muerto, me cuesta creerlo. Sigo esperando que aparezca en su aeromóvil, sonriendo y armado hasta los dientes, listo para regañarme y ponerme en mi lugar. Cuando me convenza de que es verdad, tal vez rompa a llorar. ¿No te parece raro?

—No —dijo Dirk—. No.

—Casi podría llorar por Arkin, también. ¿Sabes lo que dijo cuando vino a buscarme a Kryne Lamiya, después que lo llamé embustero y lo golpeé y lo traté pésimamente...? ¿Sabes lo que dijo?

Dirk meneó la cabeza negativamente y esperó.

—Dijo que me amaba —murmuró Gwen, con una sonrisa amarga—. Dijo que siempre me había amado, desde que nos conocimos en Avalon. No puedo jurar que estuviera diciéndome la verdad. Garse siempre afirmó que los intrigantes de Kimdiss eran muy hábiles, y Arkin no necesitaba ser un genio para ver hasta qué punto me afectó su revelación. Casi lo dejé en libertad cuando me lo dijo. Parecía tan pequeño y digno de compasión, y sollozaba... En cambio..., —titubeó— ¿le has visto la cara?

—Se la vi —dijo Dirk—. Fea.

—En cambio... le hice eso. Pero creo que ahora le creo. A su modo enfermizo, me amaba. Y vio el daño que yo me estaba haciendo a mí misma; y sabía que librada

a mis propios medios nunca dejaría a Jaan, así que decidió valerse de ti, valerse de todo lo que yo le había confiado, para alejarme de Jaan. Supongo que imaginó que con el tiempo tú y yo terminaríamos como en Avalon, y entonces yo me volcaría a él. O tal vez no. No sé. Afirmó que sólo pensaba en mí, en mi felicidad, que no podía tolerar que yo usara el jade-y-plata. Que no pensaba en sí mismo. Dice que es mi amigo —suspiró consternada, y repitió—: Mi amigo.

—No le tengas demasiada lástima, Gwen —le advirtió Dirk—. Me habría enviado a la muerte sin pensarlo dos veces, y también a Jaan. Garse Janacek está muerto, y varios de los Braith, y los inocentes emereli de Desafío... Puedes cargar todo eso en la cuenta de tu amigo Arkin... ¿O no?

—Ahora eres tú quien habla como Garse. ¿Qué me habías dicho? ¿Que yo tenía ojos de jade? ¡Fíjate en los tuyos, Dirk! Pero supongo que tienes razón...

—¿Qué haremos ahora con él?

—Liberarlo —dijo Gwen—. Por el momento. Jaan nunca debe sospechar lo que en realidad sucedió. Para Jaan sería el fin, Dirk. Así es que Arkin Ruark tiene que volver a ser nuestro amigo otra vez, ¿de acuerdo?

—Sí —dijo él, notando que el fragor del fuego ya no era más que un suave murmullo; casi reinaba el silencio. Miró en la dirección del aeromóvil y vio que el incendio amainaba; unas hogueras dispersas llameaban aún entre las ruinas, arrojando una luz imprecisa sobre la ciudad deshecha y humeante. Casi todas las torres se habían derrumbado, y las otras callaban por completo: el viento era sólo viento.

—Pronto amanecerá —dijo Gwen—. Tenemos que irnos.

—¿Irnos?

—De vuelta a Larteyn, siempre que Bretan no la haya destruido también.

—Tiene un modo hartito violento de llorar a sus seres queridos —convino Dirk—. Pero Larteyn, ¿es segura?

—Es hora de terminar con el juego del escondite —le dijo Gwen—. Ya no soy una inconsciente, ni tampoco una *betheyn* desvalida que necesita protección —alzó el brazo derecho; las hogueras lejanas iluminaron el hierro opaco—. Soy *teyn* de Jaan Vikary, bautizada con sangre, y tengo un arma. Y tú... Tú también has cambiado, Dirk. Ya no eres *korariel*, ¿sabes? Eres un *keth*.

"Estamos juntos por el momento. Somos jóvenes y fuertes, y sabemos quiénes son nuestros enemigos y cómo encontrarlos. Y ninguno de nosotros puede ser de nuevo un Jadehierro. Yo soy mujer, Jaan es un renegado y tú eres un Cuasi-hombre. Garse fue el último Jadehierro. Garse está muerto. Los aciertos y errores de Alto Kavalaan y la Congregación de Jadehierro murieron con él, creo, al menos en este mundo. No hay códigos en Worlorn, ¿recuerdas? No hay Braith ni Jadehierro, sólo animales que tratan de matarse unos a otros.

—¿Qué estas diciendo? —preguntó Dirk, aunque creía entenderle.

—Estoy diciendo que estoy harta de que me persigan y me cacen y me insulten — dijo Gwen, su cara sombría parecía hierro negro y sus ojos llameaban salvajemente —. ¡Estoy diciendo que ya es hora de que nosotros seamos los cazadores!

Dirk la contempló un rato en silencio. Era muy hermosa, pensó; hermosa al estilo de Garse Janacek. Se parecía un poco al banshi... Y lloró para sus adentros a su Jenny, a la Ginebra que nunca había existido.

—Tienes razón —resopló.

Ella se le acercó y lo envolvió en sus brazos antes que él pudiera reaccionar, y lo estrechó calurosamente. Él alzó las manos lentamente y la abrazó a su vez; permanecieron así unos diez minutos, apretándose con fuerza, la sedosa y fría mejilla de Gwen contra la barba áspera de Dirk. Cuando ella finalmente se separó, alzó la cara como invitándole a besarla. Él cerró los ojos y la besó; los labios de Gwen sabían duros y secos.

Al alba, el frío castigaba la Fortaleza de Fuego. El viento arremolinado la azotaba en ráfagas violentas; el cielo era gris y nuboso.

En la azotea del edificio encontraron un cadáver.

Jaan Vikary se apeó cautelosamente, rifle en mano, mientras Gwen y Dirk lo cubrían desde la relativa seguridad del aeromóvil. Ruark permanecía en silencio en el asiento trasero, aterrorizado. Lo habían liberado antes de salir de Kryne Lamiya, y en el vuelo de regreso se había mostrado alternativamente huraño y exultante.

Vikary inspeccionó el cuerpo, que yacía tendido frente a los ascensores. Luego regresó al coche.

—Rosef alto-Braith Kelcek —informó.

—Alto-Larteyn —le recordó Dirk.

—Cierto —admitió Vikary de mala gana—, alto-Larteyn. Hace varias horas que murió, calculo. Un proyectil le voló la mitad del pecho. Tiene la pistola enfundada.

—¿Un proyectil? —dijo Dirk.

Vikary asintió.

—Se sabe que Bretan Braith Lantry ha utilizado un arma semejante en duelo. Es un duelista empedernido, aunque creo que sólo dos veces ha acudido a su pistola de proyectiles, oportunidades excepcionales en que no le bastaba ganar hiriendo al adversario. El láser de duelo es un instrumento limpio y preciso. El arma de Bretan Braith no. Es un arma concebida para matar, aunque el blanco no sea perfecto; un objeto descomunal y estrafalario para duelos breves y mortales.

Gwen miraba fijamente el cadáver de Rosef, un despojo lamentable. La ropa tenía el color sucio y polvoriento de la azotea, y los jirones flameaban al viento.

—Esto no fue un duelo —dijo.

—No —convino Vikary.

—¿Pero por qué? —preguntó Dirk—. Rosef no era una amenaza para Bretan Braith, ¿verdad? Además, el duelo de honor... Bretan sigue siendo un Braith, ¿verdad? ¿No sigue acaso sujeto al código...?

—Bretan sin duda es un Braith, y eso responde a la pregunta de usted, Dirk t'Larien. Esto no es un duelo —dijo Vikary—. Esto es altaguerra: Braith contra Larteyn. Hay muy pocas reglas en la altaguerra; cualquier varón adulto del bando contrario puede ser abatido, hasta que se establezca la paz.

—Una cruzada —rió Gwen—. Eso no parece muy típico de Bretan, Jaan.

—Parece muy típico del viejo Chell, sin embargo —replicó Vikary—. Sospecho que su *teyn* lo ha comprometido a comportarse así. Si estoy en lo cierto, Bretan mata bajo juramento, no impulsado por el dolor. Tendrá muy poca misericordia.

En el asiento trasero, Arkin Ruark se inclinó con avidez hacia adelante.

—¡Pero eso es magnífico! —exclamó—. Sí, escúchenme; nos conviene. Gwen, Dirk, Jaan, escuchen. Bretan los matará a todos, ¿verdad? Los matará uno por uno, sí. Es enemigo de nuestros enemigos. Nuestra mejor esperanza...

—El proverbio kimdissi no se aplica a estas circunstancias —dijo Vikary—. La altaguerra entre Bretan Braith y los Larteyn no lo convierte en nuestro aliado, salvo por accidente. La sangre y las disputas no se olvidan tan fácilmente, Arkin.

—Sí —añadió Gwen—. No era a Lorimaar a quien buscaba en Kryne Lamiya. Quemó la ciudad sospechando que allí estábamos nosotros.

—Una conjetura, una mera conjetura —farfulló Ruark—. Tal vez tenía otras razones, ¿quién puede saberlo? Tal vez estaba loco, enfurecido de dolor, sí.

—Le propongo una cosa, Arkin —dijo Dirk—. Lo dejamos a usted en campo abierto, y cuando venga Bretan, se lo pregunta para salir de dudas.

El kimdissi se echó hacia atrás. Lo miraba extrañado.

—No —dijo—. Más seguro es quedarme con ustedes, amigos míos. Ustedes me protegerán.

—Lo protegeremos —dijo Jaan Vikary—. Usted hizo lo mismo por nosotros.

Dirk y Gwen intercambiaron una mirada. Vikary puso el aeromóvil en marcha. Se elevaron y se alejaron volando sobre las opacas calles de Larteyn.

—¿Adonde...? —preguntó Dirk.

—Rosef ha muerto —dijo Vikary—. Pero no era el único cazador. Haremos un censo, amigos. Haremos un censo.

El edificio que Rosef alto-Braith Kelcek había compartido con su *teyn* estaba a poca distancia de la residencia de Jadehierro, cerca de los accesos a los subterráneos. Era una estructura amplia y cuadrangular, con un techo metálico en forma de cúpula y un pórtico sustentado por columnas de hierro negro. Aterrizaron en las cercanías y se aproximaron sigilosamente.

Había dos sabuesos Braith encadenados a los pilares del frente de la casa. Los dos yacían muertos. Vikary les echó un vistazo.

—Les han quemado la garganta con algún láser de caza, desde lejos —informó—. Una muerte segura y silenciosa.

Se quedó afuera, rifle en mano, alerta y montando guardia. Ruark no se separó de él. Gwen y Dirk entraron a revisar el edificio.

Encontraron muchas cámaras desiertas, y una pequeña sala de trofeos con cuatro cabezas; tres eran viejas y estaban reseca, la piel encogida y correosa, los rasgos casi bestiales. La cuarta, dijo Gwen, pertenecía a un niño parásito de Vinonegro, y a juzgar por el aspecto, era reciente. Dirk palpó con suspicacia el revestimiento de cuero de algunos muebles pero Gwen sacudió la cabeza negativamente.

Otro cuarto estaba lleno de estatuillas: banshis y jaurías de lobos, soldados que luchaban con espada y cuchilla, hombres afrontando monstruos grotescos en extraños combates. Todas las escenas estaban diestramente talladas en hierro, cobre y bronce.

—Obra de Rosef —explicó Gwen con indiferencia cuando Dirk se detuvo y levantó una estatuilla para inspeccionarla. Ella le hizo señas de que siguiera adelante.

Encontraron al *teyn* de Rosef en el comedor. La comida, un espeso guiso de carne y verduras en un caldo sanguinolento con migajas de pan negro al costado, estaba fría y consumida a medias. Un pichel de peltre lleno de cerveza yacía al lado del guiso en la larga mesa de madera. El cuerpo del kavalár estaba a casi un metro, aún en la silla. Pero la silla estaba volcada hacia atrás, y una mancha ennegrecía la pared. El hombre no tenía cara.

Gwen lo observó con una mueca, apretando el rifle bajo el brazo y apuntándolo al suelo. Recogió la cerveza y bebió un sorbo. Luego se la pasó a Dirk. Estaba tibia y agria, y hacía rato que no tenía espuma.

—¿Lorimaar y Saanel? —preguntó Gwen cuando estuvieron nuevamente afuera, bajo los pilares de hierro.

—Dudo que hayan regresado del bosque —dijo Vikary—. Tal vez Bretan Braith los espera en Larteyn. Sin duda ayer vio llegar a Rosef y Chaalyn. Tal vez está al acecho en algún lugar cercano, esperando sorprender a sus enemigos uno por uno en cuanto regresen a la ciudad. Pero no creo.

—¿Por qué? —preguntó Dirk.

—Recuerde, t'Larien, que nosotros llegamos al alba, y en un aeromóvil sin blindaje. No nos atacó. O bien estaba durmiendo, o ya no anda por aquí.

—¿Dónde piensa que está?

—En el bosque, cazando a nuestros cazadores —dijo Vikary—. Sólo quedan dos Larteyn con vida, pero Bretan no tiene cómo haberse enterado. De acuerdo con lo que él sabía, Pyr y Arris, e incluso el anciano Raymaar Una-Mano, seguían con vida, y

los contará como enemigos. Supongo que habrá resuelto tomarlos por sorpresa, tal vez temiendo que de lo contrario vuelvan juntos a la ciudad y al descubrir muertos a sus *kethi* se den cuenta de las intenciones de él.

—Entonces tendríamos que huir, sí... Antes que vuelva —dijo Arkin Ruark—. Ir a un sitio seguro, lejos de esta locura kavalara. Duodécimo Sueño, sí, Duodécimo Sueño. O Musquel, o Desafío, cualquier otra parte. Pronto arribará una nave y estaremos a salvo. ¿Qué dicen?

—Yo digo que no —replicó Dirk—. Bretan nos encontraría. ¿Recuerdan el modo casi sobrenatural en que nos encontró a Gwen y a mí en Desafío? —miró fijamente al kimdissi, que palideció notoriamente.

—Nos quedaremos en Larteyn —dijo Vikary con firmeza—. Bretan Braith Lantry es un solo hombre. Nosotros somos cuatro, tres de nosotros, armados. Si permanecemos juntos, no habrá peligro. Montaremos guardias. Estaremos preparados.

—De acuerdo —asintió Gwen, tomando a Jaan del brazo—. Y hasta es posible que Lorimaar venza a Bretan...

—No —le dijo el kavalara—. No, Gwen. Creo que te equivocas. Bretan Braith derrotará a Lorimaar. De eso estoy seguro.

Vikary insistió para que revisaran el gran garaje subterráneo antes de alejarse de la residencia de Rosef, y su conjetura resultó acertada. Como en Desafío, Jaan les había robado el aeromóvil que después fue destruido, Rosef y el *teyn* habían tomado el vehículo de Pyr para regresar de la cacería; estaba allí. Jaan se lo apropió. De ningún modo era la maciza máquina verde oliva de Janacek, pero sin duda era más formidable que el pequeño coche de Ruark.

Después buscaron donde alojarse. A lo largo de las murallas de Larteyn, sobre la empinada pared rocosa que descendía hasta el llano, había una serie de torres de vigilancia con puestos de guardia y troneras en la parte superior y aposentos en la parte inferior, dentro de las mismas murallas. Las torres, cada cual coronada por una gran gárgola de piedra, eran estrictamente ornamentales, un adorno que daba un aire de autenticidad kavalara a la ciudad. Pero eran apropiadas para la defensa, y daban un excelente panorama de Larteyn. Gwen seleccionó una al azar y se mudaron allí, después de llevarse efectos personales del edificio donde habían vivido; alimentos, y la documentación relacionada con las investigaciones ecológicas (casi olvidadas por Dirk), emprendidas por ella y Ruark en los boscajes de Worlorn.

Una vez a cubierto, se dispusieron a esperar.

Más tarde, Dirk comprendió que era la peor decisión que podían haber tomado. Bajo la presión de la inactividad, empezaron a ponerse en evidencia todas las fisuras.

Organizaron los turnos de guardia de tal modo que siempre había dos personas en

la torre de vigilancia, armadas con láseres y los binoculares de campo de Gwen. Larteyn lucía gris, desierta y desolada. Los que montaban guardia no tenían mucho que hacer, salvo estudiar el lento fluir de la luz en las calles de piedraviva, y conversar. En general, conversaban.

Arkin Ruark compartía turnos de guardia con los otros e incluso aceptó, aunque a regañadientes, el rifle láser que le dio Vikary. Una y otra vez arguyó que le repugnaba la violencia, que nunca podría gatillar el láser en ninguna circunstancia. Pero aceptó tomarlo porque Vikary se lo pedía. Sus relaciones con el grupo habían cambiado radicalmente. Hacía lo posible por no separarse de Jaan, pues comprendía que el kavalár era ahora su auténtico y único protector. Era amable con Gwen; ella le había pedido que le perdonara lo de Kryne Lamiya, aduciendo que el miedo y el dolor la habían arrastrado temporariamente a la paranoia. Pero para Ruark ya no era la 'dulce Gwen'; las tensiones entre ambos eran cada día más notorias.

Frente a Dirk, el kimdissi adoptaba una actitud intranquila y suspicaz, ahogándolo alternativamente con sus efusiones y volviendo a la normalidad cuando Dirk se mostraba reticente. De los comentarios de Ruark durante la primera guardia que hicieron juntos, Dirk dedujo que el ecólogo no veía el momento de abordar el *Teric neDahlir*, la nave del Confín que debía arribar la semana entrante. Lo único que parecía interesarle era permanecer en un refugio seguro y marcharse de ese mundo lo antes posible.

Pero Gwen Delvano, pensaba Dirk, esperaba algo totalmente diferente. Mientras Ruark escrutaba el horizonte con aprensión, Gwen no cabía en sí de ansiedad. Dirk recordó las palabras que ella le había dicho mientras conversaban en Kryne Lamiya: "Es hora de que *nosotros* seamos los cazadores". Esas palabras seguían en pie. Cuando Dirk montaba guardia con ella, Gwen se hacía cargo de todo. Se sentaba frente a la ventana alta y angosta con una paciencia casi infinita, los binoculares colgados sobre el pecho, los brazos acodados en el alféizar, el jade-y-plata junto al hierro vacío. Hablaba con Dirk sin mirarle; siempre tenía los ojos vueltos hacia afuera. Gwen rehusaba apartarse de la tronera, salvo para ir al baño. De vez en cuando alzaba los binoculares y estudiaba un edificio distante donde creía haber atisbado algún movimiento, y con menos frecuencia le pedía a Dirk un cepillo y se alisaba la melena negra que el viento le arremolinaba de continuo.

—Espero que Jaan se equivoque —dijo una vez mientras se cepillaba la cabellera—. Prefiero que quienes vuelvan sean Lorimaar y su *teyn*, y no Bretan —Dirk le dio a entender que estaba de acuerdo pues Lorimaar, mucho más viejo y para colmo, herido, sería mucho menos peligroso que el duelista tuerto que lo perseguía. Pero ante esas palabras, Gwen bajó el cepillo y lo miró con curiosidad—. No —dijo—, no es por eso, en absoluto.

En cuanto a Jaantony Riv Lobo alto-Jadehierro Vikary, nada parecía abatirlo tanto como la espera. Mientras estaba en acción, mientras se le exigía ejecutividad, había sido el Jaan Vikary de costumbre: fuerte y enérgico, un líder. El ocio lo había transfigurado. No tenía función que cumplir; por el contrario, disponía de un tiempo ilimitado para sus cavilaciones, y eso no era bueno. Aunque rara vez se mencionaba a Garse Janacek en esos días, era obvio que el espectro del *teyn* barbirrojo acosaba a Jaan, que a menudo se comportaba hurañamente. Empezó a sumirse en hoscos silencios, que a veces duraban horas.

En un principio había insistido en que nadie abandonara nunca la torre; ahora era él quien salía a caminar largamente al alba y al atardecer, cuando no le tocaba guardia. En las horas de guardia solía divagar evocando su niñez en los clanes de la Congregación de Jadehierro. También contaba relatos históricos cuyos héroes eran mártires como Viktor alto-Acerorrojo y Aryn alto-Piedraviva. Nunca hablaba del futuro, y muy rara vez de las circunstancias presentes. Observándolo, Dirk casi creía entrever el torbellino interior del hombre. En esos pocos días, Vikary lo había perdido todo: su *teyn*, su mundo y su pueblo, y hasta el código por el que había regido su vida. Ahora luchaba contra él. Ya había adoptado a Gwen como *teyn*, aceptándola con una independencia plena y total que nunca había demostrado hacia ella misma, o hacia Garse, individualmente. Y Dirk percibía que Jaan también trataba de atenerse a su propio código, se aferraba desesperadamente a los jirones de honor kavalár que aún le quedaban. Era Gwen, no Jaan, quien hablaba de cazar a los cazadores, de animales que se mataban unos a otros, ahora que no había códigos en Worlorn. Parecía hablar por su *teyn* y por ella misma, pero Dirk no creía que ése fuera el caso. Cuando Vikary aludía a una lucha inminente, siempre parecía sugerir que tendría que enfrentar en duelo a Bretan Braith. Cuando salía a caminar por la ciudad practicaba con el rifle y la pistola. "Si he de batirme a duelo con Bretan, tengo que estar preparado", solía decir. Y se ejercitaba diariamente como un autómatas, por lo general a la vista de la torre; se entrenaba para cada modo de duelo kavalár. Un día practicaba el cuadrado de la muerte y el tiro a diez pasos, abatiendo a sus inexistentes antagonistas. Y al siguiente, disparaba a discreción y a lo largo de la línea, y luego practicaba el duelo a un disparo, y de nuevo el cuadrado de la muerte. Los que montaban guardia lo cubrían y rogaban que ningún enemigo avistara las reiteradas vibraciones luminosas. Dirk tenía miedo, Jaan era la fuerza del grupo, y ahora estaba perdido en ese ensueño marcial, en esa presunción de que Bretan Braith respetaría pese a todo las cortesías del código. Pese a la célebre destreza duelística de Vikary, pese al ritual de diario entrenamiento, a Dirk le parecía cada vez más improbable que el Jadehierro pudiera derrotar a Bretan en un combate individual.

La cara deforme del Braith solía atormentar a Dirk en pesadillas recurrentes: Bretan con su extraña voz y su ojo fulgurante y su tic grotesco, el perfil delgado,

terso e inocente de Bretan, Bretan el destructor de ciudades. Dirk despertaba de esos sueños sudoroso y exhausto, en medio de la cama deshecha, recordando los chillidos de Gwen (lamentos ásperos y agudos como el canto de Kryne Lamiya), y el modo en que Bretan lo miraba a él. Para borrar esas visiones sólo contaba con Jaan, y Jaan, aunque conservara cierta fortaleza, era ahora víctima de un tenaz fatalismo.

Era la muerte de Janacek, pensaba Dirk, y más que eso, las circunstancias que rodeaban esa muerte. Si Garse hubiera muerto en forma más normal, Vikary sería un vengador más feroz, más implacable e invencible que Myrik y Bretan combinados. Pero así, Jaan estaba convencido de que su *teyn* lo había traicionado para perseguirle como a un animal o un Cuasi-hombre. Y esa convicción lo destruía. Más de una vez, montando guardia en compañía del Jadehierro, Dirk se sintió tentado de contarle la verdad, de precipitarse hacia él y gritarle *¡No, no! ¡Garse era inocente, Garse lo amaba, Garse habría muerto por usted!* Pero no le dijo nada. Si la melancolía, el peso de la traición y la pérdida de la fe consumían de tal modo a Vikary, la verdad lo habría matado en el acto.

De modo que los días transcurrían y las fisuras aumentaban. Y Dirk observaba a sus tres compañeros con creciente aprensión. Mientras Ruark esperaba la fuga, Gwen la venganza, y Jaan Vikary la muerte.

Capítulo 15

El primer día de vigilancia llovió casi toda la tarde. Los nubarrones habían estado apiñándose hacia el este toda la mañana, cada vez más oscuros y amenazadores, velando de tal modo al Gordo Satanás y sus hijos que el día era aún más lúgubre que de costumbre. Cerca del mediodía se desató la tormenta. El ruido era atroz. Los vientos silbaban con tanta tenacidad que la torre de vigilancia parecía temblar, e hirvientes ríos de agua parda barrían las calles y se despeñaban en las alcantarillas de piedraviva. Cuando finalmente salieron los soles, poco antes del atardecer, Larteyn brilló con un resplandor húmedo, las calles y los muros se veían más limpios que nunca. La Fortaleza de Fuego casi infundía esperanzas. Pero eso fue el primer día.

El segundo día todo volvió a la normalidad. El Ojo del Infierno trazó un lento surco rojo en el cielo, abajo Larteyn relumbró pálida y negra, y el viento trajo nuevamente el polvo del llano que el día anterior habían lavado las lluvias. En el crepúsculo de la tarde Dirk atisbó un aeromóvil. Se materializó por encima de las montañas, un punto negro, y sobrevoló el llano antes de emprender el descenso. Dirk lo observó atentamente por los binoculares, los brazos acodados en el antepecho de piedra de la tronera. No conocía ese vehículo, un artefacto negro y muerto, un pequeño murciélago estilizado con alas anchas y enormes ojos-faros. Vikary compartía la guardia con él. Dirk lo llamó y Jaan observó con indiferencia.

—Sí, conozco ese aparato —dijo Jaan—. Nada que nos importe, t'Larien. Sólo los cazadores de la Confraternidad de Shanagato. Gwen informó que los vio partir esta mañana —el aeromóvil ya había desaparecido, perdiéndose tras de los edificios de Larteyn. Vikary volvió a su asiento y dejó a Dirk librado a sus reflexiones.

En los días que siguieron, Dirk vio varias veces a los Shanagato, y nunca dejaban de parecerle irreales. Qué extraño era pensar que iban y venían sin sentirse afectados por lo sucedido, que seguían viviendo como si Larteyn fuera aún una ciudad tan pacífica y moribunda como aparentaba, como si nadie hubiera perecido en ella. Estaban tan cerca de todo, y a la vez tan distantes y alejados; podía imaginarlos de regreso en su clan de Alto Kavalaan, comentando lo monótono y aburrido que era Worlorn. Para ellos nada había cambiado; Kryne Lamiya aún cantaba su elegía gemebunda y Desafío era todavía una ciudad pletórica de luz, vida y promesas. Los envidiaba.

El tercer día Dirk despertó de una pesadilla especialmente virulenta en la que luchaba solo contra Bretan. Y no pudo volver a conciliar el sueño. Gwen, que descansaba de su guardia, caminaba de un lado al otro en la cocina. Dirk se sirvió un tazón de cerveza y escuchó las quejas de Gwen.

—Ya deberían estar aquí —protestaba—. No puedo creer que aún sigan buscando a Jaan. ¡Sin duda, tienen que haberse enterado de lo que pasó! ¿Por qué no vuelven?

—Dirk simplemente se encogió de hombros y deseó que no aparecieran nunca; el *Teric neDahlir* no tardaría en llegar. Esas palabras irritaron a Gwen—. ¡No me importa! —barbotó, y luego se sonrojó avergonzada; se acercó y se sentó a la mesa, bajo el ancho pañuelo verde tenía profundas ojeras. Tomó la mano de Dirk y entrecortadamente le contó que desde la muerte de Janacek, Vikary no la había tocado siquiera. Dirk le dijo que las cosas cambiarían en cuanto llegara la nave estelar, en cuanto todos estuvieran lejos de Worlorn. Gwen salió sonriendo y luego rompió a llorar. Cuando ella lo dejó a solas, Dirk fue en busca de la joya susurrante y la apretó en el puño, recordando.

El cuarto día, mientras Vikary daba una de sus riesgosas caminatas crepusculares, Gwen y Arkin riñeron durante la guardia, y ella le dio un culatazo en la cara, que sólo recientemente se había empezado a deshinchar, gracias al hielo y los ungüentos. Ruark bajó la escalerilla de la torre farfullando que Gwen había perdido la cabeza y trataba de matarlo. Dirk, arrancado de un profundo sueño, estaba de pie en la sala cuando apareció el kimdissi, quien al verlo a él quedó petrificado. Ninguno de los dos hizo comentarios, pero después de ese episodio Ruark adelgazó rápidamente, y Dirk tuvo la certeza de que Arkin *sabía* lo que hasta el momento sólo había sospechado.

La mañana del día sexto, Ruark y Dirk compartían la guardia en silencio cuando el kimdissi, en un repentino acceso de furia, arrojó el láser al otro lado del cuarto.

—¡Maldito sea! —exclamó—. Braith, Jadehierro..., lo mismo da. Son todas bestias kavalares, eso es lo que son, ¡sí! Y usted, el gran hombre de Avalon, ¿eh? No es mejor que ellos, de ninguna manera. Mírese un poco. Debí dejar que se batiera a duelo, para matar o ser muerto, como usted quería. Eso lo habría hecho feliz, ¿eh? Claro, claro. Amé a la dulce Gwen y a usted lo consideraré un amigo, ¿y cómo me lo agradecen? ¿Cómo, cómo? —las carnosas mejillas estaban huecas y consumidas; los ojos pálidos se movían incesantemente.

Dirk lo ignoró, y Ruark no tardó en callarse. Pero más tarde, esa misma mañana, después de pasar horas de cara a la pared con el láser en la mano, el kimdissi volvió a hablar.

—Yo también fui amante de ella, ¿sabe? —dijo—. Ella no se lo ha contado, lo sé. Pero es la verdad, la pura verdad. En Avalon, mucho antes que ella conociera a Jaantony y aceptara ese maldito jade-y-plata, la noche que usted le envió la joya susurrante. Estaba totalmente ebria. Hablamos y hablamos, y ella bebía y bebía, y más tarde me llevó a la cama. Y al día siguiente ni se acordaba, ¿sabe usted? Ni se acordaba... Pero eso no importa. Lo cierto es que yo también fui su amante —le temblaba el cuerpo—. Nunca se lo dije a ella, t'Larien, ni traté de revivir el episodio. No soy un idiota como usted, y sé lo que soy; fue sólo algo pasajero pero en ese momento existió, y le enseñé muchas cosas y fui amigo de ella, y soy muy bueno en mi trabajo, claro que sí —se interrumpió, recobró el aliento y luego abandonó la torre

calladamente, aunque aún faltaba una hora para que Gwen viniera a relevarlo.

Cuando ella al fin subió, lo primero que hizo fue preguntarle a Dirk qué le había dicho a Arkin.

—Nada —respondió él, sinceramente; después preguntó por qué, y ella le contó que Ruark la había despertado a gritos, repitiéndole una y otra vez que ocurriera lo que ocurriera, ella tenía que asegurarse de que el trabajo que habían realizado se publicara, y que el nombre de él también debía figurar. Dirk cabeceó, dejó los binoculares y le cedió a Gwen el puesto frente a la tronera. Pronto cambiaron de conversación.

El séptimo día Dirk y Jaan Vikary compartieron la guardia de la noche. La ciudad kavalareña refulgía opacamente; los bulevares de piedraviva parecían láminas de cristal negro bajo las que ardían tenues llamas rojas. Cerca de la medianoche, una luz titiló sobre las montañas. Dirk la observó acercarse a la ciudad.

—No se ve bien, está oscuro —dijo—. Pero me parece que tiene forma de cúpula. ¿Lorimaar...?

Vikary se le acercó. El aeromóvil se aproximó en silencio, deslizándose sobre la ciudad, y la silueta se recortó con nitidez.

—Es el coche de Lorimaar —dijo Jaan.

Lo observaron sobrevolar el llano y luego virar nuevamente hacia la pared rocosa y la entrada del garaje subterráneo.

—Nunca lo habría creído —dijo pensativamente Vikary.

Bajaron a despertar a los demás.

El hombre emergió de la oscuridad de los elevadores para encontrarse frente a dos láseres. Gwen le apuntaba con la pistola, casi con resignación. Dirk, armado con un rifle de caza, había esperado apuntando a la puerta del ascensor y ahora apretaba la mirilla contra la cara, listo para disparar. Jaan Vikary era el único que no lo encañonaba; asía el rifle entre los dedos, y llevaba la pistola en la funda.

Las puertas del ascensor se cerraron a espaldas del hombre, que se quedó rígido, comprensiblemente asustado. No era Lorimaar. No era nadie que Dirk conociera.

Dirk bajó el arma y el hombre los miró uno por uno. Finalmente, se detuvo en Vikary.

—Alto-Jadehierro —dijo con un hilo de voz—, ¿qué significa esto?

Era un hombre de estatura mediana, de cara equina y barbada, larga melena rubia y figura desgarrada. Vestía un traje tornasolado que entonces era gris rojizo, arrebatado y febril como los bloques de piedraviva del embaldosado. Vikary estiró el brazo y apartó suavemente la pistola de Gwen, que de pronto enfundó el arma como despertando de un trance.

—Esperábamos a Lorimaar alto-Braith —dijo Gwen.

—Es verdad —confirmó Jaan—. No nos proponíamos insultarte, Shanagato. Honor a tu clan, honor a tu *teyn*.

El nombre de cara equina asintió con alivio.

—Honor a los tuyos, alto-Jadehierro —dijo—. No me considero insultado —se tironó nerviosamente la nariz.

—Vuelas una máquina de los Braith, ¿verdad?

El hombre asintió.

—Ciertamente. Nuestra, por derecho de pillaje. Mi *teyn* y yo nos topamos con ella en la floresta, mientras perseguíamos un cuernohierro. La criatura se detuvo a beber, y allí estaba el coche, abandonado junto a un lago.

—¿Abandonado? ¿Estás seguro?

El hombre rió.

—Conozco demasiado bien a Lorimaar alto-Braith y al gordo Saanel, y no me interesa tener un alto-pleito con gente como ellos. No. También, encontramos sus cadáveres. Algún enemigo los había esperado en el campamento, aparentemente dentro del aeromóvil. Y cuando ellos regresaron de la cacería... Ya no tomarán más cabezas —dijo, con un ademán—. De Cuasi-hombre, o lo que fuera.

—¿Muertos? —preguntó Gwen, con crispación.

—Y bien muertos. Desde hacía varios días —replicó el kavalár—. Los animales de carroña ya habían tenido su festín, pero, desde luego, quedaba lo suficiente como para identificar los cadáveres. Encontramos otro aeromóvil en las cercanías, ruinoso e inútil, y también huellas de otros aeromóviles en la arena. El vehículo de Lorimaar aún funcionaba, aunque estaba repleto de sabuesos muertos. Lo limpiamos y nos adueñamos de él. Mi *teyn* me sigue en nuestro propio coche. Algo extraño está ocurriendo... —añadió el hombre mirando a los tres de hito en hito, sin ocultar su curiosidad. Escrutó largo rato a Dirk, y luego el brazalete de hierro negro de Gwen, pero no hizo comentarios—. A los Braith se los ve muy poco últimamente, menos que de costumbre. Y ahora, encontramos muertos a dos de ellos...

—Si buscas un poco, encontrarás algunos otros —le dijo Gwen.

—Están fundando un nuevo clan..., —añadió Dirk— en el infierno.

Cuando el hombre se marchó, los tres regresaron lentamente a la torre, en silencio. Sus siluetas arrojaban largas sombras que los seguían por las calles oscuras y carmesíes. Gwen caminaba como exhausta. Jaan parecía sobreexcitado; empuñaba cautelosamente el rifle, listo para apuntar y disparar si Bretan Braith de pronto se les cruzaba en el camino. Sondeaba cada callejón y rincón oscuro que pasaban.

Una vez de regreso en la sala iluminada de la torre, Gwen y Dirk se desplomaron en el suelo. Jaan permaneció un instante al lado de la puerta, pensativo; luego dejó las armas y abrió una botella de vino: aquel mismo licor añejo y punzante que había

compartido con Garse y Dirk la noche anterior a los duelos que nunca se habían librado. Llenó tres copas y las distribuyó.

—Bebamos —dijo, alzando su copa para brindar—. El círculo se cierra. Ahora sólo queda Bretan Braith. Pronto volverá a reunirse con Chell, o yo me reuniré con Garse, y en cualquiera de ambos casos habrá paz otra vez —vació la copa de un trago mientras los otros bebían lentamente—. Ruark debería beber con nosotros —declaró abruptamente Vikary mientras llenaba nuevamente su copa. El kimdissi no los había acompañado a su cita nocturna, pero al parecer no se había negado por miedo; al menos eso fue lo que Dirk creyó en el momento. Jaan lo había despertado y Ruark se había vestido con ellos, poniéndose su mejor traje de seda sintética y un birrete escarlata, pero cuando Vikary le ofreció un rifle el kimdissi lo rechazó con una extraña sonrisa. Luego había dicho: "Tengo mi propio código, Jaantony. Y usted debe respetarlo. Gracias, pero me quedaré aquí". Había hablado con serena dignidad; debajo de la cabellera rubia, los ojos casi parecían bailar de alegría. Jaan le pidió que entonces continuara vigilando la torre, y Ruark accedió.

—Arkin odia el vino kavalár —dijo Gwen cansadamente, ante la sugerencia de Jaan.

—No importa —repuso Jaan—. Esto no es una fiesta, sino un compromiso entre *kethi*. Tiene que brindar con nosotros —dejó su copa y subió grácilmente la escalerilla de la torre.

Cuando regresó, segundos más tarde, sus movimientos ya no eran tan gráciles. Bajó el último metro de un brinco y se quedó mirando a Dirk y a Gwen.

—Ruark no brindará con nosotros —anunció—. Se ha colgado.

Ese amanecer, el octavo, fue Dirk quien salió a caminar. No recorrió las calles de Larteyn, sino las murallas. Eran de piedra negra, revestidas por gruesas losas de piedraviva. Tenían tres metros de espesor, así que no había peligro de caerse. Dirk montaba guardia a solas (Gwen había descolgado el cadáver de Ruark y después había arrastrado a Jaan a la cama), contemplando esas murallas, el láser en la mano y los binoculares colgados del cuello, cuando despuntó el primer sol amarillo, tras de lo cual los fuegos nocturnos comenzaron a apagarse. La necesidad de salir le había sorprendido de repente. Sabía que Bretan Braith no regresaría a la ciudad; la guardia ya no era más que una formalidad inútil. Dejó el rifle apoyado contra la pared, cerca de la tronera, se abrigó bien y salió.

Caminó un largo trecho. Otras torres de vigilancia muy semejantes a las de ellos se erguían a intervalos regulares. Dirk pasó de largo seis, y calculó que la distancia de torre a torre debía ser de poco más de trescientos metros. Cada torre tenía una gárgola, pero no había una que fuera igual a otra. En ese momento, después de todo lo sucedido, veía que ya las reconocía. No eran gárgolas tradicionales, como las

esculpidas en Vieja Tierra; eran los demonios del mito kavalár, grotescas versiones de los dactiloides, los hruun y los sorbealmas *githyanki*. Reales en cierto modo. En alguna región de las estrellas, cada una de esas razas vivía aún.

Las estrellas. Dirk se detuvo a mirar el cielo. El Ojo del Infierno ya asomaba sobre el horizonte; casi todas las estrellas se habían ido. Vio sólo una, muy tenue; un minúsculo punto rojo enmarcado por manojos de nubes grises. Y la vio desaparecer totalmente mientras estaba observándola. El sol de Alto Kavalaan, pensó. Garse Janacek se lo había mostrado, una señal para guiarlo en su carrera.

De todos modos había muy pocas estrellas. Estos no eran lugares para que vinieran hombres; estos mundos como Worlorn, Alto Kavalaan y Oscuralba..., estos mundos exteriores. El Gran Mar Negro estaba demasiado cerca, el Velo del Tentador ocultaba casi toda la galaxia, y los cielos eran lóbregos y desiertos. Un cielo sin estrellas era inconcebible.

También era inconcebible un hombre sin códigos. Era necesario un amigo, un *teyn*, una causa, algo que lo trascendiera...

Dirk se acercó al borde de la muralla y miró hacia abajo. La distancia hasta el suelo era abismal. La primera vez que había salido en aeropatín, había perdido el equilibrio de sólo mirar. La muralla descendía un trecho, y luego la pared rocosa bajaba eternamente. Muy a lo lejos un río corría entre la hierba y la niebla matinal.

Se quedó de pie, las manos en los bolsillos, el pelo arremolinado por el viento. Miraba el abismo y tiritaba. Luego, extrajo la joya susurrante. La frotó entre el pulgar y el índice, como un amuleto. *Jenny* —pensó—. ¿Qué se había hecho de ella? Ni siquiera la joya susurrante la convocaba.

Se oyó pasos, y luego una voz.

—Honor a tu clan, honor a tu *teyn*.

Dirk se volvió, con la joya susurrante todavía en la mano. Un anciano estaba de pie cerca de él. Alto como Jaan y viejo como el pobre Chell. Era macizo y leonino. La cabellera blanca y revuelta se unía a una barba igualmente arremolinada para formar una magnífica melena. Pero el rostro era borroso y macilento, como si tuviera siglos. Sólo los ojos sobresalían, los ojos azules y desencajados, ojos que ardían gélidamente bajo las cejas pobladas, como los de Garse Janacek.

—No tengo clan —dijo Dirk—, y no tengo *teyn*.

—Lo siento —dijo el hombre—. Vienes de los mundos exteriores, tal vez...

Dirk asintió.

El viejo rió burlonamente.

—Muy bien, fantasma. Entonces te has equivocado de ciudad.

—¿Fantasma?

—Un fantasma del Festival —dijo el viejo—. ¿Qué otra cosa puedes ser? Esto es Worlorn, y las gentes con vida ya se han marchado —vestía una capa de lana negra

con bolsillos amplios, encima de un atuendo azul claro. Un pesado medallón de acero inoxidable le pendía debajo de la barba, mediante una correa de cuero. Cuando el viejo sacó las manos de los bolsillos de la capa, Dirk advirtió que le faltaba un dedo y que no usaba brazaletes.

—No tienes *teyn* —dijo Dirk.

El viejo refunfuñó.

—Por supuesto que tuve *teyn*, fantasma. Fui poeta, no sacerdote. ¿Qué clase de pregunta es ésta? Te advierto que podría tomarlo como un insulto.

—No usas hierro-y-fuego —señaló Dirk.

—Es verdad, ¿pero qué importa? Los fantasmas no necesitan brazaletes. Mi *teyn* murió hace treinta años, y ahora supongo que su fantasma ronda algún clan de Acerorrojo, tal como yo rondo Worlorn. Bueno, en verdad, solamente Larteyn. Rondar todo un planeta es algo que agotaría a cualquier fantasma.

—Oh —sonrió Dirk—. ¿También eres un fantasma?

—Bueno, sí —repuso el viejo—. Aquí me tienes, hablando contigo, a falta de una buena cadena rechinante. ¿Qué piensas que soy?

—Pienso que tal vez eres Kirak Acerorrojo Cavis —dijo Dirk.

—Kirak Acerorrojo Cavis —repitió el viejo con voz rauca y cantarina—. Lo conozco. Ese sí que era un fantasma. Su destino consiste en rondar el cadáver de la poesía kavalár. De noche se pasea gimiendo y declamando versos de las elegías de Jamis-León Taal y algunos de los mejores sonetos de Erik alto-Jadehierro Devlin. En luna llena entona cánticos de batalla Braith y a veces la vieja endecha de los caníbales de las Moradas del Carbón Profundo. Un fantasma muy patético, realmente. Cuando quiere ensañarse con sus víctimas, les recita sus propios poemas. Te aseguro que una vez que te han leído a Kirak Acerorrojo, ruegas por las cadenas rechinantes.

—¿De veras? —dijo Dirk—. Lo que no entiendo es por qué un poeta está necesariamente condenado a ser un fantasma.

—Kirak Acerorrojo escribe poesía en kavalár antiguo —dijo el hombre frunciendo el ceño—. Y eso es suficiente. Es una lengua moribunda... ¿Quién leerá lo que escribe? En el clan, los hombres crecen hablando sólo esa jergonza común. Tal vez lo traduzcan, pero no creo que el esfuerzo valga la pena. En traducciones los poemas no riman, y el metro cojea como un Cuasi-hombre con la espalda rota. Las sonoras cadencias de Galen Piedraviva, los dulces himnos de Laaris-Ciego alto-Kenn, todos esos terribles y pequeños Shanagatos que exaltan el hierro-y-fuego, hasta las canciones de las *eyn-kethy*, apenas cuentan como poesía. Todo está muerto, todo. Sólo sobrevive en Kirak Acerorrojo. Sí, el hombre es un fantasma. ¿Por qué ha venido a Worlorn, si no? Este es un mundo para fantasmas —el viejo se alisó la barba mientras observaba a Dirk—. Tú eres el fantasma de un turista, diría yo. Sin duda te perdiste mientras buscabas el baño, y desde entonces llevas una vida errante.

—No, no —dijo Dirk—. Buscaba otra cosa —exhibió la joya susurrante con una sonrisa.

El viejo la estudió, sus duros ojos azules entornados mientras el viento le fustigaba la capa.

—Sea lo que fuere, probablemente ha muerto —dictaminó.

Abajo, a lo lejos, cerca del río que corría centelleando por el llano, estalló un grito: el débil y distante gemido del banshi. Dirk volvió la cabeza para ver de dónde venía el sonido. No había nada, nada; sólo ellos dos de pie en la muralla, y el viento huracanado, y el Ojo del Infierno en el cielo crepuscular. No había ningún banshi. Ya había pasado el tiempo de los banshis en Worlorn. Estaban extinguidos.

—¿Muerto? —repitió Dirk.

—Worlorn está plagado de cosas muertas —dijo el viejo—. Y de gente que busca cosas muertas. Y de fantasmas —farfulló algo en kavalari antiguo, que Dirk no comprendió; luego se alejó con lentitud.

Dirk lo observó un instante. Luego, se volvió hacia el horizonte velado por un banco de nubes gris-azuladas. En esa dirección estaba el puerto espacial, y —seguramente—, Bretan Braith.

—Ah, Jenny —dijo, hablándole a la joya susurrante; la arrojó al aire como un niño que tira una piedra, la joya voló y luego empezó a caer.

Dirk pensó un instante en Gwen y en Jaan. También en Garse. Después, se volvió nuevamente hacia el viejo, y lo llamó a los gritos:

—¡Fantasma! Espera... ¡Hazme un favor! Te lo pido, de fantasma a fantasma...

El viejo se detuvo.

Epílogo

Era una zona chata y herbosa en el centro del llano, a poca distancia del puerto espacial. En tiempos del Festival, allí se habían celebrado juegos, y atletas de once de los catorce mundos exteriores habían competido por coronas de hierro cristalino.

Dirk y Kirak Acerorrojo estuvieron allí mucho antes de la hora acordada, esperando.

Dirk empezaba a preocuparse, a medida que la hora se acercaba. Pero no era necesario. El aeromóvil con cabeza de lobo apareció en el cielo en el momento preciso. Primero sobrevoló la zona a poca altura, haciendo chillar las toberas para cerciorarse de que ambos estaban. Luego aterrizó.

Bretan Braith avanzó hacia ellos por la hierba muerta y parda, pisoteando un macizo de flores descoloridas con las botas negras. Caía la tarde. El ojo de piedraviva empezaba a palpitar.

—Entonces me han dicho la verdad... De veras, estás aquí —le dijo Bretan a Dirk con un matiz de asombro en la voz arenosa que tantas veces Dirk había oído en sus pesadillas; una voz demasiado grave y tortuosa para alguien tan esbelto y delgado como Bretan Braith, que los miraba desde varios metros de distancia, infinitamente puro, vestido con un traje de duelo blanco con una máscara de lobo púrpura bordada sobre el corazón. Llevaba dos armas colgadas del cinturón negro: a la izquierda un láser, y a la derecha una enorme pistola automática de metal gris azulado. El brazalete de hierro negro no tenía piedravivas—. A decir verdad, no creí en las palabras del viejo Acerorrojo. Pero pensé: "El lugar está muy cerca, nada perderé si voy a cerciorarme. Y si es mentira, no tardaré en regresar al puerto espacial".

Kirak Acerorrojo se arrodilló y empezó a trazar un cuadrado de tiza en la hierba.

—Supones que te concederé el honor de un duelo —dijo Bretan—. No tengo motivo para hacerlo. ¿Por qué no habría de matarte, aquí y ahora? —movió la mano derecha y Dirk se vio de pronto encañonado por la pistola automática.

—Mátame, si quieres —le dijo Dirk, encogiéndose de hombros—. Pero antes, respóndeme algunas preguntas.

Bretan le miró en silencio.

—Si yo hubiera ido a verte en Desafío —dijo Dirk—, si hubiera bajado a los sótanos, como querías, ¿te habrías batido, o me habrías matado como a un Cuasi-hombre?

Bretan enfundó el arma.

—Me habría batido. En Larteyn, en Desafío, aquí..., lo mismo da. Me habría batido, t'Larien. Yo no creo en los Cuasi-hombres. Nunca he creído en Cuasi-hombres. Sólo Chell, que ceñía mi brazalete sin fijarse en mi rostro.

—Sí —dijo Dirk; Kirak Acerorrojo estaba a punto de terminar el cuadrado de la

muerte en tanto Dirk miraba el cielo preguntando cuánto tiempo faltaría—. Otra cosa, Bretan Braith. ¿Cómo supiste dónde buscarnos? ¿Por qué en Desafío, y no en otra ciudad?

Bretan se encogió de hombros con su torpeza característica.

—Me lo dijo el kimdissi por un precio. Todos los kimdissi pueden ser comprados. Había colocado un aparato de rastreo en el gabán que te dio. Creo que usaba esos aparatos en sus investigaciones.

—¿Cuál fue el precio? —preguntó Dirk; tres lados del cuadrado estaban listos, líneas blancas en la hierba.

—Juré por mi honor que no dañaría a Gwen Delvano, y que la protegería de los demás —los últimos rayos de luz agonizaban; también el pesado sol amarillo había naufragado tras las montañas—. Ahora, soy yo quien quiere hacerte una pregunta, t'Larien: ¿Por qué has venido?

Dirk sonrió.

—Porque me caes bien, Bretan Braith. ¿Tú quemaste Kryne Lamiya, verdad?

—Así es —dijo Bretan—. Esperaba quemarte también a ti, y a Jaantony alto-Jadehierro, el renegado. ¿Sigue él con vida?

Dirk no respondió a esa pregunta.

Kirak Acerorrojo se levantó y se sacudió la tiza de las manos. Había terminado. Extrajo el juego de espadas, sables rectos de acero kavalár, con incrustaciones de piedraviva y jade en las empuñaduras. Bretan eligió una y la probó. La hoja cortó el aire con un canto y un chillido, y el kavalár retrocedió satisfecho hasta un ángulo del cuadrado. Esperaba muy tieso; por un instante casi pareció ausente; una delgada figura negra inclinándose ligeramente sobre la espada. Como el barquero, pensó Dirk. E involuntariamente volvió los ojos al coche-lobo para asegurarse de que no se había transformado en una barcaza. El corazón le palpitaba con fuerza.

Desechó ese pensamiento, tomó la segunda espada y retrocedió a su ángulo. Kirak Acerorrojo le sonrió. Será fácil, se dijo Dirk. Trató de recordar el consejo que hacía ya tanto tiempo le había dado Garse Janacek. Recibir una estocada, asestar una; eso es todo. Pero tenía mucho miedo.

Bretan arrojó las pistolas al suelo, fuera del cuadrado de la muerte; agitó nuevamente el sable para entonar los músculos; aunque los separaban siete metros, Dirk podía ver las contorsiones en su rostro.

Por encima del hombro derecho de Bretan se elevó una estrella. Blanco-azulada, enorme y muy próxima, trepaba hacia el cénit por un cielo de terciopelo azul. Y más allá del cénit, pensó Dirk, hacia Eshellin y di-Emerel y el mundo del Océano Vinonegro. Les deseó suerte.

Kirak Cavis salió del cuadrado de la muerte y pronunció una palabra en kavalár antiguo. Bretan avanzó un paso, moviéndose con gracia y agilidad. El ojo relucía

contra la cara blanca.

Dirk sonrió tal como hubiera sonreído Garse, se apartó el pelo de los ojos y salió al encuentro de su adversario. Ninguna estrella iluminaba la hoja de acero cuando la enarboló para entrechocarla con la de Bretan. Soplaba el viento. Hacía mucho frío.

GLOSARIO

Acerorrojo: Uno de los cuatro clanes-coaliciones actuales de Alto Kavalaan. Acerorrojo se cuenta entre los dos más progresistas. También, cualquier integrante del clan de Acerorrojo.

Alto Kavalaan: Mundo humano del Confín, colonizado durante la Doble Guerra por refugiados y mineros de Tara. Las incursiones de los hranganos prácticamente arrasaron la colonia original; los sobrevivientes desarrollaron la civilización moderna de Alto Kavalaan, basada en el sistema de clanes. La sociedad kavalara, estrictamente codificada e individualista a la vez, pone especial énfasis en la lealtad y el honor personal. Los kavales, casi en estado de barbarie al ser redescubiertos por los mercaderes, se industrializan muy rápidamente en el presente, educan a la juventud y arman una flota propia de naves estelares. Alto Kavalaan, que reclama la posesión legal del planeta errante Worlorn, fue una de las fuerzas conductoras del Festival del Confín.

Angeles de Acero: Denominación popular para los integrantes de un poderoso y difundido movimiento religioso-militar que se propagó entre los soldados del Imperio Federal durante la Doble Guerra, y que desde entonces ha persistido y evolucionado. Los Angeles de Acero creen que sólo los humanos (la estirpe de la Tierra) tienen alma, que la supervivencia de la raza es el imperativo más relevante, que la fuerza es la única virtud auténtica. Hoy, desde la ciudad capital de Bastión, los Angeles gobiernan doce planetas y las colonias, misiones y puestos de avanzada que han destacado en cientos de mundos. Los prosélitos del culto se autodenominan *Hijos de Bakkalon*. El origen exacto del movimiento sigue siendo tema de controversia. Los Angeles han sufrido dos cismas de importancia y han emprendido innumerables guerras, especialmente contra culturas no-humanas.

Avalon: Mundo humano de las ruindas, colonizado por Nueva Ínsula durante el siglo primero del Imperio Federal. Zona estratégica durante la Doble Guerra, Avalon nunca abandonó el vuelo estelar y desempeñó un papel muy importante en la financiación del interregno, mediante un enérgico programa de exploración, comercio y reeducación. Después se transformó en un centro de aprendizaje. La Academia de Conocimientos Humanos y los muchos institutos asociados a ella están ubicados en Avalon, que es además un importante centro comercial, con la flota mercante más numerosa de las ruindas. Las naves de Avalon a menudo trafican conocimientos además de mercaderías.

Bakkalon: Deidad adorada por los Angeles de Acero, a menudo descrita como un niño desnudo empuñando una espada negra; también denominada 'el niño pálido'.

Baldur: Colonia humana de la primera generación, que partió directamente de la Tierra en las primeras épocas del vuelo estelar. Sector estratégico durante la Doble

Guerra, es ahora un importante centro comercial.

Banshi: También conocido como banshi negro; un depredador aéreo, original de Alto Kavalaan.

Bastión: Mundo humano de las ruindas; se ignoran los detalles de su colonización. Bastión fue en un tiempo una colonia humana luego capturada por los hranganos durante la Doble Guerra, finalmente reconquistada por los humanos y hoy gobernada por los Angeles de Acero, que han instalado allí su capital.

Betheyn: Término kavalar para designar una mujer vinculada a un hombre y protegida por él; literalmente, esposa cautiva.

Braith: Uno de los cuatro clanes-coaliciones actuales de Alto Kavalaan. Se lo tiene por el más tradicionalista de los cuatro. También, cualquier integrante del clan de Braith.

Braque: Mundo humano cerca del Velo del Tentador, en el límite de las ruindas. Braque es primitivo y supersticioso. Lo gobierna una casta sacerdotal que controla estrictamente el desarrollo tecnológico.

Ciudad de Haapala: Ciudad del Festival construida por Lobo y llamada así en memoria de Ingo Haapala, el astrónomo lobuno que descubrió que Worlorn pasaría a través de la Rueda de Fuego.

Ciudad del Estanque sin Estrellas: Ciudad del Festival construida en Worlorn por el Mundo del Océano Vinonegro bajo las aguas de un lago artificial.

Clan: En un tiempo, jerga de los mercaderes kimdissi; hoy, término definitivamente incorporado a la lengua típica para designar no sólo el 'clan' que constituye el núcleo social básico de Alto Kavalaan, sino también la vivienda típica de estos grupos humanos; un recinto o serie de recintos subterráneos que albergan entre media docena y un centenar de personas, y son fácilmente defendibles ante un ataque. Antiguamente, cada clan era una entidad independiente, una combinación de familia y nación. Pronto, sin embargo, los clanes concertaron alianzas y se fundieron con otros clanes, conectándose incluso mediante pasajes subterráneos; estas alianzas fueron denominadas clanes-coaliciones. En la actualidad el término 'clan' es utilizado con cierta amplitud para designar lo que en rigor debería llamarse clan-coalición.

Colapso: El período de la decadencia y caída del Imperio Federal de la Vieja Tierra. Es difícil precisar la fecha del colapso; la guerra había perturbado las comunicaciones entre los mundos más que de costumbre, y cada planeta experimentó el colapso a su propio modo y en una época propia. Casi todos los historiadores aluden a la revuelta de Thor y la destrucción de Wellington como hechos clave en el derrumbe del Imperio Federal, pero señalan que en las colonias más alejadas hacía siglos que el Imperio era una mera ficción.

Confraternidad de Shanagato: Uno de los cuatro clanes-coaliciones actuales de Alto Kavalaan.

Congregación de Jadehierro: Uno de los actuales clanes-coaliciones de Alto Kavalaan. La Congregación de Jadehierro se cuenta entre los dos clanes más progresistas.

Corona del Infierno: Uno de los nombres que designa al grupo de seis estrellas amarillas que circundan a la supergigante roja, a veces denominada Ojo del Infierno, y que junto con ella forman la Rueda de Fuego. También se conoce al grupo como Hijos de Satanás, y Soles Troyanos. Las seis estrellas, virtualmente idénticas, serían los vértices de los seis respectivos ángulos de un hexágono imaginario. Antes del colapso se las conocía por los nombres de seis héroes de la guerra de Troya, un legendario conflicto acaecido en la remota antigüedad de Vieja Tierra.

Cro-betheyn: Término kavalar que designa el vínculo de una betheyn con el teyn de su altoseñor; literalmente, esposa cautiva compartida.

Cubo de la Rueda: También conocida como el Cubo. Véase 'Gordo Satanás'.

Dactiloides: Término humano para designar a una raza alada esclava de los hranganos, que actuó como fuerza de choque durante la Doble Guerra. El nombre proviene de la vaga semejanza entre estas criaturas y los pterodáctilos de la prehistoria de la Vieja Tierra. Los dactiloides eran feroces, pero dotados de poca inteligencia, semiconscientes.

Daronne: Mundo humano de las ruindas, cerca del Velo del Tentador. Colonizado por lo menos tres veces por civilizaciones extrañas, y dos por humanos, Daronne es un 'collage' de culturas exóticas.

Desafío: Ciudad de Worlorn construida para el Festival por di-Emerel, es una arcología automática y autosuficiente, manejada totalmente por computación.

Di: Prefijo que significa 'después del interregno'.

Di-Emerel: Mundo humano del Confín colonizado por arcologitas de Daronne poco después del interregno. La civilización emereli es tecnológicamente avanzada, culta, pacifista, pero estática y algo regimentada. Los emereli viven en ciudades-torres de un kilómetro de largo (arcologías), rodeadas por tierras de cultivo y parajes selváticos, aunque la gran mayoría nunca abandona el edificio donde nació. A los disconformes se les permite servir en la flota mercante estelar de di-Emerel, pero no se les consiente regresar a sus torres de origen.

Doble Guerra: Conflicto de siglos de duración entre el Imperio Federal y dos razas no-humanas: los fyndii y los hranganos. También conocida como la Gran Guerra, la Guerra Fyndii, el Conflicto Hrangano, la Guerra de los Mil Años, o simplemente como La Guerra. En muchos sentidos la Doble Guerra abarcó en realidad dos conflictos; los enemigos del Imperio nunca establecieron contacto entre ellos, jamás llegaron a ser aliados aunque ambos estaban empeñados en una guerra contra la humanidad. El Imperio Federal ocupaba el espacio entre las dos potencias enemigas, de modo que combatió en dos frentes; mientras las hordas fyndii se

dirigían hacia el Centro, el llamado Imperio Hrangano atacaba el confín de la galaxia. La guerra contra los fyndii fue la primera en declararse, y fue el conflicto más breve y más limpio, finalmente resuelto mediante negociaciones y la intervención de una tercera raza no-humana: los damush. Los hranganos eran mucho menos comprensibles y más enconados. Las hostilidades entre Hranga y la Tierra nunca terminaron oficialmente; ambas civilizaciones sufrieron un colapso. La humanidad pasó por un interregno y se recuperó, aunque nunca recobró la unidad política. Los hranganos en la práctica sufrieron el genocidio, a manos de sus propias razas esclavas y los colonialistas humanos.

Duodécimo Sueño: Ciudad de Worlorn construida por Kimdiss para el Festival. Los sofisticados consideraban a Duodécimo Sueño la más estética de las catorce ciudades erigidas para el Festival del Confín. El nombre deriva de la religión kimdiss: el universo y todo cuanto él contiene fue creado por el Soñador, cuyo duodécimo sueño era la Belleza Insuperada.

Emereli: Nativo(s) de di-Emerel.

Erikan: Mundo humano cuyo nombre deriva de la líder religiosa Erika Stormjones, colonizado por acólitos de ella y fiel a los preceptos que ella predicó, sobre todo la inmortalidad a través del clonaje.

Eshellin: Mundo humano del Confín, colonizado por inmigrantes de Daronne. Relativamente primitivo y escasamente poblado.

Espectro arbóreo: Un pequeño roedor predatorio original de Kimdiss, llamado así porque cambia la piel varias veces antes de alcanzar la madurez, y deja la vaina transparente cerca del nido, para ahuyentar a los enemigos.

Esperanza del Errabundo: Mundo humano de la región celiana, ex capital de la zona.

Estarroca: Mundo artificial entre Prometeo y Rhiannon, creado por el Imperio Federal para utilizarlo como base operativa durante la Doble Guerra. Estarroca está ubicado en medio del espacio; no gira en la órbita de ninguna estrella, y es muy pequeño. En cierto modo, se parece más a una enorme nave espacial estacionaria que a un verdadero mundo. Hoy, dominado por Prometeo.

Estranguladores: Especie común de árbol toberiano.

Esvoc: Ciudad del Festival construida por Eshellin.

Eyn-kethy: Término kavalár para designar a las nodrizas del clan, sexualmente compartidas por todos los hombres; literalmente, 'Vinculadas a los hermanos del clan'.

Fyndii: Raza no-humana. Los primeros viajeros interestelares que establecieron contacto con la humanidad. Los fyndii eran uno de los bandos enemigos cuando el Imperio Federal se embarcó en la Doble Guerra. Ninguna lealtad de raza parece unir a los fyndii, cuyas sociedades se basan en vagas uniones llamadas 'hordas', que

rivalizaban tenazmente entre ellas. Insensibles e incapaces de lazos perdurables, son parias sin amigos. Los fyndii dominan aproximadamente noventa mundos, generalmente más cerca del corazón de la galaxia que los mundos colonizados por los hombres.

Githyanki: Raza esclava de los hranganos, a menudo denominada 'sorbealmas' por los humanos. Casi desprovistos de conciencia, malévolos y telépatas potentes, los githyanki eran capaces de alterar y obnubilar las mentes humanas provocando falsas visiones, alucinaciones y sueños, fortaleciendo la parte animal del hombre, tergiversando su juicio y su raciocinio con el fin de instigarlo contra sus semejantes.

Gordo Satanás: Supergigante roja ubicada más allá del Velo del Tentador, notable por los seis soles amarillos que la circundan configurando un hexágono imaginario; la totalidad del sistema se llama Rueda de Fuego. Algunos alegan que la Rueda fue creada por una raza extinguida de supercriaturas capaces de desplazar soles. El Gordo Satanás también es conocido como Ojo del Infierno y Eje.

Gran Mar Negro: Término de los mundos exteriores que designa el espacio intergaláctico donde no hay estrellas.

Hijo del Soñador: Líder religioso que vivió en Deirdre en la época del Imperio Federal. Predicó una doctrina de pacifismo físico y agresión psicológica, y aconsejó a sus seguidores que se opusieran a sus enemigos con el ingenio en vez de la fuerza. Esas enseñanzas hoy influyen en las culturas de Kimdiss, Kayand, Tamber y varios otros mundos.

Hijos de Satanás: Véase Corona del Infierno.

Hombres Alterados: Humanos genéticamente alterados del mundo Prometeo. Los cirujanos prometeicos experimentaban constantemente; de modo que existen muchas variedades de Alterados. En lenguaje común suele utilizarse el término para designar a todos los prometeicos.

Hranganos: Temibles enemigos de la humanidad durante la Doble Guerra, los hranganos fueron tal vez la raza más extraña que jamás se haya encontrado. El sistema social estaba estructurado en base a una serie de castas biológicas que en su mayoría parecían pertenecer a especies diversas. De los millones de hranganos, sólo eran realmente inteligentes las denominadas Mentes, y la humanidad nunca logró comunicarse eficazmente con ellos. Los hranganos son acerbamente xenófobos. Antes de la Doble Guerra habían esclavizado a varias razas menos avanzadas, y existen evidencias de que a otras las exterminaron por completo. La guerra prácticamente destruyó a los hranganos, salvo en el mismo Viejo Hranga y en un puñado de colonias muy antiguas.

Hruun: Raza esclava de los hranganos, con frecuencia utilizada en combate durante la Doble Guerra. Los hruun eran más inteligentes que casi todos los esclavos de los hranganos. Su mundo de origen era un planeta de gravedad excesiva para un

humano, de modo que los hruun eran guerreros de inmensa fortaleza. Entre otros atributos, tenían la capacidad de percibir las radiaciones infrarrojas, lo que los hacía especialmente aptos para el combate nocturno.

Imperiales de la Tierra: Originalmente, administradores enviados desde la Tierra en los tiempos florecientes del Imperio Federal. Después del interregno, el término solía utilizarse para aludir a cualquier humano contemporáneo del Imperio.

Imperio Federal: Unidad política que gobernaba el espacio humano durante los siglos tempranos del vuelo estelar; colonizó casi todos los mundos de la primera y segunda generaciones y algunos de la tercera, y emprendió la Doble Guerra que finalmente provocó la caída del Imperio. El término en sí era convenientemente equívoco; lo que se llamaba Imperio era en rigor una burocracia democrático/socialista/cibernética. Las decisiones últimas estaban a cargo de un Administrador en Jefe, que era elegido por un cuerpo legislativo de tres cámaras con asiento en Ginebra, Vieja Tierra, ante el cual debía rendir cuentas. Pero casi todos los problemas administrativos de la Tierra misma eran resueltos por las Inteligencias Artificiales, vastos centros de computación. En los años turbulentos de la Doble Guerra, el Imperio Federal acentuó cada vez más la represión y perdió contacto con las colonias y hasta con los puestos militares.

Interregno: Período histórico entre el colapso y la reiniciación de los vuelos estelares. Por su misma naturaleza, el interregno es difícil de fechar con precisión. Algunos mundos lo experimentaron temprano, otros tardíamente; en unos el vuelo estelar se interrumpió cinco años, en algunos cincuenta, en otros quinientos; otros, como Avalon, Baldur, Nueva Ínsula y Vieja Tierra, nunca estuvieron realmente aislados del resto de la humanidad, y aún quedarían aquellos que no han sido redescubiertos. Suele decirse que el interregno duró una 'generación'; esto es válido en un sentido meramente aproximativo, si sólo se tienen en cuenta los mundos humanos principales.

Joya susurrante: Un cristal 'tallado' extrasensorialmente para que retenga determinadas emociones o pensamientos que luego son perceptibles por los 'resonantes' o sensitivos que entran en contacto físico con el cristal. Cualquier cristal puede servir para modelar una joya susurrante, pero ciertas gemas son mucho más aptas que otras. La fuerza y nitidez de una joya susurrante también puede variar con el tiempo, y de acuerdo con el grado de habilidad del Talento del éspér (hombre dotado de poderes extrasensoriales o ESP), que la ha tallado. Las joyas susurrantes de Avalon son muy estimadas; Avalon cuenta tanto con cristales óptimos como con Talentos habilidosos. Algunos mundos menos evolucionados tienen fama de producir joyas susurrantes de más calidad, pero que rara vez llegan al mercado interestelar.

Kavalar: Nativo de Alto Kavalaan.

Kenn: Uno de los clanes-coaliciones extinguidos de Alto Kavalaan.

Keth, kethi: Término kavalár que designa a los varones del clan; literalmente, hermano(s) de clan.

Kimdiss: Mundo humano del Confín, fundado por un grupo de pacifistas religiosos, hoy la mayor potencia comercial de los mundos exteriores. Los kimdissi son tradicionalmente no violentos, y por consiguiente, contrarios a los códigos guerreros de Alto Kavalaan.

Kimdissi: Nativo(s) de Kimdiss.

Korariel: Término kavalár; literalmente 'propiedad bajo protección'. Originalmente utilizado por los individuos y clanes para designar a ciertos Cuasi-hombres o grupos de ellos a los que transformaban en presa personal; quien no respetaba esta designación podía ser retado a duelo. Más tarde, utilizado por los clanes más progresistas para proteger a los primitivos y evitar que los cazadores kavales más tradicionalistas los exterminaran. En rigor, el término no puede ser aplicado a un verdadero humano, sólo a un Cuasi-hombre o a un animal.

Kryne Lamiya: Ciudad del Festival construida en Worlorn por Oscuralba. A menudo llamada Ciudad Sirena, Kryne Lamiya estaba diseñada de tal modo que sus torres transformaban en música los vientos de las montañas, artificialmente controlados. Así, ejecutaban continuamente una sinfonía de la compositora más célebre de Oscuralba, la nihilista Lamiya-Bailis.

Larteyn: Ciudad del Festival construida en la pared montañosa de Worlorn por Alto Kavalaan. Larteyn significa literalmente 'Vinculada con el cielo', o 'teyn del cielo'. La ciudad estaba hecha principalmente de piedraviva, por lo cual se la conocía como la Fortaleza de Fuego.

Leteo: Nombre con el que comúnmente se designa a una primitiva colonia humana del Confín. También se la conoce como la Colonia Olvidada o la Colonia Perdida. Todos estos son términos de los mundos exteriores; los habitantes de ese mundo llaman Tierra a su planeta. Leteo es el mundo humano más antiguo más allá del Velo del Tentador, al punto de que ya se han perdido todos los datos referidos a su colonización, y sólo quedan conjeturas. Está habitado principalmente por pescadores que no demuestran el menor interés en las otras culturas.

Lobo: Mundo humano del Confín, colonizado durante el colapso por refugiados de Fenris. La cultura de Lobo es considerada dinámica y flexible; el planeta rivaliza económicamente con Kimdiss, y en el aspecto militar sólo es inferior a Tóber en los mundos exteriores.

Lobuno: Nativo de Lobo.

Montaña de Piedraviva: Uno de los mayores clanes-coalición de la historia kavalár, finalmente derrotado y destruido por sus enemigos, hoy abandonado.

Moradas del Carbón Profundo: Clan-coalición mitológico de Alto Kavalaan, que según se cuenta existió en tiempos antiquísimos. Su gente practicaba el canibalismo

en sus incursiones en otros clanes, hasta que una guerra los destruyó. Se decía que eran mitad humanos y mitad demonios.

MRL: 'Más rápido que la Luz'.

Mundo de Jamison: Mundo humano de las ruindas, integrado principalmente por colonias de Viejo Poseidón. Los jamies habitaban las abundantes islas y archipiélagos del planeta; existe un gran continente, aún inexplorado. El Mundo de Jamison es un centro industrial y comercial de la región, y sus mercaderes rivalizan con los de Avalon.

Mundo del Océano Vinonegro: Mundo humano del Confín, colonizado en di-137 por emigrantes de Viejo Poseidón.

Mundos exteriores: Expresión que abarca a todos los mundos del Confín, o sea las catorce colonias humanas entre el Velo del Tentador y el Gran Mar Negro.

Musquel-junto-al-Mar: Ciudad del Festival construida en Worlorn a imitación de las de Leteo. La erigió una coalición de representantes de los mundos exteriores para los habitantes de la Colonia Olvidada, que no contaba con medios tecnológicos para edificarla con tanta rapidez. Musquel, un puerto pintoresco y multicolor de ladrillo y madera, resultó ser una de las atracciones más populares del Festival.

No-hombres: Seres humanos que han llegado a tal grado de evolución o mutación que ya no pueden establecer un contacto fértil con el resto de la raza.

Nueva Ínsula: Primera colonia humana interestelar; un mundo urbanizado y superpoblado, con alto desarrollo tecnológico, a sólo 4,3 años-luz de Vieja Tierra. Desde el interregno y el aislamiento de Vieja Tierra, suele considerarse a Nueva Ínsula el mundo humano más avanzado, y el centro del tráfico comercial interestelar. Nueva Ínsula es además la capital nominal de la llamada Unión de la Humanidad, organización que pretende unificar políticamente a toda la raza humana. Sin embargo, sólo tres mundos reconocen su autoridad, de modo que la Unión es esencialmente ficticia.

Ojo del Infierno. Véase Gordo Satanás.

Oscuralba: Mundo humano del Confín, cerca del borde del espacio intergaláctico. Después de Oscuralba no hay nada; en invierno la única luz en el cielo es la que irradian las galaxias distantes. Oscuralba es un mundo poco poblado, solitario, sede de diversos extraños cultos religiosos. El control climático ha sido perfeccionado como una de las bellas artes, pero por lo demás no se da mayor importancia a la tecnología.

Oscuralbino: Habitante de Oscuralba.

Piedraviva: Mineral procedente de Alto Kavalaan, capaz de almacenar la luz e irradiarla en la oscuridad. La piedraviva se utiliza en arquitectura y joyería, y en Alto Kavalaan es muy importante como materia prima de exportación.

Prometeo: Mundo humano de las ruindas, colonizado por un destacamento militar

del Imperio Federal, el Comando de la Guerra Ecológica, durante la Doble Guerra. Ubicado en la zona más álgida del teatro de operaciones, Prometeo fue cuartel general de las naves de guerra biológica que propagaron enfermedades, insectos y plagas vegetales y animales entre los hranganos. Después del colapso, Prometeo reinició rápidamente los vuelos estelares y también preservó y desarrolló técnicas de clonaje y mutación genética que constituían secretos celosamente guardados del Imperio Federal. Uno de los mundos humanos más poderosos de las ruindas, domina de hecho a los vecinos más cercanos, Rhiannon y Estarroca, y ejerce una gran influencia en otros planetas. Véase también *Hombres Alterados*.

Región celiana: La región explorada por Celia Marcyan, viajera interestelar de la primera generación di.

Rhiannon: Mundo humano de las ruindas, colonizado por Deirdre durante el período intermedio del Imperio Federal. Mundo rico y bucólico, Rhiannon es hoy tácitamente gobernado por Prometeo. Carece de flota estelar propia.

Rommel: Mundo frío de gravedad pesada, colonizado directamente desde la Tierra en un período temprano del Imperio Federal. Rommel y Wellington, un planeta gemelo del mismo sistema, fueron al principio planetas-cárcel para criminales de la Tierra, pero durante la Doble Guerra se transformaron en los denominados Mundos Bélicos, desde donde partían casi todos los destacamentos de combate de los Imperiales de la Tierra. Los 'bélicos', como se denominaba a los combatientes de Rommel y Wellington, vivían toda la vida bajo una rígida disciplina militar, y se les daba drogas y entrenamiento especial para volverlos más aguerridos y eficaces. Finalmente, las alteraciones genéticas transformaron a los bélicos en no-hombres, incapaces de reproducirse con otros seres humanos. Durante el colapso Rommel perdió las técnicas del vuelo estelar, y ya nunca las recuperó. Los mercaderes eluden ese mundo, alegando que los rommelanos son inhumanos y peligrosos.

Rueda de Fuego: Nombre que designa un sistema multiestelar del Confín, integrado por siete soles y ubicado detrás del Velo del Tentador. Algunos consideran que la Rueda es un monumento artificial a una raza extinguida de supercriaturas. Véase también *Gordo Satanás*, *Corona del Infierno*.

Ruindas: Originalmente, vocablo popular lobuno, hoy difundido en todos los mundos exteriores, que designa a la región intermedia entre el Confín y los mundos altamente civilizados que rodean a la Vieja Tierra. El Imperio Hrangano ocupaba un vasto sector de lo que hoy se conoce como las ruindas, y fue allí donde se llevaron a cabo las acciones más fulminantes de la Doble Guerra. Muchos planetas fueron devastados y muchas civilizaciones quedaron en 'ruinas', de donde derivó el término. Entre los mundos humanos de las ruindas se destacan Avalon, Bastión, Prometeo y el Mundo de Jamison.

Soles Troyanos: Véase *Corona del Infierno*.

Sorbealmas: Véase githyanki.

Stormjones: Planeta primitivo de la región celiana, llamado así en memoria de la líder religiosa Erika Stormjones. Véase también Erikan.

Taal: Clan-coalición extinguido de Alto Kavalaan.

Tara: Mundo humano cerca del Velo del Tentador, en las fronteras de las ruindas. Tara fue colonizado por lo menos cinco veces por emigrantes de mundos muy diversos, y también sufrió reiteradas incursiones durante la Doble Guerra, de modo que hoy es patria de muchas culturas extrañas y fragmentarias. Predominan sin embargo características procedentes de la primera colonización: la Iglesia Católica Romano-Irlandesa Reformada, y el gobernador-guerrero hereditario denominado Cuchulainn.

Teyn: Término kavalare que designa a un hombre vinculado con otro hombre, generalmente de por vida, en una relación de igual a igual; la relación más íntima posible entre los kavalares; literalmente, mi vínculo, vínculo íntimo, eslabón.

Tóber en el Velo: Mundo humano en el límite exterior del Velo del Tentador, generalmente considerado parte del Confín. Tóber fue descubierto y colonizado durante el colapso por la 17a. Flota Humana con base en Avalon, que se había rebelado contra el Imperio Federal. Los toberianos poseen la cultura tecnológica más evolucionada de los mundos exteriores, y han superado incluso a la ciencia del Imperio Federal en el desarrollo de escudos energéticos y pseudomateria. Tóber mantiene un poderoso ejército regular, y ejerce influencia en varios de los planetas más primitivos del Confín.

Velo del Tentador: Nube de polvo y gas interestelar cerca de la parte superior de la lente galáctica, que impide ver la Rueda de Fuego y otras estrellas de los mundos exteriores; es el límite que separa el Confín de las ruindas.

Vieja Tierra: Mundo natal de la raza humana, ex capital del Imperio Federal. Durante el interregno, y después de la revuelta de buena parte de sus fuerzas armadas, Vieja Tierra ordenó el regreso de los destacamentos militares y se aisló del resto de la humanidad. Esa medida sigue vigente. Circulan muchas leyendas y se hacen muchas conjeturas acerca de la vida en la Vieja Tierra actual, pero muy poco es lo confirmado. También conocida como Tierra, Patria, Tercer Planeta.

Viejo Hranga: Mundo natal de la raza hrangana, y uno de los pocos lugares donde sobrevive un número estimable de Mentes Hranganas.

Viejo Poseidón: Mundo humano de la tercera generación, colonizado en la primera época del Imperio Federal. Planeta de mares turbulentos y riquezas insospechadas, Viejo Poseidón pronto se transformó en importante centro comercial y capital de zona. Al cabo de menos de un siglo, los poseidonistas ya construían sus propias naves estelares y enviaban colonos a otros mundos; colonizaron más de veinte planetas, entre ellos el Mundo de Jamison.

Vinonegrino: Natural del Mundo del Océano Vinonegro.

Wellington: Mundo cálido de gravedad pesada, colonizado directamente desde la Tierra en un período temprano del Imperio Federal; se lo utilizaba como colonia penitenciaria. Wellington y su planeta gemelo, Rommel, más tarde se convirtieron en los Mundos Bélicos de donde procedían los feroces combatientes del Imperio Federal. Véase también Rommel. La vida en Wellington fue destruida a fines de la Doble Guerra, cuando la 13a. Flota Humana al mando de Esteban Cobalto Estrella del Norte se rebeló contra el Imperio Federal. Muchos historiadores consideran ese hecho como el principio del colapso.

Worlorn: Planeta errante descubierto por Celina Marcyan. Sede del Festival del Confín, di-589 a di-599, período que señala el paso de Worlorn cerca de la Rueda de Fuego.